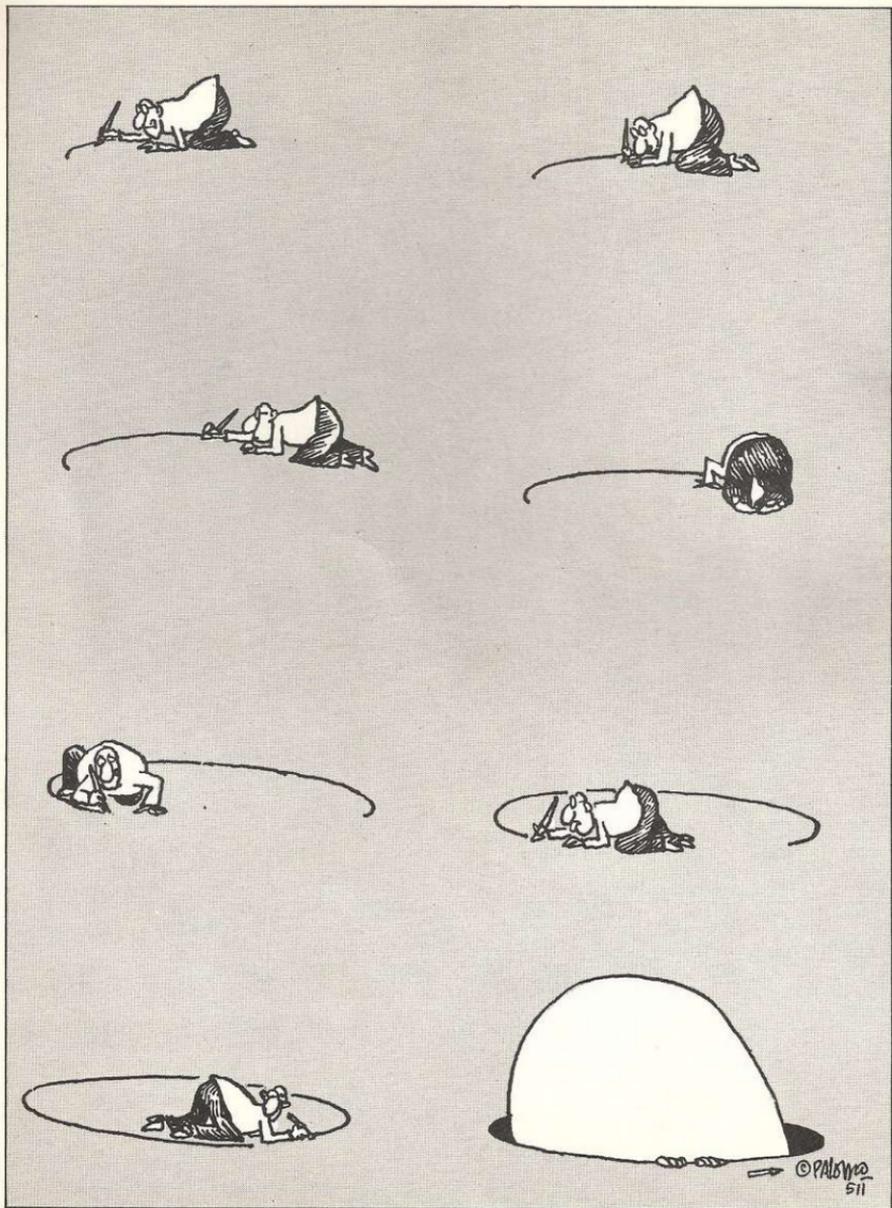


EL PÉNDULO 12

HARLAN ELLISON • MARIO LEVRERO • THEODORE STURGEON • PABLO CAPANNA
MICHAEL BISHOP • CRISTINA SISCAR • H. L. GOLD • EDUARDO ABEL GIMENEZ
CARLOS GARDINI • EDUARDO STILMAN • MARCELO FIGUERAS • ELVIO GANDOLFO







BECCIA



CHICHONI



NINE

C O N T E N I D O

CUENTOS

Michael Bishop Un regalo de los Hombres Grises	11
Cristina Siscar El vergel de Zahir	23
H. L. Gold Un manojo de nervios	27
Eduardo Stilman Persecución	33
Eduardo Abel Giménez El intento de Golett	55
Theodore Sturgeon La educación de Drusilla Strange	59
Carlos Gardini Historia de Hamur y Badur, o La batalla de los espejos	81
Mario Levrero Novela geométrica	89
Harlan Ellison El llanto de los perros azotados	101

ARTICULOS

Pablo Capanna La nariz de Cleopatra y el teniente Bonaparte	36
--	----

SECCIONES

Este número	2
Poivo de estrellas	4
La vuelta al mundo	8
Libros	112
Cine	123

Ilustración de la tapa: **Carlos Nine**



SANZOL

Este número

FOCA BEAUFORD



Gardini



Siscar

Michael Bishop (n. 1945) es norteamericano. Obtuvo el Master en literatura con una tesis sobre la poesía de Dylan Thomas en la Universidad de Georgia y comenzó a publicar cuentos en 1970. Cinco años más tarde apareció su primera novela, *A Funeral for the Eyes of Fire*. En 1982, por su novela *No Enemy But Time*, recibió el premio Nebula (los otros candidatos eran Isaac Asimov, Robert A. Heinlein y Gene Wolfe). En algunos de sus mejores relatos se plantean formas de encuentro y de relación del hombre con seres de otros mundos. En "Un regalo de los Hombres Grises" también hay un encuentro, pero con formas de vida (y de muerte) dolorosamente cercanas.

Cristina Siscar nació en Buenos Aires en 1947, y vive en París. Es profesora de literatura y de castellano, y periodista. Sus cuentos y artículos han aparecido en revistas y antologías de París, Barcelona y Buenos Aires. En 1985 publicó en Francia un libro de poemas en edición bilingüe: *Tatujes*. En breve la editorial porteña Per Abbat lanzará su primer libro de cuentos, *Reescrito en la bruma*. "El vergel de Zahir" forma parte, según la autora, de un libro de cuentos "sobre la utopía, la ucronía, los sueños, el arte, los imaginarios indispensables al hombre, por los que es capaz de vivir y de morir"; para su ejecución recurre "al cuento oral, al cuento de hadas, a la leyenda, a la fábula, a las formas ingenuas y poéticas de lo fantástico".

Horace L. Gold (n. 1914) vive en Los Angeles y tiene doble nacionalidad: canadiense y norteamericana. Publicó sus primeros cuentos a mediados de la década del 30, bajo los seudónimos de Clyde Crane Campbell y Leigh Keith (obligado, según sus declaraciones, por el antisemitismo de los editores). En 1939, en

la revista *Unknown* de John W. Campbell, y con su propio nombre, firmó cuentos tan memorables como "Trouble With Water" y "None But Lucifer" (este último en colaboración con L. Sprague de Camp). En 1950 fundó *Galaxy*, una de las publicaciones más influyentes en la historia de la ciencia ficción. **Gold** sufría de ágorafobia a causa de sus experiencias en la Segunda Guerra Mundial, y no podía salir de su departamento: se comunicaba con los autores casi exclusivamente por teléfono. En las páginas de *Galaxy* aparecieron muchas obras hoy clásicas: *Mercaderes del espacio* de Pohl y Kornbluth, "The Fireman" (luego *Fahrenheit 451*) de Bradbury, *El hombre demolido* y ¡Tigre! ¡Tigre! de Bester, *Las cavernas de acero* de Asimov, "El bebé tiene tres años" (núcleo de *Más que humano*) de Sturgeon, cuentos memorables de Sheckley, Pangborn y Simak. **Gold** se retiró en 1961 después de un accidente automovilístico, y casi dejó de escribir. Sus mejores cuentos habían sido reunidos en 1955 en un importante volumen: *The Old Die Rich*, al que pertenece "Un manojito de nervios".

Eduardo Stilman nació en Buenos Aires en 1938. Periodista (*Primera Plana*, *Panorama*, *La Opinión*), traductor (Carroll, Swift), fundador de la editorial Brújula. Publicó dos libros de cuentos: *Febo asoma* (1976) y *Jugar a ciegas* (1984). "Persecución" apareció en ambos, pero vale la pena rescatarlo: es, sencillamente, uno de los mejores textos fantásticos publicados en la Argentina en los últimos años.

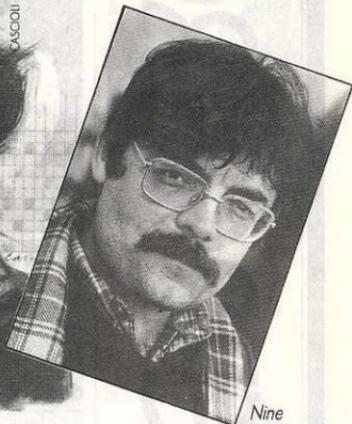
Theodore Sturgeon (1918-1985) fue un notable cuentista norteamericano, y uno de los indiscutidos maestros de la ciencia ficción, autor de *Más que humano*, *Los cristales soñadores* y varias decenas de cuentos y novelas cortas memorables. "La



Levrero



Bishop



Nine

educación de Drusilla Strange" enfrenta a los habitantes de dos culturas: una sofisticada y moribunda y otra joven, torpe y pujante.

Pablo Capanna nació en Florencia en 1939 y diez años más tarde se radicó en Buenos Aires, donde hoy es director del departamento de cultura de la Universidad Tecnológica. En 1966 apareció su ensayo *El sentido de la ciencia ficción*, el primer libro sobre el género escrito en castellano. En 1973 publicó *La tecnarquía*, un análisis de nuestras actitudes y posibilidades ante el cambio, y en 1984 dio a conocer otro minucioso ensayo: *El Señor de la Tarde: Conjeturas en torno de Cordwainer Smith*. "La nariz de Cleopatra y el teniente Bonaparte" pertenece a su cuarto libro (aún sin título), que Per Abbat editará antes de fin de año, y que incluirá además trabajos sobre J. R. R. Tolkien, C. S. Lewis, Ernst Jünger y Olaf Stapledon publicados originalmente, en versiones más sintéticas, en *El Péndulo*, segunda época.

Eduardo Abel Giménez nació en Buenos Aires en 1954, y vive en El Palomar. Es especialista en juegos, músico (ha grabado dos cassettes: *Juegos imposibles* y *Otros lugares*) y autor de dos novelas: *Un paseo por Camarjalí* (1984) y *El fondo del pozo* (1985). "El intento de Golett" es tal vez su primer cuento autobiográfico.

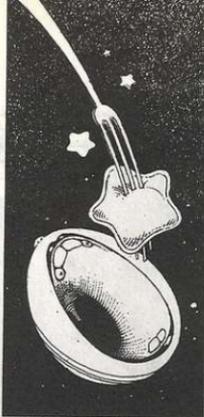
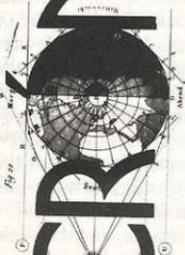
Carlos Gardini (v. *El Péndulo* 11) fue el ganador de la beca Fulbright 1986 para literatura, y vivirá en Estados Unidos hasta fin de año, asistiendo a talleres literarios y dictando conferencias. "Historia de Hamur y Badur, o La batalla de los espejos" es el segundo de cuatro textos de su libro *Cuentos de Vendavalía* que publicaremos en estas páginas.

Mario Levrero (Montevideo, 1940) es autor de tres novelas:

La ciudad (1970), *París* (1979) y *El lugar* (*El Péndulo* 6, 1982), tres libros de cuentos: *La máquina de pensar en Gladys* (1970), *Todo el tiempo* (1982) y *Aguas salobres* (1983), y un *Manual de parapsicología* (1982). Como Jorge Variotta publicó una parodia de los folletines: *Nick Carter se divierte mientras el lector es asesinado y yo agonizo* (1975) y *Santo varón* (1986), libro de historietas en colaboración con el dibujante uruguayo Lizán. Desde hace un año y medio vive en Buenos Aires, donde es jefe de redacción de la revista *Cruzadas*. Ediciones de la Flor publicará en breve sus novelas cortas *Fauna* y *Desplazamientos*.

Harlan Ellison nació en Ohio en 1934. En 1955 se trasladó a Nueva York, y empezó a publicar cuentos firmados con numerosos seudónimos. Durante diez semanas, protegido por una identidad falsa, integró una pandilla llamada los Barones; los resultados de esa exploración de la violencia urbana aparecerían luego en algunos de sus primeros libros: la novela *Rumble* (1958) y las colecciones de cuentos *Gentleman Junkie* and *Other Stories of the Hung-up Generation* (1961), *Rockabilly* (1961) y el estudio autobiográfico *Memos from Purgatory: Two Journeys of Our Times* (1961). Durante muchos años fue libretista de cine y televisión: sus trabajos para este último medio obtuvieron, en tres oportunidades, el premio anual de Writers' Guild of America. Sus famosas antologías *Dangerous Visions* (1968) y *Again, Dangerous Visions* (1972) influyeron decisivamente en la ciencia ficción norteamericana de las últimas dos décadas. Los volúmenes *Alone Against Tomorrow* y *Deathbird Stories* reúnen sus mejores cuentos. Por "El llanto de los perros azotados" recibió en 1973 el premio Edgar (homenaje a Edgar Allan Poe) que todos los años otorgan los Mystery Writers of America.

CRONICAS TERRESTRES



POLVO DE ESTRELLAS

Elvio E. Gandolfo

Hoy: El caso del dado egocéntrico

Entre 1969 y 1975 un breve texto apócrifo de Julio Cortázar desencadenó —a través de su dado protagonista— una compleja red de carambolas internacionales. Una especie de "caso" al viejo estilo de Stanley Gardner, en el que tuvieron que ver Jaime Poniachik, Félix Grande, H. P. Lovecraft, Abelardo Castillo, el propio Cortázar y Edmundo Valadés, salvo omisiones. A continuación, casi toda la verdad sobre esa historia.

1. Rosario: El dado empieza a girar

Desde 1968 mi padre Francisco y yo editábamos en Rosario una revista cultural de nombre curioso (*El lagrimal trifuera*) extraído de un poema de César Vallejo. De intenciones trimestrales, fue saliendo cada vez que pudo hasta morir ocho años después, en 1974. Hacia fines del '69 recibimos una carta de

nuestro amigo Jaime Poniachik, que más adelante se convertiría en un generador inagotable de acertijos y paradojas para revistas como *Satiricón*, *Humor* y *Juegos y Cacumen*.

En ese entonces Poniachik estaba empeñado en una traducción de *La caza del Snark*, de Lewis Carroll. Después de comentarnos su frustración al enterarse de que la editorial Brujula estaba a punto de editar otra traducción, no la suya, pasaba a informarnos: "Casualmente llegó a nuestras manos un cuentito inédito de Cortázar por intermedio de Fassio, que es amigo de Porrúa, que es amigo de el (sic) tal Julio, y que nos lo cedió para una posible revista de aparición

poemas de

hugo díz
rogello ramos signes
elvio e. gandolfo



texto inédito de cortázar

el lagrimal trifuera
plaqueta 3

La plaqueta del lio

incierto. Tal vez sirva para adelantar en *El lagrimal*. Dice así:

Documento 1: texto de El dado egocéntrico.

"Ese era un dado egocéntrico. Cayera como cayera, siempre caía de cara, y con la misma sonrisa entonaba: soy yo, soy yo. Le hacíamos las mil y una al pobre dado: lo lanzábamos desde el balcón, adentro del plato de sopa, o justo antes de que se sentara tía Alberta (105 kilos), lo poníamos sobre el banco. Los insultos de tía no nos incumbían: se los cargábamos al dado. Pero igual volvíamos a arrojarlo y zócate, caía de cara y dale cantar: soy yo, soy yo, soy yo. Una vez al Beto se le ocurrió limarle las aristas. Estuvimos como dos días sin parar hasta que quedó hecho una bolita. Vamos a ver si ahora cantás, dijo el Beto, y lo lanzó sobre los baldosas del patio. Apenas tocó el suelo, el dado empezó a decir: puta que te parió, puta que te parió. Y continuó rodando sin parar y meta cantar: puta que te parió, puta que te parió, puta que te parió...

Julio Cortázar"

Yo sabía que Porrúa era asesor literario de la Editorial Sudamericana, y director de Ediciones Minotauro, me parecía recordar vagamente que Fassio tenía que ver con la Patafísica inventada por Alfred Jarry [no recuerdo bien si lo sabía entonces o me enteré más tarde de que había diseñado un rayuómetro para leer *Rayuela*].

Si recuerdo en cambio que en ese entonces yo estaba preso de un síndrome anti

Cortázar-novelistas. Tal vez influyó eso, o tal vez una veta megalomaniaca que siempre late en el fondo del alma de un petiso. Lo cierto es que, sintiéndome Randolph Hearst en toda su gloria, dictaminé como director de la revista: "Este texto no va, es flojo."

Pasó el tiempo, como dicen en las novelas largas. Hacia el '72 mi padre empezó a publicar unas plaquetas alargadas y desplegadas en las que incluíamos por lo general a poetas jóvenes. Una de las ocho caras quedaba esa vez libre, en blanco. Espaciar más las líneas era imposible. No había otros poemas publicables a mano. De pronto él recordó, con un brillo en la mirada, el viejo original de Cortázar. Lo desenterramos de unos desvencijados biblioratos. Ahora nos pareció fresco, chispeante y, no por último menos importante, "un original de Cortázar". De modo que lo imprimió allí, reproduciendo el breve fragmento de la carta de Poniachik que indicaba su procedencia. No sospechábamos la compleja maquinaria que poníamos en marcha.

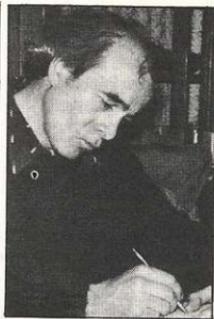
El primer indicio de sus efectos fue una breve nota incluida en el diario *La Capital* de Rosario en una columna cultural escrita por Alberto Carlos Vila Ortiz. Este diario, que se jacta con justicia en sus páginas de ser el decano de la prensa argentina, suele dedicar poca atención a la cultura y a los escritores locales menores de cien años. Sin embargo, esta vez "El dado egocéntrico"

había hechizado al comentarista de la plaqueta, que afirmaba lo siguiente:

Documento 2: fragmento del comentario aparecido en *La Capital* de Rosario el 11 de junio de 1972.

"Se completa esta entrega con una pequeña página inédita de Julio Cortázar, que como el dado de esa historia llegó hasta el 'lagrimal' rodando, diciendo 'soy yo, soy yo'. Como esos poemas que Cortázar escribió alguna vez en un antiguo

viaje a Europa, y que sus poseedores guardan celosamente, a cierta foto en Praga o en Viena—no recordamos—de Cortázar casi de espaldas, este cuentito pertenece a ese tipo de obra que está iluminada por la obra total del autor. El tiempo las irá agregando, lentamente, a la memoria de todos, que es la verdadera forma que deben tener las obras completas, con sus hallazgos, sus olvidos, sus páginas secretas compartidas por dos o tres personas, poco más."



Castillo

2. Buenos Aires y México: caen Valadés y Castillo

En aquella época bendita abundaban las revistas literarias buenas y entretenidas, por lo general impulsadas a puro pulmón por un grupo pequeño nucleado alrededor de un tirano. En Buenos Aires Abelardo Castillo y compañía editaban *El Escarabajo de Oro*, sucesora de *El Grillo de Papel* y antecesora de *El Omitorrinco* (en realidad tres animales con distinta piel pero con el mismo olor, el último de los cuales aún sobrevive, salvo error u omisión). En México, por otra parte, Edmundo Valadés, viejo amigo de Rulfo, se las arreglaba para publicar *El cuento*, una espléndida y heterodoxa revista de relatos de todo tipo y procedencia. A ambas les enviábamos nuestras publicaciones en canje. Ambas publicaron "El dado egocéntrico", en el caso de *El Escarabajo de Oro* indicando su procedencia y reproduciendo el fragmento de la carta de Poniachik.



Cortázar

3. Madrid: Félix Grande pisa el palito

También lo publicó la revista *Cuadernos Hispanoamericanos* de Madrid. Uno de sus integrantes, Félix Grande (poeta considerable, atacado durante años de rayuelitis), se puso a delirar con el texto en una nota extensa titulada "El romance del dado y la ratita":

Documento 3: fragmento de "El romance del dado y la ratita" (enero de 1973):

"En esto, el famoso primo de Cortázar llamado el Beto, encantado por aquella frase de mi artículo que dice que Cortázar nos certifica el sagrado derecho a la desobediencia, me pasó con disimulo un pequeño papel que yo imaginé octavilla y que no dejaba de serlo: era un relato de Julio Cortázar, y cuando acabé de leerlo en voz alta se comprobó que decía así: [*transcripción textual del documento 1 de esta nota*] y a continuación: '¡Pero qué dado tan encantador!', clamó suavemente, con abundante lenocinio en la voz, 'la ratita desobediente, emer-



Grande

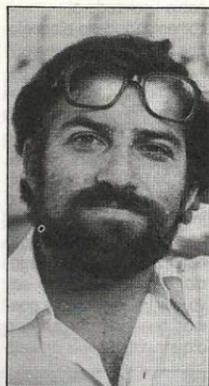
giendo desde la remota tía Albertina y acompañada de Hamelina y del avieso Forges. Y añadió: 'Dime cómo te llamas, majo...' El dado, abalanzándose hacia ella y citando una frase famosa de *La casa de Bernarda Alba*, susurró: '¡Me llamo el dado Paredro! ¡Ven que te tienta!' Y más adelante: '...vimos todos cómo el dado Paredro y la ratita desobediente se besaban en la boca en señal de matrimonio'. Inútilmente, Cortázar trataba de apaciguar el ruido de risas y felicitaciones y gritos orgiásticos, con intención de tocar la trompeta..."

4. Buenos Aires: Poniachik canta

A todo esto Jaime Poniachik había recibido nuestra plaqueta, y luego visto el número de *El Escarabajo de Oro* que reproducía el texto. Hombre de honor al fin, con su clásico tono sereno, pausado, nos aclaró por teléfono: "Eso no es de Cortázar. Lo escribí yo. Creí que iban a darse cuenta. Se dieron cuenta, ¿no?" Hubo un largo silencio en la línea. Dudábamos entre parecer astutos y decir la verdad. "No", dijimos al fin.

5. París: estalla el escándalo

Julio Cortázar, por su parte, llegaba a París proveniente de uno de sus numerosos viajes, y al revisar el buzón se encontró con una serie de materiales que lo llevaron a escribir una extensa carta dirigida a sus "Infectos



Poniachik

amigos", en la que discutía con energía y humor un par de interpretaciones de su obra, pero que parecía tener como centro espectacular al dado egocéntrico, que no dejaba de girar. El título de la carta era extenso: "La agarrada a patadas o el despertar de los monstruos o más sobre dados y ratitas o la respuesta del involuntario pero vehemente responsable: precisiones necesarias a Carlos Curutchet, a Félix Grande, y al pugilista del *Escarabajo de Oro*."

Lo que tenía que ver con el dado era lo siguiente:

Documento 4: fragmento de extensa carta de Cortázar publicada en *Cuadernos Hispanoamericanos* en febrero de 1974:

"El gaucho Félix, en un momento dado se refiere a un texto mío que un supuesto primo también mío y llamado el Beto le había pasado, texto que se apresura a reproducir en su totalidad. No tie-

ne título, es brevísimo, excelente, y su protagonista es un dado. Como la casualidad hace bien las cosas, a mi llegada a París no sólo encontré esto sino un número de *El Escarabajo de Oro* (agosto-septiembre de 1972) en el que también figura dicho texto. Al presentarlo, Abelardo Castillo le pone un copete donde se dan las simplísimas explicaciones siguientes: a) El texto apareció en una revista de Rosario llamada *Lagrimal trifulca (sic)*; b) La revista citada indica que lo recibieron por intermedio de Fassio, que para mí sólo puede ser Juan Esteban Fassio, autor de una célebre máquina para leer *Rayuela*, el cual lo habría cedido a Jaime Poniachik, presumible director de la trifulca en cuestión; c) El tal Beto, mi primo según Félix, sería el puente entre una de los dos revistas y el inocente guitarrero madrileño que no perdió tiempo en incluirlo en su estudio.

"Tiene algo de penoso que tantas precisiones y medios paréntesis sean propiamente al cuete, por la mera razón de que ese texto no es mío. Sí, viejos, han leído bien, qué le vachaché. Se trata de un pastiche muy inteligente y que celebre como fraternal homenaje a mi mundo de cronopios, pero no es del Julio. Se sabe que en su vejez le pidieron a Matisse que identificara un cuadrado sobre el cual había dudas, y que luego de mucho mirarlo les dijo a los expertos que era tan incapaz de reconocerlo como de negarlo. Yo también estoy viejo, pero si algo sé es que en un texto mío jamás ha figurado ni figurará la interjección 'zócate', que me parece obscena y centroamericana. Hecki lo que pa-

sa, don Abelardo, cuando se publican textos sin primero mandarles dos líneas al supuesto autor para que autorice al *Escarabajo* a transportarlo sobre su quitinoso lomo. En cuanto a vos, Félix Grande, no tenés otra culpa que la de quererme tanto, cosa que por lo demás también sé de Abelardo, sin hablar del desencadenante de todas estas catástrofes bibliográficas, porque este joyo que nos ha metido a todos en el baile ya está camino de la ducha, lo han tratado con el linimento que perfuma los gimnasios, y nos espera en el café de la esquina para beber el vitino de la amistad, probablemente con nuevas y asombrosas explicaciones de mis cuentos y novelas (se refiere a Curutchet)."

6. Otra vez Madrid: Félix Grande en la cuerda floja

En el mismo número de *Cuadernos Hispanoamericanos* Félix Grande redactaba una extensa respuesta a la carta de Cortázar, bajo el título "Nadando en las paredes" donde, llevado por la ya arrebatadora maldición del dado, vuelve a reproducir a pie de página el texto multiplicador, para goce de los lectores. Y se muestra además nostálgico de su corta existencia cortazariana. Después de diversos chascarrillos sobre la paternidad de Cortázar, y bajo una cita del gran cronopio en persona ("¿Dónde empieza y termina nuestra libertad? ¿Qué escribimos? ¿Quién escribe?") la expresa claramente en este párrafo:

Documento 5: fragmento de "Nadando en las paredes" de Félix Grande (febrero de 1974):

"Primero, me sorprendió que una página tan memorable y ácrata no fuese tuya. Luego, no comprendí tu desdén por la palabra *zácate*, tan hermosa. Más tarde, supe —sin entusiasmo— que en un instante de debilidad habías resuelto ver en el espejo únicamente el rostro tuyo, en lugar de la multitud y la nada. Después, me sorprendió la grandeza del clandestino autor del dado al renunciar a una porción de gloria. Y, finalmente, Julio, he logrado entenderlo todo: tu desdén y tu súbita fijación en el YO eran meras simulaciones que encubrían tu modestia atroz. Lo demás fue sencillo. Se trataba de recordar a Lovcraft: en el primer tercio del siglo, algunos admirados amigos del narrador oscuro comenzaron a aportar temas, imágenes, horrores, para el bestiario del maestro. Le sugirieron lecturas, nombres de dioses, culturas apagadas, rasgos para los Primordiales, en un afán de colaboración que se les convirtió en destino. [...] Era el homenaje de unos deslumbrados, y a su afán se le llamó más tarde, en las historias de la Literatura, 'El círculo de Lovcraft'. Te imaginé pensándote como centro de otro círculo en embrión, y temiendo esa situación central privilegiada, y rechazándola, ofuscado por la modestia."

7. Buenos Aires-París: el culpable confiesa, la víctima perdona

A esta altura del girar de su dado, Jaime Poniachik se sentía entre

locamente orgulloso e incómodo. Con respeto y humildad, decidió al fin pedir disculpas postales a quien durante varios meses, en varios países, había pasado por autor del texto. Poco después Cortázar le contestaba:

Documento 6: carta de Julio Cortázar a Jaime Poniachik (13 de abril de 1975):

"Gracias por su carta y su libro, que leeré apenas mis muchos viajes de esta época me den un respiro.

"No tiene por qué excusarse de su broma, que no llegaba a mayores; peores cosas me han hecho, sin tomarse el trabajo de pedir disculpas. Como tal vez haya leído por ahí, su divertido texto [que prueba su talento mimético sin la menor duda] me dio la ocasión de escribir unas páginas en las que a mi vez me entretuve a costa del buen amigo Abelardo Castillo que se había 'ensartado' con su broma. Yo creo que cuando se procede sin mala intención, estas cosas son divertidas y útiles, y que los argentinos deberían hacerlos con más frecuencia, para agilizar las relaciones entre escritores, que son siempre almidonadas, bronceadas y narcisistas. Ya ve que no me preocupó su broma y que ahora le agradezco muy cordialmente sus envíos.

"Hasta siempre, un saludo muy cordial

Julio Cortázar"

8. Epílogo

Utilicé aquí sólo los datos y textos de los que tengo conocimiento. Nada me cuesta imaginar dados traducidos al francés, al inglés, al búlgaro, por

personas que nunca leyeron la aclaración de Cortázar, o reproducciones en español, en otras revistas. En su corta trayectoria como hijo de Julio Cortázar, el "dado egocéntrico" convenció a más de un cortazarista, multiplicó la extensión propia por varias veces en textos que también lo tuvieron de protagonista, demostró ampliamente su poder. Lo más lógico sería que a la larga integrase no las obras completas de Cortázar (salvo como traviesa nota al pie) sino las de Jaime Poniachik.

A veces pienso, sin embargo, que tampoco él es el autor del texto, que fue elegido por el dado como *médium* para aparecer ante el mundo. Algo que ocurre con mucha frecuencia en literatura.



Gandolfo



LA VUELTA AL MUNDO

La guerra y la paz

El proyecto de defensa estratégica estadounidense (SDI), popularizado por la prensa como *Star Wars*, se ha convertido en el centro de uno de los grandes debates políticos del momento. No hace muchos años, se lo hubiera considerado un argumento de ciencia ficción, y puesto que hoy todos opinan sobre él es inevitable que los profesionales de la ciencia también intervengan en la polémica.

El año pasado, la cuestión ocupó muchas páginas de la revista que dirige Isaac Asimov, donde fue tratada con gran seriedad.

Abrió el fuego el Dr. H. Bruce Franklin, un académico de formación marxista dedicado a la crítica de cf. En diciembre de 1984, Franklin escribió una nota titulada "No se preocupen, esto es sólo ciencia ficción", donde

argumentaba contra la posibilidad de construir sistemas de defensa ante los misiles nucleares. Allí sostenía que tales sistemas serían todo menos seguros, debido a su alta automatización. La posibilidad de errores de computación—que ya varias veces han puesto en peligro la paz se acentúa ahora por la velocidad que han alcanzado tanto el ataque como la represalia. Un misil balístico intercontinental (ICBM) tarda aproximadamente media hora en alcanzar su blanco, mientras que uno lanzado desde un submarino (SLBM) demora apenas diez minutos; el tiempo para descubrir una falla de computación, así como para cometer o detectar un error humano, se acorta cada vez más. El hecho de que los misiles se fragmenten en cabezas múltiples con distintos blancos (MIRVs) haría muy difícil interceptarlos, por simple saturación de las defensas. Franklin sostiene que, en definitiva, el sistema sería además de enormemente oneroso, ineficaz; de hecho, cuando se tiene la capacidad de anular al adversario antes de que dispare uno se tiente a dar el primer golpe.

En el número de setiembre 1985, el conocido escritor Paul Anderson replicó al artículo de Franklin desde un punto de vista más conservador, y por ende más oficialista.

Anderson recuerda la estrategia anterior, generada por Johnson y MacNamara, que se conoció como MAD, sigla de "Destrucción Mutua

CASOIA



Anderson

Asegurada". En este sistema "loco" (eso significa "mod") la única garantía de paz era que la destrucción de uno de los contendientes sería automáticamente seguida por la destrucción del otro, y con él quizás de la humanidad. Anderson piensa que *Star Wars* es una alternativa mejor, ya que el acortamiento del tiempo disponible para rectificar errores exige una solución

global, más defensiva que ofensiva.

Opina que los misiles tienden a ser cada vez más vulnerables, pues su alta velocidad obliga a eliminar pesados blindajes; sus sistemas "inteligentes" también pueden ser obstruidos con cierta facilidad por medios electrónicos, y la red *Star Wars* los neutralizaría.

Según Anderson, el

proyecto no es caro; en la etapa inicial su costo rondaría los 75 mil millones de dólares, lo cual representa un tercio del presupuesto ofensivo actual; por supuesto, no habla de las etapas siguientes, aunque desestima la cifra de un billón de dólares que se ha hecho circular.

Con cierta candidez, Anderson concluye ponderando las reiteradas promesas de Reagan, quien ha dicho que estaría dispuesto, una vez completado el sistema, a ofrecer su tecnología a la URSS o a cualquier otro país, hasta que todos estuvieran protegidos de todos y la guerra se hiciera imposible. Esto es algo así como creer que aumentando la desconfianza se generaría confianza, por obra de alguna "mano invisible" al estilo de Adam Smith.

El argumento no debe haber sido demasiado convincente, porque la nota de Anderson viene precedida por un editorial de Asimov, en el cual el "buen doctor" disiente con su columnista, basándose en argumentos más ceñidos al sentido común que a la lógica militar.

Asimov comienza por poner en duda la premisa de Anderson, según la cual "ninguna persona cuerda querría la guerra nuclear": sobran los locos que estarían dispuestos a emprenderla...

También observa que en la nota se tiende a reducir la importancia del "invierno nuclear"; en una carta privada, Anderson le habría dicho que el tema pertenece a la propaganda de

izquierda; de paso, Asimov le recuerda que cuando él se oponía a la escalada en Vietnam, Anderson estaba en el bando contrario...

Sin entrar en un debate técnico, Asimov recuerda que desde la Segunda Guerra Mundial se vienen proponiendo sistemas defensivos que asegurarían la superioridad y la seguridad estadounidenses de una vez para siempre; cada vez han resultado menos confiables, más caros y difíciles de controlar.

El eje del argumento de Asimov es que, aunque el sistema fuera perfecto, y sólo lo tuvieran los EE.UU., la guerra volvería a la superficie, con misiles de crucero, aviones o tanques, incluyendo armas nucleares, lo cual no resolvería el problema. Por otra parte, es

ingenuo suponer que EE.UU. (o cualquier país) cedería el secreto de su superioridad. Más bien, ironiza, les dirían a los rusos que primero derrocasen el régimen comunista y pusiesen en su lugar un gobierno republicano, con algunos demócratas para salvar el pluralismo. ¿Y qué ocurriría si los rusos de pronto produjeran su propio *Star Wars*? En esta película, ¿quién haría el papel de Darth Vader?

En cuanto al "invierno nuclear", Asimov lo considera un tema serio y digno de análisis, que no puede ser descartado como propaganda de izquierda cuando las derechas hacen precisamente una fuerte propaganda en su contra.

En definitiva, para

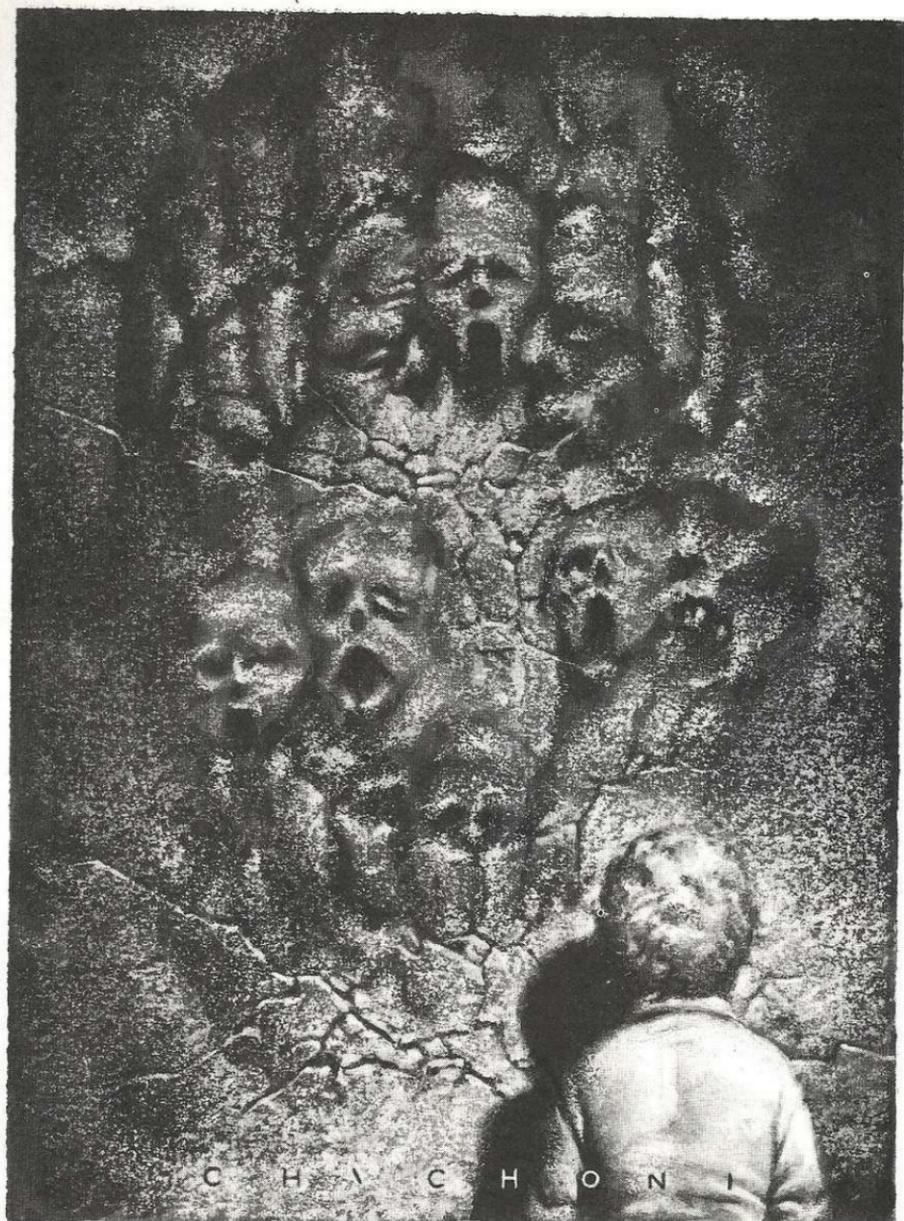
Asimov el único camino es el desarme gradual, hasta el mínimo deseable. Aunque el sistema defensivo prometa preservar los empleos de la industria bélica, con el anverso de una "paz armada perpetua", no le caben dudas de que una simple extrapolación lógica del mismo acaba siempre en el suicidio colectivo. "Quizá el desarme no sea posible, pero en ese caso la civilización no podría sobrevivir, y ninguna guerra de las galaxias podría ni querría salvarnos."

Como se ve, los escritores de ciencia ficción no están tan poco comprometidos como algunos creen, y utilizan toda su inteligencia e imaginación para pensar la realidad que les toca vivir.

PABLO CAPANNA



Asimov



C H I C H O N I

*Los seres
más difíciles de
imaginar.*

Michael Bishop

UN REGALO DE LOS HOMBRES GRISES

ILUSTRO OSCAR CHICHONI

En la casa adonde lo llevó mamá varios meses después que ella y papá dejaron de vivir juntos, Cory tenía un catre en el subsuelo. La casa pertenecía a la hermana de mamá y al esposo de la hermana, Martin, un par de personas infelices que ya tenían cuatro hijos propios. Los hijos de la tía Clara tenían dormitorios auténticos arriba, pero mamá le dijo a Cory que se considerara afortunado por tener al menos un sitio donde dormir y que de todos modos un sótano era mucho mejor que un conducto de aire caliente en una calle de Denver o un pesebre mugriento como aquél donde había nacido el Niño Jesús.

Cory odiaba el aspecto y el olor del sótano. Tenía paredes que parecían las losas de cemento de las tumbas en los cementerios. Mirándolas, casi se podía ver losas de ese tipo alzadas y juntadas para construir esta

pequeña y cuadrada cárcel bajo el suelo. Las losas rezumaban humedad. Se podía imprimir la mano en las paredes con sólo apoyarla en el cemento. Cuando uno apartaba la mano, olía a gris. Cory sabía que los muertos también olían a gris, especialmente cuando hacía mucho que estaban muertos, como esas personas que eran sólo huesos, a las que había visto sonreír en fotos de revistas, sin labios ni ojos ni pelo. Cory a veces se acostaba en el catre preguntándose si un ejército de esos esqueletos que olían a gris se apiñaba del otro lado de las paredes del sótano, trabajando con picos y palas extrañamente silenciosos para romper el cemento y llevarlo a las Tierras Grises donde vivían por estar muertos.

Aunque tal vez las criaturas de olor gris que estaban detrás de las paredes del sótano no fueran esqueletos. Tal vez eran la Gente

de Arcilla. En el televisor de blanco y negro de sus primos, Cory había visto una vieja serial cinematográfica acerca de un planeta extraño. Algunos habitantes del planeta vivían bajo tierra, y podían entrar y salir por las paredes de roca que formaban un laberinto de túneles bajo la superficie del planeta. Se movían en la tierra y la roca del mismo modo en que un niño como Cory podía moverse en el agua en verano o en la nieve floja en invierno. El valiente y rubio héroe de la serial llamaba a estas criaturas la Gente de Arcilla, un nombre muy acertado, pues parecían monstruos moldeados con barro húmedo y puestos a secar al sol. Cada vez que aparecían cojeando con un trasfondo de música metálica y rechinante, a Cory se le crispaban los nervios.

Más tarde, tendido en el catre, los imaginaba tratando de atravesar las paredes viscosas para llevárselo de la casa de Clara tal como papá había tratado de secuestrarlo en ese motel de Ratón, Nueva México. Papá había pasado buena parte del día escondido en el cuarto con las máquinas expendedoras. Cory se había acercado para comprar una Coca y al principio creyó que papá era un monstruo. Sus gritos habían atraído a mamá y también al gerente del hotel y a un guardia de seguridad; el "complot para secuestrarlo" —como mamá lo había llamado después— había terminado embarazosamente para papá, que se había largado de Ratón en su maltrecho Impala como un traficante de drogas fugándose en una serial de TV. Pero ¿qué pasaría si la Gente de Arcilla sabía secuestrar mejor que papá? ¿Y si atravesaban las paredes y lo aferraban antes que él pudiera despertar para pedir ayuda? Sin duda lo llevarían por la gris pegajosidad hasta un lugar donde la tierra le llenaría la boca, le taponaría los oídos y le apretaría los ojos, y él estaría con ellos por siempre jamás, igual que un muerto.

Así que Cory odiaba el sótano. A sus primos ese lugar húmedo y sin ventanas les disgustaba tanto como a él, y rara vez bajaban a molestarlo. Aunque eso no era problema cuando deseaba estar solo, nunca quería estar solo en el sótano. Al oler el moho, al tocar las paredes grasientas, al sentirse como un malhechor en confinamiento solitario, Cory se imaginaba cercaado por un peligro innombrable, lleno de muerte. Esqueletos. Gente de Arcilla. Monstruos de las tinieblas terrosas. Estaba bien

quedarse solo en un camino de montaña e incluso en un aula de la escuela, pero quedarse solo en el sótano era un castigo por no tener un papá que viniera a casa todas las noches como debían hacer los papás. Papá mismo, que una vez había intentado secuestrar a Cory, nunca le habría hecho pasar las noches en esa especie de cárcel. O, si por alguna razón papá no hubiera podido impedir ese arreglo, se habría quedado abajo con Cory para protegerlo de las criaturas que se arrastraban hacia él desde las Tierras Grises.

—Cory, no hay nada que temer aquí abajo —dijo mamá—. Y no querrás que tu madre comparta el dormitorio contigo, ¿verdad? ¿Un grandullón de siete años como tú?

—No —admitió—. Quiero a mi papá.

—Tu papá no puede protegerte. No puede o no quiere mantenerte. Por eso tuvimos que abandonarlo. Él sólo intentó recobrar-te, Cory, para lastimarme. ¿No lo entiendes?

¿Papá lastimaba a mamá? Cory meneó la cabeza.

—Lamento que sea un sótano —dijo mamá—. Lamento que no sea un chalet con una gran ventana panorámica que dé a un paso de montaña, pero las cosas no han sido así para nosotros últimamente.

Cory rodó en su catre para rozar con la nariz la pared que parecía una losa.

—Cuéntame de qué tienes miedo —dijo mamá—. Si me cuentas, tal vez podamos solucionarlo juntos... sea lo que sea.

Tras cierta insistencia, pero sin volver la cara, Cory habló de los esqueletos y la Gente de Arcilla de las Tierras Grises que había más allá del cemento.

—¿Las Tierras Grises? —dijo mamá—. No hay Tierras Grises, Cory. Hay esqueletos, sí, pero no se levantan ni caminan. Por cierto no usan picos y palas para invadir sótanos. Y la Gente de Arcilla, bien, son sólo monstruos de televisión, engañosas, no algo que deba preocupar a un niño grande en la vida real.

—Quiero dormir en el diván de arriba.

—No puedes, Cory. Tienes tu propio baño aquí abajo, y cuando te levantas y necesitas usarlo, bien, no molestas al tío Martin ni a la tía Clara ni a los niños. Hemos hablado antes de todo esto, ¿verdad? Sabes que es importante que Marty duerma. Tiene que levantarse a las cuatro para hacer su turno en la estación de bomberos.

—No usaré el baño de arriba. Ni siquiera beberé antes de acostarme.

—Cory, por favor.

El niño rodó sobre sí mismo y se apoyó en los codos para mirar a la madre a los ojos. —Me asustan las Tierras Grises. Me asustan esos monstruos que huelen a gris y entrarán por las paredes desde allá.

Mamá le revolvió el pelo juguetonamente. —Eres imposible, ¿sabías? Realmente imposible.

Era como si ella no pudiera creer del todo en su miedo. Parecía pensar que la mención de las Tierras Grises y los monstruos que vendrían de allá era sólo la treta de un niño que quiere llamar la atención de un adulto. Aceptaba que no le gustara el sótano, pero la idea de un cercano y subterráneo país de la muerte con habitantes siniestros que olían a gris era una mentira pueril. El niño extrañaba al padre, y mamá no podía asumir el papel de protector —aunque Clinton había sido un inútil en ese sentido— porque para un niño una mujer no era un hombre. Así que mamá le revolvió el pelo de nuevo y lo abandonó a sus ilusorios demonios.

Cory no volvió a hablar con nadie acerca de las Tierras Grises. Pero cada noche, odiando el olor húmedo y arcilloso del sótano, el pegajoso piso de linóleo, los conductos de calefacción envueltos en papel metálico y sujetos al cielo raso, y la bombilla desnuda que colgaba como una calabaza seca de una viga junto a la escalera inconclusa, se acurrucaba bajo las cobijas del catre y hablaba con las raras criaturas que abrían sigilosos túneles desde las Tierras Grises —la Gente de Arcilla, los Zombis de Tierra, los Títeres de Hueso—, pues en esa mezcla familia era el único que creía en ellas.

—Quedaos donde estáis —susurraba Cory a la pared—. No vengáis aquí. Quedaos donde estáis.

Los monstruos —fueran lo que fuesen— obedecían. No atravesaban el cemento para capturarlo. Desde luego, tal vez el cemento era demasiado grueso y duro y para llegar debían trabajar mucho más. Tal vez aún estaban escarbandando. La Gente de Arcilla de ese planeta de película podía atravesar la tierra sin usar herramientas, pero tal vez la tierra de la Tierra era más compacta. Tal vez el anticuado cemento de Colorado podía resistir durante meses contra esas obstinadas criaturas. Cory esperaba que así fuera.

Para estar más tranquilo, seguía hablando con ellas, rogando que se detuvieran, suplicando que no minaran los cimientos de la casa de su rencoroso tío con esas excavaciones secretas.

Vino el verano, y aún no habían llegado a él. Las paredes aún se interponían, lisas al tacto aquí, ásperas allá. Algunos de los rasguños en el gris reluciente eran como una escritura extranjera e ilegible. Los rasguños preocupaban a Cory. Se preguntaba si habían estado siempre. Tal vez las criaturas de los túneles las habían garrapateado en el cemento desde el otro lado, sin conseguir que la punta de sus extraños instrumentos de escritura atravesara las paredes pero logrando, con gran esfuerzo y perseverancia, hacer marcas en la superficie externa donde un ser humano real como él pudiera verlas. El niño seguía estas marcas con el dedo. Trató de descifrarlas. Pero sólo había cursado un año de escuela, y no podía hacerlo sin ayuda. Lamentablemente, no podía pedir ayuda sin romper la promesa que se había hecho de no hablar nunca de los Hombres Grises a nadie de la familia de la tía Clara. Si mamá no atinaba a crearle, ¿cómo vencería a sus tercos primos, que sólo lo querían como mandadero o escondido en el dudoso refugio del sótano?

Luego Cory advirtió que tal vez le costaba tanto leer los húmedos rasguños de los Hombres Grises no porque él fuera lento o porque los rasguños representaran caracteres de un idioma extranjero, sino porque el penoso método de sus torturadores de presionarlo hacia las partes visibles de las paredes hacía que los caracteres se inscribieran *invertidos*. Cory se enorgulleció de haberlo deducido. Hurtó un espejito de la cartera de la hija mayor y bajó la escalera crujiente para probar su teoría.

Esta muchacha, Gina Lynn, de quince años, lo sorprendió apoyando el espejo contra uno de los tramos más ásperos de la pared, entornando los ojos entre el cemento y el vidrio ovalado. Entretanto, con un fragmento de lápiz roto, él intentaba copiar los rasguños invertidos en un jirón de bolsa de papel. Cory no oyó que Gina Lynn bajaba la escalera porque estaba muy concentrado en su tarea. Además comenzaba a comprender que no podía demostrar su maravillosa teoría. La misteriosa caligrafía de los Hombres Grises seguía careciendo de sentido.

—Eres el bicharraco más raro que he visto

—dijo sin rodeos Gina Lynn—. Devuélveme mi espejo.

Sobresaltado y avergonzado, Cory se volvió. Entregó el espejo. Gina Lynn no le hizo preguntas, sabiendo por experiencia que a lo sumo él respondería con monosílabos, pero comentó a gritos que el niño podía leer las marcas del cemento como otros leían las formaciones de nubes o las entrañas de las aves. Al tío Martin, que pasaba un fin de semana largo en casa, le causó gracia este descubrimiento sobre el hijo de su cuñada. Llamó a Cory al living para reprimirlo por llevarse el espejo, pero sobre todo por apoyarlo contra las estrias chatas de una mera pared de sótano.

—Habla —dijo—. ¿Qué te contó esa estúpida pared? No quiero secretos. Quiero un dato de ese cemento. ¿Cuál sería una inversión sólida para un tipo como el tío Marty, que dispone de tan poco dinero?

Cory sintió que le ardía la cara.

—Vamos, niño. Estamos en familia. Revelanos qué pasa. Cuéntanos a todos. ¿Qué pasa allá abajo, en el sótano?

—¿Quién ganará la Serie Mundial este año? —preguntó David, de doce años.

—¿Hank Danforth invitará a Gina Lynn a su fiesta? —preguntó Faye, turbadoramente precoz para sus nueve años.

—Cierra el pico —le advirtió Gina Lynn.

Y Deborah, de trece, preguntó: —¿Estallará la guerra? Pregunta a tu estúpida pared si los rusos van a bombardearnos.

—Tal vez la pared le pedía crema facial —dijo el tío Martin—. Ya sabes, para alisarse las arrugas. —Los revoltosos hijos del tío Martin soltaron la carcajada.— Tan sólo anotabas la marca, ¿verdad, Cory? No quieres traer una marca equivocada de crema para untar tu pared favorita. Después de todo, tú eres el que tiene que enfrentarla todas las mañanas, ¿verdad?

—Loción de Silicato —dijo Gina Lynn—. Aceite de Grava.

Mamá atendía la caja registradora en alguna tienda. No estaba en casa. Cory fijó los ojos en la hebilla del cinturón del tío Martin, la miniatura en bronce de un coche de carreras, y esperó el fin de ese juego tonto. Cuando terminó, sin que él hubiera abierto la boca para responder a las imbéciles provocaciones, bajó con dignidad herida al rincón del sótano donde estaba el catre. De nuevo solo, miró un rato las marcas que el espejo de Gina Lynn no le había permitido

leer. Los rasguños empezaban a asustarlo. Cifrabán un idioma que él aún no había aprendido. Tal vez contenían provocaciones —amenazas, en verdad— más crueles y mucho más peligrosas que las que su tío y sus primos le lanzaban por diversión.

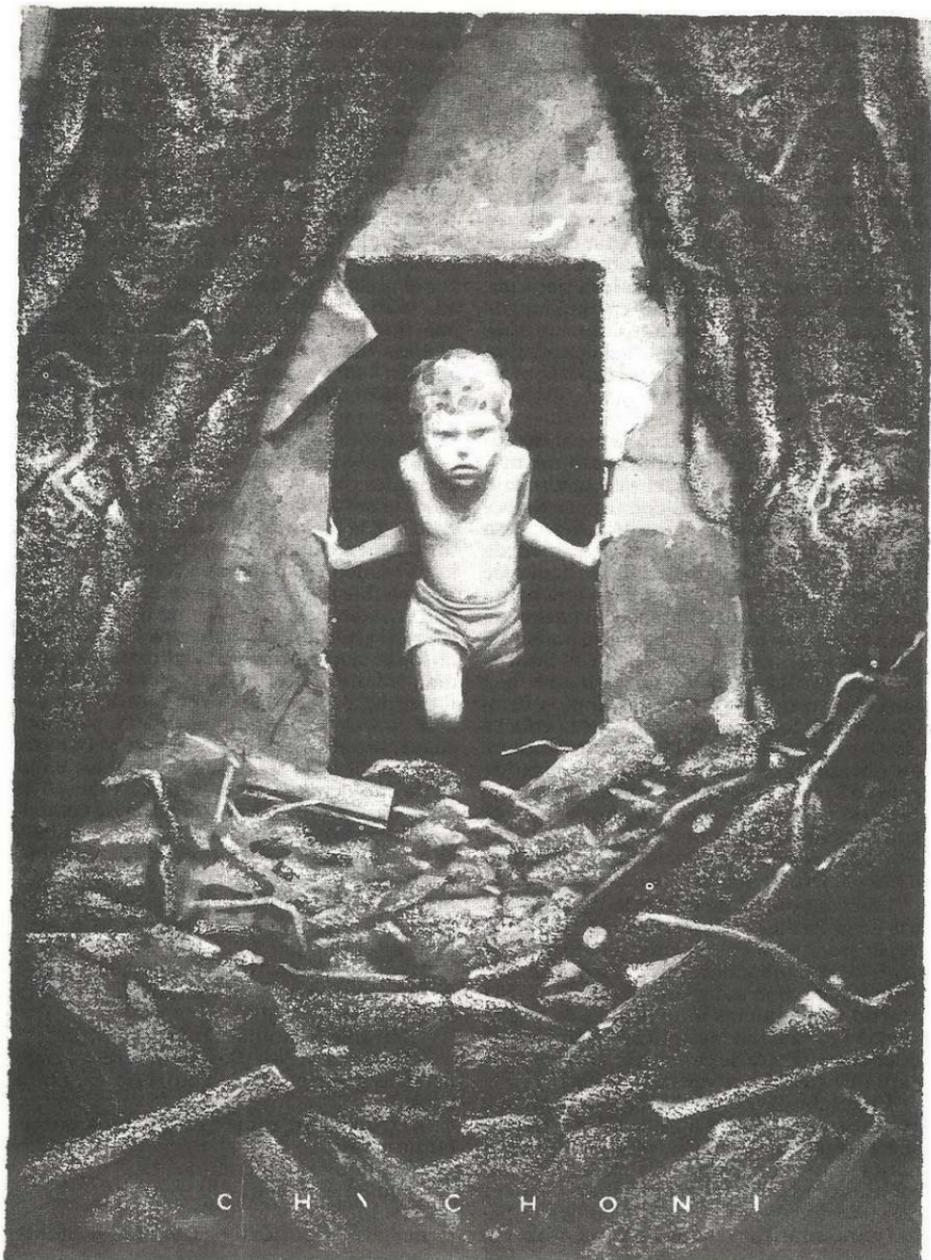
Dos días después, en el apartado garaje del tío Martin, Cory encontró un galón de pintura amarilla que la tía Clara había comprado tres veranos atrás para pintar las descascaradas persianas de la casa. También encontró un pincel y un aerosol de esmalte negro que David había usado recientemente para retocar el armazón de su bicicleta de diez velocidades. El niño llevó esos objetos a su refugio privado.

Sin más ropa que sus calzoncillos Jockey, se puso a arrojar gruesas gotas de brillo látex sobre los jeroglíficos que tanto lo perturbaban. Al principio, tapó algunos con la imagen goteante de una enorme yema de huevo ladeada. Luego, meciendo el brazo en arcos cada vez más amplios, convirtió esta forma payasesca en el ala de un festivo sombrero de paja. El ala del sombrero cobró forma de gong, y el gong se infló hasta formar una de esas gigantescas y amarillas tazas de té que giraban y giraban en un parque de diversiones del vecindario. Pero al fin Cory hizo un círculo grande como un sol pequeño, una pelota de alegría que alumbraba el sótano como si la pintura estuviera en llamas.

Trazó el contorno del sol con el aerosol de pintura negra y añadió llamaradas y feroces penínsulas que exigían aun más amarillo. Luego pintó lámparas más pequeñas en otros tramos de la pared y también en las otras paredes, y regordetas aves tropicales con crestas y barbas, y piñas grandes como las lámparas, y una larga playa amarilla bajo el sol ardiente. Se le amarillaron los brazos, y los delgados muslos, y el vientre chato y el pecho. Entretanto, su cara parecía reflejar el brillo del gris obliterado que él se esforzaba por cubrir para siempre. Si tenía que vivir y dormir en ese agujero húmedo en el suelo, que fuera un feliz agujero en el suelo. Que la luz de soles artificiales, lámparas bidimensionales, frutas y caca-túas dibujadas torpemente se derramara en el sótano por los poros del cemento.

Que se hiciera la luz.

Que se hiciera la luz para mantener a raya a los Hombres Grises. Pues Cory creía



C H \ C H O N I

que el trabajo realizado, los símbolos que había trazado alrededor del catre como una cerca de luz solar, impediría que las criaturas subterráneas atravesaran las paredes para alejarlo de mamá y el mundo real de los automóviles y las montañas y los estadios de fútbol, el mundo real donde ella intentaba buscar un sitio para ambos. Tal vez ahora estaba más seguro. Tal vez estaba más cerca que nunca de salir para siempre del sótano del tío Martin y la tía Clara.

Pero mientras Cory admiraba lo que había hecho, David bajó la escalera para pedirle que fuera a la tienda. Su primo mayor lo vio semidesnudo y pintado como un aborigen en medio de una jungla gris y amarilla muy diferente de lo que David esperaba encontrar a sólo un piso de la sala de TV de la familia.

—Demonios —dijo, y subió la escalera como si Cory planeara degollarlo allí mismo.

Un momento después, el tío Martin bajó furiosamente la escalera con un par de botas con suela de sogas que sacudieron esa estructura inconclusa como una torre de asalto medieval en una vieja película de Tyrone Power. No podía creer lo que había hecho Cory. Magulló el brazo y el pecho del niño mientras lo mecía de aquí para allá para demostrar su incredulidad y su insatisfacción. Arrojó a Cory hacia el catre, con tanta fuerza que el catre se desplomó y tumbó al niño a lo largo, de modo que la cabeza chocó contra un tramo de cemento pintado. La pintura amarilla manchó la espiral de pelo de la coronilla de Cory, y un hilillo rojo se abrió paso por la mancha para enfurecer aun más al tío Martin.

—¡Esta es mi casa! —vociferó, abofeteando a Cory—. ¡Nadie te autorizó a hacer esto!

Los pantalones de la tía Clara aparecieron en la escalera temblequeante. Se los vio bajar poco a poco. Cuando el tío Martin echó el brazo hacia atrás para propinarle otra sonora bofetada, ella exclamó: —¡No, Marty! Hay noticias interesantes en televisión. A ti te gustan las noticias. Ven a ver lo que ocurre. Trata de calmarte. Yo me encargaré de esto. Ven a ver las noticias.

El antebrazo del tío Martin se detuvo a poca distancia de los ojos de Cory. —¡Nadie se encargará de esto, Clara! —gritó—. ¡Dejaremos a nuestro pequeño Picasso con sus roñosas obras maestras amarillas! ¡Tal vez para siempre! —Arrojó a Cory contra la pared para enfatizar esta última amenaza, pa-

teó el catre desvencijado y subió la escalera, arrastrando consigo a la tía Clara como si buscara un refugio contra el desquiciado arte de Cory. Luego hubo un portazo. Poco después, la bombilla desnuda cercana a la escalera se apagó; y el niño comprendió que uno de sus primos, a pedido del tío Martin, había cortado el circuito que controlaba el suministro de energía del sótano.

En total oscuridad, salvo por una hendidura de luz bajo la puerta de la escalera, Cory se agazapó junto al catre. Luego alguien —tal vez el mismo tío Martin— puso algo —tal vez una toalla enrollada— a lo largo del pie de la puerta; y la impura oscuridad de esa cárcel se hizo tan plena que el niño pensó que alguien —tal vez un Hombre Gris— le había clavado una aguja indolora en los ojos para inyectarle tinta. Aún tenía ojos, por supuesto, pero sólo veían negrura, como caramelos de orozuc o aceitunas maduras y húmedas. Con tales ojos, sólo podía “ver” oscuridad.

¿Y el sol gordo y amarillo que había pintado? ¿Y la playa, las piñas, las lámparas de sol y las cacatúas? Apoyó las manos en las losas húmedas del sótano y palpó cada figura invisible para tranquilizarse. ¿La humedad era sólo el sudor del cemento tocando el suelo, o era indicio de pintura fresca? Cory no lo sabía. Cuando se olió las manos, despedían el familiar aroma gris, pero aun el brillante pigmento amarillo podía adquirir ese olor cuando, como una pátina de perfume suave, se aplicaba a una losa erguida de gris terroso. El niño se enjugó las manos en el pecho. ¿Se enjugaba una mancha de sol de látex o la pegajosa transpiración de cemento subterráneo? Como nunca podría saberlo, desistió de sus intentos.

Luego oyó golpes arriba y supo que mamá había vuelto del trabajo. Ella y el tío Martin estaban frente a la puerta de la escalera, discutiendo.

—¡Por amor de Dios, Marty, no puedes dejarlo encerrado en el sótano... no importa lo que haya hecho!

—¡Mírame, Claudia! ¡Tan sólo mírame!

—¡Bajaré a verlo! ¡Soy su madre, y tengo derecho a verlo! ¡De lo contrario él subirá aquí!

—¡Lo que hará, mujer, es cocinarse en sus pintarrajos!

—¡Ni siquiera ha comido!

—¿Quién te dijo que lo merece?

—¡Es mi hijo, y lo dejaré salir!

Luego la oscuridad de Cory fue sacudida

por el ruido que hace un perro grande cuando embiste la tablilla de una cerca, y mamá gritaba, y la tía Clara maldecía a mamá y al tío Martín, y el andamiaje de la escalera temblaba en sus improvisadas amarras. Un ruido siguió a otro, y una maldición a otra, y pronto el sector alto de la casa pareció estar valseando al ritmo de las bofetadas y la rotura de la vajilla o adornos diversos. Cory esperó que terminara el bullicio, mamá triunfara, la puerta se abriera y la oscuridad cediera ante una liberadora inundación de luz que encendería el sol amarillo y los otros símbolos felices que él había pintado. En cambio, cuando el ruido cesó y la casa dejó de temblar, la oscuridad persistió, y también el silencio, y Cory sólo pudo deducir que mamá y su cuñado se habían matado entre sí o que mamá al fin había aceptado que Cory merecía estar solo en la oscuridad por tratar de embellecer las tontas paredes del sótano.

Fuera como fuese, la puerta no se abrió, y la tinta de los ojos se le espesó cada vez más, y pronto advirtió que tendría que resistir no sólo la oscuridad sino el constante avance de los Hombres Grises —Gente de Arcilla, Zombis de Tierra, Titeres de Hueso—, tratárase de un castigo premeditado o de un escalfriante accidente. (Tal vez un ladrón se había escabullido durante la discusión y había apuñalado a todos antes que mamá pudiera contarle que su hijo estaba encerrado en el sótano. Tal vez mamá no le había dicho nada al hombre malo por temor a que el hombre malo se atemorizara y bajara para apuñalar también a Cory.) De un modo u otro, estaba atrapado, sin luces, sin nada que comer y con estrías de pintura amarilla en el cuerpo invisible y con un baño diminuto e hilillos de agua herrumbrosa por toda comodidad.

Cory subió la desvencijada escalera, clavándose una astilla en la palma cuando aferró con demasiada fuerza la barandilla. Arriba, golpeó la puerta con un tamborileo rápido que retumbó de su lado como el repiqueteo de un combate con varas de bambú en el fondo de una piscina vacía. ¡Sacadme de aquí! —gritó—. ¡Quiero salir de aquí! —Lo cual no era digno, lo sabía, pero era necesario, en el principio de su confinamiento, para poner a prueba la voluntad del tío Martín de mantenerlo encerrado. Si el ruido ponía nervioso al tío, si las súplicas lo ablandaban, el chico tendría que usar esas

tácticas, por mamá y por él. Pero fue inútil, y al fin se sentó y se mordisqueó la palma hasta que tuvo la punta de la astilla entre los dientes de leche y logró extraerla de la carne lastimada que la cubría.

La oscuridad traga el tiempo. Cory decidió que la oscuridad tragaba el tiempo cuando su aislamiento en el sótano negro se prolongó tanto que no pudo recordar haber estado en ninguna otra parte ni siquiera una cuarta parte del lapso que había pasado acurrucado en el catre esperando el fin de la oscuridad. No distinguía si el tiempo se estimaba como un sorbo de melcocha de agua salada o se detenía como una araña cuando se le sostiene una cerilla sobre el cuerpo. El tiempo no era algo que transcurriera en la oscuridad. La oscuridad lo había tragado. Trataba de digerir el tiempo en la profundidad de sus entrañas, pero cuando el tiempo surgiera de nuevo, sin duda, sería algo sucio, físicamente alterado, maloliente —tal vez olería a gris— y desagradable. Casi deseaba que la oscuridad lo tragara también para no tener que enfrentar el tufo del tiempo cuando, alterado de ese modo malo pero inevitable, volviera viscosamente al mundo.

Una vez creyó oír sirenas. Tal vez el tío Martín había ido a un incendio.

Más tarde, sin embargo, le preocupó más la posibilidad de que los Hombres Grises estuvieran por horadar la pared externa del sótano que el incendio de la casa de un pobre desconocido. Puso las manos en la losa que tenía al lado. Lo hizo para mantener la losa en su lugar, para empujarla contra los ásperos Hombres Grises que apretaban sus moléculas contra la tierra —las apretaban como tía Clara apretaba naranjas para exprimir las sábanas por la mañana— para garabatear mensajes al revés en el cemento, en un idioma tan extraño que ni siquiera un espejo podía traducirlo. Como ya no podía ver estos mensajes, empezó a sentir las estricciones que los envolvían. Tal vez los Titeres de Hueso, los Zombis de Tierra, la Gente de Arcilla, o lo que fueran, preferían establecer contacto con los seres humanos vivos mediante símbolos que se *sentían* en lugar de verse.

Una especie de Braille. ¿No tenía sentido? Era lógico pensar que los monstros que vivían bajo tierra, en una tiniebla eterna fueran ciegos, ¿o no? La

maestra de primer grado les había hablado de los topos, que veían poco, y les había mostrado una película sobre animales cavernícolas que no tenían ojos porque, en sus oscuros ambientes, habían evolucionado de ese modo. Bien, tal vez los Hombres Grises eran como esos animales cavernícolas, sin ojos, ciegos, total e incurramente ciegos, pues por elección y desarrollo evolutivo se habían alojado en la oscuridad. Por eso podían escribir en las paredes símbolos invertidos que había que sentir y luego enderezar mentalmente para entenderlos.

Cory se esforzó para lograr que el extraño Braille de los Hombres Grises le hablara por las yemas de los dedos. Tal vez esos mensajes le permitieran averiguar qué cosas horribles planeaban hacerle cuando al fin atravesaran el cemento. Tal vez los símbolos eran advertencias. Advertencias destinadas a asustar. Un niño realmente listo las dejaría en paz, pero como estaba encerrado en un sitio del que no podía escapar sin ayuda de los adultos —adultos de quienes un niño esperaría decisiones responsables sobre él, y quizá también sobre ellos—, Cory tenía que luchar por su cuenta para desentrañar las extrañas muescas y protuberancias. A solas, en la oscuridad, era mejor saber que no saber, aunque aprendieras cosas que te revolverían el estómago y te pondrían los pelos de punta. Hasta ahora, sin embargo, no aprendía nada. Esos estúpidos mensajes táctiles seguían desconcertándolo, resistiendo toda lectura, sin adquirir sentido ni en las yemas de los dedos ni hacia atrás ni hacia el costado ni cabeza abajo en el giratorio pero resbaladizo tornillo de carpintero de su mente.

—¡Sois ciegos y ni siquiera podéis escribir como los ciegos! —gritó Cory. Golpeó la losa sudada cercana al catre como siglos atrás había golpeado la puerta de la escalera. ¡Tap, tap, tap!, y ni siquiera la satisfacción de un eco. Sólo puños magullados y un labio mordido.

Pellizcándose la carne entre el pulgar y el índice, Cory arqueó las piernas bajo la lona del catre. Se acostó, acariciándose el pellizco, y miró por ojos llenos de tinta la densa nada que lo sofocaba como la lúgubre presión del aire de una tumba. Negrura aquí y negrura allá, canturreó, aquí negrura, allá negrura, por doquier todo negrura, el tío Marty tenía una tumba, ía-íá-oh. Y la melodía de la canción infantil seguía machacán-

dole la cabeza casi del mismo modo en que la oscuridad seguía afirmándose alrededor. Ambas eran ineludibles, y pronto se mezclaron en la mente de Cory como reflejos mutuos que no podía ver bien y que, por tanto, no podía distinguir ni utilizar.

Arriba, tenues como el zumbido de un solo mosquito de verano, sirenas otra vez.

Y luego, de algún modo, el sol que Cory había pintado en la pared —la fungosa esfera amarilla con géiseres rizados y resplandores alrededor de la circunferencia— se encendió como una bombilla de magnesio grande como un letrero de Mobile Oil. Pero, al contrario de una bombilla de magnesio, el sol de Cory no se apagó. En cambio, en las burdas catacumbas de la casa de sus tíos, continuó brillando con un fulgor incandescente. La luz bañaba todo el sótano. Cory tuvo que alzar un antebrazo manchado de pintura para protegerse los ojos de la fiera intensidad de ese resplandor insorportable. Las imágenes de las lámparas de sol en esta y las demás paredes, las aves del paraíso, las bananas, piñas y papayas, todas esas torpes imágenes bidimensionales comenzaron a arder. Lo hicieron con una ferocidad apenas menos deslumbrante que el gran sol de látex. Cory pensó que Dios mismo había devuelto la electricidad. Por alguna razón, sin embargo, había preferido no usar el camino ortodoxo de los cables.

No, había preferido dotar de ennegecedor brillo los símbolos de la vida y el sol que Cory había pintado en las paredes. Si mamá no lo ayudaba, Dios lo haría. Si sus tíos y sus cuatro revoltosos primos no lo llevaban a la luz del día, bien, Dios enviaría un regalo de luz diurna multiplicada hasta el sótano. Aunque agradecido por el favor divino, el niño se apartó aturdido del regalo. Era demasiado grandioso, demasiado quemante, y por un instante Cory había visto el hueso del antebrazo que le cubría los ojos con un susto que la gratitud no podía borrarle de la memoria.

Y luego, casi como si hubiera soñado ese don divino, la oscuridad se refirmó, como una pantalla de televisión reduciéndose a una mancha central fluctuante y ennegreciéndose en medio de un programa que él había esperado todo el día.

Ía-íá-oh.

Cory se quedó quieto en el catre. Algo había ocurrido. Por un instante, la tinta se le había salido de los ojos, que se le habían

inundado con un líquido semejante a un fluido más claro. Luego el líquido se había encendido, y ardido y consumido, y la tinta había vuelto. O algo parecido. Cory aún veía borrosas aureolas de luz en la congelada negrura de la tinta. Luciérnagas. Amebas relucientes. Cerillas migratorias. Pececillos carmesíes. Nadaban y nadaban, y a nadie le importaba un rábano el niño del sótano.

Y luego le pareció que arriba un torbellino devastaba el vecindario de sus tíos. La oscuridad rugía, y la escalera temblaba de nuevo. Sólo que esta vez el temblor era tan violento que los escalones y las barandillas —un pequeño tintineo en la barahúnda de ese huracán de montaña que soblapa sobre él— se soltaron del andamiaje y como teclas de un gran xilófono de madera cayeron y chocaron con discordante música de catástrofe: plinc, plunc, crash, bum, clap, clap. Habría sido gracioso, sólo que el rugido y el temblor y el suspiro amplificado de lo que ocurría arriba de la escalera —¿qué escalera?—, en el mundo real, ese patio de juegos de fieras y adultos donde cada cual devoraba al otro, no se detenía. Cory temió que el ruido le partiera la cabeza. Más aun, empezó a pensar que tenía el ruido *dentro* del cráneo, un globo de sonido inflándose hasta una explosión que decoraría las paredes que olían a gris con relucientes trozos de cerebro semejantes a ostras. Gris sobre gris.

El rugido incesante tragó el tiempo. Cory empezó a olvidar que el mundo no siempre había producido tanto ruido. Parecía una constante, como el aire. Se preguntó si los Hombres Grises serían los culpables, si aullarían desde todos los sótanos sin techo del vecindario que habían logrado invadir desde sus grutas terrosas. En tal caso, pronto estarían aquí, y el tiempo comenzaría de nuevo y también se detendría para siempre cuando le abrieran el cielo con sus ásperos y desdichados aullidos.

Tal vez el aire no era una constante. De pronto Cory tuvo problemas para respirar. Además las paredes pegajosas habían empezado a sisear, como si la viscosidad invisible se hubiera calentado hasta producir vapor. Jadeando, bajó del catre y se arrastró por el piso hasta el nicho donde un viejo calentador, en desuso desde los últimos días de la administración Eisenhower, se agazapaba como el fuselaje aserrado de un cohete. Cory no lo veía, por cierto, pero recordaba su aspecto. La envoltura metálica del

cilindro le escaldó el hombro desnudo cuando pasó junto a esa antigualla.

Aún jadeando, desconcertado por no poder llenarse los pulmones, el chico se tumbó detrás de la vieja caldera y volvió la cara hacia una abertura de la pared de cemento —un accidente en el vaciado— por la que solapaba un débil hálito de aire tibio, no tan caliente. Torció el cuerpo irritado e inflamado para meter toda la cabeza en ese anómalo conducto de ventilación. El labio inferior del cemento le mordía el cuello, pero ignoró esta pequeña incomodidad para tragar el aire que entraba. ¿Un regalo de los Hombres Grises? Tal vez. Cory no hacía preguntas, tan sólo tragaba y tragaba, rogando que el ruido muriera, el calor se aplacara y la provisión de oxígeno regresara a los niveles previos al ruidoso torbellino.

En esta incómoda postura, el niño se durmió. O al menos perdió la conciencia.

Cuando Cory despertó, le zumbaban los oídos, pero el torbellino había cesado. Sacó la cabeza del tosco orificio en el cemento y descubrió que podía respirar cómodamente. Salió a la rastra de atrás del viejo calentador de gas. Una oscuridad siniestra dominaba el día, pero podía ver de nuevo, como a través de una humareda o de aguas turbias. Partes del cielo raso del sótano habían caído, pero las paredes estaban en pie, y sobre ellas, opacos como marcas en el fondo de una piscina con escoria, ondeaban los símbolos infantiles que él había pintado con pincel y aerosol en el cemento. El hollín y el polvo moteaban su obra, dando una desalentadora opacidad al amarillo látex que hacía un rato —una hora, un día, un milenio— había gritado con la gloria de Dios. El hollín y el polvo flotaban en el sumidero seco del sótano como barcia en el aire de un granero en una granja del oeste de Kansas.

Miró hacia arriba. La escalera se había derrumbado, y la puerta que él había golpeado, bien, esa puerta ya no ocupaba la jamba que enmarcaba un portal vacío encima de las escaleras caídas. En realidad, tampoco había jamba sino un refrigerador inclinado cuyas ruedecillas traseras colgaban en el borde del piso en declive. Cory no entendía cómo había terminado en ese lugar y esa posición, pero como las paredes de la parte superior de la casa se habían evaporado, junto con el cielo raso, los muebles, y los ocupantes humanos, no se preocupó mu-

cho tiempo por las recientes peripecias del refrigerador sancocado. Encima de las ruinas de la casa, el cielo parecía un revoltijo de mayonesa cortada, cocoa fría, copos de algodón disueltos y pasta de tomate quemada. Era escalofriante.

Todo lo demás, tan repugnante como el cielo, apestaba. Gemidos distantes se superponían a los tintineos de metal derretido o perforaban a veces la suave estática de la nevisca negra. Aunque era verano, esta nieve caía oblicuamente del cielo pesadillesco. Apropiadamente, era una nieve pesadillesca, con copos que parecían cenizas barnizadas de plata, acres como pólvora. Cada ceniza tenía el tamaño de una moneda liviana. Un cielo raso combado protegía al niño de la nevisca, pero él estaba decidido a salir del sótano y andar con la cabeza descubierta por la maligna tormenta de ébano.

La cabeza descubierta, el pecho desnudo, los pies descalzos.

Antes que llegaran los Hombres Grises.

Pues, sin duda, llegarían, ahora que los adultos, al achatarlo todo, les habían facilitado la tarea de abrir túneles. Una de las paredes exteriores del sótano ya empezaba a desmigajarse. Para la Gente de Arcilla, los Zombis de Tierra o los Titeres de Hueso sería un alivio atravesar con sus frías moléculas ese material blando. Y, sin duda, estaban en camino.

Cory salió del sótano. Le llevó un tiempo, pero trepó por los escombros de la escalera, brincó hacia el borde del suelo cerca del refrigerador inclinado, subió hasta asomar la barbilla y levantó penosamente una pierna, y al fin pudo plantarse en el suelo en declive. Luego, mientras hacía girar los brazos para conservar el equilibrio, observó atónito cómo el gran Amana de la tía Clara se bamboleaba y caía como una bomba en las ruinas de la escalera, provocando un géiser de polvo cuyas partículas se mezclaron con las cenizas que había producido el torbellino.

Pero evitó caerse, y miró en torno, y vio que los altos edificios de Denver, antes bien visibles desde el vecindario de sus tíos, ya no dominaban el paisaje, que estaba horriblemente transfigurado. Por todas partes lo rodeaban escombros, muertos calcinados, árboles destrozados y automóviles derretidos. Una nevisca de negativo fotográfico, puntos fosfóricos polarizados de cadenciosa letalidad, velaba las montañas del oeste.

Cory apartó los ojos de las montañas. —¡Mamá! —exclamó—. ¡Mamá! —Como no era razonable esperar una respuesta en ese lugar irreconocible, echó a andar. Algunos de los tocones quemados entre los escombros eran quizá restos de personas que había conocido, pero no deseaba arrodillarse para comprobar esa estremeccedora coronada. Siguió caminando. Y era como caminar por un vaciadero con las dimensiones de... bien, de Denver misma. Tal vez era aun mayor. La ubicua nieve negra y el cielo escalofriante lo sugerían.

Y entonces vio a su primer Hombre Gris. Ante la visión se detuvo en seco, apretó los puños, y soltó un áspero aullido que le quemó la garganta tal como las cenizas arremolinadas habían comenzado a quemarle la piel. El Hombre Gris no prestó atención, y aunque él quería gritar de nuevo no pudo forzar la llagada laringe. Por esa razón, paralizado en el tramo de asfalto retorcido por donde había echado a andar, Cory simplemente quedó boquiabierto.

El Hombre Gris, de cerca de dos metros de alto, estaba casi tan desnudo como él. El niño no distinguió si era una Persona de Arcilla, un Zombi de Tierra o un Títere de Hueso; parecía una mezcla de las tres cosas, si no era un híbrido de otros ogros feos con olor a gris con los que nunca había soñado. La desganada cabeza del Hombre Gris parecía una gran coliflor hervida, o una pelota desinflada untada con una pasta lechosa. Si la criatura tenía ojos, Cory no los veía, pues la frente, un risco rojo y casi iridiscente en la lechosidad circundante, tapaba las cuencas donde la mayoría de los animales terrestres tienen ojos. Los gruesos labios de la criatura, que para Cory parecían versiones albinas de las alimañas que atacaban a la gente en las películas de horror de la televisión, se movían, se movían sin cesar, como orugas podridas de un tanque de juguete que se hubieran salido de los surcos. Tal vez la enorme y aturdida criatura oyó que el niño se acercaba pues se volvió hacia él y emitió un ruido extraño por los labios extraños.

—Ayura-me —dijo—. Ayura-me.

Cuando se volvió, la piel gris rojiza del pecho, el vientre y los muslos le colgaba como cortinas de hotel accidentalmente arrancadas de las varillas. Cory retrocedió cautelosamente. Un brazo del monstruo mostraba más hueso que carne debajo del codo, lo mismo que una pierna debajo de la

rodilla. Moviendo aún los pálidos labios, el Hombre Gris extendió el otro brazo hacia el niño, un brazo que casi se podría haber tomado por el de un hombre, y abrió la zarpa ennegrecida para revelar un esferoide diminuto y reluciente. El monstruo ofreció el objeto a Cory, como urgiéndolo a contemplarlo con atención o como recordatorio del encuentro.

Mirando el objeto bajo la incesante lluvia de ceniza, Cory comprendió que era un globo ocular. El Hombre Gris, ciego, quería darle el ojo. Tal como había sospechado, los Hombres Grises, a quienes tanto había temido, eran ciegos. Tenían ojos, al parecer, pero tantos años de vivir en la oscuridad, ignorando los reinos de luz que había encima de sus cabezas, habían privado a su aparato óptico de la capacidad de ver. ¿Qué podía ser más inútil, pues, que ese regalo, un ojo de Hombre Gris? Cory se ofendió. El torbellino había liberado al fin a esta estúpida criatura —y a sus igualmente estúpidos hermanos, que vagaban como zombis por el paisaje arrasado— de las tinieblas subterráneas, y trataba de darle algo que nunca le había servido, ni a él ni a los de su especie.

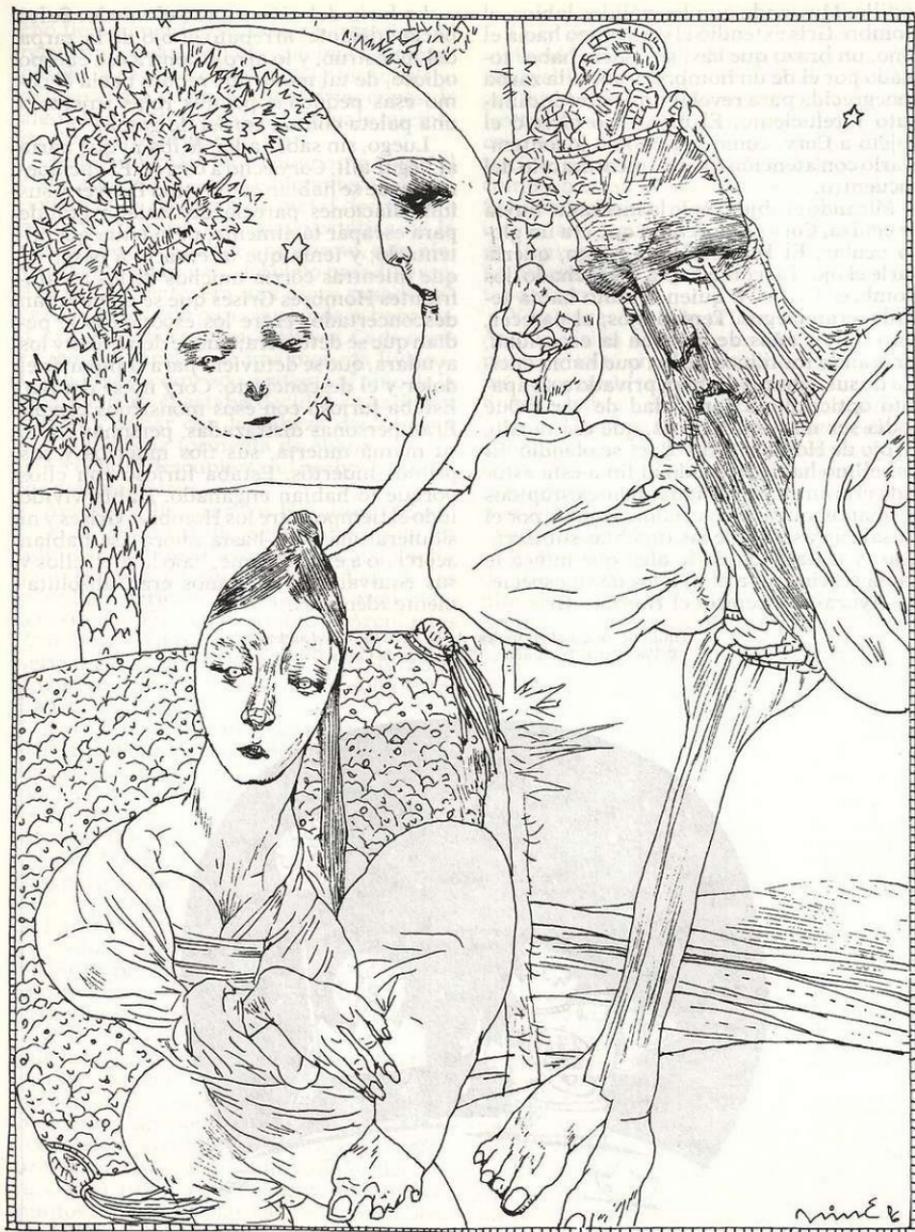
—Ayura-me —repitió el Hombre Gris.

La furia del niño superó el miedo. Saltó hacia adelante, arrebató el ojo de la zarpa del monstruo, y lo arrojó contra ese cuerpo odioso, de tal modo que rebotó hacia él como esas pequeñas pelotas rojas sujetas a una paleta con un cordel de goma.

Luego, sin saber adónde iba ni qué haría al llegar allí, Cory echó a correr. El vaciado-ro en que se habían convertido Denver y sus inmediaciones parecía demasiado grande para escapar fácilmente, pero tenía que intentarlo, y tenía que intentarlo a pesar de que mientras corría muchos de los escalofriantes Hombres Grises que se demoraban desconcertados entre los escombros le pedían que se detuviera; que se detuviera y los ayudara, que se detuviera para compartir el dolor y el desconcierto. Cory no se detuvo. Estaba furioso con esos monstruos ciegos. Eran personas disfrazadas, personas como su mamá muerta, sus tíos muertos y sus primos muertos. Estaba furioso con ellos porque lo habían engañado. Había vivido todo el tiempo entre los Hombres Grises y ni siquiera una vez —hasta ahora— se habían acercado a explicar que, bajo la piel, ellos y sus equivalentes humanos eran absolutamente idénticos.

Titulo del original en inglés: *A Gift from the GrayLanders*.
© 1985, Davis Publications. Traducción de Carlos Gardini.





Cristina Siscar

EL VERGEL DE ZAHIR

ILUSTRO CARLOS NINE

Antiguos viajeros aseguran que las arenas estaban desde siempre y que con ellas se construyó la casa. Otros, no menos antiguos, testimonian que una vez levantada la pequeña morada de cristal, los médanos la cercaron hasta invadirla. A veces las caravanas hacen un alto en la ruta y, mientras pasa el odre de mano en mano, porfían sobre el orden natural de las cosas. Disputas de caminantes que se agotan con el vino. Asuntos de otra naturaleza desvelan al sedentario Zahir, que ha obrado transmutaciones en el desierto. Y eso es lo que ahora importa: Zahir; y todo lo que nadie sabe, salvo el propio Zahir.

Un día, bajo el sol calcinante, el cetrino Zahir rondaba la casa pensativo. Zunilda miraba desde adentro, pegada a la pared de

cristal. Del bello rostro, devorado por la fiebre, no quedaba más que el brillo de los desmedidos ojos. Por cualquier pared que mirara, Zunilda sólo veía la luz enceguedora duplicada en la arena. Había enfermado, y tal vez no sanaría. ¿Eso preocupaba a Zahir mientras rondaba la casa? ¿Eso y la mirada de Zunilda irritada por la fiebre y el sol? ¿O su preocupación no era otra que la de ella al ver sólo desierto en torno?

Zahir no cesaba de andar en redondo y de mirar a lo lejos, con las manos cruzadas sobre el pecho. Al fin bajó la cabeza. Por sus mejillas rodaron dos lágrimas; luego dos hilos de agua dulce le bañaron la cara y el cuello.

Zunilda seguía mirando a lo lejos, fascinada. Zahir continuó andando sin dejar huellas en la arena que rodeaba la casa. Por

fin, los manantiales que seguían fluyendo de sus ojos le humedecieron la larga túnica.

Al caer la noche, Zunilda, lánguida y consumida, se tendió en los almohadones de seda junto a la pared de vidrio. Zahir, las manos cruzadas sobre el pecho y la cabeza gacha, mantuvo el ritmo regular de sus pasos durante toda la noche. Pero el llanto aumentaba mientras la luna crecía. Las lágrimas se engarzaban como perlas en la arena. El andar de Zahir fue trazando un aro de humedad.

La alborada fue breve. La luz barrió el desierto y encegueció a Zahir, que miraba fijamente la arena, y a Zunilda, que ya estaba de pie detrás del cristal, mirando a lo lejos.

El mediodía no lo detuvo, ni logró evaporar el rastro de su llanto continuo. Obstinado, Zahir lloró día y noche, mil y una noches y sus días. Y dibujó círculos concéntricos cada vez más amplios alrededor de la casa, hasta regar con sus lágrimas toda la superficie alcanzada por los ojos de la pálida Zunilda.

Una mañana, cuando ella se incorporó apenas bajo los edredones para mirar a través del cristal, descubrió lo mismo que en ese momento sorprendió a Zahir, que acababa de levantar la cabeza. Con las pocas fuerzas que le quedaban se arrastró hasta la pared opuesta, luego hacia una lateral, después hacia la otra, para volver al punto de partida. Y siempre vio lo mismo. Incredula, se puso de pie y comenzó a andar en redondo por el interior de la casa, tal como Zahir afuera, para ver continuamente aquello que él veía dondequiera que mirara.

Como un suntuoso tapiz desplegado por una mano anónima, el verde se extendía hasta el horizonte, subía por tilos, álamos y palmeras, bajaba por jazmines, se volvía mil colores en macizos de claveles y orquídeas, y mil gustos en dátiles, naranjos, oli-

vos y ciruelos. Abarcaba pájaros y mariposas y fuentes. Una bandada de loros cruzó el aire y se posó en el tejado.

Zunilda sonrió. Zahir bajó de nuevo la cabeza y siguió andando sin pausa. No debía detenerse. Sólo de cuando en cuando gustaba el zumo de un limón para que sus lágrimas fueran más abundantes.

Con la cabeza y el rostro cubiertos de velos, Zunilda se animó a salir y fue hasta la fuente más cercana. Al día siguiente reposó a la sombra de una magnolia. Dos días después caminó entre las flores y cortó un ramo de rosas. Una semana más tarde llenaba de frutos la cesta que le colgaba del brazo. Y pronto daba de comer a los pájaros en el borde de la alberca, bajo la alameda.

Nunca durante el día (no era aconsejable suspender la tarea cuando arreciaba el sol), sino a veces de noche, Zahir se detenía un instante a mirar un árbol, aquél que prefería. Lo abrazaba, apoyaba la frente afiebrada en el tronco húmedo de rocío, y vertía sus más dulces lágrimas.

¿Qué te sucederá, arbolito, le decía, si mis ojos se secan? Y lloraba.

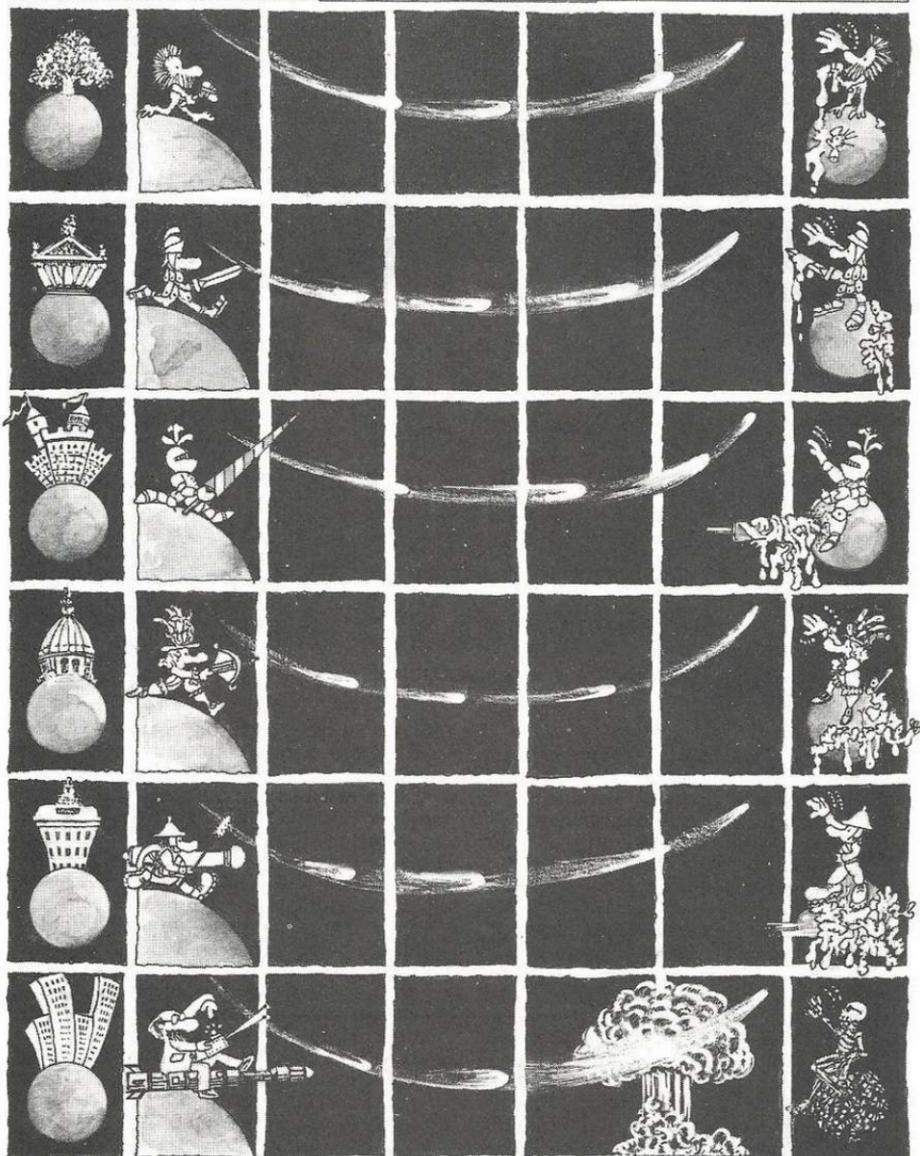
¿Qué te sucederá, jardín, se interrogaba, cuando no me quede ni una gota? Y lloraba.

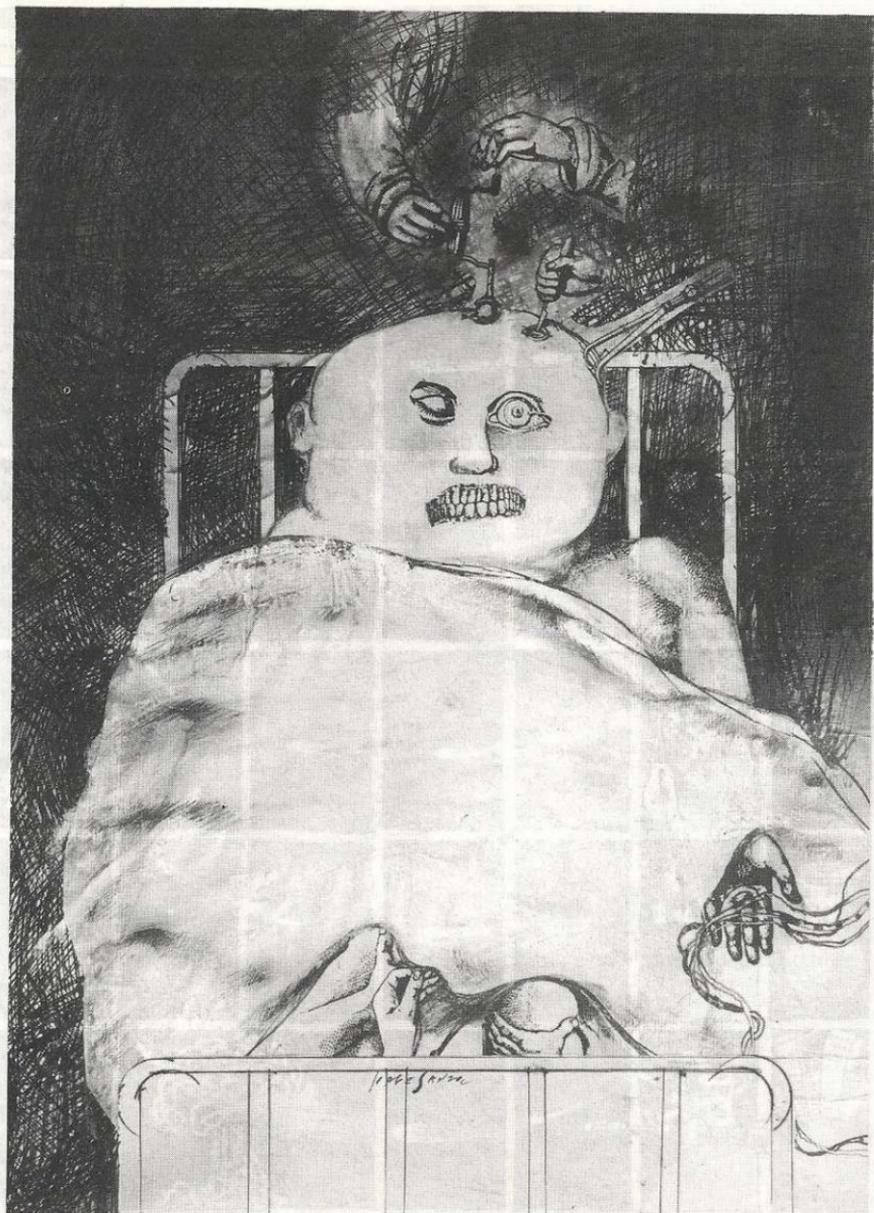
¿Qué será de Zunilda?, se lamentaba. Y lloraba.

Ni aun con luna llena distinguen los viajeros al hombrecito de mejillas descarnadas abrazado a un cerezo en flor. Y tampoco de día perciben, entre el canto de los pájaros, el ruido que produce el cuerpo de Zahir al entregar sus savias a las dunas.

Cuando el vergel sea pasado, ellos que todo ignoran, quizás hagan un alto en el camino para debatir quién fue primero: Zahir, Zunilda o el vergel. Yo me lo pregunto ahora, piensa Zahir, deshaciéndose en su valle de lágrimas.

OJEDA





Todo tiene
remedio menos la
impaciencia.

H. L. Gold

UN MANOJO DE NERVIOS

ILUSTRO JORGE SANZOL

Acostado en el hospital, Edgar Stone sumaba sus desgracias como otros contarían bendiciones. Había bastantes como para enfurecer al más templado, una virtud en la que Stone no sobresalía. Bajó el puño con fuerza, golpeó accidentalmente el costado metálico de la cama, y se asombró ante la agradable sensación. Se enfureció aun más. Lo que más lo irritaba era la tontería que lo había llevado al hospital.

Había echado llave a la tienda y había vuelto a casa para almorzar. Eso no era nada raro; lo hacía todos los días. Con su mala digestión, no toleraba la comida de los restaurantes. Había entrado en la calzada, pisando un grupo de objetos metálicos que su hijo Arnold había dejado en el suelo, y se le había pinchado un neumático.

—¡Rita! —aulló—. ¡Esto ha ido demasiado lejos! ¿Dónde está ese mocoso?

—Aquí —respondió ella de mal humor, desde la cocina.

Stone pateó la puerta de alambre tejido. El pie atravesó la malla de alambre.

—¡Un neumático arruinado y una puerta rota! —le gritó a Arnold, cuya angulosa adolescencia estaba encorvada sobre un plano en la mesa de la cocina—. ¡La pagarás, por Dios! ¡Te lo descontaré de tu asignación!

—Perdón, papá —dijo el muchacho.

—Perdón un cuerno —gritó la señora Stone, volviéndose hacia el marido—. Podrías haber mirado por donde ibas. Él prometió levantar sus cosas de la calzada después del almuerzo. Y es hora de que dejes de patear la puerta cada vez que te enfureces.

—¿Cómo quieres que no me enfurezca? Yo ansiando que termine la escuela para que trabaje en la tienda, y él quiere ser ingeniero. Ingeniero... y ni siquiera sabe dar el vuel-

to cuando se digna ayudarme en la tienda.

—Será lo que él quiera ser —chilló ella en el tono coloquial típico de la familia Stone.

—Por favor —dijo Arnold—, no puedo concentrarme en este plano.

Edgar Stone no era de los que contienen la ira. Rasgó el plano y arrojó los pedazos sobre la mesa.

—Oh, papá —dijo el muchacho.

—No me digas "Oh, papá". No desperdiciarás las vacaciones de verano en esta bazofia. Ahora almuerzas y vienes conmigo a la tienda. ¡Y lo harás todos los días hasta el fin del verano!

—Conque sí, ¿eh? —preguntó la señora Stone—. Pues él se pondrá al día con sus estudios. Y en cuanto a ti, puedes irte a comer a un restaurante.

—¿Sabes que no aguento esas porquerías!

—Las comerás porque ya no almorzarás más aquí. Ya tengo bastante que hacer como para agregar tres comidas diarias.

—Pero no puedo viajar con ese neumático...

Viajó, aunque no con el neumático. Tomó un taxi. Le costó un dólar más la propina, y el almuerzo le salió un dólar y medio más la propina, y el bicarbonato comprado en la farmacia a poca distancia y con gran prisa sumó quince centavos más, sólo que no surtió efecto.

Y luego vino la señorita Ellis a buscar tela. La señorita Ellis era capaz de empeorar un mal día. Era cincuenta, alta, huesuda y tenía labios finos y reprobatorios. Traía un ínfimo jirón de tela, recortado de un borde, para usarlo como muestra.

—Los brazos de la funda de mi sillón se gastaron —le informó—. Compré la tela aquí, como usted recordará.

Stone no tuvo que mirar el retazo deshilachado.

—Eso fue hace siete años...

—Seis años y medio —corrigió la mujer—. Pagué bastante por ella. Cualquiera esperaría que una cosa tan cara durara más.

—Ya no se fabrica con ese estampado. Aquí tengo algo que...

—No quiero hacer una funda entera, señor Stone. Sólo quiero lo necesario para hacer paneles nuevos para los brazos. Con dos metros alcanzará.

Stone ahogó un hipo bilioso. —¿Dos metros, señorita Ellis?

—A lo sumo.

—Vendí los últimos retazos de esa tela

hace años. —Sacó una pieza de un estante y desenrolló una parte para mostrarle. —¿Por qué no usa un diseño diferente para contrastarlo?

—Quiero este mismo diseño —dijo ella, los labios finos cada vez más finos y obstinados. —Entonces tendré que encargarlo. Ojalá algún mayorista aún lo tenga en stock.

—No lo encargaré sin haber buscado antes aquí mismo. Usted no puede conocer todas las telas que tiene en los estantes.

Stone sintió todos los síntomas familiares de la furia: la repentina pulsación en las sienes, el sacudón y bombeo del corazón mientras la adrenalina subía como una marea, el temblor de las manos, el grito de rabia que le tironeaba de las cuerdas vocales.

—Echaré un vistazo, señorita Ellis —dijo.

Ella era presidente de la Sociedad Cultural de Damas y la dominaba tan completamente que las integrantes irían a comprar al pueblo más cercano, antes que tratar con él, si ofendía a esa estaca resentida.

Si el corredor de seguros de vida de Stone hubiera estado allí, habría tratado de impedir que Stone subiera a la escalera que recorría las tres paredes de la tienda. Quizá no habría llegado a tiempo. Stone subió por la escalera para alcanzar los estantes más altos, donde había retazos. Uno de ellos podría haber sido el resto de la tela que la señorita Ellis había comprado hacía seis años y medio. Pero Stone no llegó a averiguarlo.

Manoteó una pieza mientras lanzaba una mirada fulminante a la coronilla de la señorita Ellis, y la escalera patinó bajo sus pies. Sintió el choque de su cráneo contra el mostrador. No sintió el golpe contra el suelo.

—¡Demonios! —aulló Stone—. Al menos podrías encender las luces.

—Calma, Edgar, calma. Todo está bien, todo está bien.

Era la voz de su esposa, y el tono era tan insólitamente suave y tranquilizador que lo llenó de pánico.

—¿Qué pasa conmigo? —preguntó lastimeramente—. ¿Estoy ciego?

—¿Cuántos dedos le estoy mostrando? —quiso saber un hombre.

Stone escudriñaba la negrura. Ante sus ojos sólo veía una mancha vaga contra una mancha más oscura.

—Ninguno —gimió—. ¿Quién es usted?

—El doctor Rankin. Tuvo usted una mala caída, señor Stone... una concusión, desde luego, y una astilla de hueso clavada en el cerebro. Tuve que operar para extraerla.

—¡Entonces me cortó un nervio! —dijo Stone—. ¡Le hizo algo a mis ojos!

—Sus ojos parecen estar normales —dijo el médico, asombrado—. Pero les echaré un vistazo.

—Te pondrás bien, querido —dijo alentadoramente la señora Stone, pero no parecía muy convencida.

—Claro que sí, papá —dijo Arnold.

—¿Está aquí ese zorrino? —preguntó Stone—. ¡Él tiene la culpa de todo!

—Calma, calma —dijo el médico—. A veces hay accidentes.

Stone oyó que bajaba la cortina veneciana. Como si hubiera sido un interruptor, la luz estalló y todo dentro del hospital se volvió claramente visible.

—¡Bien! —dijo Stone—. Ahora me gusta más. Es de noche y tratan de ahorrar electricidad, ¿eh?

—Estamos en pleno día, querido Edgar —protestó la esposa—. El doctor Rankin sólo bajó la cortina y...

—Por favor —dijo el médico—. Si no le molesta, prefiero ser yo quien dé las explicaciones necesarias.

Se acercó a Stone con un oftalmoscopio. Cuando lo encendió ante los ojos de Stone, todo se puso negro y Stone se lo informó a los gritos.

—¿Negro? —repitió azorado el doctor Rankin—. ¿Está seguro? ¿No vio un resplandor brusco?

—Negro —insistió Stone—. ¿Y por qué me han metido en una cama llena de migajas?

—Está recién hecha...

—Migajas. Ya me oyó. Y la almohada tiene piedras adentro.

—¿Qué otra cosa le molesta? —dijo el médico, preocupado.

—Me estoy congelando. —Stone sintió una nueva oleada de terror. —Era verano cuando me caí de la escalera. ¡No me digan que he estado inconsciente hasta el invierno!

—No, papá —dijo Arnold—. Eso fue ayer...

—Yo me encargo de esto —dijo el doctor Rankin con firmeza—. Temo que usted y su hijo tendrán que salir, señora Stone. Tengo que hacerle unos tests a su marido.

—¿Se pondrá bien? —preguntó ella.

—Claro, claro —dijo él distraídamente, mirando de reojo al trémulo paciente. Y añan-

dió vagamente: — Son los efectos del shock.

—Demonios, papá —dijo Arnold—. Lamento que esto haya ocurrido. Ya limpié toda la calzada.

—Y atenderemos la tienda hasta que te mejores —prometió la señora Stone.

—¡No se atrevan! —gritó Stone—. ¡Me llevarán a la ruina!

El médico se apresuró a cerrar la puerta y regresó hacia la cama. Stone se arrebujaba en la ligera manta de verano. Nunca había tenido tanto frío.

—¿No puede conseguirme más mantas? —suplicó—. No querrá que me muera de neumonía, ¿verdad?

El doctor Rankin abrió la cortina y preguntó: —¿Qué es esto?

—La noche —castañeteó Stone—. ¿Una nueva idea para ahorrar electricidad... conectar la persiana al interruptor de luz?

El médico cerró la cortina y se sentó junto a la cama. Sudaba cuando tendió la mano hacia el botón de llamada y lo apretó. Entró una enfermera, pestañeando.

—¿Por qué no encienden la luz? —preguntó.

—¿Cómo? —dijo Stone—. Está encendida. —Enfermera, soy el doctor Rankin. Trágame un poco de papel de lija, unas esponjas de algodón, un cubo de hielo y el almuerzo del señor Stone.

—¿Hay algo que no pueda comer? —Eso es lo que quiero averiguar. De prisa, por favor.

—Y algunas mantas —intervino Stone, tiritando de frío.

—¿Mantas, doctor? —preguntó ella, sorprendida.

—Con media docena alcanzará —dijo él—. Espero.

Ella tardó diez minutos en volver con todas las cosas. Stone insistió en que le agregaran mantas hasta que tuvo las siete encima. Aún sentía frío.

—¿Habrá un poco de café caliente? —preguntó.

El médico asintió y la enfermera le sirvió una taza, añadió la cuchara y el medio terrón de azúcar que él pedía, y él bebió un sorbo. Lo escupió violentamente.

—¡Frio como el hielo! —aulló—. ¿Y quién le puso sal?

—¿Sal? —Ella tanteó la bandeja.— Aquí está tan oscuro...

—Yo me encargaré de ello —se apresuró a decir el doctor Rankin—. Gracias.

La enfermera caminó cautelosamente hacia la puerta y salió.

—Pruebe esto—dijo el médico, después de llenar otra taza.

—¡Bien, así está mejor!—exclamó Stone—. Maldita bromista. No tendrían que permitirles trabajar en hospitales.

—Y ahora, si no le molesta—dijo el médico—, me gustaría realizar varios tests.

Stone aún estaba furioso por la jugarreta que le habían hecho, pero colaboró.

El doctor Rankin al fin se reclinó en la silla. El sudor le perlaba la cara y le manchaba el cuello, y su expresión revelaba tal desconcierto que alarmó a Stone.

—¿Qué ocurre, doctor? ¿Voy a... a...?

—No, no. No es eso. No hay peligro. Al menos, no creo que lo haya. Pero ya ni siquiera puedo estar seguro de eso.

—¿No sabe si vivirá o morirá?

—Mire.—El doctor Rankin acercó la silla frunciendo el ceño.—Es pleno día pero usted no ve a menos que yo oscurezca la habitación. El café estaba caliente y dulce, pero para usted estaba frío y salado, así que le añadí un cubo de hielo y una cucharada de sal, y a usted le pareció bien, según dijo. Éste es uno de los días más calurosos del año y usted se está congelando. Me dijo que el papel de lija le resultaba terso y satinado, y luego gritó que alguien había puesto alfileres en las esponjas de algodón, aunque desde luego no había ninguno. He probado con diferentes colores del cuarto y usted veía violeta cuando debía haber visto amarillo, verde por rojo, naranja por azul, y demás. ¿Ahora comprende?

—No—dijo Stone atemorizado—. ¿Cuál es el problema?

—Sólo puedo hacer conjeturas. Tuve que extraer esa astilla de hueso del cerebro. Aparentemente le produjo un cortocircuito en los nervios sensorios.

—¿Y qué ocurrió?

—Se le han invertido los sentidos. Siente frío por calor, calor por frío, terso por áspero, áspero por terso, amargo por dulce, dulce por amargo, y así sucesivamente. Y ve los colores al revés.

Stone se incorporó. —¡Asesino! ¡Ladrón! ¡Usted me ha arruinado!

El médico buscó una hipodérmica y un sedante. Justo a tiempo, cambió de parecer y tomó un frasco de estimulante. Surtió efecto, aunque inyectarlo en ese paciente aullante y agitado le exigió más fuerzas de

las que creía tener. Stone se durmió enseguida.

Stone tenía encima nueve mantas y una bolsa de cemento por almohada cuando hizo comparecer a su abogado, Manny Lubin, para que oyera los cargos que quería presentar contra el doctor Rankin. El médico estaba allí para defenderse. La señora Stone estaba presente pese a las objeciones del marido ("Siempre se pone de parte de los demás", rugía Stone).

—Seré franco con usted, señor Lubin—dijo el médico, cuando Stone hubo terminado con un tono de aguda frustración—. He buscado casos como éste en la historia médica y es la primera vez que se informa sobre uno. Excepto—se apresuró a corregir—que aún no he informado nada. Tengo la esperanza de que se revierta. A veces ocurre.

—¿Y qué hará mientras tanto?—bramó Stone—. ¿Tendré que salir con abrigo en verano y shorts en invierno...? La gente pensará que estoy loco. Y no le quedará ninguna duda, porque tendré que cerrar la tienda durante el día y abrir durante la noche... sólo veo en la oscuridad. ¿Y comparar telas! No aguanto el contacto de los géneros suaves y veo los colores al revés.—Lanzó una mirada fulminante al médico antes de volverse hacia Lubin.—¿Qué pensaría si tuviera que ponerse azúcar en la comida y sal en el café?

—Pero lo solucionaremos, Edgar—intervino su esposa—. Arnold y yo podemos encargarnos de la tienda. Tú siempre quisiste que él trabajara allí, así que deberías sentirte complacido...

—¡Mientras yo esté allí para vigilarlo!

—Y el doctor Rankin dijo que tal vez las cosas se solucionarían.

—¿Qué opina de eso, doctor?—preguntó Lubin—. ¿Qué probabilidades hay?

El doctor Rankin no las tenía todas consigo. —No sé. Esto nunca sucedió antes. Sólo nos resta tener esperanza.

—¡Esperanza, un cuerno!—rugió Stone—. Quiero entablarle un pleito. No tenía derecho a meter la mano y dejarme al revés. ¡Cualquier jurado me daría un cuarto de millón de dólares!

—No soy millonario, señor Stone—dijo el médico.

—Pero el hospital tiene dinero. Le haré un pleito a él y a los directores.

Hubo una pausa mientras el abogado pensaba. —Temo que no podríamos acusar-

lo, señor Stone. —Se apresuró a continuar mientras Stone se sentaba, tiritando, para discutir a los gritos.— Fue una operación de emergencia. Cualquier cirujano habría tenido que operar. ¿Estoy en lo cierto, doctor Rankin?

El médico explicó lo que habría ocurrido si él no hubiera aliviado la presión del cerebro, resultante de la concusión, y el peligro de que la astilla de hueso, de no ser extraída, hubiera seguido viaje para causar parálisis o muerte.

—Eso sería mejor que esto —dijo Stone.

—Pero la ética médica no le permitía dejarlo morir a usted —objetó Lubin—. Él cumplía con su deber. Ése es el primer punto.

—El señor Lubin tiene mucha razón, Edgar —dijo la señora Stone.

—¡Ya lo ven ustedes! —aulló el marido—. ¡Todos tienen razón menos yo! ¡Sáquenla de aquí antes que me dé un ataque!

—Los intereses de ella también están en juego —señaló Lubin—. El punto dos es que la emergencia vino primero, y los efectos residuales no podían conocerse ni tenerse en cuenta.

Al doctor Rankin se le iluminó la cara. —Cualquier operación implica riesgos, aun la extracción de un callo. Yo tenía que correr esos riesgos.

—¿Usted tenía que correrlos? —rezongó Stone—. Bien, ¿adónde quiere llegar, Lubin?

—Perderíamos —dijo el abogado.

Stone se aplacó, pero sólo por un instante. —Conque perderíamos. Pero si le hacemos juicio, la publicidad lo arruinará. ¡Quiero hacerle juicio!

—¿Para qué, Edgar? —insistió la esposa—. Ya tendremos bastantes dificultades para arreglarnos. ¿Para qué tirar más dinero?

—¿Por qué no me casé con una mujer que se ponga de mi parte, aun cuando yo no tenga razón? —gimió Stone—. Para vengarme, por eso. Y él no podrá ejercer su profesión, así que tendrá tiempo para averiguar si hay una cura... ¡y gratis! ¡No le pagaré un centavo más!

El médico se levantó ansiosamente. —Pero yo estoy dispuesto a ver qué puede hacerse, ahora mismo. Y a usted no le costaría nada, desde luego.

—¿A qué se refiere? —preguntó Stone con suspicacia.

—Si yo realizara otra operación, podría ver qué nervios están afectados. No es preciso explazar ahora en detalles técnicos, pero es posible conectar nervios. Claro que hay muchos, lo cual complica las cosas, especialmente porque la astilla atravesó varias capas...

Lubin lo encañonó con su dedo acusatorio de leguleyo. —¿Se está ofreciendo a tratar de corregir la lesión... gratuitamente?

—Por cierto. Es decir, haré todo lo posible. Pero recuerden que no hay ningún antecedente médico.

El abogado, sin embargo, ya estaba interrogando a Stone y a su esposa. —Dado que no tenemos ningún fundamento legal para entablarle juicio, ¿esta oferta de reparación satisface los reclamos de usted?

—¡Oh, sí! —exclamó la señora Stone.

El marido titubeó un rato, obviamente tentado de tomar la actitud contraria, llevado por la costumbre. —Supongo que sí —convino a regañadientes.

—Bien, entonces está en sus manos, doctor —dijo Lubin.

El doctor Rankin llamó excitadamente a la enfermera. —Quiero que lo prepare de inmediato para una intervención.

—Será mejor que esta vez dé resultado —advirtió Stone, aferrando un puñado de cubos de hielo para entibiarse los dedos.

Stone despertó atontado. No lo sabía, pero había causado al anestesista un problema desconcertante, que al fin se había solucionado mediante vahos de destilaciones aromáticas de amoníaco. Las cuatro figuras borrosas que rodeaban la cama parecían inclinarse precariamente hacia él.

—¡Papá! —dijo Arnold—. ¡Miren, está volviendo en sí! ¡Papá!

—Háblame, Edgar —rogó la señora Stone.

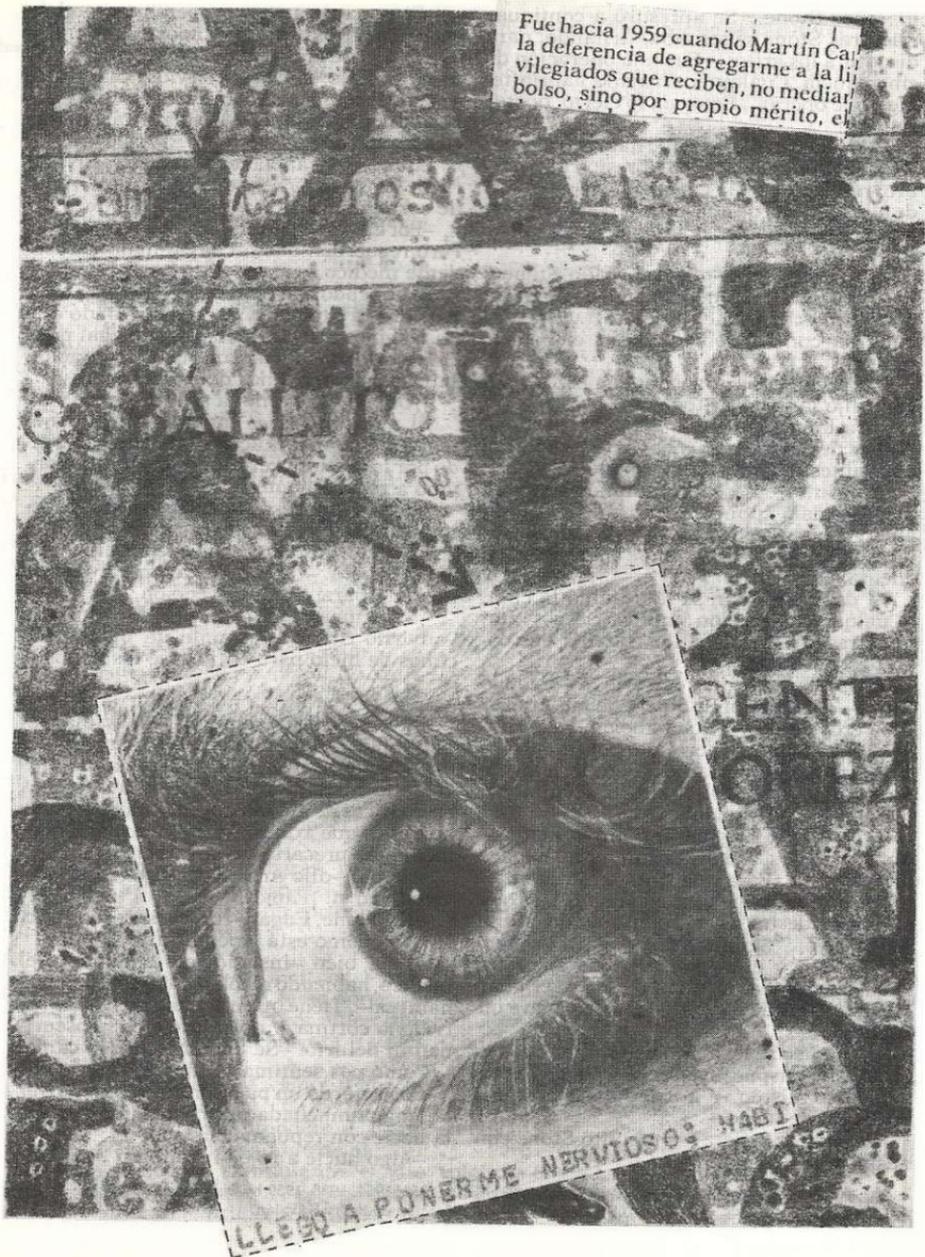
—Vea cómo está, doctor —dijo Lubin.

—Está bien —insistió fervientemente el médico, habiendo recobrado su compostura habitual—. Tiene que estarlo... no hemos corrido la cortina, y no se queja de la oscuridad ni del frío. —Se inclinó sobre la cama. —¿Cómo nos sentimos, señor Stone?

Stone tardó un par de minutos en mover la lengua hinchada para contestar. Arrugó la nariz con repugnancia.

—Algo huele a rojo —rezongó.

Fue hacia 1959 cuando Martín Carr
la deferencia de agregarme a la li
vilegiados que reciben, no mediar
bolsa, sino por propio mérito, el



Eduardo Stilman

PERSECUCION

ILUSTRO ALBERTO CIUPIAK

Fue hacia 1959 cuando Martín Campos tuvo la deferencia de agregarme a la lista de privilegiados que reciben, no mediante desembolso, sino por propio mérito, el ejemplar dominical de *La Gaceta* de Tucumán. Recuerdo todavía que ese gesto amistoso me hizo feliz, porque parecía involucrar el reconocimiento de ciertos méritos intelectuales a cuya contemplación ya entonces me dedicaba. En verdad yo sabía muy poco de *La Gaceta*: apenas que su suplemento literario era de los mejores, que no era posible comprarlo, y que gente que yo creía importante lo leía con atención. Es innecesario ocultar que el privilegio conferido por Martín me produjo un orgullo secreto, una satisfactoria sensación de respeto por mi persona, que creí muchas veces reflejada en la mirada del cartero que a lo largo de una década se encargó de cumplir el deseo de Martín, des-

mintiendo a los criticones que denigran malintencionadamente nuestro servicio postal. Aquella tarde de 1959, Martín y yo tomamos cerveza en un café de 25 de Mayo, mientras su vozarrón intimidatorio se burlaba de Borges, y yo sentí que algo había cambiado en mi vida.

No pasó mucho tiempo hasta que llegó el primer ejemplar. Lo desplegué con premura, lo leí con veneración, pero soy incapaz de recordar en qué profundidades estaba metido ese envío inaugural. La llegada regular de los sucesivos suavizó el entusiasmo inicial; pronto dejé de leerlos en toda su extensión, y hasta llegué a contentarme con un vistazo a los títulos. Por último, una modificación de carácter por la cual me resisto a disculparme me hizo descreer de la importancia de *La Gaceta*, y los ejemplares, doblados en cuatro, comenzaron a apilarse

monótonamente sobre el techo de la biblioteca.

Llegó el día —que en mi vida se repite con asiduidad— en que una sorda desesperación me obligó a limpiar y ordenar mi estudio. En homenaje a *La Gaceta*, debo decir que me acometieron serias dudas acerca de su sacrificio y que, armado de una tijera, perdí todo un día en salvar ciertos artículos del incinerador. Es verdad que mientras lo hacía, con los dedos acalambrados en la tijera, adivinaba la completa inutilidad del acto, sabía que esos recortes nunca serían consultados. Y aunque, en efecto, el sobre donde los guardé fue eliminado durante una limpieza posterior, la intranquilidad de conciencia que acompañó el acto destructor debe ser suficiente para serenar a los directores del periódico.

En este punto de la historia, ninguna confesión me atemoriza. Llegó un momento en que el regalo de Campos comenzó a pasar raudamente de las manos del cartero al tacho de basura. Esta rutina inalterable, semanal, llegó a ponerme nervioso: había algo humillante en el manotón malhumorado con que debía espantar al moscardón hebdomadario que me mandaba, ya para molestarme, el Jardín de la República, y una rebeldía apenas controlable asomaba cada vez que el cartero, con tenacidad y sonrisa dignas de mejor causa, me hacía entrega del ejemplar. Para probar algo, escribí a la dirección del diario sugiriendo la conveniencia de eliminarme de sus listas, ahorrando de ese modo gastos de franqueo y evitando a la prensa tucumana un agravio que no estaba en mi intención cometer, pero que se repetiría inevitablemente si *La Gaceta* continuaba persiguiéndome. No hubo respuesta, y una *Gaceta* incesante, torrencial, siguió golpeando mi vida, en busca del tacho de basura. También intenté ignorarla, abandonarla en el zaguán con el resto de la correspondencia, delegando en algún pariente la misión de eliminarla. Inútil. *La Gaceta* quedaba por ahí, dando vueltas por la casa, apareciendo en la mesa del comedor, arriba del piano, o sobre mi propia cama, esto último gracias a la preocupación de papá, cuya veneración por la literatura nacional le impedía privarme de un presente tan delicado. Muchas veces *La Gaceta* pudo postergar su ejecución gracias a él, que de vez en cuando la leía. Después, cuando me la pasaba, yo debía simular cierto

interés y ocultar mis propósitos inquisitoriales, que no hubieran dejado de provocar una discusión. Y así iba transcurriendo mi vida, castigada por esa roncha que me rasaba con antipatía una vez a la semana, aunque ya embebido de cierta resignación.

Resignación que los hechos posteriores hubieran convertido en desesperación de no mediar la solidez de mi espíritu. Hasta la fecha de mi casamiento, la persecución de *La Gaceta*, aunque urticante, no parecía del todo grave; fue sólo al abandonar el querido barrio de Caballito para trasladarme a los lares germánicos de Vicente López cuando empecé a comprender que una fatalidad impresa se cernía sobre mí, que el sabueso tucumano no estaba dispuesto a abandonar mi rastro. Más exactamente, lo comprendí el día que papá me alcanzó, cuidadosamente envueltos, veintidós ejemplares de *La Gaceta* correspondientes a otras tantas semanas de mi ausencia. Desde entonces, periódicamente, papá reitera esa diligencia que yo le agradezco. Esos ejemplares no llegaron nunca a un tacho de basura: terminaron su carrera —en lo que a mí se refiere— en distintas calles de la ciudad, arrojados de a pie o desde el coche, con un gesto rabioso que quizá satisfice a la inteligencia perversa que anima la persecución.

Apenas hace falta decir que ni siquiera la mudanza de mi familia logró detener la afluencia de *La Gaceta*. El taller de papá sigue en Caballito, y es atendido por el cartero gordo y siempre sudoroso cuyo cariño hacia los míos le impediría privarlos de su correspondencia.

De modo que, cada semana, deja alegremente en el taller el envío que Martín previó hace diez años, y que cumple su destino con la complicidad inesperada de mi padre. Afortunadamente, el gesto de recibir *La Gaceta* se ha vuelto mecánico y ya no tengo que simular que me intereso en ella. Papá lo da por supuesto, imagina en mi casa una colección de dos lustros de ensayos, cuentos, poemas y polémicas epistolares, amorosamente guardados. Por mi parte, me sorprendo, cada vez que arrojo un ejemplar a una zanja, al no encontrar en las cercanías los números anteriores, eternos y vengativos, como parece corresponder a su personalidad. Me he acostumbrado, en realidad, a esta visita ominosa e insoslayable, y estoy seguro de que me bastaría saber que puedo interrumpirla a voluntad para perder toda

mi animadversión hacia ella, y hasta para esperarla con amor. No es *La Gaceta* lo que me molesta, sino mi impotencia ante el destino.

Hace poco encontré a Martín y le comenté —como en broma— el asunto. Se rio mucho, pero lo que dijo me dejó pensando. Parece que el ingreso a la lista de los privilegiados que reciben gratuitamente *La Gaceta* es irreversible, que nada hay capaz de detener esa máquina implacable que divide la eternidad en semanas, utilizando a manera de cronómetro la elogiabile vocación literaria de un puñado de argentinos. Incesantemente, con fanática regularidad, cientos de *Gacetas* parten en busca de sus destinatarios y seguirán haciéndolo siempre. Martín sabe (en la Dirección lo comentan con orgullo) que alguien la recibe en Kenya. También sabe que aún hoy, cuando la carne del pobre Fatone ya está deshecha, un ejemplar a su nombre llega semanalmente a Nueva Delhi. El mundo tiembla, operan al Papa de la próstata, mis células envejecen, y *La Gaceta*, dirigida por un poder misterioso, vuela en picada implacablemente sobre sus elegidos.

Supongo que su persecución sobrevivirá

a mi cuerpo como sobrevivió al de Fatone, y me entretengo pensando que *La Gaceta* es el tiempo mismo, que me hace el favor de recordarme cada siete días su presencia, su curso incorruptible. Cada vez que ella llega a mis manos sé que pasaron siete días, que voy a vivir una *Gaceta* menos. Este eficaz recordatorio me evita distracciones, me lanza semanalmente a la empresa de vivir.

Esta es la interpretación final, la que me permitió aceptar la persecución sin resquemor, hasta con agradecimiento. Ahora pienso que es la única reacción apropiada. Sé que hay gente que ignora la persecución, que ni siquiera se entera de que recibe su *Gaceta*, pero esta evasión no está a mi alcance, ni soy capaz de sumergirme en la locura. Tampoco me resulta posible imaginar salvaciones vulgares: la solidez de la empresa editora de *La Gaceta* es bien conocida, y ninguna consideración de orden físico o metafísico podría conmovier a este puntal de la cultura tucumana. Sólo me resta encontrar algún placer en el dolor de sus agujonazos semanales, aprender a vivir con ellos, e imaginar un último número, el olvido, la detención de la rueda que sólo para mí se detendrá algún día.

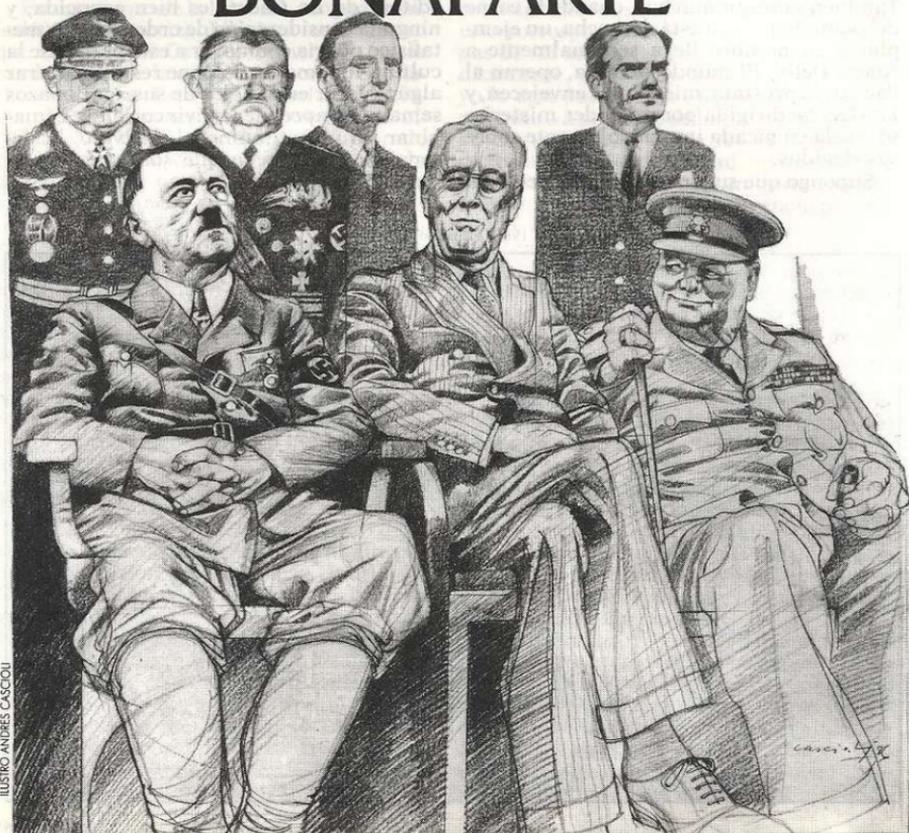
© 1986, Eduardo Stilman.



Pablo Capanna

Una guía de historias posibles (o imposibles)
creadas por la literatura.

LA NARIZ DE CLEOPATRA Y EL TENIENTE BONAPARTE



ILUSTRADO ANDRÉS CASCOU

"La nariz de Cleopatra: si hubiese sido un poco más corta, toda la faz de la tierra habría cambiado..."

"Cromwell estaba a punto de devastar toda la Cristiandad; la Familia Real se hallaba perdida, y la de él era poderosa; de no ser por un granito de arena que se metió en su úter..."

PASCAL, *Pensamientos* (1670).
Vanidad del hombre, 24

Cuando aprendimos a andar y a manipular objetos, entre golpes y caídas, probamos nuestras fuerzas y la resistencia de los cuerpos; entonces comenzamos a formarnos una noción de materia que nos acompañaría toda la vida: sólida, inerte, durable e indestructible.

Unos años más tarde, cansados profesores nos enseñaron que la luz, que tan inmaterial parecía, también era materia, mientras que los cuerpos sólidos, tan seguros y confiables, se resumían al fin en torbellinos de energía, separados por abismos de vacío. Cuando tratamos de pensar semejante afrenta al sentido común, nos inquietamos, aunque luego aprendimos a convivir con ella.

Otros profesores nos enseñaron que la historia era una sucesión de hechos consumados, totalmente inevitables puesto que ya habían ocurrido y no podíamos cambiarlos: se debían a la voluntad de los Grandes Hombres, que habían hecho Grandes Acciones. Cuando por primera vez nos topamos, en un museo, con algún vestigio del pasado, vimos en él una prueba de lo que decían los libros, y confiamos en la historia con la misma fe que habíamos depositado en los sólidos.

Y sin embargo, a medida que pasaban nuestros años y presenciábamos nuestro trecho de historia, más de una vez tuvimos la intuición de que algún hecho determinado tendría grandes consecuencias; pensamos que en cierto momento se hubiera podido proceder de otro modo, especulamos sobre lo que habría ocurrido de no existir algún personaje clave.

Era inevitable que los filósofos se plantearan alguna vez estos interrogantes, aunque por lo general trataron de soslayarlos, pudorosos de su fantasía y atrapados por el dogma racionalista que desde Parménides hasta Hegel sentenciaba que todo lo real es racional, y viceversa. Lo que es, lo es por alguna razón, argumentaban, y no podría ser de otro modo, porque lo real siempre es superior a lo posible; nada es azar en la historia, y si la nariz de Cleopatra hubiese sido torcida o desmesurada, César también hubiera sido asesinado, aunque su historia carecería de ingredientes eróticos.

Los historiadores, por su parte, cuando dejan vagar la imaginación también terminan por preguntarse "¿Cómo habría sido la historia si...?". Mientras concentran su atención en las series "cortas" de acontecimientos, se reconfortan con la férrea concatenación de los hechos económicos, la lenta evolución de las costumbres, y las secuencias del juego político; pero en cuanto se remontan hasta los grandes ciclos, que parecen abrirse con un hecho decisivo (el descubrimiento de América, la caí-

da del Imperio Romano, la máquina de vapor, etc.) surge una persistente duda: ¿Y si ese mismo hecho se hubiese adelantado un siglo o postergado unas décadas? ¿Si hubiese sido distinto el resultado de una batalla decisiva, tendríamos hoy la misma historia? Nadie menos que un Toynbee ha imaginado que si en la primera batalla de Pottiers (que en rigor fue una escaramuza fronteriza) los francos de Carlos Martel hubiesen sido derrotados por los árabes, hoy se enseñaría el Corán en Oxford y la mayoría de las aerolíneas harían escala en La Meca.

Estos mundos alternativos o paralelos, imaginados a partir de una distorsión de la realidad, son para la ficción especulativa lo que el expresionismo es en la pintura. Fue precisamente un filósofo otrora muy leído entre nosotros, Charles Renouvier, quien en 1876 les puso el nombre de "ucronía".

El libro de Renouvier tenía por subtítulo "La utopía en la historia. Bosquejo histórico apócrifo del desenvolvimiento de la civilización europea, no tal como ha sido, sino como habría podido ser".

Renouvier fue un filósofo neokantiano francés, introductor del concepto de "personalismo"; casi al margen de su producción teórica, compuso esta curiosa "novela" sin más acción ni personajes que las grandes figuras del mundo antiguo medidas en una historia apócrifa. Se proponía hacer una crítica radical de los excesos temporales de la Iglesia desde el

punto de vista de un racionalismo secular, guiado por el ideal kantiano de "la religión dentro de los límites de la razón".

La novela fingía reproducir el manuscrito, clandestinamente conservado, de la obra del monje Antapiro, ejecutado por la Inquisición en el siglo XVII. Antapiro (*anti-apeiron*, enemigo del infinito) había compuesto una historia alternativa de Europa donde, sin introducir anacronismos tecnológicos o científicos, y partiendo simplemente de algunas acertadas decisiones políticas tomadas en el momento oportuno, los principales acontecimientos de la Edad Moderna se anticipaban cinco siglos. Estaba convencido de que tanto la intolerancia que imperó durante los primeros siglos del cristianismo como la teocracia medieval debían atribuirse al influjo de la mentalidad "oriental", a la cual caracterizaba con ciertos tintes racistas.

Renouvier suponía que de haberse fortalecido Roma, mediante la restauración de la República, el saneamiento de las costumbres y la adopción de una filosofía estoica más tolerante, el cristianismo habría permanecido circunscripto en Oriente hasta tanto la depuración interna de sus rasgos autoritarios y una precoz Reforma lo hubiesen hecho asimilable para un Occidente estoico-liberal. Sobre esta base, y reemplazando las invasiones por una asimilación pacífica de los pueblos germánicos, Renouvier deduce una segura aceleración de los procesos históricos.

Ucronía, un libro anómalo en su tiempo, perseguía, según su autor, "un objeto moral". En su prólogo condenaba la actitud romántica, que había venido a ensalzar lo medieval, lo oriental, y en general lo irracional, desde la postura de un idealismo de la libertad de cuño kantiano. Esas actitudes, explicaba, derivan de un "fatalismo" o "determinismo histórico" que tiende a mostrar el presente como inevitable y consagran el culto de la Historia.

Este fatalismo, decía, es el que lee el futuro en los acontecimientos del pasado y pronuncia profecías irresponsables que nunca se cumplen: "Dado el prejuicio de la necesidad, todo el núcleo de esta reacción se halla en el culto de la Historia."¹

Ucronía no se propone ser un signo de los tiempos, sino apenas "una convicción, una orientación espiritual personalísima" con la cual interpela "a los nuevos partidarios, acaso demasiado poco resueltos, de la libertad humana... de una libertad preñada de un porvenir inmenso, cuya propia afirmación debe constituir un punto capital".²

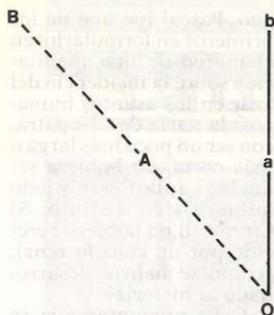
Renouvier trata pues de mostrar que, de haberse tomado las decisiones adecuadas en el momento oportuno, la historia podría haber sido distinta: se propone una verdadera "reconstrucción" de la historia conforme a la Razón; no es un simple juego de posibilidades, una historia en modo potencial, sino una tentativa imaginaria

de corregir los errores del pasado, en lugar de aceptarlos como inevitables.

Los ucronistas literarios, herederos de Renouvier, han desarrollado en cambio otras posibilidades. Realizan variaciones imaginarias sobre el pasado para imaginar un presente alterno, peor que el real, con lo cual justifican la Historia; a veces, parecen sostener que el curso histórico es aleatorio; o bien corrigen la secuencia de los hechos al modo de Renouvier, por lo general introduciendo cambios tecnológicos, en una proyección al pasado de nuestra propia mentalidad.

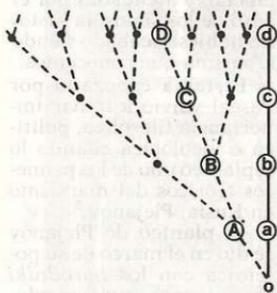
Sin embargo, Renouvier no deja de observar las dificultades intrínsecas que tiene su empresa, y en la conclusión traza un verdadero esbozo de metodología.

Por un momento parece dudar de la posibilidad de que la ucronía tenga alguna lógica siquiera: "En realidad, habría que hablar de la imposibilidad y no de las simples dificultades de una realización satisfactoria si se pensara en la multitud y el embrollo de las hipótesis que azacanan al ucronista desde el momento en que ha decidido substituir en un punto *O* de la serie efectiva de los acontecimientos pasados la dirección real *Oa* de la trayectoria histórica, por la dirección imaginaria *OA*." Una vez que se ha elegido *OA* en lugar de *Oa*, se hace improbable que de *a* se pase a *b*; más bien hay que pensar en otro acontecimiento *B*, y así sucesivamente".



De este modo, la serie ucrónica se aparta cada vez más de la serie real. Para simplificar las cosas, Renouvier supone que en cada "nudo" de la serie histórica sólo existen dos opciones.

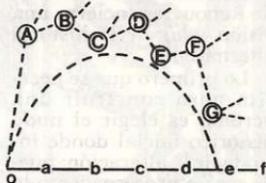
Pero este esquema "digital" se complica al infinito si suponemos más de dos opciones en cada "nudo", o simplemente seguimos bifurcando las series a partir de cada opción.



Por otra parte, no hay que olvidar que cada serie histórica se entrelaza con otras series. Por ejemplo, la genealogía de una familia de reyes se cruza con los ciclos económicos, las fuerzas políticas y los movimientos religiosos, etc. Si pensamos en cambiar la historia eliminando con la

imaginación a un determinado rey, la constelación de fuerzas existente puede reemplazarlo por otro personaje que acabará por hacer la misma política.

Renouvier admite esta posibilidad: "Desde el momento en que se ha introducido una primera desviación de la línea efectiva, la trayectoria OABCDE... se hace enteramente imaginaria... aunque se ignora si en virtud del efecto de las condiciones conservadas no tenderá a confundirse con la trayectoria real." Al cabo de un largo proceso de desvíos y acercamientos, la serie ucrónica va tomando la forma de "una figura poligonal que se aproxima sensiblemente a una curva", con lo cual va asemejándose a la serie histórica.³



La elección del nudo a partir del cual se va a cambiar la historia, dependerá del mundo alternativo que se quiere construir y de las intenciones del autor; el problema estará en saber cuál será el nudo siguiente, y dar razones convincentes para explicar el porqué. Esto es lo que hace Renouvier, que mediante algunos cambios iniciales, adelanta en varios siglos a la historia real, para arribar a resultados similares a los conocidos, pero con un costo humano menor.

Un ejemplo puede ayudar a comprender mejor estas dificultades. Supongamos que en lugar de Colón y los españoles, América hubiese sido descubierta y colonizada por los chinos, los portugueses o los ingleses. Todos ellos eran navegantes, aunque existen distintos grados de probabilidad de que llegaran al Nuevo Mundo para quedarse en él, pues ya otros pueblos lo habían hecho circunstancialmente sin que este hecho cambiara el orden de las cosas.

El sociólogo José Luis de Imaz ha desarrollado esta hipótesis "contrafáctica" imaginando una América "latina" colonizada por los ingleses: una idea que responde las ocultas fantasías de ciertas elites argentinas.⁴

Comparando unidades geográficas similares, como Australia y Argentina-Uruguay, Nueva Zelanda y Chile, Tasmania y Tierra del Fuego, traza a grandes rasgos una historia alternativa donde no existiría el mestizaje ni el barroco americano, los indios habrían sido exterminados mucho antes de Roca, y en lugar de Alberdi o Sarmiento tendríamos a Smith o Johnson. La independencia, piensa De Imaz, habría sido obtenida por medios parlamentarios a partir de las Guerras Mundiales, como ocurrió en Oceanía.

Por ingenioso que resulte el modelo, el autor parece suponer que ciertas secuencias de la historia real se mantendrán intactas en la ucrónica, aun cuando no parezcan muy congruentes con ese contexto. Nada se

— dice del destino de España: una alternativa sería que hubiese sido fagocitada por Portugal. También se soslaya el efecto deletéreo que tuvo el oro americano sobre España y su economía, alterando todo el Antiguo Régimen europeo con la depreciación de la tierra, la doctrina mercantilista y la decadencia del Imperio Español. ¿Por qué no suponer que los mismos efectos no se habrían hecho sentir sobre un prematuro Imperio Británico? La Revolución Industrial inglesa no parece por cierto inevitable, sino más bien improbable, en este esquema: quizás hubiese corrido por cuenta de los franceses, o de los holandeses, que seguramente se habrían quedado con Norteamérica. Puesto que España ya habría dejado de ser potencia para el siglo xx, cabría suponer que la Inglaterra ucronía también habría caducado un siglo antes, y las potencias serían otras; se hace tan improbable un Napoleón como un pacífico período colonial de tres siglos en América latina.

En definitiva, las dificultades que plantea la construcción de una ucronía son las mismas que enfrentan los futurólogos cuando elaboran sus "escenarios" o guiones prospectivos, partiendo de alternativas que permanecen abiertas en el presente, para extrapolar futuros posibles. Por más que la prospectiva y la futurología se valgan de todos los recursos de la inteligencia artificial, que les permite explorar las posibilidades de sus modelos, simulando matemáticamente el curso his-

tórico como es capaz de simular los efectos de una tempestad, sus logros concretos suelen dejar bastante que desear, quizás precisamente porque parten del supuesto de la necesidad histórica y extrapolan a partir del presente. Se ha dicho que en los años 50 los futurólogos seguramente hubieran anticipado un desarrollo incesante de los pulmotores, sin prever la vacuna antipolio que los volvió casi innecesarios.

Herbert Butterfield ha denominado "concepción *whig* de la historia" a la actitud de aquellos historiadores que "juzgan" el pasado partiendo de las ideas y valores del presente. De modo análogo, podría decirse que los futurólogos como Herman Kahn tienen una concepción *whig* del futuro, o aun que la ucronía de Renouvier encierra una visión *whig* de la historia alternativa.

Lo primero que se necesita para construir una ucronía es elegir el nudo histórico inicial donde introducir la alteración; puede ser un proceso, como la Revolución Industrial o la caída del Imperio Romano; un hecho, como el descubrimiento de América; o una personalidad, como Napoleón, que gravita sobre toda una serie histórica. Generalmente, los autores optan por esto último, abortando o acelerando de este modo procesos enteros.

La importancia que debe atribuirse a las grandes figuras de la historia, los "héroes" o los "grandes hombres" exaltados por el romanticismo, plantea un problema bastante anti-

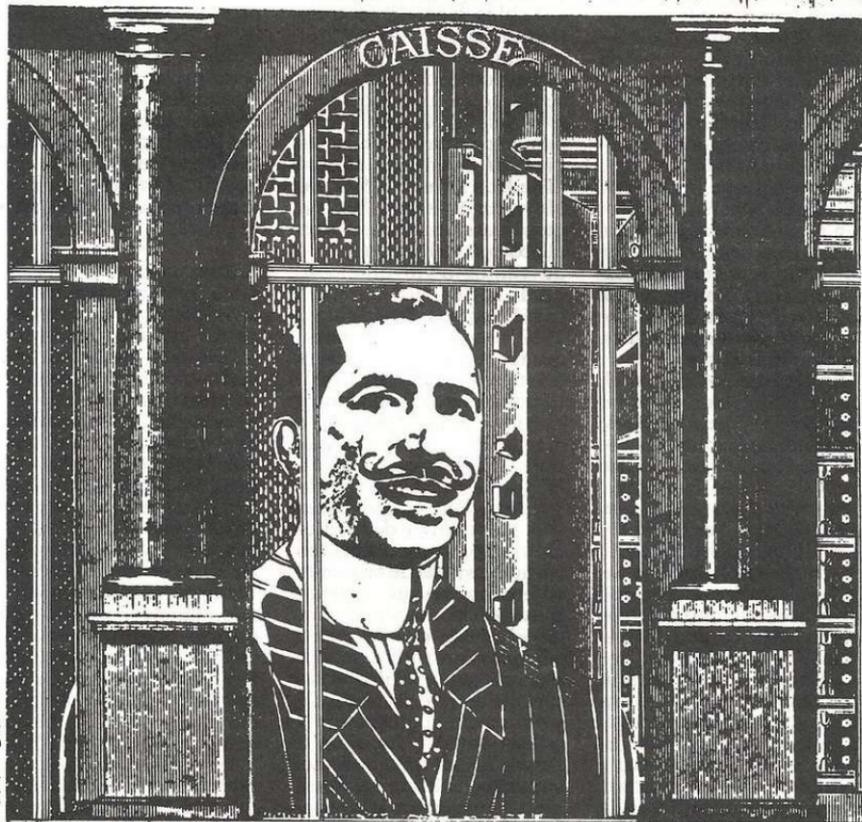
guo. Pascal fue uno de los primeros en formularlo, en el marco de una meditación sobre la incidencia del azar en los asuntos humanos: la nariz de Cleopatra, con ser un poco más larga o más corta, no hubiera seducido a Julio César, y todo hubiera sido distinto. Si Cromwell no hubiera perecido por un cálculo renal, ¿cómo se habría desarrollado la historia?

Cabe preguntarse si se puede realmente pensar así. El sentido común, educado en la escuela, indica que si Julio César no hubiera reparado en Cleopatra, quizás la historia de ese período hubiera tenido otros protagonistas, pero al fin y al cabo también habría desembocado en el Imperio, con otro personaje quizás en lugar de Augusto; de ahí en adelante, pese a las ligeras variantes introducidas por esa distorsión circunstancial, y atenuadas por el paso de los siglos, la historia hubiese acabado siendo la misma que conocemos.

El tema esbozado por Pascal volvió a tomar importancia filosófica, política e ideológica cuando lo replanteó uno de los primeros teóricos del marxismo en Rusia, Plejanov.⁵

El planteo de Plejanov se dio en el marco de su polémica con los *narodniki* (populistas), cuya ideología tenía una buena carga de romanticismo y en cierto modo defendía la libertad individual. Para el *Narodnichestvo* (populismo), aceptar el determinismo económico de los procesos históricos era como cruzarse de brazos y esperar a que la Revolución se produjera necesariamente, en lugar

Banque Centrale de Toulouse Gill



FORTIN-86

*A mes cheres parents, heureux avec ma promotion
dans le Banque - Charles Romuald -*

de *hacerla*. Plejanov se propuso conciliar el activismo y la abnegación requeridos del militante revolucionario con el dogma de la inevitabilidad de los procesos históricos, presentando el proceso como equidistante entre el fatalismo y el voluntarismo puro.

En esta polémica enfrentó pues el problema del "gran hombre", tratando de demostrar que no existen personalidades irremplazables, y que los procesos económicos se cumplirían igual en el largo plazo aunque faltasen quienes consideramos sus actores principales. Tomó como ejemplo la figura de Napoleón, aún vívida en la memoria de los europeos.

En su ensayo "El papel del individuo en la historia" (1898), escrito unos veinte años después del libro de Renouvier, ilustra sus tesis con varias conjeturas sobre un Napoleón muerto joven, o dejado fuera del juego político, para mostrar que el Imperio se hubiera constituido de todos modos. El tono polémico, dirigido contra Mijailovski y los populistas, lleva a Plejanov a afirmar por momentos que el individuo no importa en absoluto para la historia, aunque no deja de considerar (con mucha más objetividad que sus sucesores ideológicos) la posición de sus adversarios.

En una nota al pie de página arroja este esbozo de una vida conjetural de Napoleón: "Es posible que entonces Napoleón hubiera venido a Rusia, donde unos años antes de la Revolución tenía intención de dirigirse. Aquí hubiera hecho

méritos, seguramente, combatiendo contra los turcos o los montañeses del Cáucaso, pero a nadie se le hubiera ocurrido que este oficial pobre aunque talentoso en circunstancias favorables hubiese podido llegar a ser dueño del mundo."⁶

No podemos dejar de observar que una especulación análoga es la que sirve de marco a la novela ucrónica *El Sueño de Hierro* (*The Iron Dream*, 1972) de Norman Spinrad. En rigor, la ucrónica está sólo en el prólogo y el epílogo, donde vemos a un mediocre Adolf Hitler que emigra a los Estados Unidos en 1919, con lo cual los nazis desaparecen de la escena política alemana en 1923. Hitler se hace ilustrador y escribe varias novelas de ciencia ficción, hasta que muere, consagrado con un Hugo, en 1953. Su novela *El Señor de la Esvástica* (ficción dentro de la ficción) reproduce todas las características de su mente enfermiza, en un contexto más inofensivo. Sin embargo, el epílogo habla de un avance comunista sobre Europa que se había completado en la década del 50, y de una creciente paranoia colectiva que insinúa, a través de las palabras del supuesto crítico, la inminente aparición de un nazismo norteamericano.

La especulación ucrónica ha inquietado más de una vez a los historiadores, y también se ha hecho presente en las mentes de los políticos. En 1931, el historiador Squire compiló un volumen con historias alternativas (*Si... o la Historia vuelta a escribir*) crea-

das por figuras como G. K. Chesterton, André Maurois, Hilaire Belloc, A. J. P. Taylor y Henrik Van Loon, entre los cuales se destacaba Winston Churchill, con un ensayo titulado "Si Lee no hubiera ganado la Batalla de Gettysburg".⁷

Ideas similares pueden encontrarse en escritores que nadie pensaría en encuadrar dentro de la ciencia ficción, como Vladimir Nabokov, quien situó su novela *Ada* (1969) en un mundo paralelo, sutilmente diferente del nuestro.⁸

Pese a que, como hemos visto, esta problemática es bastante antigua y surgió de las especulaciones filosóficas o de la reflexión de los historiadores, la ciencia ficción (incluyendo sus provincias literarias aledañas) se apoderó del tema una vez que descubrió sus posibilidades narrativas. Sin duda alguna, se trata de un ejercicio imaginativo bastante más complejo que crear un mundo ficticio situado en un planeta remoto o una historia del lejano futuro, a causa de las dificultades que ya señalaba Renouvier y la exigencia de mantener cierta coherencia con la historia real tal como la conocemos.

El tema se vincula a menudo con otro lugar común de la ciencia ficción: los viajes en el tiempo, derivados de una idea original de Wells y llevados al paroxismo por autores como Heinlein. En general, no existen mayores dificultades para deslindar ambos campos.

Para no extraviarnos en la selva de textos que ha inspirado el tema ucrónico, es conveniente tener algún

esquema de análisis. Pienso que lo más adecuado es partir de las variedades de la utopía literaria, reconocidas por la crítica.

De acuerdo con una consideración que formula el propio santo Thomas More, *u-topía* apenas significa "en ninguna parte", mientras que su propuesta de un Estado perfecto bien merecería llamarse *eu-topía*, "el buen lugar". Mucho más tarde, los críticos han impuesto la denominación de *dystopia* (mal lugar) para aquello que solía llamarse "antiutopía" o "utopía negativa", como yo mismo hice alguna vez.

Por analogía con este esquema, las ucronías o historias alternativas pueden clasificarse en *eucronías* (historias "corregidas y aumentadas" que desembocan en un "presente" utópico) y *dyscronías*, alternativas francamente peores que la historia real.

Antes de internarnos en ellas, hay que descartar otros tipos de construcciones hipotéticas, como son los *mundos paralelos*, las *historias paralelas*, y los *catcronismos*; todos ellos difieren de la ucronía.

MUNDOS PARALELOS

Los mundos paralelos son, en la literatura de ciencia ficción, un tema tan trillado como el hiperespacio, la máquina del tiempo o el Imperio Galáctico. En la era de Campbell constituyeron un tema en el cual incursionaron autores como Clifford Simak, Henry Kuttner, Frank Belknap Long o John Wyndham.

Un mundo paralelo coe-

“Escritores argentinos han usado este tema para expresar el sentimiento de irrealidad que inspira la historia reciente.”

xiste con el nuestro pero se desarrolla en "otra dimensión", a la cual se accede a través de algún lugar privilegiado, en medio de una situación insólita o gracias a un experimento descontrolado. En definitiva, no es más que la trasposición, en un contexto científico, de un tema mágico de la literatura medieval y de la mitología celta en particular, el "otro lado".

"La trama celeste" (1948), de Adolfo Bioy Casares, introduce un *locus* similar, esta vez inspirado en las ideas de Auguste Blanqui (caras a Borges), para esbozar en pocos trazos todo un mundo paralelo, sutilmente distinto del nuestro, en cuanto allí Cartago no ha sido derrotada por Roma. Las pistas que permiten reconocerlo, muy al estilo borgeano, son lingüísticas: los nombres de las calles y el de la enfermera; un símbolo religioso.

Escritores argentinos más recientes han usado este tema para expresar quizás el sentimiento de irrealidad que inspira nuestra historia de los últimos años. Carlos Gardini, en *Sinfonía Cero* (1984), crea un mundo paralelo consistente, al que llama La Llanura. Sin abandonar el marco de la ficción cien-

tífica y el clima nostálgico de las Crónicas Marcianas, introduce elementos surrealistas y cotidianos, montando un escenario perdurable.

"La estación terminal" (1983), un cuento de Leonardo Moledo, ofrece una elegante elaboración de este tema partiendo de un "gótico cotidiano" (la línea del Ferrocarril San Martín entre Palermo y San Miguel). Tanto el paisaje, mezcla de realidad y elementos incongruentes, como las lecturas del pasajero, también mixtas, van sembrando inquietud en el lector, hasta que al fin se nos habla de Cervantes como un escritor menor y olvidado, con lo cual descubrimos que estamos en un mundo paralelo; el extrañamiento ha sido logrado con la mayor economía de medios.

Sin duda, un modelo reconocido de este género es *El hombre en el castillo* (*The Man in the High Castle*, 1962) de Philip K. Dick. Describe un mundo en el cual los nazis han ganado la Segunda Guerra Mundial, pero en rigor no es una ucronía sino un mundo paralelo, una extensión fantástica del nuestro. En él se encuentra un libro compuesto por el oráculo chino (es decir, el azar) que describe nuestro mundo y revela que éste es el verdadero. Dick, considerado un autor "idealista", emplea aquí una concepción realista (o "megárica" según el término técnico) de la posibilidad; entiendo que lo posible sólo "existe" como fantasma de lo real. Algo similar ha hecho Ursula K. Le Guin con *La rueda del*

cielo (*The Lathe of Heaven*, 1971).

Una década antes que Dick, Fredric Brown había compuesto (en clave de humor) su *Universo de locos* (*What Mad Universe*, 1948), que aún mantiene su atractivo por la coherencia lógica que logra a pesar de orillar constantemente el absurdo.

El mundo de Brown es uno de los infinitos mundos posibles, que coincide casualmente con las fantasías de Joe Doppelberg, un adolescente lector de revistas de ciencia ficción. Todo lo absurdo tiene pues su explicación: en la Luna hay aire y monstruos purpúreos, la moneda se llama "crédito", se desarrollan velocidades supraluminicas con una máquina de coser modificada, y el salvador de la Tierra es una especie de Superman, que hace pareja con una belleza rubia de provocativo atuendo. Es toda la iconografía de los *pulps*, puesta en movimiento con tanto humor que no en vano Federico Fellini pensó alguna vez en filmarla.

HISTORIAS PARALELAS

La idea de escribir relatos "históricos" que no se desarrollen en ningún país conocido parece ser original de Ursula K. Le Guin, aunque de algún modo proviene de tantas novelas de aventuras ambientadas en ficticios estados balcánicos, nebulosas selvas africanas o republicuetas tropicales. Es un recurso válido, porque permite a la escritora evocar climas o procesos históricos (la lucha entre el absolutismo y el li-

beralismo, la Revolución Industrial o el totalitarismo moderno) sin atarse a la cronología y la documentación, ni correr el riesgo de incurrir en anacronismos. Ursula K. Le Guin ha creado así la nación de Orsinia, pequeño estado de Europa Central, donde se habla una lengua romance salpicada de raíces eslavas y germanas, y se vive el reflejo de todos los grandes procesos que sacudieron a Europa en los dos últimos siglos; *Malafrena* (1979) se desarrolla en el siglo XIX, mientras que *Países imaginarios* (1976) recorre toda la historia europea desde la perspectiva de Orsinia, logrando una credibilidad superior a muchos novelones y películas "históricas" que a pesar de toda su documentación suelen sucumbir por falta de vuelo literario.

LOS CATACRONISMOS

En un conocidísimo cuento de Bradbury⁹ un viajero del tiempo mata inadvertidamente una mariposa durante una excursión al Jurásico. Esa pequeña alteración de las condiciones previas, multiplicada a través de millones de años, produce efectos desmesurados sobre el presente, que afectan desde el idioma hasta el régimen político.

Muchos son, en efecto, los autores que, como Pascal, creen en la importancia capital de algo tan simple como la nariz de Cleopatra, y presumen que cualquier cambio (por pequeño que fuera) que se introdujese en el pasado, alteraría de modo radical to-

da la historia conocida. Esta es una posibilidad que aparece implícita toda vez que se piensa que el tiempo puede ser recorrido como una dimensión más. Cualquier contaminación del pasado, las huellas anacrónicas de un viajero temporal, o la misma intervención que éste haga para modificar su pasado personal, pueden producir alteraciones definitivas de la historia: verdaderos cataclismos históricos, a los que llamaremos *catacronismos*.¹⁰

Una vez que se introduce en el pasado algo que pertenece al futuro, el catacronismo parece inevitable, en la visión de estos autores. Unos viajeros de Frederik Pohl que intentan evitar los horrores de una guerra atómica, creen poder cambiar toda la evolución llevando al pasado una colonia de hormigas mutantes, para que la vida inteligente tenga otro origen. De regreso a su tiempo, se encuentran con una monstruosa civilización de hormigas; vuelven al pasado para anular el experimento y restaurar el orden inicial, pero allí son perseguidos y muertos por las hormigas futuras, que también han aprendido a viajar por el tiempo y están empeñadas en salvar su mundo.¹¹ Un viajero de Tenn,¹² al mover una piedra en el Secundario, cambia toda la historia; regresa para corregirla, pero entonces se encuentra consigo mismo; esta segunda interferencia vuelve a modificarlo todo, y así sucesivamente...

Algunos piensan que no es necesario que el viajero

interfiera en los hechos históricos: basta con que los observe para producir un catacronismo. En un cuento de Dudley Dell¹³ unos historiadores espían a Newton para estudiar la causa de la manía persecutoria que lo afligió en sus últimos años, y descubren que se sentía "observado", pero por ellos.

La posibilidad de que viajeros temporales descuidados o mal intencionados provoquen catacronismos fatales ha llevado a otros autores a imaginar la necesidad de un control "policial" de las secuencias temporales para prevenir acciones irremediables: una especie de profilaxis del tiempo.

Esta idea ha generado toda una familia de relatos de aventuras: la *Legión del tiempo* de Jack Williamson (1938); la *Policía Paratemporal* de Sam Merwin y H. Beam Piper,¹⁴ la *Patrulla del Tiempo*¹⁵ de Poul Anderson, y la *Sociedad del Tiempo* de John Brunner.¹⁶

También se ha pensado en usar el catacronismo como arma: Barrington J. Bayley en *The Fall of Chronopolis* (1974) imagina un imperio al cual se intenta aniquilar atentando contra su pasado. En una novela de Gordon Eklund (*Serving in Time*, 1975) la historia que conocemos es en realidad una dystopía que es necesario corregir alterando el pasado. En *Jaque al tiempo*, del belga Marcel Thiry, se rectifica una historia donde Waterloo fue una victoria francesa.

Lo mismo ocurre en una novela de John Boyd,¹⁷ dentro de un planteo más atrevido. El escenario de

“En la literatura del siglo XX cuesta encontrar utopías que no sean ideológicas; abundan, en cambio, las pesadillas.”

La última nave estelar de la Tierra es un mundo al estilo de Zamiatin, Orwell o Huxley (a quien Boyd imita sin demasiado vuelo), donde rige una alianza totalitaria entre religión y ciencia. El contraste entre las fechas que se dan y los hechos nos persuade de que no estamos en el futuro sino en un mundo alterno; recién hacia el final descubrimos que el cristianismo no tiene en ese mundo como símbolo una cruz sino un arco. Ello se debe a que Cristo logró conquistar (?) Roma y nunca fue crucificado. Se impone un catacronismo corrector, que consistirá en provocar la crucifixión, y el viajero encargado de hacerlo asumirá la personalidad inevitable: Judas Iscariote.

Hay otros autores que piensan, como Plejanov, que cualquier tipo de catacronismo es imposible, ya que el pasado no puede ser alterado; del mismo modo, un magnicidio no altera, generalmente, las fuerzas políticas existentes. En un cuento soviético reciente ("Reflejo del futuro", de A. Ilébnikov, 1985) se intenta salvar a un genio precoz que pereció en el bloqueo

de Leningrado, pero ninguna intervención logra cambiar la historia real.

Un personaje de Bester viaja al pasado para vengarse de su mujer, matando al suegro cuando aún era soltero; a su regreso, encuentra que nada ha cambiado. Procede entonces a asesinar a todos los grandes personajes de la historia, sin mayores efectos. Convertido en un ser fantasmal, se encuentra con un precursor que confiesa haberlo hecho antes que él: el tiempo no es una dimensión continua sino discreta —explica— y cualquier intervención en el pasado no cambia la historia, sino que va destruyendo el pasado de quien lo hace.¹⁸

En un cuento de Pohl¹⁹ los sobrevivientes de la guerra atómica resuelven asesinar a Einstein para corregir el pasado. Sin embargo, en el mundo que crean existe un tal Kretchwood que ha sacado las mismas conclusiones y la bomba atómica termina por aparecer.

Una de las mejores defensas de esta postura, expuesta sin argumentaciones tediosas y sólo con recursos literarios es "Enviado extraordinario" (1956) de William Golding (Premio Nobel 1983). Aquí es un inventor alejandrino quien fracasa al intentar introducir en el Imperio Romano principios tecnológicos que seguramente provocarían una revolución industrial: esto es por que la cultura y la economía del mundo antiguo no encuentran usos para estos elementos extraños e incluyen que no son totalmente inocentes.

EUCRONÍA: LA LUCHA POR UN PRESENTE MEJOR

Desoyendo las advertencias de quienes temen producir catacronismos, algunos escritores han soñado con rectificar los "errores" del pasado, interviniendo en él por medio de la máquina del tiempo, o imaginando pequeños cambios que hubieran conducido a un presente mejor. Esta corrección del presente puede llamarse *eucronía*. En rigor, el libro de Renouvier era una *eucronía*, así como el de More era una "eutopía".

Mientras los que imaginan catacronismos piensan al viajero temporal como un elefante en el bazar, los *eucronistas* parecen imaginarlo como un *deus ex machina* que llega providencialmente a la manera de esos dioses que bajaban al escenario colgados de una grúa en el final de las malas tragedias helenísticas o de la caballería en las películas de cowboys, para poner las cosas en su lugar cuando el autor es incapaz de resolver el conflicto: en este caso, cuando la historia conocida le resulta indeseable.

Así como en la literatura del siglo xx es difícil encontrar otras utopías que no sean las ideológicas, mientras que abundan las pesadillas, tampoco será fácil hallar muchos ejemplos de *eucronía*. Los más conocidos datan de más de cuatro décadas; son dos novelas pertenecientes a L. Sprague de Camp, un polígrafo que se inició en la ciencia ficción, y merecen ser re-

cordadas siquiera a manera de ejemplo.

La primera se titula *Que no caigan las tinieblas*²⁰ y fue escrita con la intención de enmendar la actitud displicente de Mark Twain en *Un yanqui en la corte del Rey Arturo* (1889). Aquí, el viajero temporal se propone remediar el retroceso tecnológico de comienzos de la Edad Media. Lejos de interferir en forma drástica (por ejemplo llevando la máquina de vapor a Carlomagno), introduce algunas técnicas menores que de todos modos habrían de llegar más tarde: la collera y el estribo, los numerales arábigos, la destilación...

Parecería que cambios tan inocentes sólo podrían causar una moderada aceleración de la historia. Esta idea recibe sin embargo una feroz desmentida en la parodia imaginada por Frederik Pohl, "La mortífera misión de P. Snodgrass".²¹ Un bien intencionado corrector de la historia lleva al Imperio Romano las vacunas y la profilaxis. Logra así acelerar el progreso técnico, pero también multiplica el ritmo de crecimiento de la población; para nuestro tiempo, el mundo se ha convertido en un informe hacinamiento de personas sin espacio para vivir, de manera que lo único que cabe hacer es enviar una misión que mate al corrector y restaure así el curso histórico.

Otra propuesta *eucrónica* de De Camp se encuentra en "*Las ruedas del sí*",²² que utiliza una hipótesis ingeniosa; le basta con modificar una cláusula del Síno de Whitby (año 664), que decidió la conversión

de los anglos al catolicismo romano, para determinar que sean los noruegos quienes colonicen América del Norte cinco siglos antes de Colón, y que la historia siga un curso distinto.

DYSCRONIAS: "EL MEJOR DE LOS MUNDOS POSIBLES"

Así como las utopías negativas son más abundantes que las positivas, no es difícil encontrar ejemplos de *dyscronias* o *ucronías* negativas. Sin embargo, la semejanza es apenas formal, porque mientras la *dystopia* refleja el temor frente al futuro (cuyo arquetipo es 1984 de Orwell), el escritor que apela al recurso de la *dyscronía* es, en el fondo, un optimista. Así como hemos encontrado escritores que sin saberlo son discípulos de Pascal o de Plejanov, los *dyscronistas* bien podrían pertenecer a la familia de Leibniz o aun del Doctor Pangloss, pues desarrollan desagradables alternativas históricas para convencernos de que vivimos en el mejor de los mundos posibles.

Prueba de ello es que este recurso fue empleado como parte de la propaganda bélica: durante la Segunda Guerra Mundial, se escribieron varias novelas que pintaban el mundo como sería si triunfaba el Eje. En rigor, hoy no las llamaríamos *dyscronias* sino *dystopías*, porque fueron escritas cuando no se sabía a ciencia cierta cómo concluiría la contienda.²³

La pesadilla de un mundo en el cual Hitler hubiera podido triunfar siguió preocupando después de la

guerra, tanto en Europa como en América. Está presente en *El hombre en el castillo*, de Dick, aunque el primero que intentó darle forma literaria fue un inglés que se escudaba tras el seudónimo de Sarban, con la novela *El cuerno de caza*.²⁴ Su historia está delineada como la pesadilla de un prisionero inglés que escapa de un *Lager*; más que el desarrollo histórico, predomina cierta fantasía erótica, llena de elementos sadomasoquistas: esclavas emplumadas, cacerías humanas, orgías, etc.

El tema también fue planteado, en el plano teórico, por William L. Shirer, uno de los historiadores del Reich²⁵ y retomado en la fantasía por una de las autoras de la *new wave* inglesa, Hilary Bailey, con el cuento "The Fall of Frenchy Steiner" (1964). En la misma época, había inspirado un film inglés que se tituló *La invasión de Inglaterra* (*It Happened Here*, 1963).

También inspiró la novela *Hitler Has Won* (1975) de Frederick Mullally y más recientemente "Weihnachtsabend"²⁶ de Keith Roberts. Este último cuento, resuelto como un mundo paralelo al estilo dickiano retoma algunos rasgos de Sarban pero introduce un tratamiento interesante del tema religioso.

Otro tema inevitable fue la bomba atómica, que pudo haber aparecido antes o después de 1945: esto ha dado lugar a las especulaciones de Ronald W. Clark, quien en *Queen Victoria's Bomb* (1967) imagina una bomba prematura y en *The*

“Es extraño que la ucronía no haya tentado a los escritores argentinos; hubiese servido para ventilar deseos ocultos y debatirlos.”

Bomb That Failed (1969) posterga su aparición por algunos años.

Fuera de temas tan generales como el nazismo o la Bomba, la elección de un nudo histórico para la ucronía también dependerá de la nacionalidad del autor: como durante mucho tiempo la mayoría de los escritores de ciencia ficción han sido ingleses o norteamericanos, encontraremos algunas diferencias entre ellos.

Entre los norteamericanos, Harry Harrison ha imaginado en *Tunnel Through the Deeps* (1972) un mundo donde las colonias americanas nunca se rebelaron y el Imperio Británico sigue siendo una potencia dominante; la visión de nuestra historia, atisbada por una médium, resulta allí una pesadilla.

Pero el nudo inevitable para los estadounidenses es la Guerra de Secesión, su mayor crisis nacional. El tema ya había interesado a Churchill, y el historiador McKinlay Kantor dedicó un artículo a pensar cómo sería la Unión si el Sur hubiese ganado la guerra.²⁷

El clásico, en la novela, es *Bring the Jubilee* (1953) de Ward Moore. La Confederación ha triunfado y los EE.UU. son un país atrasa-

do; el autor no explica por qué persiste el Imperio Español, circunstancia que en todo caso depende de otra serie histórica. Moore juega con el cambio de papeles de los personajes históricos, haciendo a Eisenhower coronel, G. B. Shaw teólogo, William James ensayista y Carl Gustav Jung policía. El desenlace se logra por medio de un catacronismo corrector: el protagonista se refugia en una comunidad científica, enclavada en un mundo que sólo conoce el alumbrado a gas y la máquina de vapor; descubre cómo viajar por el tiempo y regresa a los años de la Guerra Civil; accidentalmente, provoca la muerte de un oficial, con lo cual los confederados toman Little Round Top y pierden en Gettysburg; con ello, su mundo desaparece en la nada, y él termina anclado en el nuestro.

Si los norteamericanos ven en la Guerra Civil el pivote de su historia, el hecho que hizo posible su desarrollo tecnológico, los ingleses pueden elegir entre varios nudos históricos decisivos para su independencia y poderío; entre ellos, el cisma anglicano y la revolución industrial.

Existen varias muestras de lo que podría llamarse "pesadillas protestantes", que imaginan un mundo sin Reforma y una Inglaterra desvalida; entre ellas están *Times Without Number* (1962) de John Brunner, *Pavana*, de Keith Roberts (1968) y *The Alteration*, de Kingsley Amis.

La novela de Amis, que en sí no tiene demasiado vuelo, interesa como recapitulación de todos los re-

cursos propios de los ucronistas, explotados con ironía. Casi podría decirse que representa una segunda generación de ucronías, que juega con la complicidad del lector familiarizado con todos los lugares comunes del género.

El nudo es aquí la Reforma, que se evita cuando Lutero es asimilado por la Iglesia romana y proclamado Papa con el nombre de Germano I. Las consecuencias que Amis extrae de este nudo son sumamente arbitrarias: sobre ellas construye una especie de totalitarismo clerical, que ha hecho de la ciencia una mala palabra y sólo tolera la tecnología de sus "inventores".

La "alteración" del título es la castración a que se somete a ciertos niños impúberes para que conserven la voz de falsete, ofreciéndoles brillantes carreras de cantantes: son los famosos "castrati" de la música barroca, que tantas veces han servido como argumento anticlerical; en el mundo de Amis desempeñan un papel tan importante que hacia el final de la novela se insinúan como un mecanismo para el control de la natalidad.

El guión mundial es contradictorio: se mantiene el Imperio Español y el Otomano. Brasil, como Nueva España, es un virreinato, de lo cual se deduce que Portugal sigue siendo potencia colonial. Lo curioso es que, en este contexto, Inglaterra también tenga su imperio: su colonia de Nueva Inglaterra (EE.UU.) se distingue por sus prácticas democráticas, su religión reformada, su cultura es-

céptica y su afición por la tecnología. Entre otros Estados menos previsibles están Moscovia, Lituania, Louisiana, México Québec, Nápoles y Alemania.

La electricidad está proscrita y no hay aviones; por las calles circulan ómnibus y tranvías movidos por motores Diesel; se ha construido un puente sobre el Canal de la Mancha para unir Londres con Roma. En cambio, las ciencias biológicas parecen avanzadas: el genetista Francis Crick se dedica aquí a los "conductores" (hormonas).

Como Ward Moore, Amis se divierte salpicando la narración de personajes conocidos que desempeñan roles diferentes. Aquí, el autor de *Hamlet* es Thomas Kyd, Shelley fue un incendiario y Edgar Allan Poe un general; Maserati es inventor, Himmler y Beria arzobispos y Berlinguer, cardenal. En cuanto a los libros, *Gulliver* se ha convertido en *Los viajes de San Lemuel*; Tolkien escribió *El Señor de los Cálices* y James Bond es "el padre Bond".

La ingenuidad del autor, si es que pretende algo más que divertirse, está en congelar al mundo en la época de la Contrarreforma, y suponer que al cabo de varios siglos una supuesta cultura "católica" se nutriría exclusivamente de héroes clericales y vidas de santos; esto es menospreciar el proceso secularizador que venía actuando desde mucho antes de Lutero y atribuirle cierta omnipotencia a Roma. Por ejemplo, el diario vaticano *L'Osservatore Romano* aparece aquí

en latín, lo cual significa olvidar que la alteración propuesta no puede suprimir la lengua italiana.

Un rasgo de ingenio de Amis consiste en introducir en ese mundo una literatura equivalente a nuestra ciencia ficción. En lugar de SF, aquí se llama TR (*Time Romance*) o IF (*Invention Fiction*). La ucronía es llamada CW (*Counterfeit World*, o mundo fingido): hay un libro titulado *El hombre en el castillo* que describe minuciosamente nuestro mundo, incluyendo a Darwin pero no a Marx.

LOS SENDEROS QUE SE BIFURCAN

He dejado para el final la novela quizás más lograda de este género, tanto por sus valores literarios como por su rigor y coherencia interna. Se trata de *Pavana*²⁸ de Keith Roberts; resulta difícil catalogarla como eucronía o dyscronía, porque presenta toda la ambigüedad de un verdadero mundo alterno donde no hubo Revolución Industrial, pero en definitiva no es mejor ni peor que nuestro tiempo.

Roberts elige como nudo el reinado de Isabel I: si en este punto se interrumpiera la consolidación de la primera potencia protestante de Europa, Roma se fortalecería, la evolución de la ciencia moderna sería distinta y el proceso de la revolución industrial tendría lugar con mucha demora y serías limitaciones políticas. De este modo, ambos hechos están ligados; la revolución indus-

JUNE 9, 1979

No. 22

TIME

Fixing the U.S.
Space
Program

Borges Wins Nobel Prize

ARGENTINA . . . Australas 1.50
BARBADOS . . . Bds \$2.10
BARRIADOS . . . Bds \$5.00
BELIE . . . Bds \$4.00
BOLIVIA . . . Bs 4000000
BRAZIL . . . Cr \$10.00

CAYMANIS . . . C12.00
CHILE (incl. tax) . . . \$350
COLOMBIA . . . Col \$ 325
COSTA RICA . . . C 120
DOMINICAN REP. . . D\$35.50
ECUADOR . . . S/280

EL SALVADOR . . . 0 12.00
FRENCH GUYANA . . . 20 Ft
FRENCH TERR. . . 20.00 Ft
GUATEMALA . . . Q 4.50
GUYANA . . . G\$6.50
HAITI . . . G 10.00

HONDURAS . . . L 6.00
JAMAICA . . . Jan. \$6.50
MEXICO . . . Mex \$50
NETHERLANDS . . . Hfl 5.00
PANAMA . . . B 2.00
PARAGUAY . . . G\$900

PERU . . . NITS 20
SURINAME . . . Sfl 4.00
TRINIDAD/TORRADO . . . TT \$6.50
URUGUAY . . . N\$250
VENEZUELA . . . Bs 50
WEST INDIES . . . EC\$ 50.00

trial iniciada en Inglaterra en dos siglos se ha extendido a todo el mundo, de modo que la especulación de Roberts adquiere proyección universal.

Le basta al autor con suponer que en julio de 1588 un "papista" fanático asesina a Isabel I para deducir toda una ucronía. En efecto, es bastante lógico suponer que el caos político producido en Inglaterra por este hecho tentaría a Felipe II a invadirla. Como hipótesis auxiliar, supone que los Valois son destronados por los partidarios del duque de Guisa. España se consolida como potencia dominante en Europa: las "guerras luteranas" aplastan a los protestantes, y el catolicismo romano impera. América del Norte también es colonizada por los españoles y Cook entra en Oceanía enarbolando la bandera papal. Es un mundo sin Ilustración, sin revolución científica ni técnica, con Inquisición, resabios de feudalismo y grandes tensiones internas: las tendencias abortadas que siguen de algún modo latentes y actuantes.

Esto último es un factor que la mayoría de los ucronistas suele descuidar, quizás por no saber ir más lejos de la simple causalidad mecánica. Roberts sabe prever el "retorno de lo reprimido", como lo llamaría Freud, y ello hace a su ucronía más consistente.

Se ha señalado que su libro se apoya en la conocida tesis de Max Weber, que vincula la ética protestante con el surgimiento del capitalismo. En cuanto a la estructura —una serie de vidas de hombres y mujeres

comunes en cuyo trasfondo asoman los grandes marcos políticos y económicos— puede haberse inspirado en las nuevas corrientes historiográficas; pensemos en libros como *Gente de la Edad Media* de Eileen Power o las obras de Régine Pernoud. Sólo en la última parte del libro las narraciones convergen en una trama común, pero quizás lo más logrado sean esas historias de vidas (el maquinista Jesse Strange, el señalero Rafe Bigland, o el hereje Hermano John) que resultan tan creíbles como atractivas.

En la ficción de Roberts, han ocurrido varios "casos Galileo", que la Inquisición se ha encargado de resolver, reprimiendo o demorando el desarrollo de la ciencia y la tecnología. Mientras en la novela de Amis la Iglesia veía con malos ojos a la electricidad, pero todo el transporte funcionaba con motores a explosión, aquí ha sido restringida la explotación del petróleo. En rigor, no hay razones suficientes para fundamentar el porqué de cualquiera de ambas prohibiciones, más allá de las preferencias de los autores.

El desarrollo del motor a explosión ha sido inhibido por la bula papal *Petroleum Veto*, que limita la cilindrada. De ese modo, sólo circulan pequeños vehículos deportivos que se ayudan con velas para remontar los tramos más difíciles. Todo el transporte pesado se hace con trenes carreteros movidos por el vapor (como en el mundo de Moore); sus travesías por caminos plagados de sal-

teadores son el marco de la historia de Jesse Strange.

Inhibido el desarrollo de la electricidad, y por ende el telégrafo, la radio y la televisión, el sistema de comunicaciones consiste en una red de semáforos ópticos, especie de molinos de viento que se alzan sobre las altas cumbres; sus servidores integran la austera Hermandad de Señaleros, una verdadera corporación medieval, en cuyo marco transcurre la vida de Rafe Bigland.

En su conjunto, *Pavana* aparece como un mundo extrañamente "real", donde lo más convincente es la psicología de los personajes. Existen, por cierto, algunas incongruencias; no hay que sorprenderse de que allí también existan los *blue jeans*, pero no hay razón para que América se llame "Nuevo Mundo" o para que Londres se denomine "Londinium"; es el mismo error que había de retomar Amis, quizás para cargar, con algún latinajo, las tintas del "oscurantismo" romano.

El poder de convicción de *Pavana* radica en que el autor ha sabido reconocer que las fuerzas determinantes que iban a confluir en la Reforma, aun cuando contenidas por el catacronismo, tenían que volver a insinuarse en el nuevo contexto. Esto es especialmente válido para los cultos y creencias religiosas. Al no aparecer la instancia del racionalismo, lo reprimido se manifiesta como supervivencia de los sustratos germánicos precristianos (el mito de Baldr y el folklore de las Hadas), para engrosar al fin la herejía re-

formadora del Hermano John, que combina elementos evangélicos con reivindicaciones sociales y super-videncias paganas.

A instancias de esta Reforma diferida, aparecen también el movimiento de las nacionalidades y los comienzos del capitalismo. La nobleza, haciendo suyo el ideal nacionalista, encabeza la llamada Rebelión de los Castillos, que en muy corto plazo desencadena la tan postergada revolución industrial. La Iglesia, desprestigiada, entrega los conocimientos que ocultaba; los nobles progresistas fomentan la medicina, permiten la aparición del cine y el alumbrado eléctrico, y en muy pocas etapas se llega a la democracia parlamentaria.

Al desencadenarse estos cambios, uno de los personajes intuye que la historia es como "una danza, un minué o una pavana. Algo solemne y sin objeto, de pasos predeterminados", algo donde las causas y los efectos se entretejen hasta tener el mismo sentido. El epílogo nos ubica en un mundo "moderno" no muy distinto del nuestro, después de todo; el tono de este capítulo recuerda al *Eterno Adán* de Julio Verne, con su visión del eterno retorno. Se sugiere que esos procesos han ocurrido una y otra vez a lo largo de la historia, pero algo de la sabiduría de las civilizaciones desaparecidas se ha conservado en secreto. La conclusión es bastante ambigua: el mundo moderno se ha emancipado de la Iglesia y ha execrado su nombre por haberle ocultado la ciencia, pero en realidad aque-

lla sólo ha querido demostrar el progreso hasta que el hombre tuviera tiempo de "elevarse un poco más hacia la verdadera Razón". Hasta la Inquisición, con sus horrores, reprimió mucho menos de lo que podía haber hecho; no hubo, sin embargo, campos de concentración ni guerras mundiales. Paradójicamente lo que parecía una dyscronía resulta una eucronía.

Con este final abierto el libro de Roberts ofrece uno de los mejores ejemplos de coherencia ucrónica; no presenta un mundo mejor ni peor que el nuestro; quizás haya intentado hacerlo mejor, contra las apariencias, aunque acabe siendo casi igual. Como el mundo real, es una mezcla de gozo y sufrimiento, de injusticia y amor, de pasiones inútiles y grandezas; eso es precisamente lo que le da fuerza.

Los lógicos y filósofos analíticos se plantearon hace tiempo el problema de los "condicionales contrafácticos"; es sobre este razonamiento que se construye la ucronía. Según se la mire, la conclusión que se obtiene a partir de una premisa que se opone a los hechos reales puede ser siempre verdadera (porque sus antecedentes son falsos) o siempre falsa porque es indemostrable en la experiencia.

Sin embargo, los contrafácticos no carecen de lógica. Por ejemplo, del asesinato de Isabel I se puede deducir el mundo de *Pavana*, pero no la invasión de los marcianos. Según los expertos, no es posible partir de premisas *contralega-*

les, es decir contradictorias en sí mismas ("Si los triángulos fueran cuadrados..." o *contraidénticas*, como "Si Cleopatra hubiera sido francesa..."). Para la lógica, una construcción contrafáctica (ucronía) tendrá tanta más verosimilitud cuanto más coherente sea en sí misma, y a la vez coherente con las leyes causales conocidas.²⁹

El contrafáctico ha sido usado más de una vez como recurso retórico de los historiadores para destacar la importancia de un suceso: a menudo, los historiadores también ceden a la tentación de imaginar cursos distintos o más deseables para el proceso conocido. En su *Estudio de la Historia*, Toynbee recurre varias veces al contrafáctico, con referencias al Islam o al sínodo de Whitby, el que sometió a los anglos a la autoridad romana; según hemos visto, este último es el mismo hecho que inspiró a De Camp una de sus ficciones.

La tentación del contrafáctico es mayor cuando se hace historia de las ideas, de los movimientos religiosos o de la política dinástica, es decir donde el papel de las personalidades decisivas tiene más importancia. El filósofo Jean Guitton, al reseñar la historia de la Iglesia, señala varios nudos decisivos que generalmente suelen pasar por alto los historiadores políticos, aunque podrían haber cambiado el mundo. Guitton es francés, de modo que elige nudos vinculados con la historia francesa: la conversión de Clodoveo, que inicia la retirada del arrianismo, o la batalla

de Muret (1213), que inclina la balanza en contra de los cátaros: de no haberse producido cualquiera de estos hechos, la historia de Occidente hubiera sido completamente distinta.³⁰

A través de todo esto, hemos señalado que la ucronía puede ser una manera de acceder indirectamente a la comprensión de la historia real, y que son las ideas o la nacionalidad de los ucronistas lo que suele determinar sus elecciones. Esto es inevitable, porque componer una ucronía significa cuestionar la cadena causal que conduce hasta uno mismo: y esto se da a partir de la insatisfacción con el pasado o la duda sobre su necesidad: arranca de una cuestión de identidad cultural o nacional.

Esto hace de la ucronía un género "natural" para una Argentina que se debate desde hace medio siglo en constantes crisis, transitando caminos contradictorios, hasta convertirse casi en un país improbable. Es extraño pues que la ucronía no haya tentado a los escritores argentinos; hubiese sido un ámbito para ventilar los deseos ocultos y someterlos a debate racional, para evitar que las ucronías —disfrizadas de ideologías— nos domina-

ran tal como suelen hacerlo las utopías.

Un país tan cargado de sueños fallidos e ilusiones persistentes, donde cada partido posee su propia lectura del pasado, la ucronía es casi parte de la conciencia histórica. ¿Acaso el "revisionismo histórico" —no el científico, sino el ideológico— no es más que un intento de ucronía compuesto para persuadirnos de que la historia podría haber sido mejor?

Una de las mejores novelas argentinas de los últimos años, *Respiración artificial*, de Ricardo Piglia, propone una anticipación del mundo actual escrita un siglo antes por un contemporáneo de Alberdi. En un pasaje, encontramos lo que podría llamarse la ucronía revisionista, la ravanca imaginaria de las tendencias desplazadas en la formación de la "Argentina moderna":

"Plantaríamos trigo, criaríamos vacas, pero sin olvidar la protección de las artesanías del interior. Nos independizaríamos de la corona española pero sin afrancesarnos. Nacionalizaríamos las rentas de la Aduana y rechazaríamos la enfiteusis de Rivadavia para cortar las raíces del latifundio. Mariano Moreno permanecerá en el país, al

frente de la Junta Grande, sin viajar a Europa, cosa de que no se nos muera en alta mar, etc. Sería... la primera utopía nacionalista."³¹

Alguien ha pensado que podría escribirse una novela donde los indios derrotan a Roca en la conquista del desierto, pero esto, dada la relación de fuerzas sería tan inverosímil como para convertirse casi en "contralegal". Hay muchas hipótesis más esperando en los libros de historia: se impide el fusilamiento de Dorrego; el caballo de Paz no es boleado; el coronel Perón se radica en Italia; el congreso de Tucumán instituye la monarquía; Rosas se alía con Inglaterra... Bastaría con un catacronismo (un viajero del tiempo correntino que asesina al conde Aranda impidiendo la expulsión de los jesuitas del Río de la Plata) para construir una hipotética República Ignaciana (o Guaranía): abarcaría la Mesopotamia Argentina, el Paraguay y parte del Sur de Brasil, con una tendencia posiblemente industrialista y estatista...

La ucronía es una herramienta; el escritor, que es el artesano, y a veces el artista, sabrá cómo usarla y para qué usarla. Pero como todo oficio tiene sus reglas y sus secretos.

NOTAS

¹ Charles Renouvier, *Ucronía, la utopía en la Historia*; traducción de José Ferrater Mora; Losada, Buenos Aires, 1945; pág. 13.

² *Id.*, pág. 15.

³ *Id.*, pág. 373.

⁴ José Luis de Imaz, *Sobre la identidad iberoamericana*; Sudamericana, Buenos Aires, 1984; cap. 1.

⁵ Georgii V. Plejanov (1856-1918) fue uno de los pensadores que más influyeron en la formación del comu-

nismo ruso. Su postura menchevique, aunque cercana a la bolchevique, le valió una suerte variada: mientras Lenin lo exaltaba como maestro de doctrina marxista, Stalin lo condenó como típico intelectual desligado de las masas. Quizá esto se deba a la flexibilidad de su pensamiento, difícilmente conciliable con el *Diamat*, que le hizo escribir: "Una ciencia partidista es imposible."

⁶ G.V. Plejanov, "El papel del individuo en la historia", en *Obras escogidas*, vol. I; Quetzal, Buenos Ai-

res, 1964; pág. 462. En su conocido libro *Cosmos* (1980), Carl Sagan también especula con un Napoleón joven que se hubiese unido a la expedición de La Pérouse al Pacífico, y deduce la improbabilidad de Champollion y la piedra Rosetta. (Cfr. *Cosmos*, Planeta, Barcelona, 1982; pág. 303.)

⁷ *If, or History Rewritten*, comp. de J.C. Squire; Viking, New York, 1931.

⁸ Otros ejemplos son *White Lotus*, de John Hersey (1965), que presenta unos Estados Unidos dominados por

los asiáticos, o *The Court Martial of George Armstrong Custer*, de Douglas Jones (1976).

⁹Ray Bradbury, "A Sound of Thunder", 1952 ("El rugido de un trueno", en *Las doradas manzanas del sol*, Minotauro, 1962).

¹⁰Jugando con el término "cataclismo", John Wyndham tituló uno de sus cuentos "The Chronoclasm" (*Star Science Fiction Stories*, ed. Frederik Pohl, Ballantine, New York, 1954). Para ser fieles a la etimología, "cataclismo" es un diluvio en el que las aguas cubren la tierra, invirtiendo el orden natural. Conviene pues, para mantener la idea de inversión, introducir el término "catacrocismo".

¹¹Frederik Pohl, "Let the Ants Try" (1949), en *Alternating Currents*, Ballantine, New York, 1956.

¹²William Tenn, "Me, Myself and I" (1947), en *Of All Possible Worlds*, Ballantine, New York, 1955.

¹³Dudley Dell, "Filmando el pasado", en *Más Allá*, N° 1 (1953).

¹⁴Sam Merwin, *House of Many Worlds* (1951), *Three Faces of Time* (1955).

¹⁵Poul Anderson, *Guardians of Time* (1960), *The Corridors of Time* (1965).

¹⁶John Brunner, *Times Without a Number* (1962).

¹⁷John Boyd, *The Last Starship from Earth*, Berkley, New York, 1969.

¹⁸Alfred Bester, "The Men Who Murdered Mahommed", 1953 ("Los hombres que mataron a Mahoma", *Minotauro* 1, 1964).

¹⁹Frederik Pohl, "Target One" (1955), en *Alternating Currents*, Ballantine, New York, 1956.

²⁰L. Sprague de Camp, *Lest Darkness Fall* (1939).

²¹Frederik Pohl, "The Deadly Mission of P. Snodgrass", 1962 ("La mortífera misión de P. Snodgrass", *La Revista de Ciencia Ficción y Fantasía*, N° 2, 1976).

²²L. Sprague de Camp, *The Wheels of If* (1940).

²³Entre ellas estuvieron *If Hitler Comes: Loss of Eden* (1940), de Douglas Brown y Christopher Serpell; *When the Bells Rang* (1943), de Anthony Armstrong y Bruce Graeme, y *When Adolf Came* (1943), de Martin Hawkin.

²⁴Sarban, *The Sound of His Horn*, 1952 (*El cuerno de caza*; traducción de Manuel Figueroa; Minotauro, Buenos Aires, 1962).

²⁵William L. Shirer, "If Hitler Had Won World War II", en *Look*, 1960.

²⁶Keith Roberts, "Weihnachtsabend", 1972 (existe traducción: *Minotauro* 6, 1984).

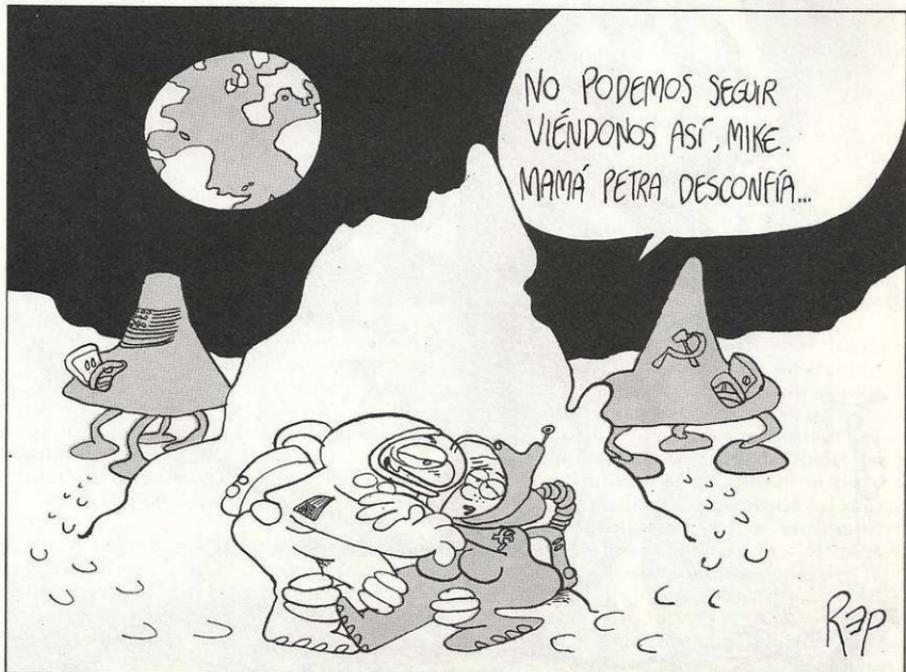
²⁷McKinlay Kantor, "If the South Had Won Civil War", en *Look*, 1961.

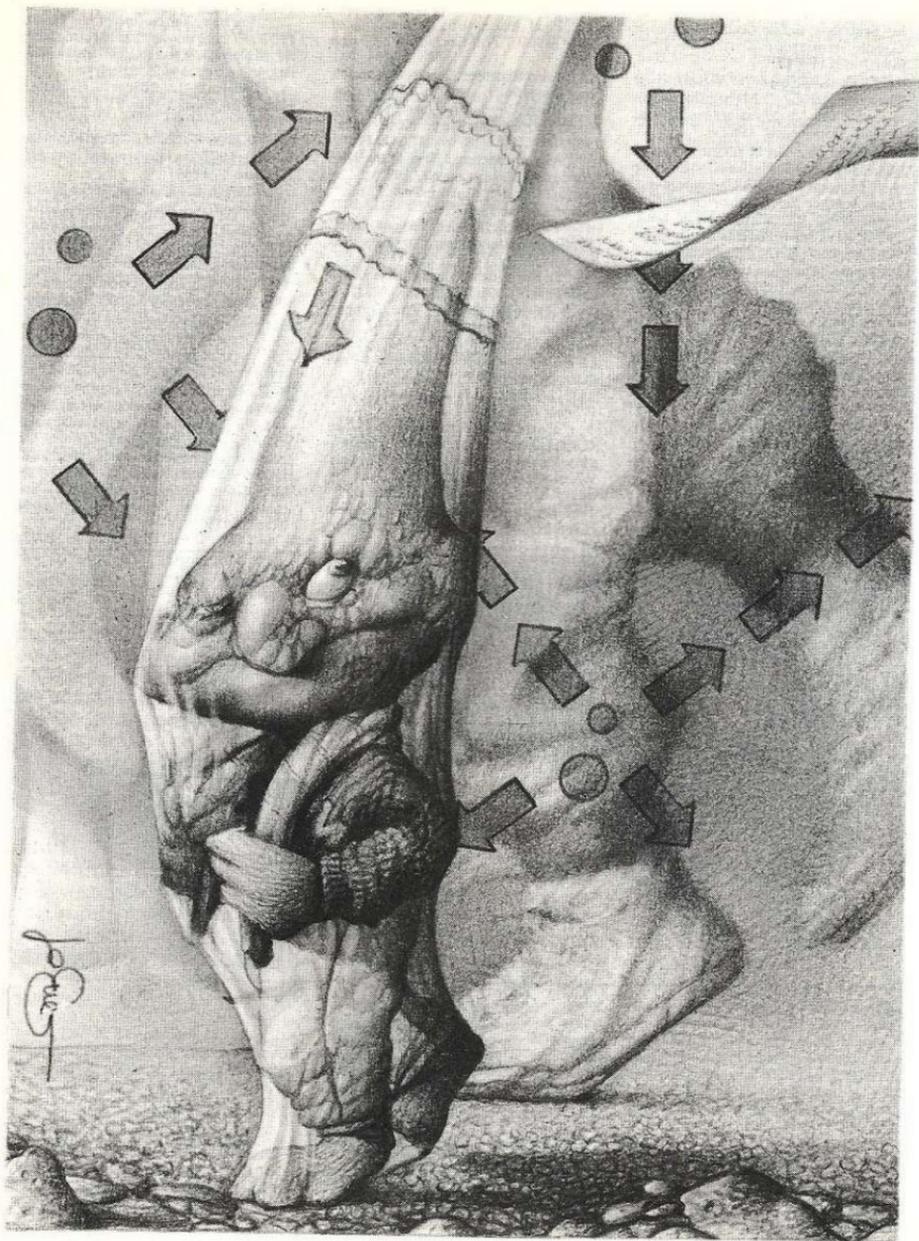
²⁸Keith Roberts, *Pavane*, 1968 (*Pavana*; traducción de M. Horne; Minotauro, Buenos Aires, 1981).

²⁹Cfr. Nelson Goodman, *Fact, Fiction & Forecast*, cap. I, The Athlone Press, Londres, 1954.

³⁰Jean Guilton, *Las crisis de la Iglesia* (traducción de Z. J. de Valcárcel; Emecé, Buenos Aires, 1984).

³¹Ricardo Piglia, *Respiración artificial*; Pomaire, Buenos Aires, 1980; pág. 93. Una historia semejante, inspirada en el Paraguay del doctor Francia, se encuentra en la novela del inglés Herbert Read *La niña verde* (*The Green Child*; traducción de Enrique Pezzoni; Minotauro, Buenos Aires, 1979).





Eduardo Abel Giménez

EL INTENTO DE GOLETT

ILUSTRO KIKE SANZOL

Al Norte y al Sur la ciudad no terminaba nunca, y al Este no iba nadie porque estaba el río. Al Oeste, después de los fuegos artificiales, empezaban los barrios pobres y los días tristes, dos inventos que en esa época tenían mucho éxito pero que Golett prefería evitar. Entre esas cuatro paredes que le ponía la ciudad, Golett miró primero hacia arriba y luego hacia abajo. Arriba pasaba un avión que venía de la base. Abajo estaba el jardín de su casa de Palomar.

Tardó un minuto en decidirse. Para salir de la ciudad había un solo camino, y se puso a cavar.

El primer día consiguió hacer un pozo de dos metros de profundidad, y después se fue a dormir. A la mañana siguiente tropezó con una roca y tuvo que recurrir al martillo. Al mediodía ya tenía llagas en las manos, así que se permitió una siesta.

Los vecinos se fueron enterando del intento, como sólo saben enterarse los vecinos, y la noticia corrió de cuadra en cuadra. Al tercer día, Golett fue a ver la obra y descubrió que se la habían invadido.

Eran tiempos en que mucha gente quería irse de la ciudad, y no todo el mundo tenía el ingenio de Golett. Muchos eran envidiosos, y a nadie le preocupaba aprovecharse del trabajo de otro. Por eso, los más madrugadores habían corrido al jardín de Golett y se habían zambullido de cabeza en el pozo. Los que vinieron después llegaron a tal velocidad que no pudieron frenar y terminaron cayendo sobre los primeros. Los últimos, que eran de esos que siempre dependen de la suerte y del prójimo, se encaramaron sobre los otros, pensando que el peso de los cuerpos haría ceder el fondo del pozo y todos caerían en algún paraíso reservado a los

inteligentes. Así que cuando Golett se asomó al jardín había una montaña humana más alta que el techo.

La policía también se enteró, y se llevó a Golett por sospechoso de algo que no estaba muy claro. Lo encerraron en un sótano, y ésa fue la mayor profundidad a que consiguió llegar en su intento.

Golett era capaz de reconocer sus errores. Esta vez había cometido dos: suponer que hacia abajo el camino estaba despejado, y creer que no había otra dirección que llevara fuera de la ciudad. Eran errores graves, porque abajo había tantos vecinos y policías como en cualquier parte, y además quedaba otra dirección para probar: hacia adentro.

Al principio, Golett se rio de sí mismo. Hacia adentro sólo se consigue entrar, y eso a veces. Salir, se sale hacia afuera. Pero después cambió de idea.

Llevaba apenas unas horas encerrado cuando empezó a salir hacia adentro. Nadie se dio cuenta, porque se iba achicando tan despacio que disimulaba bien.

—No sabía que era un enano—dijo el juez a la semana, cuando lo llevaron a declarar.

Los policías se rascaban la cabeza.

A los veinte días era tan pequeño que pudo pasar entre dos barrotes y salir a la calle. Ya ni siquiera parecía un enano. Teniendo en cuenta que el mundo seguía lleno de policías y vecinos, tuvo que encontrar un modo de pasar inadvertido. Se puso a andar como un perro.

El perro Golett anduvo por las calles durante un mes, primero como doberman, luego como cocker, finalmente como pekinés. Después se hizo gato, ratón, araña. Estaba cansado de comer porquerías, pero su intento tenía tanto éxito que siguió adelante, haciendo fuerza todo el tiempo para que sus partes y las partes de sus partes fueran saliendo de la ciudad, una a una y hacia adentro.

El último testigo de su desaparición fue un chico, que se quedó con la boca abierta ante el lugar vacío donde antes había un punto, y antes una mosca que se desinflaba.

© 1986, Eduardo Abel Giménez.



56-EL PENDULO

Querido Juan Jaime:



Caro y fino amigo:



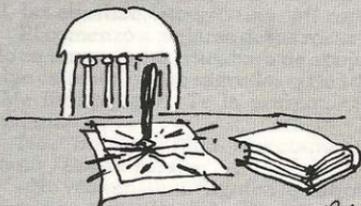
Recordos y admiración colega:



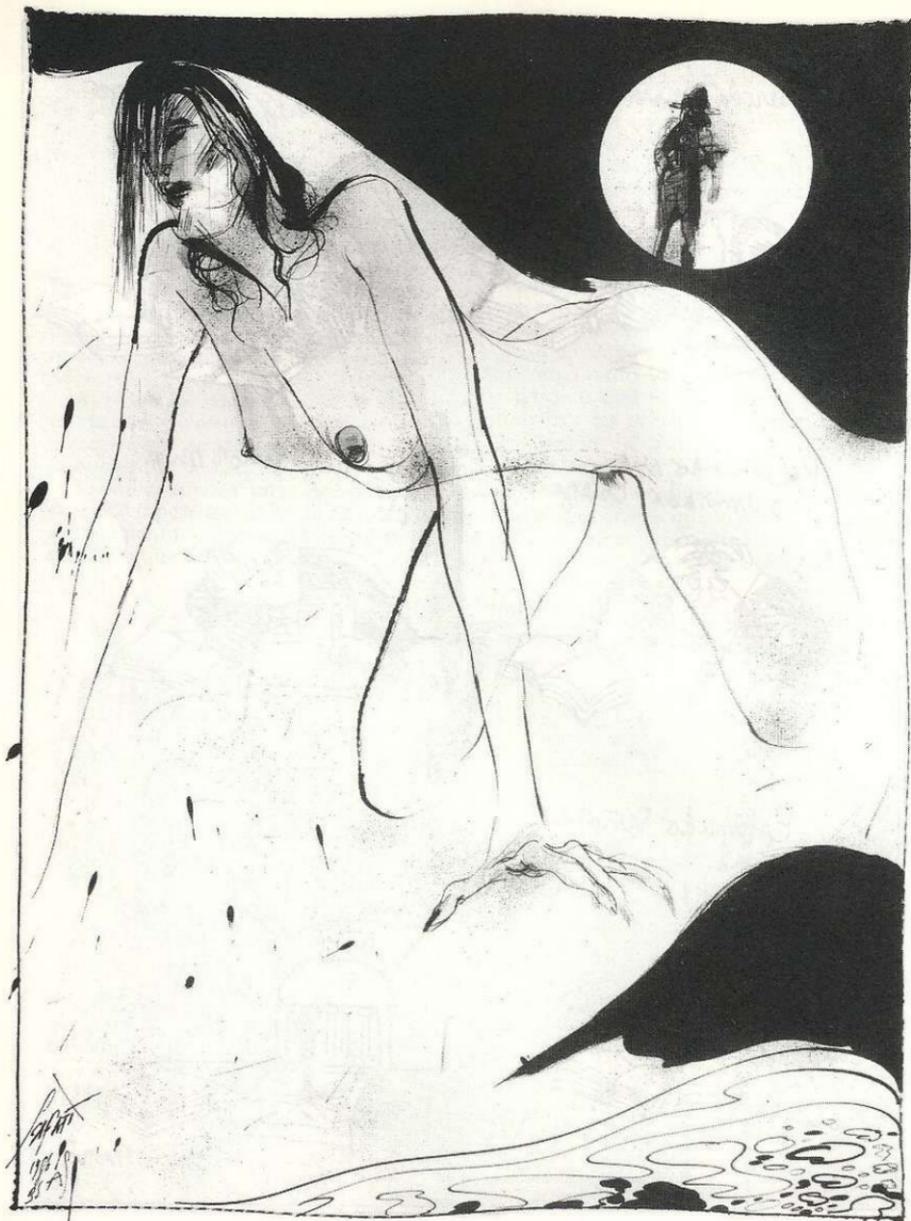
Muy Señor mío:



Estimado Señor:



Primo
525



Theodore Sturgeon

LA EDUCACION DE DRUSILLA STRANGE

ILUSTRO LUIS SCAFATI

La nave prisión, con los escudos a plena potencia, bajó hacia la caleta, y no arrojó sombras sobre el agua bañada por la luna, ni chapoteó al deslizarse bajo la superficie. La hicieron salir y ella se alejó a nado, y la nave alzó la nariz y huyó en silencio. Dos ondas batieron palmas suavemente, una vez, y fue la única marca que la nave dejó en la pared de la prisión.

Por matar al preceptor la habían condenado a cadena perpetua.

Con tortura.

Nadó hacia la playa hasta que la arena tersa y fluida le tocó la rodilla. Se levantó, se echó el largo pelo hacia atrás con un movimiento rápido, y trepó por la piedra abrupta, rozando con una mano el abultado lomo de las rocas que encerraban la caleta.

Adelante oyó un ligero jadeo, luego unos tos. Se detuvo, alta en el claro de luna. El hombre avanzó medio paso, luego ladeó la cabeza y miró hacia la luna.

—Yo... dis... lo lamento... —tartamudeó.

Ella sondeó el torbellino, localizó el origen, buscó actos alternativos y escogió aquel donde él mostraba el conflicto más curioso.

Se volvió a agazapar en las sombras junto a la roca.

No te vi allí.

—No te vi hasta que tú... lo lamento. Por qué me quedo aquí si tú... seguiré andando hacia... Lo lamento.

Ella tomó y desplegó las impresiones de él, las clasificó, escogió una. *Mi ropa.*

Él comenzó a alejarse de las rocas mirando en torno, como si acabara de apoyarse en algo caliente, o algo sagrado. —¿Dónde está? ¿Me interpongo? ¿Te la acerco...? Seguiré andando.

No... no tengo ropa. Directamente de él tomó *¿Dónde está?*

—No veo ninguna. Alguien la habrá... ¿Seguro que la pusiste...?

¿Dónde la pusiste? —De nuevo tartamudeaba.

Ella tomó y usó la frase *Por qué, quién... ¿qué broma pesada!*

—¿Está tu... tienes un coche allí?—preguntó él, mirando el linde herboso de la playa. Enseguida añadió—: Pero aunque llegaras al coche...

No tengo coche.

—¡Dios mío! —exclamó él con indignación—. Cualquiera que... ¿Para qué estoy aquí hablando? Debes estar helada.

Él usaba un abrigo largo y maltrecho. Se lo quitó y se acercó, mirando hacia atrás; el abrigo colgaba del brazo tendido a ciegas como un foque rasgado en un bauprés. Ella lo tomó, lo sacudió, lo examinó con curiosidad y luego se lo puso de tal modo que cayó alrededor de ella cubriéndola como lo había cubierto a él.

Gracias.

Ella salió de las sombras, y el gran alivio que él sintió, con una mezcla de remordimiento culpable, la hizo sonreír.

—Bien —dijo él, frotándose las manos animadamente—. Eso está mejor ¿verdad?—Miró la playa solitaria de un lado a otro.— ¿Vives cerca de aquí?

No.

—Oh.—Lo dijo de nuevo, luego:— ¿Te trajeron amigos?—preguntó dubitativamente.

Ella titubeó. *Sí.*

—¡Entonces volverán a buscarte!

Ella meneó la cabeza. Él se rascó la suya. De pronto retrocedió y preguntó: —Oye, no pensarás que tuve algo que ver con el robo de tu ropa, ¿verdad?

¡Oh, no!

—Bien, me alegra, porque no tuve nada que ver. Nunca haría semejante cosa, ni siquiera en broma. No quiero que pienses nada... —Se interrumpió de golpe, cobró aliento e intentó de nuevo.— Me refiero a esto: tengo una pequeña cabaña en esa loma. Estarías a salvo. No tengo teléfono, pero hay una playa abajo, a kilómetro y medio. Yo podría ir a llamar a tus amigos. No creas que soy uno de esos... bien, haz lo que te parezca mejor.

Ella buscó. Lo sintió aflorar correctamente: *No debo causarte esa molestia. Pero eres muy amable.*

—No soy amable. Tú harías exactamente lo mismo por mí...

Se interrumpió porque ella reía en silencio, y los ojos se le ahondaban en las comisuras

para mirarlo. Reía porque había captado la sorprendida risa de él ante lo que decía aun antes que estallara.

—No sé... si lo harías —farfulló él, y luego se echó a reír.

Cuando las carcajadas se apagaron, ella caminaba ágilmente junto a él.

Anduvieron un rato en silencio, hasta que él dijo: —Yo también hago lo mismo. Voy a nadar en él... quiero decir, sin... de noche. Pero rara vez en esta época del año.

Ella lo juzgó intrascendente, y no respondió.

—Eh —balbució él, y luego tartamudeó y calló de nuevo.

Ella se preguntó por qué hablar era tan importante para él. Sondeó, y descubrió que se sentía excitado, asustado, culpable y feliz al mismo tiempo, lleno de pequeños y confusos planes concernientes a frias sobras de alimento y el contenido de un armario de ropa, el relampagueo atónito de una figura mental de ella saliendo del agua con ciertos detalles curiosamente realzados, la pronta anulación de la imagen y el mal ceño que la anulaba, la tímida esperanza de que ella no sospechara sentimientos que él no podía dominar. Oh, sí. Tenía que hablar.

—Tienes un... ¿Te importa si digo algo personal?

Ella lo miró atentamente.

—Tienes un modo raro de hablar. Es decir... —se inclinó hacia ella—, apenas mueves los labios cuando hablas.

Ella ladeó la cabeza y flexionó los labios. Hizo un esfuerzo y dijo en voz alta: —¿Sí?

—Tal vez sea la luz de la luna —se informó él a sí mismo. Interiormente, imaginó la cara quieta de la muchacha y dijo *Extraño, extraño, extraño*. —¿Cómo te llamas?

—Dru. Drusilla —dijo ella con cautela. No era su nombre, pero había sondeado y descubierto que a él le agradaba—. Drusilla Strange.*

—Hermoso —jadeó él—. Vaya, qué hermoso nombre. ¿Lo sabías? Drusilla Strange. Es... realmente apropiado. —Echó una ojeada al resplandor blanco y fresco de la playa, a la hierba negra bajo la luna.— ¡Oh! —dijo de pronto—. Yo soy Chan. Chandler Behringer. Es un nombre torpe, difícil de pronunciar, no como...

—Chandler Behringer —dijo ella—. Suena

* *Strange*: extraño. (N.D.T.)

como un pequeño viento mordiendo la cola en un... -se sumergió en él con celeridad- palmar.

-¡Ja! -exclamó él. Era la primera sílaba de una risa, y era puro deleite. Luego encontró el resto de la risa.

Le apoyó la mano en el brazo, justo encima del codo, y la guió fuera de la playa. El contacto con la carne que había debajo de la tela chata y ceñida le produjo un estremecimiento que le subió por el brazo y le atravesó las defensas.

-Esta es mi casa -dijo, con todo el aliento y sin ninguna vibración en las cuerdas vocales. La soltó y avanzó cuesta arriba, frunciendo el ceño, precediendo la marcha. Se agachó para entrar en un porche de techo inclinado y tanteó torpemente el cerrojo. -Mejor espera un momento mientras enciendo la lámpara. Hay mucho desorden.

Ella esperó. La puerta lo engulló, y hubo tanteos y chasquidos y de pronto la cabaña tuvo un interior. Ella entró.

-Puedes curiosarse -dijo él enseñuida, observándola.

Eso hizo ella. Había estado mirándolo a él, siguiendo el inventario crítico que él hacía de todo el lugar, y ahora lo conocía tan detalladamente como él. Pero dijo: -Oh... es... -titubeó- acogedor.

-Una casa pequeña -dijo él-, pero sordida. -Él rio, y explicó con tono de disculpa: -Aprendí eso de una película.

Ella evaluó la observación, se preguntó fríamente por qué la había hecho, buscó desganadamente el motivo, luego desistió porque no tenía importancia.

-Una manta abrigada y mullida -dijo él, mostrándole. Ella se llevó las manos reflexivamente al botón superior del abrigo y las dejó caer ante las siguientes palabras. -Cuando yo salga, arrópatate y ponte cómoda. No tardaré. Ahora dame el número.

El código mental de "número" era tan breve y desconcertante (un disco con agujeros sobreimpreso en papel rayado) que ella no supo qué responder. -¿Número?

-Tus amigos. Les telefonaré. Ellos pueden traerte ropa, llevarte a casa. -Rio con timidez. -Trataré de explicarlo de tal modo que... quiero decir, dar la impresión... ¿Sabes una cosa? No tengo la menor idea de lo que diré.

-Oh -dijo ella-. Mis amigos... no tienen teléfono.

-No... oh. ¿No tienen teléfono? -La miró a ella, miró las paredes, e inevitablemente miró la cama. Era una cama muy pequeña. Señaló débilmente la puerta. -Un... telegrama, tal vez, pero eso llevaría mucho tiempo, y... Oh, ya sé. Tengo ropa, pantalones de faena y esas cosas. Una camisa de leñador. ¿Por qué no lo pensé...? ¡Y luego conseguiré un taxi! -terminó triunfalmente, y el caos que tenía en sus adentros era, por usar mal la palabra, ensordecedor.

Ella caviló muy atentamente y dijo: -Ningún taxi me podría llevar de vuelta. Es demasiado lejos para un taxi.

-¿No hay nadie que...?

-No hay nadie -dijo ella con firmeza.

Al cabo de una larga y complicada pausa, él preguntó con suavidad: -¿Qué sucedió? Ella apartó la cara.

-Fue algo triste -susurró él, y aunque estaba muy quieto ella pudo sentir que extendía hacia ella los zarcillos de su comprensión. -Está bien, no te preocupes. No... -dijo en voz alta, como si fuera la primera palabra de un importante pronunciamiento; pero no logró articularlo. Concluyó, con voz inane: -Prepararé café.

Cruzó la habitación, alzando la mano para palmearle el hombro al pasar, pero se contuvo y no la tocó; el eco de aquel primer estremecimiento botaba y rebotaba dentro de él. Se inclinó sobre el hornillo, y en un instante el mal olor de la lámpara, que a ella la acuciaba cada vez más, quedó completamente eclipsado por lo que para ella era un abrumador, clásico, catastrófico y sinfónico tufo. Agitó y cerró los párpados mientras realizaba un tremendo esfuerzo nervioso, y al fin logró el necesario reordenamiento de su dinámica carbono-oxígeno. En un instante consiguió olvidar los aromas y abrir los ojos otra vez.

Chan la estaba mirando.

-Tendrás que quedarte.

-Sí -dijo ella. Le miró los ojos. Y tú no quieres.

-Sí quiero -se apresuró a decir él-. Quiero... -Pensó: *Ella está en apuros y teme que yo me aproveche.*

-Estoy en apuros -dijo ella-, pero no temo que te aproveches.

Él exhibió una asombrosa sonrisa blanca. *Ella confía en mí.* Luego la sonrisa se esfumó bajo el mal ceño interior. Pero el ceño no pudo ocultar el pensamiento: *Ella es... ella espera... Tal vez sea de las que...*

—No soy de las que... —declaró ella.

—¡Oh, lo sé, lo sé, lo sé! —interrumpió él, y al mismo tiempo pensó *¿Por qué está tan segura de sí misma?*

—¡No sé que hacer! —dijo ella.

El sonrió de nuevo. —Déjalo todo por mi cuenta. Nos arreglaremos. Quiero decir que estás a salvo. Y en la mañana todo lucirá mejor. Oh, ese abrigo, ese viejo y húmedo abrigo. Espera... —dijo, y se puso a buscar.

De un ropero con cortinas y de una caja naranja envuelta en papel brotaron pantalones azules, un holocausto espectral en paño de lana, un par de calcetines de un rojo que no combinaba ni remotamente con ningún color de la camisa. Ella miró las prendas y lo miró a él. Él le dio la espalda.

—Seguiré... preparando el café y todo eso —dijo nerviosamente.

Ella se quitó el abrigo y, mientras sus dedos resolvían el problema lógico llamado botones y el problema topológico por el cual un pie entra en un calcetín, evaluó la extraordinaria sensibilidad de Chandler Behringer. O bien esta especie superpoblaría el planeta en nueve generaciones, pensó antojadizamente, o bien moriría de agotamiento nervioso en cuatro. Los toscos pantalones le lastimaron y rasparon la piel hasta que redujo la sensibilidad, pero el contacto de la lana gruesa y limpia de la camisa era delicioso.

Él puso platos y en un instante sirvió en ellos un bonito comestible naranja y blanco. Ella observó con interés y luego desvió los ojos hacia la mesita que estaba junto al hornillo, y vio las cáscaras. *¡Por la Fuente Misma!* —dijo en silencio— *¡Huevos! ¡Comen HUEVOS!*

Acorraló los sentimientos en un compartimiento insensibilizado de la mente y lo cerró. Luego se sentó frente a Chandler y comió vorazmente. El café era amargo y, para el paladar de ella, áspero, pero bebió la segunda taza con naturalidad. *Le agrada tanto que yo coma con él*, pensó. *Tal vez lo hacen todo gregariamente, aunque la actividad no involucre cooperación.* No fue consciente de ninguna repulsión, pues también eso estaba aislado... y así debía permanecer por el resto de su encarcelamiento, es decir el resto de su vida.

La comida parecía haber relajado a Chandler Behringer; distribución esfigmomanética, dedujo ella. Involuntaria. Vaya limitación. Él había dejado de parlotear y

ahora se complacía en observarla en silencio. Cuando al fin ella respondió a su mirada, él se levantó con un nervioso brinco y frotó y lavó los platos enérgicamente. Pensaba: *Quién sabe si le gustó. Y: Ella sabe comportarse como huésped, y evita lanzarse a lavar platos, guardarlos donde no debe y todo eso. Y: Me gusta hacer cosas para ella. Ojalá pudiera hacer todo para... Y luego el mal ceño.*

De pronto, en un arranque de turbación y remordimiento, giró y dijo: —Ni siquiera te he preguntado, es decir explicado... Si tú, bien... ésta es sólo una cabaña y no tiene todas las comodidades.

Ella lo miró sin entender, luego sondeó.

¡Oh! Esto también lo avergüenza. Pero comer no. Asombroso.

Le facilitó las cosas todo lo posible. Se levantó y le dirigió la rápida y nerviosa sonrisa que la ocasión exigía.

—Es afuera —dijo él—. A la izquierda. Ese caminito.

Ella salió, enfiló directamente hacia la orilla y, con poco esfuerzo y aun menos turbación de la que le habría producido un cortés carraspeo, vomitó los huevos y el café. A fin de cuentas había comido sólo dos días atrás.

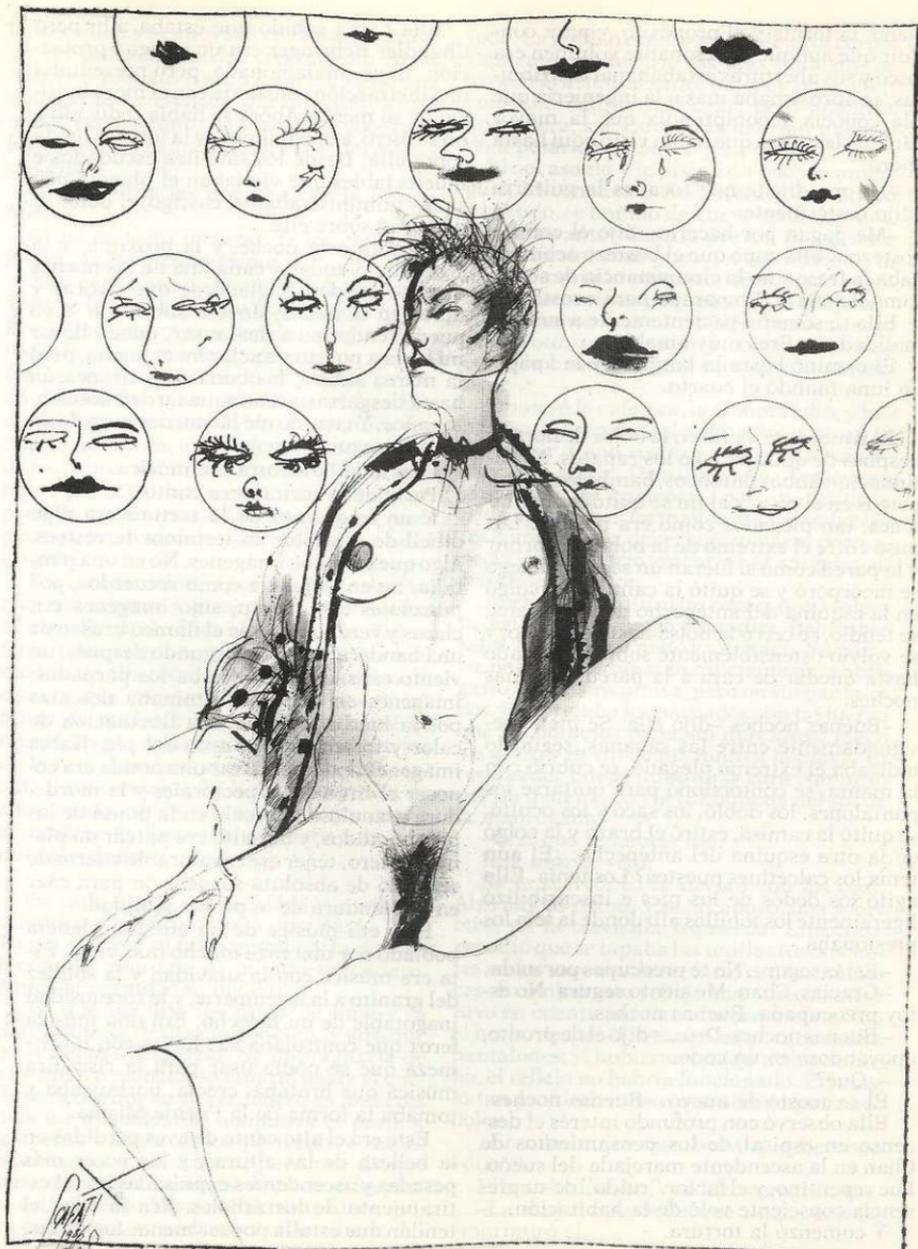
Cuando entró él ya había hecho la cama: la almohada tersa, las sábanas tensas y chatas y plegadas diagonalmente en la cabecera.

—Apuesto a que estás tan cansada como yo —dijo—. Y eso significa mucho.

—¡Oh! —dijo ella, mirando la cama. ¡Para dormir! ¿Para qué quería dormir? ¿A causa de un hábito racial que estos salvajes no habían interrumpido desde que habían tenido que pasar las horas de oscuridad inmóviles en un agujero rocoso para salvarse de los carnívoros nocturnos? Pero dijo—: Vaya pulcritud. Pero no puedo aceptar tu cama. Dormiré sentada.

—De ninguna manera —dijo él con severidad, abriendo los ojos. Tomó una manta enrollada y una bolsa de dormir, y las puso en el suelo a la mayor distancia posible (más de un metro) de la cama—. Adoro esta vieja bolsa. Mira, nylon y edredón... el único objeto caro que tengo. Excepto la guitarra.

Ella visualizó "guitarra" y de inmediato lo apartó como algo para investigar. El chispazo que obtuvo en la codificación de él fue breve, pero suficiente para reconocer el ta-



maño, la forma y el propósito, y para concluir que aunque su resonante volumen era tosco y sus aberturas estaban mal distribuidas, se aproximaba más a la ingeniería que ella conocía y comprendía que la mayor parte de las cosas que había visto aquí hasta ahora.

—No me dijiste que tocabas la guitarra —dijo cortésmente.

—Me pagan por hacerlo —dijo él con un bostezo, y ella supo que el bostezo acompañaba la frase y no la circunstancia de sentir somnolencia—. ¿Preparada para acostarte?

Ella se sometió pacientemente a sus formalidades. —Eres muy amable.

Él caminó hasta la lámpara y la apagó. La luna inundó el cuarto.

Él titubeó, se metió en la bolsa de dormir después de quitarse sólo los zapatos. A continuación hubo contoneos, bamboleos y golpeteos en el piso, y al fin se quitó los pantalones, tan plegados como era posible. Los puso entre el extremo de la bolsa de dormir y la pared como si fueran un secreto. Luego se incorporó y se quitó la camisa. La colgó en la esquina del antepecho de la ventana, se tendió, se cerró la bolsa hasta el cuello, y se volvió ostensiblemente sobre el costado hasta quedar de cara a la pared. —Buenas noches.

—Buenas noches —dijo ella. Se metió resignadamente entre las sábanas, según lo indicaba el extremo plegado, se cubrió con la manta, se contorsionó para quitarse los pantalones, los dobló, los sacó y los ocultó, se quitó la camisa, estiró el brazo y la colgó en la otra esquina del antepecho. ¿Él aún tenía los calcetines puestos? Los tenía. Ella agitó los dedos de los pies e insensibilizó ligeramente los tobillos allí donde la tela los presionaba.

—Estás segura. No te preocupes por nada.

—Gracias, Chan. Me siento segura. No estoy preocupada. Buenas noches.

—Buenas noches. Dru... —dijo él de pronto, apoyándose en un codo.

—¿Qué?

Él se acostó de nuevo. —Buenas noches.

Ella observó con profundo interés el descenso en espiral de los pensamientos de Chan en la ascendente marejada del sueño. Fue repentino, y el factor "ruido" de su presencia consciente voló de la habitación.

Y comenzó la tortura.

Ella había sabido que estaba allí, pero Chandler Behringer era una buena protección. Él no aliviaba nada, pero presentaba una distracción constante con el mero bullicio de su mente. Ahora se había reducido a un susurro, a una nulidad, y la tortura llovía sobre ella. Desde los satélites escudados e indetectables que vigilaban el planeta prisión y administraban el castigo, el dolor se descargó sobre ella.

Así será esta noche, y la próxima, y la siguiente, y todas y cada una de las noches que me quedan. Callado de día y voraz y dulce en la noche, lloverá sobre mí. Y yo puedo tenderme a descansar, puedo llevar mi furia a puerto y anclar mi angustia, pero la marea subirá, las corrientes tironearán hasta desgarrarme, aunque tarden doscientos años. Y cuando me hayan desgarrado, la tortura seguirá y seguirá.

Casi toda la tortura era música.

Parte de la tortura era canto.

Y un fragmento de la tortura era algo difícil de describir en términos terrestres. Algo que formaba imágenes. No en una pantalla, no en la mente como recuerdos, por punzantes que fueran, sino imágenes tan claras y verdaderas que el flameo brusco de una bandera, traía, un segundo después, un viento cansado que azotaba los párpados; imágenes en que uno caminaba descalzo por la hierba y sentía una fluctuación de calor y frescura en el arco del pie. Había imágenes donde disparar una honda era conocer el tirón de los pectorales y la mordedura granulosa del suelo en la punta de los pies hundidos, y un salto era patear un planeta entero, tener ese invaluable cuarto de segundo de absoluta suspensión para caer en la blandura de la propia agilidad.

Ésta era música de un antiguo planeta poblado por una raza mucho más vieja. Ésta era música con la suavidad y la solidez del granito a la intemperie, y la tortuosidad inagotable de un helecho. Era una música feroz que controlaba sus furias con tal firmeza que se podía usar para la risa. Era música que brotaba, crecía, burbujeaba y tomaba la forma de la Fuente Misma.

Éste era el alto canto de aves perdidas en la belleza de las alturas, y las voces más pesadas y ascendentes expresadas por el estiramiento de los árboles. Era la voz del tendón que estalla por ser menos fuerte que

la voluntad, y se apoyaba en el sonido grave de las pulsaciones del crecimiento (pues hasta un robusto tronco de árbol tiene una nota, si se lo escucha durante suficientes años), y en conjunto éstas eran las voces que formaban la Fuente Misma y eran formadas por ella.

Y éstas eran las imágenes de la Fuente Misma.

Y así eran las torturas de los exiliados, encarcelados y condenados.

Ella permaneció acostada y odió la luz de la luna; la luna le parecía fea, vulgar y nueva. Era como una nueva herida, al igual que todas las cosas que le evocaban, con su grotesca similitud, el mundo que había perdido. Volvió los ojos fríos hacia el hombre dormido, y frunció el labio; la criatura era una sagaz imitación, una sutil caricatura, de los peores hombres de su raza: de ningún modo perfecta, de ningún modo magnífica, pero de ningún modo tan tosca como para permitirle olvidar lo que sin duda era el original.

Por comparación, y por contraste, la Tierra, esta fangosa y grosera bola de bazofia, le engrillaba el alma al hogar. La Tierra tenía todo lo que se podía encontrar en el mundo de ella, en cierto sentido: pistas de carrera que comparativamente tenían un brazo de ancho, pardas ratas de carreras montadas por salamandras vestidas con seda barata, hombres cuyos ojos no chispeaban al sol como los del hermano de raza de ella cuando, con la sola ayuda de una mano ensombrecida, buscaba y hallaba una fantasmal nebulosa.

En cada célula, en cada ion y partícula osmótica ella pertenecía a otra parte. Y la Tierra, que era su falso mundo, y la música incesante, que era su mundo verdadero, nunca le permitirían olvidarlo.

Así que maldijo los rayos de luna y la música que se deslizaba por ellos, y juró que no se dejaría desgarrar. Se impregnaría de este misero planeta, se taparía hasta el cuello para ocultar su yo verdadero en los actos más intrascendentes, adoptaría el porte y los pensamientos de las perfectas y vacías marionetas de la Tierra, pero por dentro sería ella, una ciudadana de su mundo, parte de la Fuente Misma. Mientras fuera eso, en cada fibra, no podría ser una exiliada del

todo. La podían excomulgar, alejarla corporalmente, arrancarle las alas para que se arrastrara temblando bajo el querido y constante hálito del hogar; pero mientras no cediera, sus carceleros habrían fracasado a pesar de su poder y su virtud.

El sol asomó y le dispuso a la amargura. La conciencia dormida de Chan afloró rugiendo, se hundió de nuevo en la negrura. Ella se levantó y fue a la puerta. El jadeante mar era color rosa y oro y el sol estaba en lo alto, demasiado próximo, demasiado amarillo y demasiado pequeño. Lo maldijo ferrosamente con un rápido pensamiento que brotó, se extendió y colgó en el aire como la bruma de una fuente, y fue a vestirse.

Observó la cafetera, la comprendió, y hábilmente preparó café. Al primer susurro del vapor, Chan suspiró y su conciencia se elevó de golpe. Drusilla salió. Tenía una gran dosis de paciencia, pero no valía la pena agotarla en formalidades inconducentes como las que debería respetar si permanecía en el cuarto mientras él rasgaba su crisálida de nylon.

Adentro hubo un grito ronco, una violenta agitación, y luego Chandler Behringer salió. Estaba alarmado y asustado. Su pánico, notó ella, había sido suficiente para obligarlo a salir sin camisa, pero no sin pantalones. Se apretaba los párpados con tal fuerza que los pómulos parecían más altos; luego los abrió y la vio de pie junto a la playa. El resplandor que le iluminó la cara compitió por un instante con la luz oblicua del sol de la madrugada.

—Creí que te habías ido.

Ella sonrió. —No.

Se le acercó. Él la devoró con los ojos. Alzó ambas manos y se las apoyó, una sobre otra, en la clavícula izquierda. Ella comprendió que se tapaba las tetillas (inexistentes en los varones de su raza) con las muñecas. Examinó este reflejo con curiosidad, y tuvo en cuenta para una futura meditación el hecho de que él actuaba así porque usaba pantalones; si hubieran tenido trajes de baño, el reflejo no habría funcionado. Él inhaló tan profundamente que ella empatizó el dolor.

—Eres la mujer más bella que he visto —dijo él.

Ella no lo dudaba, y no hizo comentarios.

—La mujer más bella que nunca existió —murmuró él.

Ella le dio la espalda abruptamente, y fue su turno de cerrar los ojos con fuerza. —¡No lo soy! —exclamó en un tono tan saturado de odio y violencia que él retrocedió casi hasta la puerta.

Sin otra palabra ella se alejó por la playa, eligiendo el rumbo sólo por el lugar hacia donde miraba en el momento. Poco después oyó pasos a sus espaldas.

—¡Dru, Dru, no te vayas! —jadeó él—. Lo lamento. No me proponía... hacer nada que... oh, yo sólo...

Ella se detuvo y se volvió tan bruscamente que si él hubiera avanzado dos pasos más habrían chocado. Lejos de avanzar, sin embargo, él hizo lo posible por detenerse.

Ella lo miraba, inmóvil. En la cara no tenía ninguna expresión en particular; pero en la cabeza erguida, las fosas nasales entreabiertas, el espléndido equilibrio de su postura, y las manos gráciles y fuertes había algo que impedía el acercamiento. Él tenía los ojos redondos y los labios entreabiertos. Tendió una mano y movió la boca en silencio. Luego dejó caer la mano. Las rodillas empezaron a temblarle visiblemente.

Ella dio media vuelta y siguió caminando. Él permaneció allí largo tiempo, mirando cómo se iba. Cuando ella era apenas una mota reluciente en las dunas cada vez más brillantes, la mano caída se alzó de nuevo.

—¿Dru? —dijo él, con la voz reducida a un soprano inaudible por una cautela reverencial. Y ella desapareció, y él giró despacio, como si llevara una alta y pesada carga en los hombros redondeados, y volvió a la cabina arrastrando el paso.

Ella descubrió una carretera paralela a la playa y trepó hacia allí. El universo está plagado de tontos, pensó. Como burbujas en el estanque de una fuente, bailan y caracolean al azar, sin sentido, propósito ni función. Había dejado a un tonto y se sentía tonta. Había más culpa en la tontería de ella que en la del hombre. Él tenía menos control sobre sus palabras, y menos comprensión, a causa de su naturaleza y sus limitaciones. Ni sus facultades ni su condicionamiento lo capacitaban para entender por qué ella estaba tan furiosa.

Al andar, clavaba los talones en la carretera arenosa. Apretó los dientes. *La mujer más bella mujer que ha existido jamás...*

¡Belleza!

¿Adónde, desterrada, adónde, criminal, te ha llevado tu belleza?

Siguió andando, con un ánimo tan negro que eclipsaba la música torturante.

Quince minutos después reparó en una estridencia ultrasónica, una cosa urgente y creciente que palpitaba de prisa y que sería un silencio para todos salvo para ella. Caminó más despacio, se detuvo. El sonido venía de atrás. Escuchó mientras un viento se llevaba las vibraciones y las traía de vuelta, más cercanas, más fuertes. Se sensibilizó los pies descalzos; alzó un brazo y tomó las vibraciones en el dorso de la mano. Captó sonidos sincrónicos.

Algo rotaba a tres mil ochocientas cuarenta revoluciones por minuto. Algo era arrastrado por una cadena y la cadena no era metal. Algo golpeteaba... no, andaba... algo hacía rodar incesantes y blandas castañuelas en la tierra. Oyó la tensión de unos resortes, el penoso deslizamiento de gruesos resortes transversales, el crujiente esfuerzo en el menisco de los pistones atareados y aceitados.

La mera estupidez de algo tan complejo como un automóvil era, para ella, más maravillosa que un arco iris.

Por último se volvió para mirar, y al cabo de un instante lo vio trepar por una cuesta a tres kilómetros de distancia. La penetrante vibración ultrasónica era insoportable, y ella adaptó el oído para eliminar todo lo que estuviera entre ochenta y seis y ochenta y ocho mil ciclos.

Más cómoda ahora, aguardó paciente. El coche se deslizó hacia ella en un giro suave y directo, escupiendo luz solar por los dientes de cromo, apartando el aire de la mañana a bofetones y embistiéndolo con los flancos lustrosos mientras debajo, donde no había diseño aerodinámico, el aire chocaba, arremolinaba, sacudía y agitaba el polvo que encontraba en la carretera arenosa. Era un coche muy grande y muy nuevo. Drusilla lo observó sorprendida. Llegó a preguntarse qué conclusiones se podría sacar sobre estos salvajes si no se conocía nada de ellos salvo este vehículo. ¿Qué clase de hombre hace un diseño aerodinámico sólo donde puede verlo?

Luego, el adorable pensamiento: *Es un mundo de payasos.*

Ella sonrió; el conductor lo advirtió y apoyó el pie en el pedal del freno. El coche bajó la nariz reluciente y barroca y soltó un

suspiro como sentándose a tomar un tibio baño de resortes.

Los ojos del conductor eran largos y chatos, la nariz y la barbilla filosas. Drusilla observó lo que él hacía, que era observarse a sí mismo observándola a ella.

De pronto él dijo: —¿A qué distancia estamos de...?—Antes que pronunciara la primera palabra, ella supo que conocía al dedillo esas carreteras.

—El... —dijo ella, señalando el capot con precisión mientras lo sondeaba para averiguar la palabra—. La válvula no recibe aceite. La tercera a partir del frente.—Aun mientras el motor remoloneaba, el alarido sin sonido de esa fricción seca habría sido insoportable si lo hubiera dejado.

—Para mí suena normal —repuso él, encogiéndose de hombros. La miró (mejor dicho, la recorrió) de los ojos para abajo, hasta que notó que tenía los pies descalzos. Clavó la mirada allí y dijo:—Deja que te lleve.—Luego dio media vuelta, estiró un brazo flaco y arácnido hacia atrás y abrió la portezuela trasera.

Drusilla avanzó un paso y sólo entonces vio que el hombre no estaba solo en el coche. Se detuvo, asombrada, no por la mujer que estaba allí, sino por el hecho de que su percepción hubiera pasado por alto tantas cosas. Miró de soslayo al hombre y advirtió que lo que él sentía (o lo que no sentía) la había ensordecido y cegado en cuanto a la mujer que iba sentada al lado. Era una compañera rebajada a presencia, empequeñecida hasta ser un mero rasgo, reducida a un mero limbo de familiaridad. Drusilla la miró fijamente, y la mujer devolvió la mirada.

Era menuda y compacta, e iba peinada y vestida de un modo blando. No llegaba a ser lisa como un huevo gracias a un par de ojos dolorosamente azules y exageradamente grandes, y una boca perfecta pintada con un rojo tan visible y chillón que sin duda era capaz de fundir alambres. Los enormes ojos eran inexpresivos.

Para horror de Drusilla, una excrecencia semejante a un hígado iridiscente nació entre los labios llameantes, alcanzó el tamaño de un puño y se desinfló. Los labios se separaron, una lengua rosada diestramente atrapó, ocultó y arrastró la materia blanda entre un parejo destello de dientes blancos como papel. Y la cara volvió a ser ornamental, lisa e inmóvil.

— Mi esposa —dijo el hombre—, así que tendrás escolta. Por Dios, Lu, de nuevo mascar chicle.—La mujer apartó los ojos de Drusilla y los clavó en el conductor, pero no hubo más cambios.— Entra.

La mente de Drusilla reprodujo una fugaz sensación que había recibido del hombre con las palabras "Mi esposa". Era... ¿orgullo? No. ¿Admiración? ¡Difícil! *Cumplido*; eso era. Esa mujer era un cumplido que él se hacía a sí mismo. No tenía la menor duda de que lo admiraban por la cuidadosa terminación de ella.

Los grandes ojos azules se volvieron nuevamente hacia Drusilla, que se puso a sondear.

Por un pasmoso microsegundo, tuvo la sensación de entrar en una fosa de serpientes con cloroformo en la bufanda. Retrocedió violentamente, caminó hacia la orilla baja, y se estremeció.

—Vamos. ¿Qué ocurre?—preguntó el conductor.

Drusilla meneó la cabeza dos veces, no tanto como negativa sino en un intento de escapar de algo que le ponía pegajosas bandas de seda en la cara y el pelo. Sin otra palabra, dio media vuelta y se alejó camino abajo.

—¡Eh!

Drusilla no miró hacia atrás.

Él puso el coche en marcha y arrancó despacio. La mujer se inclinó hacia adelante y dio un tirón al volante. El coche regresó a la carretera, y al fin él apartó los ojos del espejo retrovisor.

—Pero, ¿qué le pasa?—preguntó al limpia-parabrisas.

Lu infló otra burbuja.

Cuando el coche se fue, Drusilla regresó lentamente hacia donde lo había encontrado y siguió camino a la ciudad. Juró fervientemente que nunca más caería en la trampa de sondear una cosa tan repugnante. El conductor no era así; Chan Behringer tampoco. Pero supo con terrible certidumbre que debía de haber miles de esas criaturas en el planeta prisión.

Así que mientras caminaba inventó algo, una estructura sináptica instantánea, un patrón reactivo que detectaría, aun sin su conocimiento consciente, los más tenues in-

dicios de semejante presencia; activaría los escudos, la aislaría, la protegería, la mantendría limpia.

Estaba anonadada. La presencia de esa mujer la había amilanado, pero lo más devastador era saber que podían amilanarla. Le costaba mucho asimilar esa novedad; tenía pocos precedentes en su cosmos.

Mientras caminaba se estremeció de nuevo.

Drusilla llegó a la ciudad y vagabundó hasta encontrar un restaurante que necesitaba una camarera. Pidió al fatigado cajero un adelanto para comprar un par de sandalias y se puso a trabajar. Alquiló un cuarto y al final del segundo día pudo comprar un vestido de algodón.

A la segunda semana era estenógrafa y, al segundo mes, secretaria del director de una empresa que fabricaba velas de barco y toldos. Invirtió sobriamente, vendió algunos poemas, una canción, dos artículos y un cuento. A juicio de los demás, era muy capaz, muy rápida. En su propia estimación, no hacía más que esforzarse para ahuyentar la tortura.

Pues la tortura, por cierto, continuaba. Ella la sobrellevaba con compostura, y la hacía a un lado con tanta indiferencia como cuando cambiaba de nombre, de empleo, de peinado y de acento. Pero, al igual que las lecciones que aprendía, al igual que el conocimiento de las personas con las que se relacionaba y trabajaba, la tortura se acumulaba. Estimó su capacidad de resistencia. Era grande, pero no infinita. No podía librarse de la tortura, así como no podía librarse del conocimiento. La compactaría y almacenaría. Mientras pudiera hacer esto con la tortura, no la habrían derrotado. Pero la acumulación superaría en poco tiempo la capacidad. Un año y medio, dos...

A veces se quedaba junto a la ventana, absorbiendo el castigo, escrutando el cielo nocturno con ojos brillantes y sabios. No podía ver las naves de vigilancia, desde luego, pero sabía que estaban allá. Sabía que existían naves asesinas que podían, si era necesario, descender en instantes y despachar a un fugitivo potencial, o a alguien que estuviera por violar las simples reglas de conducta del prisionero.

En ocasiones, objetivamente, se maravi-

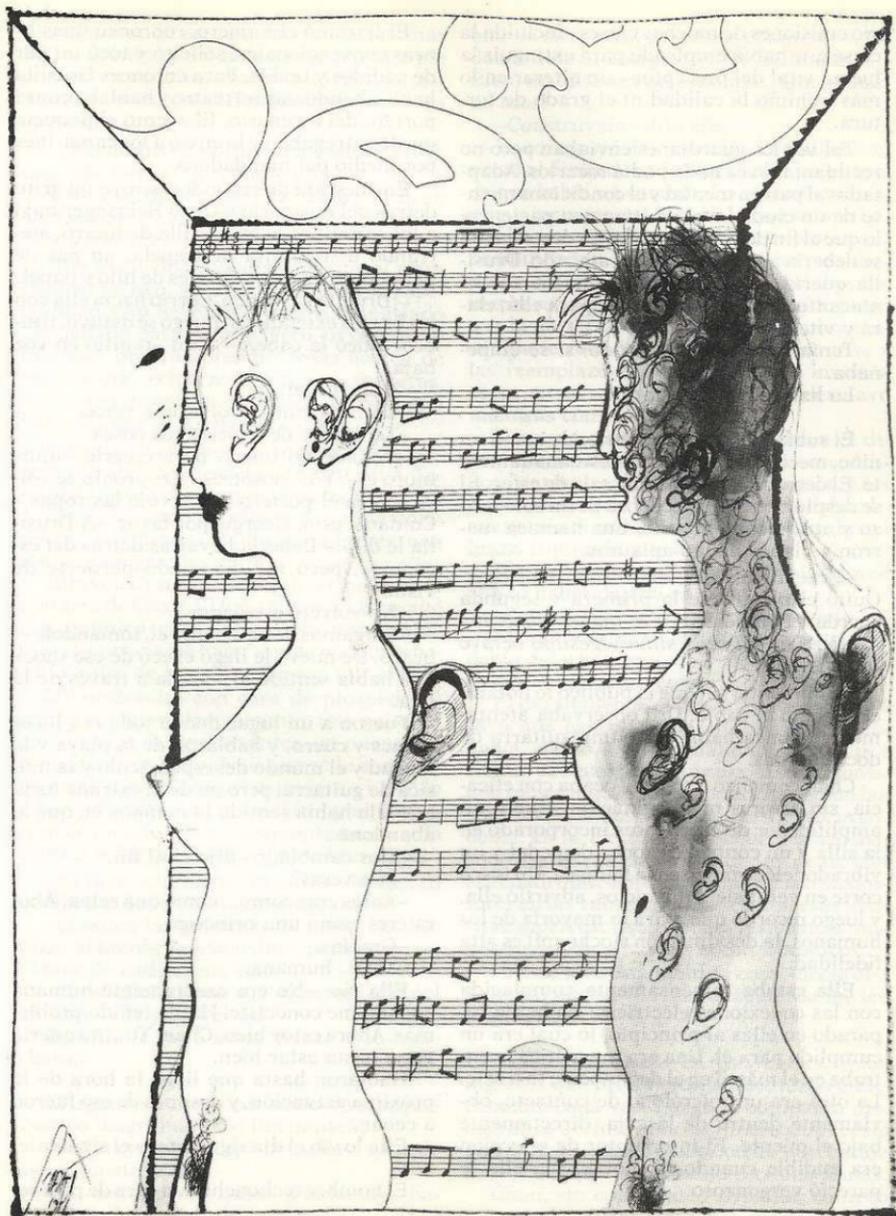
llaba ante la cruel habilidad de la tortura. La música sola, con su inefable espectro de tristeza, nostalgia y alegría salvaje, habría sido más de lo que un prisionero podía soportar; pero las imágenes sensoriales, el flujo de estímulo y reestímulo y el cambio de gusto y movimiento y todas las sutilezas de los sentidos cinéticos, todo esto, mezclado con la música, atacando cuando la música se apaciguaba, siguiendo las huellas del andar rítmico de la música, todo esto se reía de sus barreras, la azuzaba con risas, recibía sus puñetazos con una brisa, su estocada con un gas, sus avances con una desaparición.

No había modo de combatir esos ataques. La ignorancia habría constituido una defensa, pero a ella, que era tan sensible al sentido y el simbolismo de la tortura, no le servía. Ella sólo podía absorber, compactar, y aspirar a descubrir una defensa antes de ceder.

De modo que vivía y prosperaba exteriormente. Conoció a algunos humanos que la divirtieron fugazmente, y evitó a otros al cabo de un par de encuentros porque le evocaban dolorosamente a los suyos: una sonrisa, un andar, una similitud de colores. Si conoció a otra persona con la cualidad aterrador de la mujer del coche, no fue consciente de ello; esa parte de su defensa, al menos, era segura.

Pero la tortura aún llovía sobre ella, y al cabo de medio año supo que debía tomar alguna medida para contrarrestarla. Básicamente la solución era simple. Si no hacía nada, la tortura la aplastaría, y eso no sería alivio porque, una vez domada, continuaría sufriendola. Podía matarse, pero así cumpliría los términos de la sentencia: "Cadena perpetua, con tortura". Había un solo camino: que la mataran, y que la mataran los guardias. No estaba bajo pena de muerte. Si los obligaba a ejecutarla, ellos tendrían que violar su propia penalidad, y ella podría morir indómita, como cuadra a un ciudadano de la Fuente Misma.

Estudiaba el cielo cada vez más, sabiendo de la presencia indetectable de los guardianes y sus naves asesinas, sabiendo que si se empeñaba hallaría el modo de que una de ellas bajara en silencio para liquidarla. En-



vió emisiones de muchas clases—incluida la clase que había empleado para extinguir la fuerza vital del preceptor—sin alterar en lo más mínimo la calidad ni el grado de tortura.

Tal vez los guardianes enviaban pero no recibían; tal vez nada podía tocarlos. Adaptados al patrón mental y el condicionamiento de un ciudadano, emitían con paciencia lo que al fin debía destruirlo. La destrucción se debería a la debilidad del atacado. Drusilla quería ser destruida por la fuerza del atacante. Esta diferencia era, para ella, clara y vital.

Tenía que haber un modo, si se empeñaba.

Lo había, y lo descubrió.

Él subió al escenario sonriendo como un niño, mecendo la guitarra desmañadamente. El decorado imitaba una sala de estar. Él se desplomó en un mecedora de un solo brazo y atrajo con el tobillo una hamaca marrón y blanca. Hubo aplausos.

—Gracias, mamá —dijo Chan Behringer. Quitó el plectro de la primera y segunda cuerdas. Dru pensó *Tu re menor tiene una agudeza de un centésimo vigésimo octavo de tono.*

Hábilmente, sin que el público lo notara, él enchufó el cable. Dru observaba atentamente. Nunca había visto una guitarra de doce cuerdas.

Chan comenzó a tocar. Tocaba con eficacia, sin errores ni imaginación. Había un amplificador de cinco fases incorporado en la silla y un control de tonos de pedal y un vibrador electrónico en la hamaca. Un tosco corte en veintisiete mil ciclos, advirtió ella, y luego recordó que, para la mayoría de los humanos, la desafinación a ocho mil es alta fidelidad.

Ella estaba inmensamente complacida con las conexiones eléctricas; no había reparado en ellas al principio, lo cual era un cumplido para él. Una era magnética, y entraba en el mástil en el decimocuarto traste. La otra era un micrófono de contacto, obviamente dentro de la caja, directamente bajo el puente. El interruptor de selección era audible cuando lo movía, y a ella le pareció vergonzoso.

Él terminó el número, ronroneó unas líneas convencionales, solicitó y tocó un par de pedidos y un bis. Para entonces Drusilla había abandonado el teatro y hablaba con el portero del escenario. Él aceptó el paquete que le entregaban y lo envió a los camarines por medio del mandadero.

En cuestión de segundos, se oyó un grito detrás del escenario y Chan Behringer bajó a los saltos por la escalera de hierro, aferrando una camisa de franela, un par de pantalones azules, y jirones de hilo y papel.

—¡Dru! ¡Dru! —jadeó. Corrió hacia ella con los brazos extendidos. Luego se detuvo, titubeó, ladeó la cabeza—. Dru —repetió en voz baja.

—Hola, Chan.

—Creí que nunca volvería a verte.

—Tenía que devolvarte tus cosas.

—Demasiado bueno para creerlo —murmuró él—. Yo... nosotros. —De pronto se volvió hacia el portero y le arrojó las ropas.— Cuidame esto, George, por favor. —A Drusilla le dijo:— Debería llevarlas detrás del escenario, pero me da miedo perderte de vista.

—No volveré a escapar.

—Salgamos de aquí —dijo él, tomándole el brazo. De nuevo le llegó el eco de ese shock que había sentido al tocarla a través de la tela.

Fueron a un lugar donde todo era luces tenues y cuero, y hablaron de la playa y la ciudad y el mundo del espectáculo y la música de guitarra, pero no de la extraña furia que ella había sentido la mañana en que lo abandonó.

—Has cambiado —dijo él al fin.

—¿De veras?

—Antes eras como... como una reina. Ahora eres como una princesa.

—Gracias.

—Más... humana.

Ella rio. —No era exactamente humana cuando me conociste. Había tenido problemas. Ahora estoy bien, Chan. Yo... no quería verte hasta estar bien.

Hablaron hasta que llegó la hora de la próxima actuación, y después de eso fueron a cenar.

Ella lo vio el día siguiente, y el siguiente.

El hombre rechoncho con cara de picape-

drero y manos de cirujano hacía las más bellas guitarras del mundo. Se puso de pie cuando entró la muchacha alta. Era la primera vez en catorce años que practicaba esa cortesía.

—¿Puede usted cortar una ranura en F, con esta forma? —preguntó ella.

El miró el dibujo que ella había puesto en el mostrador, gruñó y dijo: —Claro, señorita. Pero ¿por qué?

Ella inició una conversación que al principio él no oyó, pues se trataba de su especialidad y su lenguaje y estaba demasiado anonadado para pensar. Pero en cuanto se interesó, pronto aprendió cosas acerca de resonancia, refuerzo armónico, maderas, barnices y diseño, que no estaban en ningún libro del que él tuviera noticias.

Cuando ella se marchó minutos más tarde, él se aferró jadeando al mostrador. Tenía delante un cheque por el trabajo pedido. Tenía en la mano un billete de veinte dólares por su silencio. Tenía en la mente una llama y un gran asombro.

Ella volcó un frasco de quitaesmalte en la guitarra de Chan. Él fue amable y ella actuó con patética contricción. No importaba, dijo él; conocía un lugar donde podían repararla antes de la noche. Fueron allí juntos.

El hombrequito con cara de picapedrero entregó el nuevo instrumento, una guitarra con ranuras desconcertantes, un puente de ultraprecisión, un mástil que se le enroscaba en la mano como si estuviera vivo y lo amara. La afinó de inmediato, y al encontrar el tono la apodó reverentemente y la miró con fijeza. Tenía los ojos húmedos.

—Es tuya —canturreó Drusilla—. Mira... tu nombre tallado en el dorso del mástil.

—Conozco las guitarras de usted —le dijo Chan al hombre rechoncho—, pero nunca oí hablar de nada como esto.

—Cada oficio tiene sus secretos —dijo el hombre, y le guiñó el ojo.

Drusilla le pasó otros veinte y se marcharon.

El ingeniero electrónico estudió el esquemático diagrama. —No funcionará.

—Sí funcionará —dijo Drusilla—. ¿Puede usted construirlo?

—Sí, claro, pero ¿quién diablos oyó ha-

blar de un control de voltaje como éste? ¿De dónde sale la energía...? —Se inclinó más.— Bien, maldita sea mi estampa. ¿Quién diseñó esto?

—Constrúyalo —dijo ella.

Lo construyó. Funcionaba. Drusilla lo conectó al diván de utilería y Chan ni se enteró de que había un cambio. Lo atribuía todo al nuevo instrumento a medida que se familiarizaba con él y comenzaba a explotar sus posibilidades. De pronto no hubo más despidos. Ni más vagabundeos. Los clubes comenzaron a tomar en cuenta al tímido joven con la guitarra que desgarraba el corazón.

Ella le robó las píldoras de vitaminas y las reemplazó por otra cosa. Lo invitó a cenar en su apartamento y él se desmayó mientras comía el pescado.

Despertó siete horas más tarde en el diván, mucho después que ella hubo escondido el extraño calentador de inducción y las hipodérmicas de impulso. No recordaba absolutamente nada. Estaba acostado sobre el brazo izquierdo y le dolía.

Dru le contó que se había dormido y que ella lo había dejado en paz.

—Pobre, estás trabajando demasiado.

Él replicó con cierta dureza que nunca debía dejarlo dormir así, cortándole la circulación del brazo con que tocaba.

El día siguiente, el brazo estaba peor y él tuvo que cancelar una cita. El tercer día había vuelto a la normalidad, ciento por ciento, y el cuarto, el quinto y el sexto continuó mejorando. Y lo que podía hacer con las cuerdas era indescriptible. Pero no sorprendente: en la Tierra no había otro brazo así, con esas fibras nerviosas tan gruesas, con esa cuadruplicación de los nódulos transmisores en las vainas medulares, con esas neuritas superreactivas de baja resistencia, impregnadas de potasio y sodio isotópicos.

—Ya no toco esta maldita cosa —decía él—. Tan sólo pienso y la mano izquierda me lee la mente.

Grabó tres discos en tres meses, y los ingresos que produjeron aumentaron cúbicamente cada vez. Luego la compañía discográfica decidió ahorrar dinero y ofrecerle un contrato a largo plazo con un porcentaje mayor del que nadie había recibido jamás.

Chan, sin consultar a Drusilla, compró

una casa en una zona muy exclusiva en el linde de la ciudad. Los vecinos de la izquierda eran los Kersler, cuyo abuelo había amasado su fortuna con artefactos sanitarios. Los vecinos de la derecha eran los Mullings: quién no conoce a Osprey Mullings, el escritor, dos libros por año, año tras año, tres de cada cuatro adaptados en Hollywood.

Chan invitó a los Kersler y los Mullings a su casa, y llevó a Drusilla para sorprenderla.

Y vaya si se sorprendió. Kersler tenía un enorme ferrocarril de juguete en el sótano y su mente también contenía muchas minucias de precisión, y sólo una podía operar por vez. La mente de Grace Kersler era como un cobertizo vacío sólidamente revestido con una pátina rosada. La cabeza de Osprey Mullings contenía un juego infantil con un número limitado de bloques; con ellos construía sus novelas mediante un ritual de recombinación. Pero Luellen Mullings era la entidad de cara blanda que mascaba chicle en secreto y que había sobresaltado a Drusilla aquel día en la carretera de la playa.

Era una fiesta parlanchina y encantadora, y por primera vez los humanos lograron irritar tanto a Drusilla que tuvo que absorber el fastidio en vez de desecharlo. Resistió este ataque contra su decreciente capacidad con suma gracia y, al despedirse, los Kersler y los Mullings estrecharon la mano de Chan y le desearon suerte con esa *bella* Drusilla Strange, vaya que eres afortunado.

Y tarde esa noche, inflado de éxito y seguridad y una buena dosis de ambición, Chan la llevó de vuelta a la ciudad y a su casa, y se le propuso.

Ella le tomó ambas manos y lloró un poco, y prometió trabajar con él y ayudarlo aún más en el futuro. Pero: —Por favor, Chan, por favor. Nunca vuelvas a pedirme eso.

Él quedó lastimado y desconcertado, pero cumplió su promesa.

Ahora Chan estudiaba música seriamente, cosa que nunca había hecho antes. Era preciso. Ofrecía conciertos en vez de actuaciones, y tocaba cada pieza de colección diseñada por los virtuosos para enloquecer y frustrar a los demás. También tocaba en su

guitarra famosas cadencias de violín. Hacía arreglos sobre los arreglos. Hacía todo esto con el ligero desdén de un Rubinstein examinando una barata lección para aporrear teclas. De modo que con el tiempo no le quedó más recurso que componer. Algunos de sus trabajos eran bastante avanzados. Todos ellos aferraban al oyente por la garganta y no lo soltaban.

—Prueba con esto —dijo Drusilla un domingo por la tarde. Tarareó un par de melodías, luego barbotó una cascada de notas que obligaron a Chan a ponerse de pie.

—¡Cielos, Dru!

—Prueba —dijo ella.

Él tomó la guitarra. Su mano izquierda recorría el mástil como un animal perplejo, y tocó un par de notas.

—No —dijo ella—, así. —Cantó.

—Oh —susurró él. Observándola, tocó. Ella no pareció complacida, y se interrumpió.

—No —dijo ella—. Chan, yo sólo puedo cantar una nota por vez. Tú tienes doce cuerdas. —Hizo una pausa pensativa, *escuchando*. —Chan, si yo te pidiera que tocaras ese tema, y que luego pintaras imágenes en él con tu guitarra... ¿tendría sentido?

—Lo que pides suele tener sentido.

Ella sonrió. —De acuerdo. Toca ese tema, y con él toca el modo en que crece un árbol. Toca el modo en que el brote guía el retoño y el retoño se mete en el espacio y abre un agujero para la rama. No —dijo de pronto, y los ojos de él se iluminaron mientras el pulgar y el índice derechos se tensaban sobre el plectro—, todavía no. Hay más.

Él esperó.

Ella cerró los ojos. Casi inaudiblemente, tarareó algo. Luego dijo: —Al mismo tiempo, pon todos los detalles de un árbol ya crecido. —Abrió los ojos y lo miró directamente. —Eso lo consolidará —afirmó—, porque un árbol es sólo la trayectoria gráfica de sus retoños.

Él la miró extrañamente. —Eres una muchacha muy especial.

—Olvida eso. Ahora junta esas tres cosas con una fuente. Nada más.

—¿Qué clase de fuente?

Ella palideció, pero habló con calma. —Bobo. La única clase de fuente que podría

ser con ese tema, el árbol en crecimiento, y el árbol crecido.

Él tañó una cuerda. -Lo intentaré.

Ella tarareó para él, luego bajó su largo índice. Él captó el tema a partir de la voz. Cerró los ojos. La guitarra, el más íntimamente expresivo de todos los instrumentos, munida con un mágico sostenuto gracias a su injerto electrónico, comenzó a hablar.

El tema, el árbol en crecimiento, el árbol crecido.

De pronto, también la fuente.

Lo que ocurrió luego les quitó el aliento. No se debería oír música de esa naturaleza en un volumen cúbico más pequeño que el tema.

Cuando la comprimida estridencia de la música desapareció, Chan descubrió el vidrio de una ventana roto, y al volverse vio el hilillo de polvo de yeso que caía como talco del dintel.

-¿De dónde sacaste esa discordancia? -preguntó alarmado.

-Del aire, querido -dijo animadamente Drusilla-. Todo el tiempo, en cualquier parte, cuando gustes. Escucha.

El ladeó la cabeza. Hubo un intenso silencio. Su mano izquierda trepó a los trastes y se extendió sobre ellos. Aunque no había tocado las cuerdas con la mano derecha, una estructura de sonido colgaba en la habitación, reforzándose a sí misma, sosteniéndose... y muriendo al fin.

-¿Es eso? -preguntó azorado.

Ella unió el pulgar y el índice. -Se acerca bastante.

-¿Cómo es que nunca lo oí antes?

-No estabas preparado.

Los ojos de él se llenaron de lágrimas. -Demonios, Drusilla... eres... has hecho... Oh, diablos, no sé. Te quiero tanto.

Ella le tocó la cara. -Shh. Toca para mí, Chan.

Él inhaló con dificultad. -No aquí dentro.

Dejó la guitarra y fue a buscar el amplificador portátil. Lo instalaron en el ondulante parque y enchufaron la guitarra. Chan aferró el instrumento durante un instante de silencio, deslizando la mano por el flanco lustroso. De pronto alzó la cara y vio los ojos de Drusilla. Hizo una mueca pues el éxtasis, el júbilo y el triunfo de ella se parecían mu-

cho a la desesperación, y él no comprendía.

Habría arrojado la guitarra, pues tenía el corazón lleno de Drusilla, pero ella retrocedió, meneando la cabeza, y se inclinó sobre el amplificador para encenderlo. Sus dedos tiraron del interruptor rotativo mientras lo hacía girar, y sólo ella conocía la naturaleza del potente y pequeño transmisor que comenzaba a calentarse junto con el audio. Retrocedió aún más; no quería estar cerca de él cuando... sucediera.

Él la observó un instante, luego miró la guitarra. Se miró los cuatro mágicos dedos izquierdos, que se arqueaban y revoloteaban sobre el mástil; los miró con un vasto asombro que se convirtió poco a poco en arrobamiento. Comenzó a mecerse suavemente.

Drusilla permanecía erguida y tensa, mirando hacia los árboles, hacia las rápidas nubes y más allá. Bajó los escudos y dejó que la música entrara en ella. Y de la guitarra vino una nota, otra, dos juntas, un extraño acorde. *Por esto me matarán*, pensó. Exponer al feroz desprecio que su gente sentía por la Tierra y todo lo terrestre este salvaje transformado que podía comulgar como un ciudadano... ésa era la mayor afrenta.

Una espuma de música cayó, flotó y se precipitó hacia el origen de la Fuente Misma, y cada una de sus voces se trituró y se elevó. Los seis pares de cuerdas de la guitarra volaron con ellas en un rugiente *glissando* que se partió y esparció reluciendo sobre todo el mástil alejándose de una crujierte y aguda salpicadura de primeras cuerdas dobles tañidas apenas debajo del puente, metálicas y filosas; y esas cuerdas tensas no habrían podido ser más íntimas y electrizantes si hubieran estado sujetas a la dentadura del oyente.

La singular caja de sonido se encontró a sí misma en una repentina y estridente resonancia, y despertó las cuerdas oscuras, las cuerdas graves y potentes. Las cuerdas palpitaban y cantaron sin que nadie las tocara, y los inhumanos dedos de Chan hallaron una figura en el registro medio, la plegaron sobre sí misma, la rompieron en dos, y las piezas rotas bailaron... y las cuerdas no tocadas aún zumbaron y bordonearon, primero una y luego otra a medida que las resonancias se alteraban y respondían. Y de

pronto el aire se colmó de un penetrante y polvoriento olor a ozono.

Con todo eso, la música de ella y de Chan se posó despacio como un gigante oscuro, apretando, meciendo y recogiendo sus pliegues y colgaduras mientras bajaba para descansar, para juntar sus rugientes, murmurantes y gorjeantes pertenencias de tal modo que se pudieran ensamblar, apilar y entender; hasta que al fin el monstruo se instaló cómodamente, dejando una alta mole de silencio y un subtono de vida palpitante y mudas franjas de contemplación múltiple. Toda la estructura respiraba, cada vez más despacio, contenía el aliento, dejaba acumular una tensión que subía, dolorosa, sufriente, intolerable...

—¿Por qué no tocas "Red River Valley", Chan?

Drusilla jadeó, y el ozono le raspó la garganta. Los dedos de Chan titubearon, se detuvieron. Chan se volvió con un gemido inquisitivo.

Del otro lado del lejano seto, cerca de su casa, estaba Luellen Mullings, la figura de muñeca envuelta como un diamante de cristal en ropas ligeras, el pelo dorado al aire, la mandíbula perfecta atareada con su pegajoso alimento.

Drusilla sintió una furia más feral, más concentrada, que cualquier poder muscular o mental que ella jamás hubiera concebido. Luellen Mullings, esencia de toda la degradación por la cual la Tierra era célebre, toda la baratura, la superficialidad, la ignorancia y la estupidez. Ella era el eructo en la catedral; mancillaría la Fuente Misma.

—Hola, Dru. No te había visto. Oye, en el Palacio vi a un fulano que podía tocar con la guitarra apoyada en la espalda. —Olisqueó.— ¿Qué es ese olor raro? Como de un relámpago o algo parecido.

—Vuelve a tu casa, mujerzuela —gruñó Drusilla.

—Oye, ¿a quién llamas...?—Luellen se agachó y recogió una piedra blanca y lisa del doble del tamaño de su puño. La levantó. Ni siquiera los avanzados reflejos de Drusilla actuaron con la rapidez necesaria. La piedra abandonó la mano como una bala. Drusilla se preparó... pero la piedra no fue hacia ella. Le pegó a Chan detrás de la oreja. Él

giró sobre los talones y se desplomó calladamente en la hierba. La guitarra quedó apretada contra él como un gato mimoso.

—¡Mira lo que me obligaste a hacer! —chilló Luellen.

Drusilla soltó un grito de arpía y echó a correr por el parque, las largas manos tendidas como garras. Luellen la vio venir, los ojos muy abiertos.

En los ojos firmes hay una fuerza que puede ahuyentar a un tigre. Puede obligar a un hombre fuerte a volverse y correr. Hay un modo de concentrar esa fuerza en un puñado mortal y arrojarla como una granada. Drusilla sabía hacerlo, pues lo había hecho antes; había matado con ella. Pero la fuerza que lanzó contra Luellen Mullings fue diez veces mayor de la que había usado contra el preceptor.

Por un momento, el universo se volvió negro, y luego Drusilla notó una presión contra la cara. Había otra sensación, sistemática, generalizada. Un peso y un cosquilleo en las piernas y los brazos, y era como si no tuviera torso.

Entendió gradualmente lo que sentía en la cara. Tierra húmeda y hierba. Estaba tendida de bruces en el parque. Absorbió este conocimiento como si fuera una compleja matriz de ideas que, una vez comprendida, pudiera llevar a una información inaudita. Por último advirtió cuál era el problema que tenía su cuerpo. Carencia de oxígeno. Comenzó a respirar de nuevo en jadeos entrecortados y dolorosos, inhalaciones que amenazaban con reventar los capilares pulmonares, exhalaciones que le subían el diafragma hasta aplastarlo con terror contra el corazón palpitante.

Se movió débilmente, acercó una mano floja, descansó un instante con esa mano en la hierba, cerca del hombro. Intentó incorporarse, falló, descansó, intentó de nuevo. Al fin logró sentarse.

Chan estaba donde había caído, tieso como un cadáver, la guitarra al lado.

¡Pop!

Drusilla alzó los ojos. Sobre el seto, como una flor artificial, se mecía la brillante cabeza de Luellen. La lengua rápida y diestra recogía los restos de una burbuja rota.



Drusilla gruñó y formó otra descarga, y cuando la soltó algo parecido a un mazo blando y enorme pareció bajarle sobre los omóplatos. La apretó hasta aplastarle el pecho contra el suelo. Las articulaciones de las caderas se crujieron ruidosamente. Se contorsionó, se enderezó, quedó tendida de costado, boqueando.

¡Pop!

Drusilla no alzó la cabeza.

Enseguida oyó los pasos ligeros de Luellen alejándose por el sendero de grava. Se entregó a una oleada de debilidad, y se relajó del todo para permitir que la fuerza regresara.

Shh... shh... pasos acercándose.

Drusilla rodó sobre sí misma y se sentó de nuevo. Sentía la cabeza presionada y frágil, como si cualquier movimiento súbito pudiera hacerla estallar como una caldera defectuosa. Volvió los ojos cegados por el dolor hacia los pasos. Cuando el áspero dolor retrocedió, vio que Luellen se le acercaba de este lado del seto, contoneando las caderas, tarareando desafinadamente.

—¿Te sientes mejor, querida?

Drusilla la fulminó con la mirada. La descarga asesina comenzó a formarse de nuevo. Luellen se recostó grácilmente en la hierba, cerca pero no demasiado, y eligió un tallo para arrancarlo.

—Yo que tú no lo haría, primor—dijo amablemente—. No puedo aguantar esto todo el día. Estás agotando tus fuerzas.

Observó el tallo de hierba pensativamente con esos grandes ojos vacíos, sacó un chicle membranoso, titubeó un instante y lo recogió sin inflar una burbuja. La goma chasqueó húmedamente un par de veces mientras ella masticaba.

—Maldita seas—dijo Drusilla con fervor.

Luellen rio. Drusilla se levantó con esfuerzo, se apoyó en un brazo, y la miró con cara de pocos amigos. Luellen dijo, sin mirarla: —Suficiente, dulzura.

—¿Quién eres?—susurró Drusilla.

—Una ama de casa—dijo Luellen, con un vago acento del Bronx—. Una ociosa ama de casa.

—Sabes a qué me refiero—gruñó Drusilla.

—¿Por qué no miras para ver?

Drusilla frunció el labio.

—No quieres ensuciar tus bonitas sondas, ¿eh? ¿Sabes qué? Eres una snob.

—¿Una qué?

—Una snob—dijo Luellen, estirándose seductoramente—. Demasiado buena para cualquiera. Demasiado buena para él.—Señaló a Chan con la cabeza.—O para mí.—Se encogió de hombros.—Cualquiera.

Drusilla miró de soslayo a Chan y sondeó ansiosamente.

—Él está bien—dijo Luellen—. Sólo desenchufado.

Drusilla volvió a concentrarse en la otra muchacha. A regañadientes, bajó el escudo automático e indagó con la mente. ¿Qué eres?

Luellen extendió las manos, las palmas hacia afuera. —Así no. Ya no hago eso. Si quieres mira, pero si deseas hablar hazlo en voz alta.

Drusilla sondeó —¡Una criminal!—dijo al fin, con profunda repugnancia.

—Hermanas de sangre—dijo Luellen. Hizo estallar una burbuja. Drusilla se estremeció—. Te contaré lo que hice.

—No me interesa.

—Te contaré, de todos modos. Escucha—dijo Luellen de pronto—, sabes que si tratas de hacerme algo te voltearé. Bien, lo mismo ocurrirá si no me escuchas. ¿Entendiste?

Drusilla agachó la cabeza y guardó un furioso silencio. De mala gana admitió que esa criatura podía cumplir su amenaza.

—No te pido que te agrade—dijo Luellen con mayor amabilidad—. Sólo escucha, es todo.

Esperó un momento, y como Drusilla no dijo nada, continuó: —Lo que hice. Trepé el muro de la escuela.

Drusilla jadeó. —¿Saliste?

Luellen rodó sobre el estómago y se apoyó en los codos. Arrancó otro tallo de hierba y lo partió. —Me sucedió algo raro. ¿Conoces la imagen-sentimiento sobre los saltos?

Drusilla la reconoció al instante, la dulce, potente y jadeante sensación de ser fuerte y brincar desde la hierba blanda para flotar y aterrizar ágilmente.

—La conoces—dijo Luellen, mirando la cara de Drusilla—. Bien, una hermosa mañana disfrutaba de esa imagen cuando... se

atascó. Como cuando aquí se atasca uno de esos discos fonográficos. Yo estaba experimentando un salto, lejos del suelo, y la imagen se congeló.

Rio un instante. —Tenía mucho miedo. Al rato, comenzó de nuevo. Fui a preguntarle a mi profesora. Ella se enfadó y fue a ver al preceptor. Él me llamó y armó un escándalo. —Rio de nuevo. — Lo habría olvidado todo si él no hubiera hecho tanta alharaca. Eligió el peor modo de hacerme olvidar. Quiso convencerme de que había sucedido porque había algo malo en mí.

—Así que me puse a pensar. Cuando haces eso, comienzas a estudiar atentamente todas las imágenes. Y, si te fijas bien, están llenas de marcas y defectos.

—Pero constantemente nos enseñaban que ése era el mundo más allá del Muro: una hierba verde y perfecta, hombres bellos, la fuente y las cascadas y todo el resto, a lo cual tendríamos acceso cuando llegara el momento. Yo estaba tan intrigada que no podía esperar más. Así que crucé el Muro. Me atraparon y me enviaron aquí.

—No me sorprende —dijo envaradamente Drusilla.

Luellen se llevó los rosados dedos a los labios, estiró el chicle casi en la longitud de un brazo, y siguió mascando mientras hablaba. —Y todo lo que tú hiciste fue liquidar al preceptor!

Drusilla hizo una mueca y calló.

—Hace dos años que estás aquí, ¿verdad? —dijo Luellen—. ¿A cuántos prisioneros has conocido?

—¡A ninguno! —exclamó Drusilla con cierta indignación—. No quiero saber nada con... —Apretó los labios y soltó un bufido nasal.— ¿Por qué no dejas de reírte?

—No puedo evitarlo —dijo Luellen—. Forma parte del diseño de las amas de casa. Todas las amas de casa tienen esa risita tonta.

—¡Y esa voz!

—Eso también forma parte del diseño, primor —dijo Luellen—. ¿Cómo crees que me presentaría a una partida de canasta si no fuera todo aleteo y gorjeo, todo arrullo y suspiro y suave respiración? ¡Por Dios, las muchachas se llevarían un susto del demonio! —Rio violentamente.

—¡De nuevo! —Drusilla hizo un gesto de disgusto.

—Será mejor que te acostumbres, primor. Yo tuve que hacerlo. Tú también pronto estarás haciendo algo igualmente atroz. Eso se llama camuflaje... Mira, no andaré con rodeos. Hay un par de duras verdades que debes aprender. Sé lo que hiciste. Organízate un reflejo para evitar contacto con todo ex ciudadano que apareciera. ¿Correcto?

—Hay que conservar la decencia —insistió Drusilla.

Luellen meneó la cabeza con admiración. —Eres tonta, niña. No me agradas, pero siento pena por ti.

—¡No necesito tu piedad!

—Sí, la necesitas. Has dormido muchos años y tienes que despertar. —Luellen se arrodilló y se sentó sobre las rodillas.— Dime... hasta el momento en que te enviaron aquí, ¿adónde ibas?

—Lo sabes muy bien. El Gran Salón. Mi jardín. Mi dormitorio. Eso es todo.

—Ajá. Eso es todo. Y cada minuto desde que naciste, te han condicionado: una ciudadana es la flor más perfecta de la creación. Sé una muchacha obediente y retozarás en el verdor por el resto de tu vida. Entretanto hay criminales que son enviados a prisión, y la prisión es la letrina más inmundada del universo, donde terminas tus días evocando la gloria del mundo que perdiste.

—Desde luego, pero lo dices como si...

—¿Alguna vez viste a uno de esos hombres fornidos, musculosos y bellos de que hablaban las imágenes? ¿Alguna vez viste ese paisaje de granito viejo y hierba nueva, o te entibiaste bajo ese bonito e inmenso sol?

—No, me enviaron aquí antes de...

Luellen reveló sus lazos con la tierra al soltar una sílaba que era, ante todo, terrosa. —Eres el animalejo más tonto y ciego que he visto. Dime, cuando te llevaron a la nave, ¿tuviste ocasión de echar una ojeada?

—Yo no era... digna de ello —dijo Drusilla compungidamente—. Si se da a un criminal el privilegio de mirar fuera del Muro...

—Te taparon los ojos. Sí, y nunca tuviste ocasión de mirar desde la nave cuando partió, tampoco. Mira, ciudadana —dijo con

desdén—, si no hubieras tenido la sensatez de hacerte mandar aquí, tampoco habrías cruzado el Muro.

—Sólo faltaban seis años para que...

—Para que te enviaran a otro Lugar Amurallado con un grupo de tu edad. Y quizá te hubieran alimentado, y quizá no, y cuando hubieras advertido que no había liberación posible, habrías sido tan vieja que ya no te importaría. ¡Y llaman a eso un mundo, y a esto una prisión!

Drusilla se tapó los oídos con las manos.
—¡No te escucharé! ¡No!

Luellen le aferró la muñeca con una mano pequeña pero fuerte. —Sí, por Dios, claro que escucharás —masculló entre los dientes perfectos—. Nuestra raza es vieja y moribunda, está podrida hasta las raíces. ¿Sabes por qué nunca viste ningún hombre? Porque sólo quedan unos cientos. Viven en sus cubículos, engordan y procrean. Y la mayoría de sus hijos son mujeres, porque así se dispuso hace tanto tiempo que hemos olvidado cómo se hizo y cómo cambiarlo. ¿Sabes qué hay más allá del Muro? ¡Nada! Es un mundo de hielo, con un sol que muere y un aire que se evapora, y un pequeño conglomerado de Lugares Amurallados donde crían mujeres para aparearlas con los hombres, y unos pocos viejos y gastados transmisores de música e imágenes para condicionar a los gusanos ciegos que viven y mueren allí.

Drusilla rompió a llorar. Luellen se recostó y la observó. Los ojos se le habían ablandado.

—Llora, primor, te hará bien —murmuró—. Pobre mocosa. Te pudiste enterar en cuanto llegaste. Pero no. Los criminales eran lo peor de lo peor, y nunca quisiste asociarte con ellos. La Tierra y los humanos eran insectos y salvajes, porque eso te enseñaron. Ser ciudadano era ser un dios entre dioses, y oír la música era tu tortura, por lo que habías perdido.

—¿Y la tortura?

—Transmisores en las naves de vigilancia. Eso lo sabes.

—Pero los ciudadanos a bordo de ellas...

—¿Qué? ¡Oh, por amor de Dios, primor! Son máquinas, eso es todo.

—¡Mentira! Las naves asesinas son...

—Las naves asesinas atacan cualquier

mente humana que comience a operar cerca de las bandas musicales. Tú estuviste cerca, pequeña.

—¡Ojalá hubiera venido una —gimió Drusilla—. Eso quería yo.

—Vino una, boba. Pero no te entiendo. ¿Qué querías?

—Quería que me matara. Por eso le enseñé a Chan a...

Luellen se llevó las manos a la cara. —Eso pensé, pero no me atrevía a creerlo. Primor, tengo noticias para ti. Esa nave no te habría matado. Buscaba a tu amigo.

La cara de Drusilla se puso casi tan blanca como sus dientes. Se llevó el puño a la boca y lo mordió, los ojos redondos y aterrados.

—Está bien —murmuró Luellen—. Ya pasó. Se acercaba a él, y cuando él dejó de emitir, la nave dejó de venir. Es sólo una máquina.

—Tú la detuviste —jadeó Drusilla—. Se irguió despacio, mirando a la pequeña rubia como si nunca la hubiera visto.

—Sería terrible que no pudiéramos ser más astutas que una máquina —dijo Luellen, quitándole importancia—. ¿Qué ocurre, Dru? ¿Cuál es el problema?

—Pudo haberlo... matado.

—Sólo ahora piensas en eso. Sólo ahora lo piensas de veras.

Drusilla asintió.

—Apuesto a que es la primera vez que piensas en otra persona. ¿Ves lo que puede hacer el esnobismo?

—Me siento muy mal.

Luellen se rio de ella. —Te sientes bien. O te sentirás. Sufres un ataque de algo que se llama humildad. Con eso se llena el agujero que queda cuando arrancas el esnobismo. Ahora estarás bien.

—¿De veras? —Se relamió los labios. Trató de hablar y no pudo. Señaló con un dedo trémulo al hombre inconsciente.

—¿Él? —dijo Luellen, respondiendo a la pregunta tácita—. Déjalo dormir un buen rato. Dale más música, pero manténlo apartado de eso. —Señaló el cielo—. Él no notará la diferencia.

—Humildad —caviló Drusilla—. Eso es cuando no te sientes... suficientemente buena, ¿verdad?

—Algo parecido.

—Entonces... creo que no entiendo. Lu, ¿sabes por qué maté al preceptor?

Luellen meneó la cabeza. —Fue buena idea, de un modo u otro.

—Mi grupo —dijo Drusilla con dificultad— iba a ser escogido para el apareamiento. Existe la costumbre de que la muchacha más fea sea enviada de vuelta a su jardín. Él me señaló a mí. Yo era la más fea allí. Dijo que yo era la mujer más fea del mundo. Creo que... enloquecí. Lo maté.

De pronto estuvo en los fuertes y menudos brazos de Luellen. —Oh, por amor de Dios —dijo Luellen, con una aspereza que hizo llorar de nuevo a Drusilla—. Eres la pequeña más confundida que he visto. ¿No sabes que un collar perfecto debe tener un diamante muy feo en alguna parte? —Palmeó el hombro agitado de Drusilla.— Nuestra belleza se ha perfeccionado a lo largo de más generaciones que años tiene esta Tierra, Dru. En la Tierra eres una de las mujeres más bellas que existen.

—Él me dijo eso una vez, y... casi lo maté —gimió Drusilla. Tragó saliva, se echó hacia atrás para observar lastimeramente la cara de Luellen.— ¿Eso es humildad? ¿Sentir que no eres suficientemente buena?

—Eso es humillación —dijo Luellen. Hizo una pausa pensativa—. Y ésta es la diferencia: humildad es saber que algo es mejor y superior a lo que tu podrías ser, así que vale la pena apostar todo lo que tienes por ese algo. ¡Todo! Como...

Río. —Como yo y ese torpe novelista mío. Poco a poco, año a año, él mejora. Le doy exactamente lo que necesita, a su debido tiempo. En este momento lo que precisa es una irresponsable golosina que él pueda aceptar o desear, y entretanto ser envidiado por todo el vecindario. Tiene talento para hacer un trabajo realmente importante algún día, y cuando lo haga necesitará algo más de mí, y yo estaré allí para dárselo.

Si, de aquí a cincuenta años, se me acerca achacosamente para decirme que he crecido con él a través de los años, sabré que actué correctamente.

Drusilla estudió esa declaración, haciéndola girar, sacudiéndola. Entreabrió los labios, los cerró.

Luellen dijo: —Adelante, pregúntame.

Drusilla la miró tímidamente, bajó los ojos. —¿Él es de veras algo mejor y superior?

—¡Snob! —dijo Luellen, y esta vez era pura amabilidad—. ¡Desde luego! Él es terrestre, Dru. La Tierra es joven, tosca y grosera, pero es fuerte y buena. ¿Dices que un bebé es estúpido porque no sabe hablar, o que un niño es malo porque no razona bien? Nosotras sólo podemos traer decadencia a la Tierra. Así que en cambio ayudamos a la Tierra con lo mejor que ella tiene. Mantén los ojos abiertos a partir de ahora, Dru. Entre las mujeres que ayudan de veras a sus hombres, nueve de cada diez son lo que tú llamabas criminales.

—Las descubrirás en todas partes, en cada nivel de la escala social, en cada rincón de la historia de esta cultura. Activa tus escudos de nuevo, por mera diversión, y observa a las mujeres que conozcas. Verás que algunas parecen entenderse a primera vista... que intercambian miradas que parecen llenas de secretos. Son la esperanza del mundo, querida Dru, y este mundo es la esperanza de la galaxia. —Siguió la mirada de Drusilla y sonrió.— Ahora que lo piensas, lo amas, ¿verdad?

—Ahora que lo pienso...

Alzó la cabeza y miró el cielo. Gradualmente nació una sonrisa en sus labios trémulos. Se despabiló e inhaló profundamente el tibio aire del atardecer.

—Escucha —dijo, riendo nerviosamente—. Suena desafinado, ¿verdad?

Título del original en inglés: *The Education of Drusilla Strange*.
© 1954 by Galaxy Publishing Corporation. Traducción de Carlos Gardini.



Carlos Gardini

HISTORIA DE HAMUR Y BADUR, O LA BATALLA DE LOS ESPEJOS

ILUSTRO ALFREDO FLORES

El viento lleva semillas, palabras y recuerdos —dijo el viejo Grul—, y el viento lleva y trae historias antiguas. Viejas aventuras soplan enredadas en el viento, y mi oficio es desenredarlas y ovillarlas como maderas, para que no mueran. Es un trabajo incesante, porque en Vendavalía el sol nos acompaña de día, y las lunas nos acompañan de noche, pero el viento nos acompaña siempre. Susurra como la sangre en las venas, con el latido de la vida. Cuando callan los vientos, calla nuestro corazón. Y hace mucho tiempo los vientos callaron en Vendavalía. Es una historia de magia y esplendor: la magia de Hamur y Badur, y el esplendor de dos espejos.

Todo empezó cuando Hamur y Badur eran apenas aprendices de mago. Badur, para demostrar el poder de su magia, hechizó al pájaro del amanecer. Cuando el pájaro

cruzaba el cielo en la madrugada, lo encerró en una jaula ilusoria de barrotes ilusorios. El pájaro enjaulado no podía volar ni anunciar la llegada del día, y Vendavalía quedó como suspendida entre el día y la noche, porque el día no empieza de veras si el pájaro no ha cantado. Muchos magos intentaron romper el hechizo para liberarlo. Uno tras otro ensayaron sus recursos mágicos: palabras altisonantes, rayos que les brotaban de los dedos, ruidos aparatosos y nieblas de color. Nada resultaba. El pájaro seguía triste y prisionero en su jaula ilusoria. Hamur eligió un camino menos espectacular que los otros magos. Enseñó al pájaro a picotear los barrotes ilusorios. El pájaro, prisionero de la ilusión, sintió un gran dolor al picotear esa dureza ilusoria, pero confió en Hamur. Siguió picoteando, y el dolor en el pico se agudizó. Al fin el pájaro sólo tuvo fuerzas

para su dolor, y quedó sin fuerzas para la ilusión. Entonces la jaula ilusoria se esfumó, y también el dolor. El pájaro quedó libre y grazno de alegría. Echó a volar, y los días y las noches continuaron su curso. Badur juró venganza y se retiró a la Montaña Negra, donde se proponía perfeccionar su poder. Hamur se retiró a la isla de Dabradaria, donde se proponía escribir un libro sobre la magia del mundo y el esplendor del mundo. La primera frase que escribió, recordando su experiencia con el pájaro del amanecer, fue: "La ilusión ama el dolor, pero el dolor nos libera de la ilusión."

En Dabradaria Hamur aprendió a hablar el idioma de la mente con los pájaros y los árboles, y también a proyectar la mente hacia lugares lejanos para comunicarse con otros seres. Cada madrugada escuchaba el grazno de gratitud del pájaro del amanecer y observaba fascinado los tonos rojos y azules que se mezclaban en el cielo como pintura. Y mezclando su propia pintura en la paleta, dibujaba con un pincel las letras y las frases de su libro. Y un amanecer anotó: "El color es una aventura de los ojos." Caminando por los bosques brumosos de la isla, Hamur pensaba que el mundo era una gran Mente. Cada uno de los seres y las cosas era un pensamiento de esa gran Mente, y la magia consistía en conocer íntimamente cada uno de esos pensamientos; la magia distinguía la bruma de la claridad, el sueño de la ensoñación, la verdad de la ilusión.

Una noche, mientras paseaba por las playas de Dabradaria, pensó que quien conocía íntimamente los pensamientos de esa gran Mente conocía cosas oscuras, y quien conocía cosas oscuras podía causar mucho daño. La arena era azul bajo las lunas azules. Hamur, angustiado por un presentimiento, fijó la mirada en el horizonte.

Muy lejos, siguiendo la dirección de su mirada, estaba la Montaña Negra. En la Montaña Negra, en ese mismo instante, Badur también reflexionaba sobre la magia y los sueños. Pensaba en cómo inventar ilusiones más fuertes. No bastaba con enjaular al pájaro del amanecer para detener el alba. Detendría el viento, todo el viento de Vendavalia. La quietud dominaría el mundo, y él dominaría esa quietud. Durante muchos años, mientras Hamur hablaba en Dabradaria con cada árbol y cada pájaro, Badur se adiestró para dominar el viento. Y, cuando estuvo preparado, elaboró un plan.

Para llevar a cabo ese plan, Badur necesitaba la ayuda de un viento rebelde. Se puso a buscar un viento rebelde, proyectando la mente desde la cima de la Montaña Negra. Buscó en el norte y en el sur, en el este y el oeste. Y al fin, en el Mar de la Pereza, encontró un viento como el que buscaba. Era un viento sud-sudoeste, pero soplaba de norte a este; era un viento calmo, pero aullaba y berreaba; era un viento seco, pero mojaba y escupía. En otras palabras, era un viento que hacía lo que le daba la gana. En ese momento el viento rebelde trataba de hundir un barco-tortuga en medio del mar. Badur entró en la mente de un pájaro y voló con el pájaro hasta el Mar de la Pereza. Allí habló con la voz del pájaro al oído del viento rebelde:

-BADUR TE LLAMA.

El viento, como si tal cosa, siguió soplando y tratando de hundir el barco. Badur decidió ir en persona. Él mismo se convirtió en pájaro, voló hacia el Mar de la Pereza, se acercó al viento rebelde y chilló:

-BADUR TE LLAMA

El viento rebelde miró alrededor y sólo vio al pájaro.

-Vaya -resopló-, un pajarraco que habla.

Badur, para impresionarlo, se convirtió en dragón.

-BADUR TE LLAMA -rugió.

-Vaya -resopló el viento rebelde-, un dragón que habla.

Badur, un poco impaciente, se convirtió en volcán.

-BADUR TE LLAMA -llameó.

-Vaya -resopló el viento rebelde-, un volcán que...

Y no dijo más porque el volcán caía rápidamente al mar. Badur, en su afán de lucirse, había olvidado que los volcanes no se sienten en el aire. Cayó al agua, se hundió y se apagó con un siseo. Causó un oleaje tremendo que empujó al barco-tortuga hasta su destino. El viento rebelde, sin barco para entretenerse, bajó a ver el volcán hundido.

Badur se convirtió en Badur y emergió a la superficie escupiendo agua.

-¿Me llamabas? -preguntó el viento rebelde.

Badur se cruzó de brazos y flotó sobre el mar. -Soy Badur el mago -exclamó.

-Me lo suponía -resopló el viento rebelde-. Los magos siempre complican las cosas. Yo soy Soplamosos.

—Quiero que me acompañes a la Montaña Negra —dijo Badur—. Tengo una propuesta que hacerte.

—Podrías haberlo dicho desde un principio —resopló Soplamocos. Y ambos volaron hacia la Montaña Negra, donde Badur expuso su plan.

—Necesito tu ayuda para convencer a todos los vientos de venir aquí —dijo después—. Ni toda la magia del mundo me alcanzaría para reunir a todos los vientos en un solo lugar.

—De acuerdo —dijo Soplamocos—. ¿Pero cuál es mi ganancia en este asunto?

—Serás el único viento de Vendavalía, y reinarás conmigo.

Soplamocos lo miró con recelo.

—Un mago siempre cumple sus promesas —le recordó Badur.

Y usando sus poderes, tomó una piedra negra de la Montaña Negra y la alisó hasta convertirla en una lámina chata y delgada, alta como la Montaña. Pulió la lámina para darle brillo y la apoyó en la Montaña Negra.

Soplamocos, muy distraído como todos los vientos, ya había olvidado el plan de Badur, y hubo que explicárselo de nuevo. A Badur no le molestó, pues siempre le agradaba hablar de sus planes y de sí mismo.

—Éste es el Espejo de los Vientos —dijo Badur con orgullo mientras Soplamocos hacía morisquetas ante la lámina brillante—. Es el único espejo donde pueden reflejarse los vientos, y nada se refleja en él salvo el viento.

Soplamocos se hacía el galán ante el espejo.

—Pero quien se acerque al espejo será absorbido por el reflejo —aclaró Badur.

A Soplamocos no le gustó la rima, pero aun así se impresionó y se alejó de su reflejo.

—Pero Soplamocos estará libre de ese hechizo —continuó triunfalmente Badur—. Soplamocos podrá acercarse al espejo sin temor, y será el único capaz de liberar a los que sean absorbidos por su reflejo.

—¿De veras? —dijo Soplamocos, mirándolo con orgullo en el Espejo de los Vientos.

—De veras —gruñó Badur. Y ordenó—: Y ahora, a trabajar.

—Sí, amo —dijo alegremente Soplamocos.

Se alejó volando y recorrió Vendavalía de norte a sur y de este a oeste. Susurró, murmuró y resopló, hablando a todos los vientos del Espejo de los Vientos. Y Soplamocos

conseguió lo que no habría conseguido toda la magia del mundo. Porque en Vendavalía hay vientos fuertes y vientos suaves, vientos fríos y vientos calientes, vientos de arriba y vientos de abajo, pero todos los vientos, sin excepción, son un poco vanidosos, porque están acostumbrados a que la gente los adore y los respete. En cuanto otro viento les contó que había un espejo exclusivamente para ellos, fueron volando a la Montaña Negra. Allí, todos se pusieron a hacer monerías y a pavonearse ante el espejo de piedra negra y brillante. Y cada cual se acercó al espejo y fue absorbido por su reflejo, como decía la rima de Badur, que era un mago muy poderoso pero un pésimo poeta. Y así los vientos quedaron encerrados del otro lado del Espejo de los Vientos, bajo la superficie brúñida adonde habían ido a mirarse.

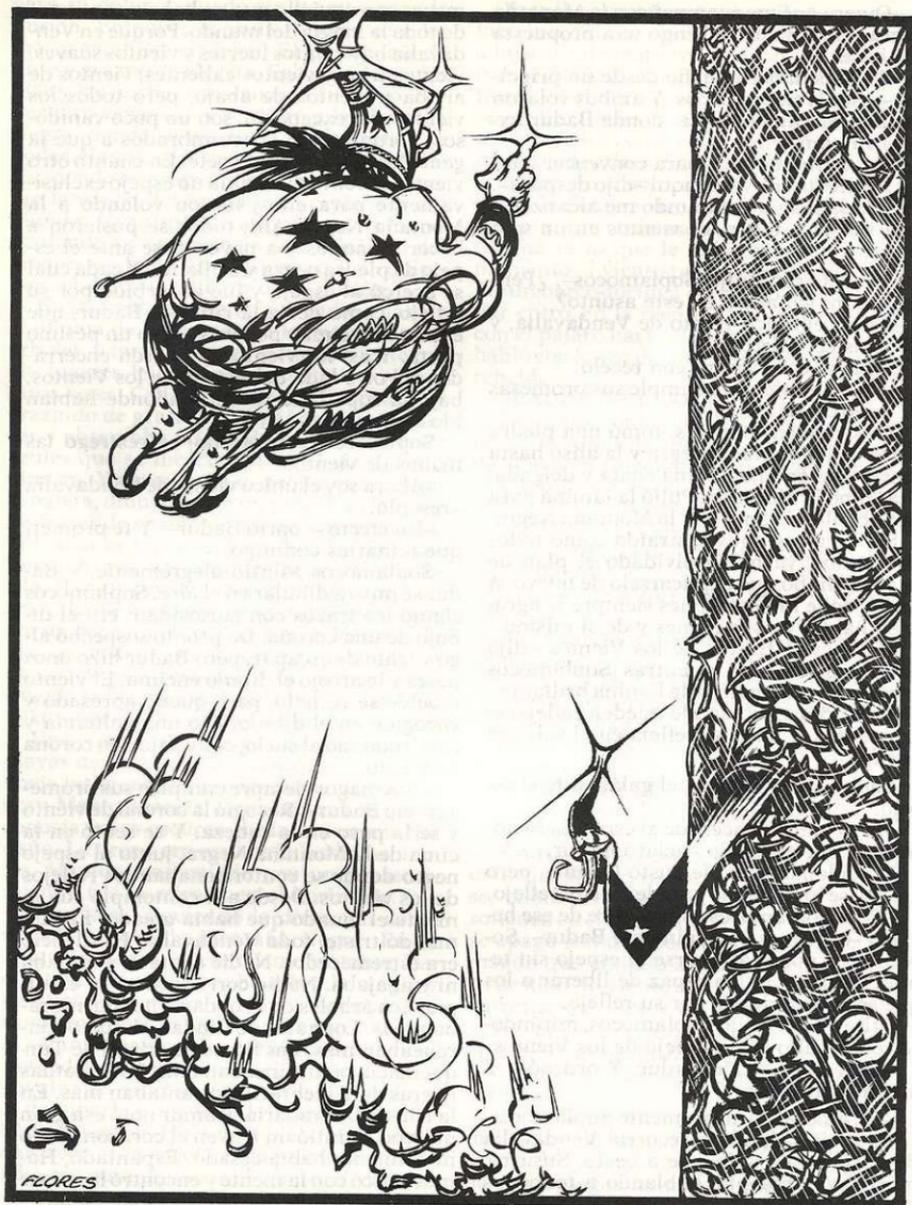
Soplamocos, satisfecho, se restregó las manos de viento.

—Ahora soy el único viento de Vendavalía —resopló.

—En efecto —sonrió Badur—. Y te prometí que reinarías conmigo.

Soplamocos asintió alegremente, y Badur se puso a dibujar en el aire. Soplamocos siguió los trazos con curiosidad: era el dibujo de una corona. De pronto sospechó algo y trató de escapar, pero Badur hizo unos pases y le arrojó el dibujo encima. El viento rebelde se resistió, pero quedó apresado y encogido en el dibujo. Dio una voltereta y cayó rodando al suelo, convertido en corona de viento.

—Los magos siempre cumplen sus promesas —rió Badur—. Recogió la corona de viento y se la puso en la cabeza. Y se sentó en la cima de la Montaña Negra, junto al espejo negro donde se contorsionaban los reflejos de los vientos. Desde allí contempló con la mente el mundo que había creado. Era un mundo triste, toda Vendavalía. El silencio era estremeedor. Nadie cantaba ni amaba ni trabajaba. Nadie corría ni leía ni esculpía. Los árboles de Frondaria no murmuraban más. Los gatos de Ciudad Miau no roncaban más. Las flores de cristal de Turquemacia no tintineaban más. Las estatuas negras de Tunebraria no cantaban más. En la isla de Dabradaria, Hamur notó esa gran quietud y sintió un frío en el corazón. Todo movimiento había cesado. Espantado, Hamur buscó con la mente y encontró la mente de Badur ceñida por la corona de viento.



FLORES

¿Qué has hecho, Badur?, preguntó Hamur con el pensamiento.

Construí una jaula ilusoria más perfecta, Hamur, respondió Badur. Liberar al pájaro del amanecer fue relativamente sencillo, pero liberar a los vientos será otro cantar.

El secreto de la magia, repuso Hamur, es liberar nuestro corazón. Y añadió, recordando una canción tradicional: Y nuestro corazón es un pájaro en el viento.

Bonitas palabras, Hamur, rugió la mente de Badur. Pero en mi reino no habrá viento y los pájaros no volarán.

El rugido asustó a Hamur. Comprendió que Badur tenía la locura del poder. Y pensó sin vanidad que sólo él podía detenerlo, pues era el único que podía vencer la magia de Badur. Se entristeció, porque tendría que abandonar su amado libro, y su amada isla de Dabradaria.

Hamur se despidió de sus pájaros y sus árboles, que no movían las alas ni las hojas por la falta de viento, y él mismo se convirtió en viento. Recorrió Vendavalía de norte a sur y de este a oeste. Empujó barcos, impulsó molinos, arrastró nubes y secó ropa, para impedir que la inmovilidad aplastara el mundo. Pero en todas las tierras y mares de Vendavalía la tristeza persistía. A veces los soplos de Hamur entreabrían un par de labios en una sonrisa, pero era una sonrisa ilusoria, porque a fin de cuentas Hamur era un viento ilusorio. Y no le alcanzarían las fuerzas, ni toda la magia del mundo, para reemplazar a todos los vientos. Aun así siguió soplando, desesperado ante la desolación que veía en todas partes: mares, bosques, calles y azoteas. Y la desolación le causó dolor, y el dolor se agudizó, y al fin sólo tuvo fuerzas para su dolor y quedó sin fuerzas para su propia ilusión. De pronto dejó de ser viento y cayó en una llanura perdida. Buscó a Badur con la mente.

¿Dónde estás, Badur?, gritó con el pensamiento. Le respondió una carcajada.

Hamur miró hacia el horizonte, pero sólo vio la oscuridad de su cansancio. Se quedó dormido, y el sueño era todo negro. Al cabo de unas horas, estallaron relámpagos en la negrura. Hamur despertó, y supo que los relámpagos eran las risas de Badur burlándose de él desde la Montaña Negra. Hamur se levantó.

Se convirtió en pájaro y voló hacia la Montaña Negra. Al llegar, vio a Badur sentado en la cima con su corona de viento, y

apoyado en la Montaña vio el Espejo de los Vientos. El sorprendido pájaro notó que no se reflejaba en ese espejo, y que adentro se agitaban los reflejos de los vientos prisioneros. Badur miró el pájaro y notó que tenía los ojos de Hamur. Se convirtió en flecha y se lanzó contra él. El pájaro se convirtió en piedra y la flecha rebotó en la piedra. Ambos cayeron pesadamente al suelo. La flecha y la piedra se convirtieron en dos magos vapuleados y sucios de polvo.

—Bienvenido, Hamur —dijo Badur con la voz, no con la mente—. Esperaba este momento.

Se convirtió en rayo y se lanzó contra Hamur. Hamur se convirtió en pararrayos. El rayo lo atravesó y se perdió en la tierra. Hamur se convirtió en Hamur. Badur volvió a la superficie de la tierra en forma de chorro de agua, dispuesto a ahogarlo. Hamur se convirtió en lente de aumento y aumentó los rayos del sol para evaporar el agua. Badur se convirtió en granizo y se arrojó contra la lente. El granizo y el cristal se astillaron. Ambos magos rodaron nuevamente al suelo, magullados y lastimados.

—Tu corona de viento es muy bonita, Badur —dijo Hamur—. Pero te faltaría un cetro de viento.

—No es mala idea, Hamur. Pero ya no hay viento para hacerme un cetro, salvo el que usé para la corona. Y prefiero la corona —concluyó, riendo para hacer sufrir a Soplamocos.

—Podrías sacar uno del espejo —dijo Hamur.

—Sólo éste puede sacar a los demás vientos de allí —dijo Badur, señalando la corona de viento—. De todos modos, espero que cuando estés derrotado me hagas un regalo digno de un rey, mucho mejor que un cetro de viento.

Hamur, en el límite de sus fuerzas, se convirtió en lluvia de fuego y cayó sobre Badur. Badur se convirtió en un paraguas de hielo que al derretirse extinguió el fuego. Quedó el mango del paraguas, y quedaron unas gotas de fuego. El mango se convirtió en Badur, y las gotas de fuego en Hamur. Badur se convirtió en lanza y se arrojó contra Hamur. Hamur se convirtió en escudo. La lanza rebotó en el escudo, y el escudo se convirtió en hacha para partir la lanza. La lanza se convirtió en yunque, y el hacha cimbró al golpearlo. El yunque se convirtió

en Badur y el hacha en Hamur. Los dos magos se miraron aturdidos.

—Es inútil, Hamur —jadeó Badur—. No podrás liberar a los vientos. Date por vencido.

Y Hamur respondió, con sinceridad y desesperación: —Creo que esta vez has ganado. —Convirtiéndose en remolino rojo se alejó del lugar, perseguido por la risa de Badur.

Hamur volvió poco tiempo después.

—Hagamos una tregua, Badur —pidió—. Ya que has vencido, y Vendavalía es tuya, quiero hacerte el regalo que habías pedido.

Badur arrugó la frente.

—Te prometo que el regalo te gustará —dijo Hamur. Badur desconfiaba, pero Hamur le recordó—: Los magos siempre cumplen sus promesas.

Badur aceptó.

Hamur sacó una flor transparente del bolsillo de la túnica.

—Es una flor de cristal de Turquemacia —dijo. Usando sus poderes, alisó y estiró la flor hasta convertirla en un lámina gigantesca, alta como la Montaña Negra. La lámina brilló como un lago en la llanura negra al pie de la Montaña.

—Nuestras magias son diferentes —comentó Hamur sin pedantería—. Creo que tus hechizos no habrían servido para esto.

Y entretanto pulía la lámina, que quedó convertida en un magnífico espejo. Hamur plantó el espejo transparente frente al espejo negro. Las imágenes eran límpidas, un reflejo del mundo cuyo esplendor igualaba la magia del mundo. Con el espejo de Hamur, el sol rojo emitía sus rayos doblemente.

—Y las tres lunas emitirán sus rayos doblemente —comentó Hamur—. Este es mi regalo para el vencedor.

Badur quedó deslumbrado por el trabajo de Hamur. Era cierto que no había obsequio más adecuado, pues nada le gustaba más que contemplarse a sí mismo.

—Este es tu espejo —dijo Hamur—. Es el Espejo del Poder. —Y saludando con humildad se fue de la Montaña Negra.

Allí quedaron los dos espejos enfrentados: el Espejo de los Vientos y el Espejo del Poder. Y en el Espejo del Poder Badur se veía reflejado constantemente, sentado en la cima de la Montaña Negra. Y los reflejos de los vientos, encerrados en el Espejo de los Vientos, se veían a su vez reflejados en el Espejo del Poder y sufrían aun más su encie-

rro. Mientras tanto, toda Vendavalía languidecía, y muchos iban a ver a Hamur el mago y le suplicaban: —Hamur, no nos abandones.

Pero Hamur callaba y se quedaba en Dabradaria. Muchos lo acusaron de cobarde. Sólo el pájaro del amanecer, y los pájaros y árboles de la isla, lo recordaban con gratitud, pero ellos también estaban aplastados por la inmovilidad. Y Hamur escribió en su libro: "El poder ama la quietud y la bruma."

Entretanto, en la Montaña Negra, el sol brillaba doblemente, y las tres lunas brillaban doblemente: rojo y azul, rojo y azul, calor y frío, calor y frío, calor y frío, en una sucesión muy lenta de días y noches que en realidad no eran día ni noche. El calor y el frío agitan los vientos, porque los hinchan y los encogen. Doble calor, y doble frío, los agitan doblemente. Soplamos, temblando en esa cruel sucesión de calor y frío, se retorció de dolor en la corona de viento. La corona no le dejaba lugar para hincharse y encogerse, y el dolor crecía cada vez más. Habría soportado un sol y tres lunas, pero no soportaba dos soles y seis lunas, doble calor y doble frío. Y mientras tanto, ceñido a la cabeza de Badur, escuchaba todos los pensamientos del mago, que sólo se preocupaba por contemplar su reflejo en el Espejo del Poder. Vivía absorto en su imagen, y no notaba las contracciones de la corona de viento. El dolor de Soplamos se agudizó, y al fin fue tan intenso que ya no tuvo fuerzas para la ilusión y sólo quedó con fuerzas para el dolor. La ilusión se esfumó, y la corona de viento estalló.

Estalló con un aullido bestial que hizo temblar toda Vendavalía, de Laxaria a Molaria y de Ororot a Nuboluna. Y Soplamos, rompiendo sus ataduras ilusorias, corrió de aquí para allá, rebotando en casas y mares, árboles y montañas, lagos y precipicios. Badur, sorprendido y ensordecido, trató de frenarlo con su magia, pero ni toda la magia del mundo habría podido frenar esa furia.

¿Qué has hecho, Hamur?, gritó Badur con la mente.

Pero Hamur ya había sentido la conmovión en la isla de Dabradaria. Convertido en máquina voladora, se lanzó hacia la Montaña Negra. Badur se convirtió en bala de cañón y trató de derribarlo. Hamur se convirtió en nube y la bala de cañón lo atravesó

sin hacerle daño. Badur se convirtió en rayo de sol y trató de evaporarlo. Hamur se convirtió en lagarto. Badur se convirtió en ave de presa y trató de devorarlo. Hamur se convirtió en tronco de árbol. Badur se convirtió en rayo y trató de quemarlo. Hamur se convirtió en lago. Badur se convirtió en fiera sedienta y trató de beberlo. Hamur se convirtió en pluma y le hizo cosquillas en la nariz.

Entretanto, sin dejar de aullar, Soplamos volaba hacia el Espejo de los Vientos. Metió la mano de aire en el espejo y liberó uno por uno a todos los vientos. Y mientras todos los vientos se marchaban, dispersándose por los cielos de Vendavalía, Badur también se convirtió en viento y sopló furiosamente contra la pluma, revolcándola por el polvo y desflecándola contra las piedras. Sopló y sopló hasta que se encontró delante de un viento igual a sí mismo. Cuando advirtió que era su propia imagen en el Espejo de los Vientos, era demasiado tarde. Se acercó a su reflejo y fue absorbido por el espejo, como decía su propia rima. Badur convertido en viento quedó apresado en el Espejo de los Vientos.

La pluma se convirtió en Hamur, un Hamur roto y lastimado. Llamó a Soplamos y le pidió que liberara a Badur, pues el viento rebelde era el único que podía sacarlo del Espejo de los Vientos. Pero ni toda la magia del mundo habría alcanzado para convencer a Soplamos de que liberara a Badur. Soplamos no le hizo caso y siguió soplando, y al fin, cansado de soplar y reso-

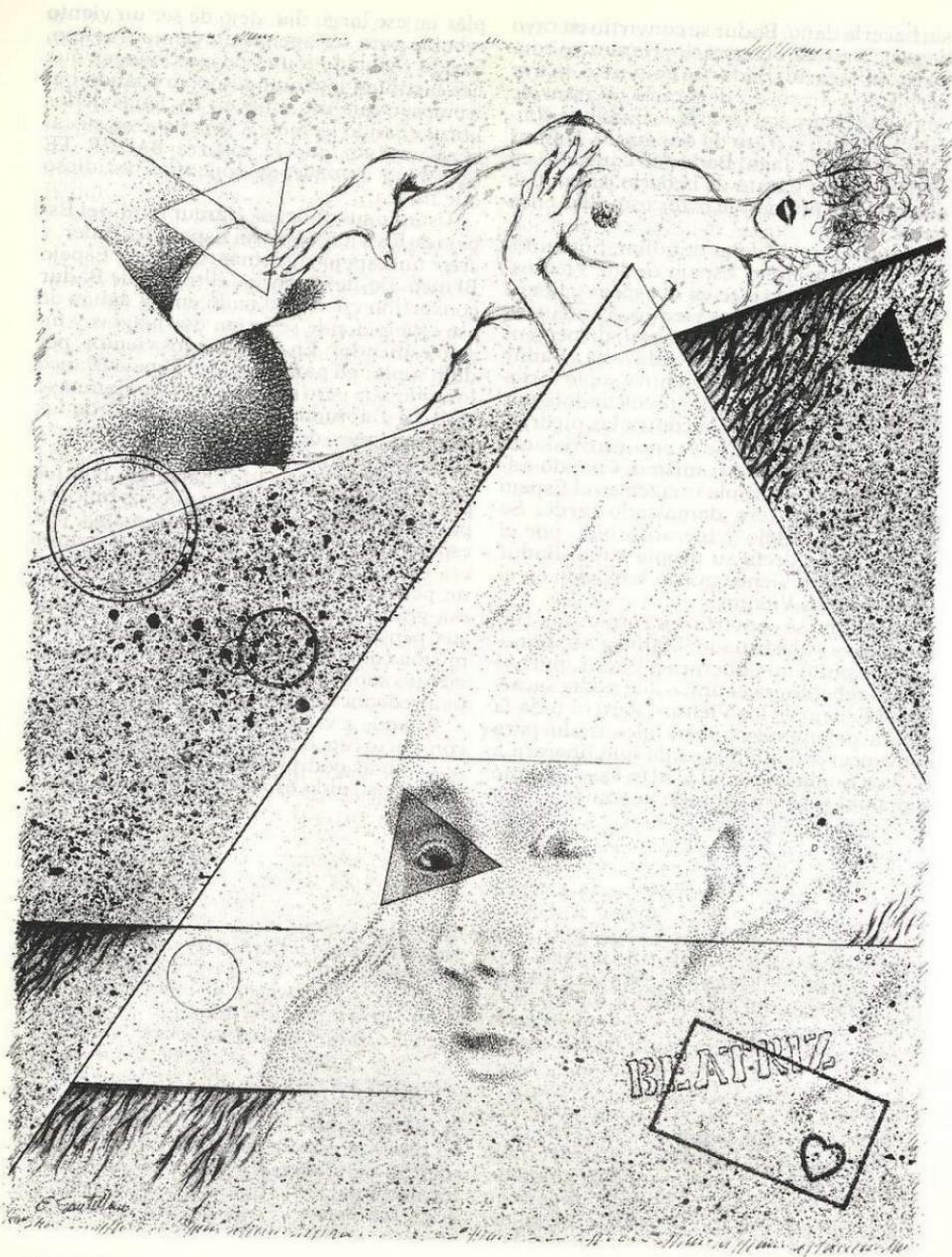
plar en ese largo día, dejó de ser un viento rebelde para ser apenas un viento travieso. Quedó reducido a una de esas ráfagas que nos fastidian levantando polvo cuando barrremos, o que nos mueven las hojas de los libros cuando leemos. A veces oye en su cabeza una voz que le susurra **BADUR TE LLAMA**, y entonces se pone más fastidioso que nunca.

Usando sus poderes, Hamur fundió el Espejo de los Vientos con el Espejo del Poder, y creó un espejo aún más bello, el Espejo Blanco. Desde entonces, el reflejo de Badur convertido en viento nadó en las aguas de ese espejo donde se unían dos magias y un solo esplendor. En cuanto a los vientos, podían soplar en paz, porque el Espejo Blanco los reflejaba pero no los atrapaba. Hamur se retiró a Dabradaria, sin hacer caso de las aclamaciones de la multitud que quería ovacionarlo como a un héroe.

Vivió feliz en su isla, hablando con los pájaros y los árboles y mojado sus pinceles para escribir su libro sobre la magia y el esplendor del mundo. Anotó que el mundo era una gran Mente, que cada criatura era un pensamiento de esa gran Mente, y que esa gran Mente no desconocía ninguno de sus pensamientos, pues se reflejaba en sí misma como un gran espejo. Entretanto los vientos soplaban y jugueteaban alegremente alrededor del mago.

Aunque a veces, sólo a veces, lo miraban con cierto rencor, pues por culpa de Hamur nunca más podrían pavonearse ante un espejo construido especialmente para ellos.

© 1986, Carlos Gardini.



Una aventura
no planificada.

Mario Levrero

NOVELA GEOMETRICA

ILUSTRO EDUARDO SANTELLAN

a

Un paso en falso me llevó a deslizarme por el plano inclinado y perder de vista a Beatriz. Lo sentí inicialmente como una caída vertical que casi me detuvo el corazón. Manoteaba el aire, desesperado; me sentía resbalar en forma interminable a velocidad loca, y no había puntos de referencia: sólo los bordes del plano, por demás estrecho, filosos como hojas de afeitar. Luego, muy lentamente, la inclinación se fue suavizando, tendiendo a la horizontal.

Mi cuerpo se contorsionaba, tratando de frenar la caída, y por el calor del roce, que me desgastaba la ropa y me producía dolorosas quemaduras. Resbalaba de rodillas, sentado, en posición fetal, acostado, cabeza abajo, y de pronto lograba ponerme de pie y corría con los brazos abiertos hasta quedar

sin aliento; un nuevo resbalón, o el cansancio, me hacían caer y rodar sobre el plano, deslizarme sobre el estómago, con manos y rodillas, y así durante los minutos o siglos de un tiempo incalculable. Y quedé sin ropa, desgastada, quemada, y la piel se me fue curtiendo y encalleciendo, hasta que el plano se hizo casi horizontal. Por fin me detuvo, sin mayor brusquedad, el vértice superior de un triángulo que asomaba intersectando el plano inclinado.

b

Me enderecé, me recosté contra el vértice de aquel triángulo y traté de descansar; lo hice hasta que el recuerdo de Beatriz me aferró la garganta con mano de angustia y sentí la necesidad de hacer algo por regresar

junto a ella. El plano del triángulo era de una solidez aparente que cedía al menor deseo; lo atravesé con cautela, pasando por debajo de la hipotenusa, y aferrándome del cateto vertical me asomé y vi que a pocos metros por debajo del plano inclinado pasaba un plano horizontal muy vasto, al parecer sólido y seguro. No se veían sus límites.

Las manos encallecidas, pétreas, me permitieron sostenerme sin dolor del borde del plano inclinado. Solté la mano izquierda de este borde y me aferré del cateto vertical del triángulo. Dudé mucho antes de soltar la mano derecha y pasarla también al cateto. El descenso fue rápido y sencillo, pero también doloroso; algunos cortes atravesaban la gruesa capa de mi piel y me hacían sangrar. Finalmente llegué al vasto plano horizontal, un verdadero desierto. Por fortuna, se curvaba en el horizonte, lo que me daba esperanzas. Eché a andar, pensando que si llegaba a un último cansancio sin haber hallado nada, tendría el recurso de intentar atravesar la materia de este plano que ahora me sostenía, y dejarme caer hacia lo desconocido.

No existía ninguna fuente visible de luz, y sin embargo todo el lugar estaba extrañamente iluminado, de una manera perfectamente uniforme; y ni mi cuerpo ni los otros objetos que hallé más tarde proyectaban sombras. Es difícil hablar de la luz, del espacio y del tiempo de aquel lugar.

Anduve mucho, hasta perder de vista la única referencia, el triángulo rectángulo, mi única conexión con aquel plano inclinado por el cual había descendido involuntariamente y vertiginosamente. Pero no lo lamenté; de todos modos me habría sido imposible remontar ese plano hacia su origen, hasta la posibilidad de Beatriz nuevamente; incluso habría sido insensato plantearse un ascenso por las líneas afiladas del triángulo que había utilizado para descender a este plano horizontal.

Traté de olvidar el triángulo, el plano inclinado y, sobre todo, olvidar a Beatriz. Pensar en ella me debilitaba, allí, al igual que en la superficie, y me impedía buscar soluciones.

d

Después de un larguísimo trecho sólo encontré un árbol seco, una semilla que parecía haber cumplido milagrosamente su ciclo vital en ese plano desértico, y mucho más allá, una herradura oxidada. Nada más.

La forma de referirme al tiempo es relacionándolo con el espacio recorrido, pero en ese espacio totalmente uniforme, aparentemente infinito, esta relación no ayuda mucho. Sólo me quedaba la referencia de mi propio cansancio, de mis ritmos vitales, de mi envejecimiento; pero a poco noté que tampoco eso tenía un significado allí. No sentía hambre ni sed, y mi cansancio físico y mi envejecimiento estaban en relación directa con mi ansiedad. Cuando lograba liberarme de la ansiedad, me sentía joven y descansado; cuando me atacaba el anhelo de alcanzar de una vez por todas la superficie, podía envejecer años en pocos minutos.

También descubrí que a pesar de la aparente uniformidad del plano había ciertos lugares más apropiados que otros para el descanso rejuvenecedor; por alguna razón de simpatía, ciertos lugares me quitaban la tensión y el cansancio y en ellos sólo existía el peligro de un rejuvenecimiento tan rápido y extremo que pudiera llevarme a formas anteriores de vida.

e

Una marcha lenta y uniforme me permitía caminar eternamente sin cansancio. Luego descubrí que la única forma de llegar a alguna parte, quiero decir, a algo distinto de aquella vasta uniformidad plana, era dejar de lado la esperanza y con ella, desde luego, los recuerdos. Apenas logré desterrar la esperanza, vi a lo lejos algo que me pareció una jungla, o un cielo estrellado. Enfilé hacia allí pero la ansiedad por llegar me fatigaba y envejecía, y la esperanza hacia que la distancia que me separaba de aquello fuese siempre la misma. Sólo cuando logré aquietar mi mente, dejarla más o menos en blanco al descansar en un lugar "simpático", pude acortar la distancia. Esto generó nuevamente la ansiedad, y así mi viaje se transformó en una interesante lucha contra mis sentimientos; mientras tanto, el objeti-

vo se iba acercando. Pude ver que se trataba en realidad de un vasto lugar repleto de figuras geométricas, predominantemente polígonos. Por fin pude llegar y penetrar en esa zona.

f

Muchas de las figuras estaban trazadas sobre el mismo plano horizontal que me sostenía; otras eran verticales, cortando el plano, u oblicuas; las había tangentes al plano y luego, la gran mayoría, estaban como flotando en distintas posiciones sin ningún contacto con el plano; y esa especie de bosque geométrico crecía hacia arriba sin que lograrse ver hasta dónde. Tampoco me era posible calcular el perímetro que abarcaba esa zona, por más que, desde la distancia, me había parecido mucho más limitada que esta inmensidad compleja que ahora se exhibía ante mis ojos.

Algunas figuras estaban trazadas sobre trozos de planos, pero de muchas de ellas sólo quedaba el dibujo del contorno, sin la materia sobre la cual habían sido inscriptas —esa misma materia uniforme que había encontrado hasta ahora, la que podía atravesar si lo deseaba, pero de cuyos bordes afilados debía precaverme; había figuras perfectamente paralelas al plano horizontal, y si por azar alguna llegara a encontrarse a la altura de mis ojos me habría sido imposible verla, y podría sufrir un corte fatal. Debía, pues, moverme con la máxima cautela.

A medida que me internaba en el laberinto geométrico reconocía pentágonos, hexágonos, triángulos, cuadriláteros. Escaseaban las líneas curvas, y los círculos y las circunferencias se encontraban muy de tanto en tanto. También había infinidad de figuras irregulares, aunque el trazo de sus contornos siempre era nítido y perfecto.

g

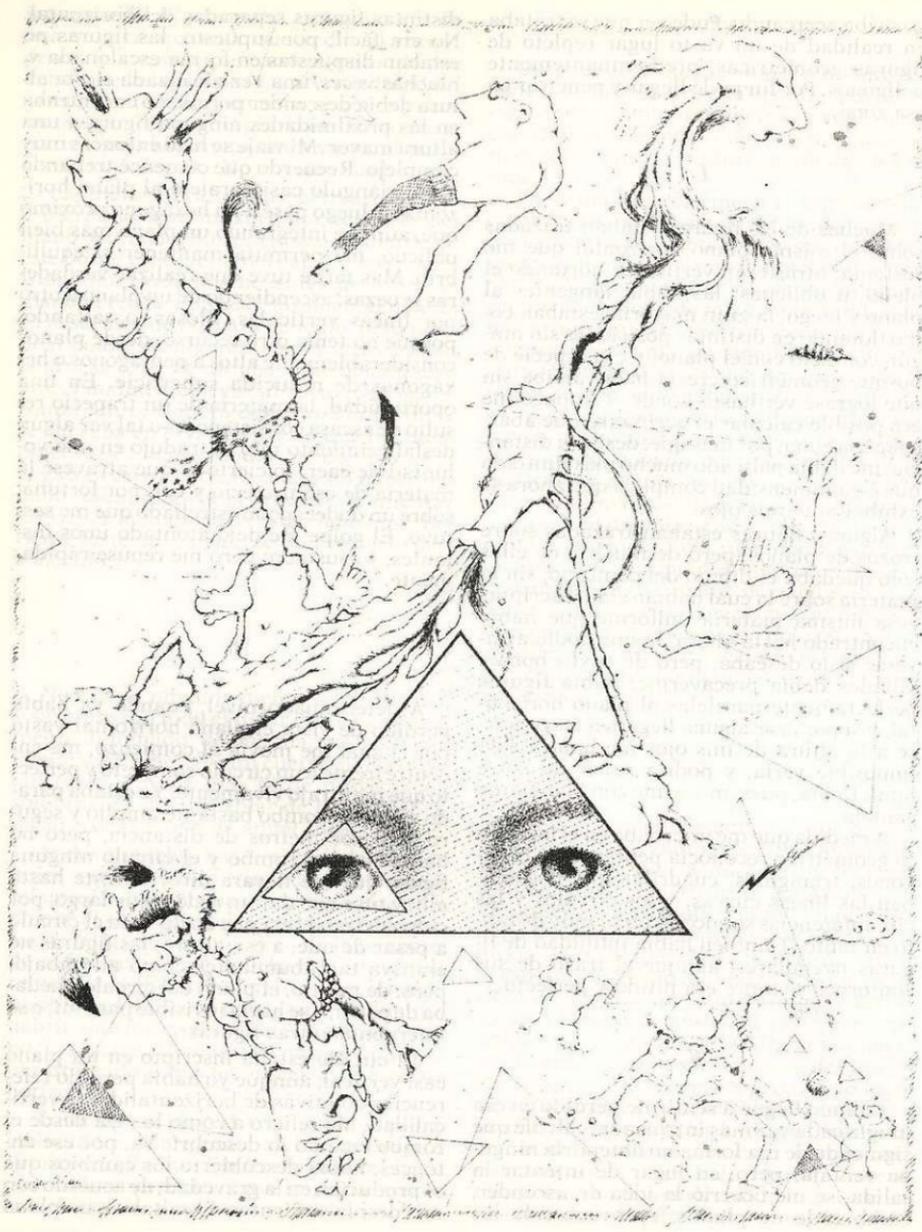
Cuando llegué a sentirme perdido en esa jungla cada vez más intrincada, calculé que siguiendo de esa forma no obtendría ninguna ventaja; pero, en lugar de intentar la salida, se me ocurrió la idea de ascender; cambiando de planos, aprovechando las

distintas figuras separadas del horizontal. No era fácil; por supuesto, las figuras no estaban dispuestas en forma escalonada y, muchas veces, una vez alcanzada cierta altura debía descender porque no encontraba en las proximidades ninguna figura a una altura mayor. Mi viaje se hizo entonces muy complejo. Recuerdo que comencé tratando a un triángulo casi paralelo al plano horizontal, y luego pasé a un hexágono próximo que, aunque integrando un plano más bien oblicuo, me permitía mantener el equilibrio. Más tarde tuve que realizar verdaderas proezas, ascendiendo de un plano a otro por líneas verticales, filosas, o saltando, porque no tenía otro recurso, desde planos considerablemente altos a pentágonos o hexágonos de reducida superficie. En una oportunidad, la materia de un trapecio resultó de escasa consistencia —o tal vez algún desfallecimiento mío se tradujo en una voluntad de caer; lo cierto es que atravesé la materia de ese trapecio y caí, por fortuna, sobre un dodecágono estrellado que me sostuvo. El golpe me dejó atontado unos instantes, y asustado; pero me repuse rápidamente.

h

A determinado nivel, cuando ya había perdido de vista el plano horizontal vasto por el cual me movía al comienzo, me encontré frente a un círculo completo y perfecto que me atrajo vivamente. Yo estaba parado sobre un rombo bastante amplio y seguro, a pocos metros de distancia, pero no había entre el rombo y el círculo ninguna figura que me llevara directamente hasta allí, y tuve que dar un rodeo muy largo, por culpa del cual casi pierdo de vista el círculo a pesar de que, a esa altura, las figuras no eran ya tan abundantes como allá abajo; pero, de pronto, el plano del círculo quedaba de perfil, y se hacía invisible para mí; o se interponían otras figuras.

El círculo estaba inscripto en un plano casi vertical, aunque yo había perdido referencias objetivas de horizontalidad y verticalidad. Me refiero a cómo lo veía desde el rombo cuando lo descubrí. Ya, por ese entonces, había descubierto los cambios que se producían en la gravedad, de acuerdo con mis desplazamientos. Si saltaba a un plano



inclinado, desde uno horizontal, lentamente ese plano pasaba a ser, para mí, horizontal. Estoy seguro de haber estado, más de una vez, desde un punto de vista objetivo, totalmente cabeza abajo; sin embargo, mi posición, desde mi propio punto de vista, era siempre vertical.

Así, cuando estuve cerca del círculo, salté hasta él desde un hexágono, transformándolo entonces en un círculo inscripto sobre un plano horizontal. Sin saber por qué me sentí como habiendo llegado a una meta, o por lo menos a un mojón importante en mi camino hacia lo desconocido. Decidí estacionarme allí, por simpatía, para reponer fuerzas y con la vaga sensación de que algo debía suceder.

i

Durante mi primera permanencia en ese círculo obtuve cierta información, que no puedo decir si provenía del propio círculo o si era el producto de inconscientes meditaciones mías. De cualquier manera, la información llegó con la precisión y la fuerza necesarias para darme el coraje de realizar el experimento que ella me sugería. A mi anterior comprobación de que desechando las esperanzas podía reducir considerablemente la distancia que me separaba de los objetos, se sumó la intuición—la certeza—de que logrando cierto estado de ánimo, cierta actitud que incluía algo así como perder los puntos de referencia, podía trasladarme con un mínimo de esfuerzo exactamente al lugar que deseaba. Era como lanzarse al vacío desde el vacío; sólo bastaba fijar, antes, en la mente, sin ansiedad y sin esperanzas, el lugar al cual deseaba acceder; luego, borrarlo todo y saltar.

Así, pensé en un dodecágono que había visto ya no recordaba dónde, y luego, olvidando el círculo y el mismo dodecágono, salté con los ojos cerrados en cualquier dirección: entonces me encontré parado exactamente en el dodecágono deseado. Practiqué muchas veces esta especie de juego, que tenía su lado divertido, hasta obtener la seguridad absoluta de su funcionamiento. Visité muchas figuras ya transitadas, regresé muchas veces al círculo, y luego experimenté saltar hacia figuras desconocidas, inventadas, que dibujaba con prolijidad, previa-

mente, en mi imaginación. También así funcionaba el sistema.

Esto me dio coraje para intentar un salto hacia el parque verde, junto a Beatriz. Imaginé el lugar, y la figura de Beatriz; borré todo eso y el círculo de mi mente, y salté. El vértice de un triángulo cercano me atravesó el hombro derecho, produciéndome un tremendo dolor y un leve desmayo. Perdía sangre abundantemente y estaba muy asustado. Sin embargo, conseguí utilizar otra vez el sistema para regresar al círculo y allí, tras un breve reposo, la herida cicatrizó rápidamente y el dolor cesó. El sistema no servía para acceder a lugares tridimensionales. Me pareció que debía hacerme a la idea de no poder abandonar jamás ese lugar geométrico, esa soledad eterna, esa uniformidad que ya comenzaba a hacerme desear la muerte.

j

En un momento dado descubrí algo que me pareció imposible: el círculo estaba ligeramente arrugado. Fue una sensación física, ya que visualmente no podría distinguirse por la uniformidad de la luz y la carencia de sombras. Con los dedos confirmé la indicación de mi pierna izquierda; en efecto, la superficie del círculo parecía estar ligeramente arrugada.

Pensé que la posibilidad de que algo se arrugase suponía tres dimensiones; luego, llegué a la conclusión de que no era absolutamente necesario, si lo permitía la naturaleza de la materia de la superficie; pensé en un juego de planos de dos dimensiones, con distintos grados de inclinación, muy próximos entre sí. Por supuesto, no tenía manera de confirmar mi teoría y, de todos modos, en ese momento me interesó más ocuparme en tratar de quitar esa superficie aparentemente arrugada, para averiguar si había algo debajo. Tal vez, pensé también, la presunta arruga podría no ser más que un llamado de atención, del lugar o de mi propia mente, para que hiciera exactamente eso.

k

No me costó mucho lograrlo, aunque se desgarró en algunos lugares. Era una materia bastante resistente, a pesar de su caren-

cia de espesor, pero mis manos podían romperla. Debajo, encontré una capa exactamente igual que ocupaba el espacio de la que había quitado. Insistí con esta otra capa, y pude quitarla limpiamente; la única dificultad era que yo estaba parado encima. Era como quitar una alfombra redonda debajo de los propios pies. Por fortuna, siempre había otra debajo, y no sufrí ninguna caída. Al continuar mi trabajo fui adquiriendo gran facilidad para quitar esas capas inmateriales (por llamar de alguna manera a esa clase de materia sin espesor), que se sucedían unas a otras al parecer hasta el infinito. Las hacía deslizar fuera del círculo con gran habilidad, y allí quedaban flotando, perfectos círculos carentes de circunferencia; tampoco las desgarraba, ya, al quitarlas, y mi rapidez y habilidad aumentaron con la práctica y con cierto truco mental que incluía, por supuesto, los ingredientes de no-esperanza, no-temor y no-ansiedad, y así hasta que en una de las capas encontré a Beatriz.

I

En realidad el proceso había sido más gradual y complejo. Después de haber quitado un número incalculable de capas, noté que aparecían dibujos sobre ellas. Primero puntos, escasos y dispersos, poco nítidos; luego, algunas líneas y conglomerados de puntos más visibles; finalmente, dibujos, cada vez más complejos y perfectos. Hubo un cierto orden inicial en las figuras: puntos, líneas desmadradas que luego se hicieron rectas y curvas, y muchas capas después, dibujos: raros, abstractos, difusos, que lentamente, capa a capa, fueron sustituidos por figuras geométricas, algunas muy complejas, hasta lograr decorados inverosímiles. También aparecieron letras, al principio en forma aislada, junto a los dibujos inexplicables, y más tarde formaron palabras enteras—recuerdo “conejo”, “flor”, “imán”, “tachuela”, “lúpulo”, “aljibe”. Luego frases, junto a los dibujos o alternando con ellos, al principio sencillas, como “fojas rotas” o “salta la cabra”, que me recordaron mis primeras lecciones de dactilografía.

Luego las imágenes aparecían desordenadamente pero creciendo en grados de complejidad y realismo: automóviles, fragmentos de periódicos, camiones, la historia

de Grecia a través de láminas, capítulos enteros de la Biblia, historietas, animales, tapices, historias en idiomas extranjeros, fotografías de gentes—algunas famosas, otras desconocidas, y muchas cosas más.

m

Me detuve a leer una historieta. Estaba protagonizada por el clásico mago de galera y capa negras, con un gigantesco sirviente negro. Tenía una trama policial más bien complicada, y al llegar al final de la lectura no quedé satisfecho con la lógica del argumento. Esta historieta me dio claves para comprender algunas cosas; desgraciadamente no supe aprovecharlas y evitar, más adelante, una tragedia.

Decidí recomenzar la lectura para detectar los errores o las trampas del guionista; me sorprendió encontrar las cosas fuera de sitio. En efecto: tuve que reconocer que los primeros cuadritos habían variado sensiblemente, incluso sus diálogos, y seguí leyendo y me encontré con una historieta bastante distinta de la que acababa de leer, aunque similar en muchos aspectos y con idéntica estructura.

Comencé a leerla una vez más, y nuevamente hallé una aventura ligeramente distinta de las dos anteriores. Entonces, perplejo, decidí fijar la atención todo el tiempo en un solo cuadrito, para apreciar el momento exacto en que se producía el cambio, y observé con sorpresa que se trataba de algo parecido al cine: cada cuadrito era como una pantalla cinematográfica que recogía la proyección de una película. *Cada cuadrito era una aventura completa*, que además encajaba de alguna manera en la estructura general de la aventura plana. La dificultad de apreciación de este hecho sorprendente estribaba en el movimiento extremadamente lento, mucho más lento, por ejemplo, que la manecilla del horario de un reloj, y si no me concentraba mucho, apenas podía advertir el desenvolvimiento de la acción.

Esto me dejó cansado y con un montón de ideas y preguntas; pero había un hecho inquestionable: en ese círculo había *tiempo*, un tiempo vertical; los dibujos no eran estáticos, tenían cierta forma de *vida*, algo que hasta ese momento no había encontrado en ese lugar.

n

Casi me lleva a la locura tratar de imaginar la estructura total de aquella historieta, la combinación de tiempos y argumentos que formaban una trama parecida a una sucesión de enrejados metálicos horizontales y verticales cuya forma exterior fuese la de un cubo. Por fin arranqué esta capa del círculo que contenía la historieta, y apareció la imagen de un león.

Me concentré, y pude comprobar que también el león estaba "vivo": realizaba movimientos, sólo que con tal lentitud que parecía inmóvil. Así sucedía con todo el resto de las figuras que fueron apareciendo; y a cada nueva capa, los colores se hacían más naturales, más nítidos, e incluso había luces con brillo propio.

Por fin, al arrancar una nueva capa, me encontré con Beatriz.

o

Quedé paralizado, fascinado, detenido, con la boca abierta, durante un tiempo incalculable; mientras tanto, se abría paso en mi mente la comprensión de que, de alguna manera inexplicada, esas imágenes, todas ellas, habían sido creadas por mí, o tal vez robadas, absorbidas de mi mente por ese círculo mágico. Noté que Beatriz respiraba. Debí observarla con mucha atención, durante mucho tiempo, para advertir este movimiento tan leve, tan mínimo.

La contemplación me llevó al deseo. No pude evitarlo; era toda una eternidad que había pasado; absolutamente solo, en ese lugar; y la imagen de Beatriz, de tamaño natural, estaba desnuda. Apoyé las palmas de mis manos en sus pechos. Tuve una sensación, no sé si imaginaria o real, de calor, de una particular y conocida tibieza. Entonces, ante mi asombro, la imagen gritó.

p

Un grito de largo desarrollo, en cámara lenta. Primero, el terror que reflejaron sus ojos, en los que pude ver claramente, punto por punto, un proceso que siempre es demasiado rápido para comprobar en la vida cotidiana: el asombro, la incredulidad, el temor, luego el miedo franco, luego el terror; y

los labios se curvaron hacia abajo, y luego se abrieron con lentitud y aparecieron los dientes, y la lengua, y la boca completamente abierta y los ojos casi desorbitados por el terror, y el grito, que me llegó muy débilmente, que casi presentí más que sentí, un chillido agudo, terrible, agónico, pero como ahogado por un muro de distancia infinita.

q

Ella está viva. No es una imagen: está viva, viva. Allí, desmayada bajo mi cuerpo, sus pechos en contacto con las palmas de mis manos.

La conciencia de lo que estaba sucediendo hace más grave mi culpa. Fuera lo que fuese aquello que había producido esa imagen, ella tenía vida; esa Beatriz, auténtica o imaginaria, era un ser vivo, que no podía verme con sus ojos bidimensionalmente limitados a un plano, que podía aterrorizarse hasta el desmayo al sentirse tocada por un ser invisible.

Y yo, en lugar de esperar pacientemente los siglos necesarios para que saliera de su desmayo, y planificar una acción de acercamiento para llegar a ella sin asustarla, en lugar de proceder tal como me aconsejaba la razón, me dejé llevar por el deseo, desesperado e insensato.

Mis manos iniciaron un movimiento lento, acariciante, sobre sus pechos, y apoyé mis labios contra los suyos. Ella respondió, desde su sueño, en forma automática; sus pechos se agrandaron, se aceleró el ritmo de los latidos de su corazón, sus labios se separaron en una semisonrisa, y yo paseé mi lengua por esos labios entreabiertos y, en plena locura, traté de introducir mi lengua en la capa de esa materia, logrando la impresión de penetrar su boca; y cuando sus piernas se fueron separando lenta, muy lentamente, mi mano acarició el dibujo de su vello y luego, incontinente, traté de penetrarla.

r

Al desgarrar con mi sexo la materia del círculo sentí todo el peso de la culpa y me descontrolé ya por completo; arañé la imagen con las uñas, mordí la imagen de los labios con mis dientes, y el tiempo de la

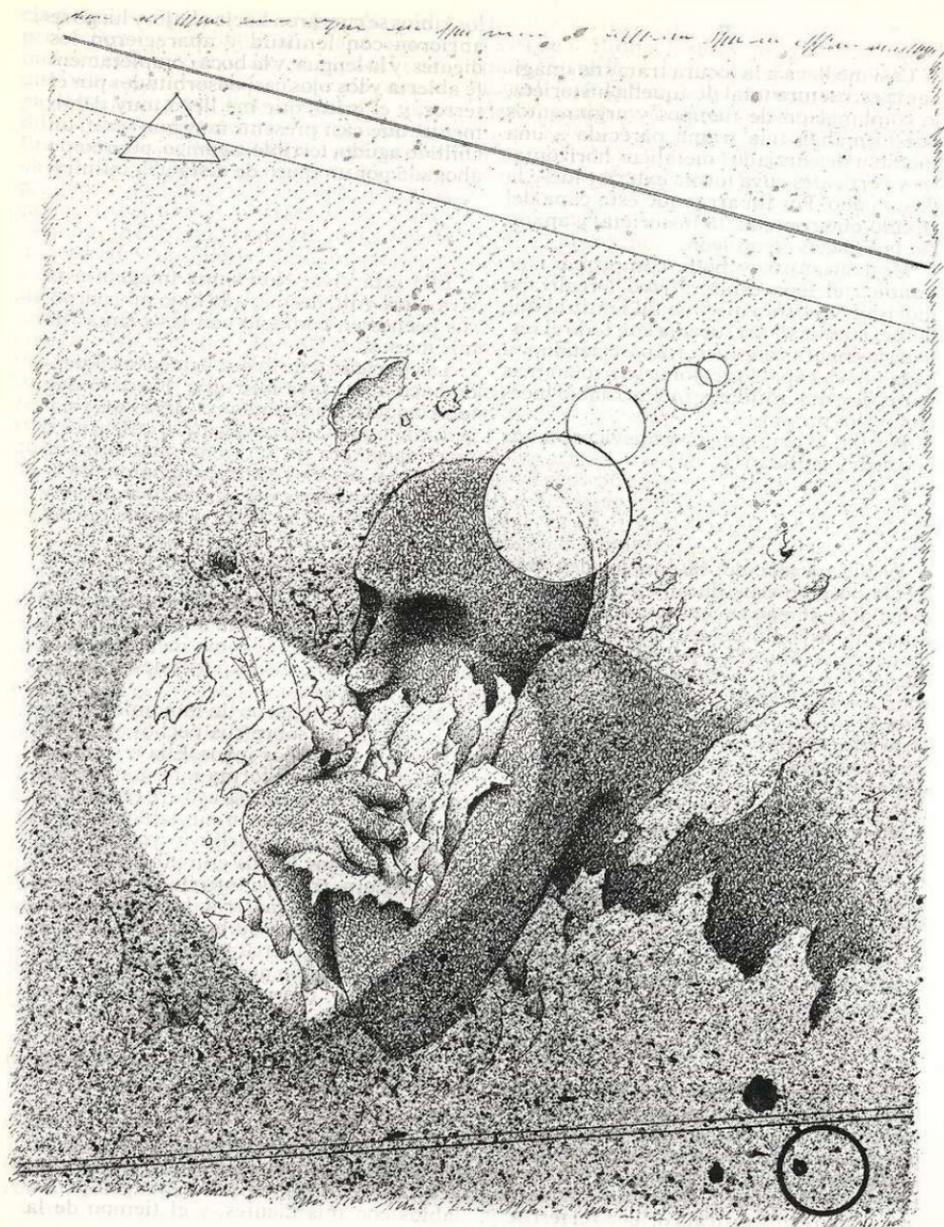


imagen coincidió, en el dolor y la muerte de Beatriz, con mi propio tiempo, y abrazados, y envuelto en un grito insoportable, ya no lejano y apagado sino desesperadamente próximo y fuerte, y lleno de su sangre bidimensional y pegajosa y caliente y roja, me sentí caer, caer, caer interminablemente, con el grito que no cesaba, y el corazón que palpitaba contra el mío al mismo ritmo deteniéndose, deteniéndose para siempre, y el dolor y la culpa, y el cuerpo desgarrado que se deshacía entre mis brazos, la materia que se despedazaba, se deshacía con la facilidad de una hojilla de papel de fumar, se esfumaba y ya no tenía nada entre mis brazos, pedazos de materia intangible que simulaban sangre, como papeles de fumar rojos pegados a mis brazos, mi boca y mis piernas, y el gusto de esa boca inexistente y el eco de su grito y el vacío debajo de mí, el caer en el vacío hasta perder el sentido y seguir, aún, cayendo.

s

Desperté en el interior de una estructura metálica, al parecer cerrada y enorme, aunque no exactamente una jaula. Era un lugar muy incómodo, pero tenía una cierta libertad de movimientos, libertad que me obligaba a retorcerme entre los barrotes de una compleja maraña y que en definitiva no parecía conducir a ninguna parte.

Pasaba la pierna por encima de un barrote horizontal, atornillado a dos hierros paralelos verticales, muy próximos entre sí, y tenía que agachar la cabeza para evitar otro hierro situado más arriba, y luego pasaba la otra pierna para encontrarme en otro lugar tan enmarañado como el anterior.

Al cabo de un tiempo dejé de moverme y me senté, en otro barrote horizontal, a pensar. No había logrado en ningún momento incorporarme del todo, y el cuerpo me dolía por las posiciones ingratas que estaba obligado a adoptar.

Me hallaba ahora en un lugar tridimensional, y había recuperado todas mis sensaciones físicas y el sentido habitual del paso del tiempo: llegué, por ejemplo, a aburrirme y a sentir hambre.

t

Fue el hambre más que el aburrimiento lo que me llevó a abandonar mi pasividad y

buscar la forma de salir. Comencé a trepar, afrontando más dificultades aun que para desplazarme horizontalmente. Pronto llegué a la conclusión de que esa estructura tenía una forma esférica, porque mis desplazamientos le hacían variar su centro de gravedad y moverse. Al cabo de grandes esfuerzos, y cuando pensaba haber adelantado gran trecho en mi ascenso, la estructura comenzó a moverse lentamente, como rodando, y quedé cabeza abajo. Hizo algunos movimientos oscilatorios y por fin se quietó. Entonces, me fui enderezando, agarrándome de los barrotes de hierro, y recomencé mi ascenso; hasta que nuevamente volví a desequilibrar la presunta esfera, la hice rodar, y quedé nuevamente cabeza abajo.

Tratando de soportar la cara hinchada por la sangre que fluía a mi cabeza, y de contener el vértigo, intenté salir de allí por debajo; bajar era mucho más difícil que subir, y constantemente me golpeaba el cuerpo contra los barrotes metálicos; me sostenía la idea de que ya la esfera no habría de moverse y que pronto podría salir de allí. Pero mis cálculos fallaron; en cierto momento de mi descenso la estructura se puso otra vez en marcha, y después de las breves oscilaciones se quietó, dejándome cabeza arriba, sentado en un barrote, perplejo y abatido.

Ahora sí, no deseaba otra cosa que la muerte.

u

El hambre no me permitió dejarme morir en una especie de abandono pacífico. Lleno de rabia y desesperación final, me lancé contra uno de los barrotes de hierro, tratando de destrozarle la cabeza.

v

Esta vez desperté en un lugar horrendo. Estaba acompañado, y más cómodo que en aquella estructura metálica; pero era un lugar horrendo.

El cura que había a mi lado me alcanzó un sandwich de queso. Lo tomé sin detenerme a pensar en nada, con las dos manos sucias de excrementos, y lo devoré en silencio, sin mirar otra cosa que no fuera el pro-

pio sandwich. Después me incorporé en esa especie de lecho cenagoso y miré a mi alrededor. El piso, los árboles y montículos que veía a través de la ventana, el ranchito mismo en que me hallaba, todo parecía estar cubierto de barro y excrementos, o tal vez estar formado por esa materia barrosa y maloliente. Sólo el cura parecía limpio en su negra sotana. Su serenidad era extraordinaria.

—Gracias —dije, refiriéndome al sandwich y lo miré con atención. No parecía viejo, aunque sí envejecido. Su rostro era duro y al mismo tiempo agradable. El envejecimiento revelaba una tortura íntima, una torturante lucidez que ahora parecía calmada, sólo una huella. Sobre la nariz ganchuda tenía unos lentes redondos.

Mi cuerpo estaba cubierto por una especie de manta; una manta de género y excrementos. Estuvimos largo rato sin decir nada; por fin, después de mucho pensarlo, le dije:

—Me extraña verlo a usted aquí.

—Es mi voluntad —respondió. Su voz tenía un timbre grave y agradable. Luego me alcanzó unas ropas sencillas, del mismo material de la manta, y pude cubrir mi cuerpo desnudo por primera vez en mucho tiempo.

W

Dimos un paseo por el pequeño planeta. Pensé que atardecía, pero luego me enteré de que la luz era siempre así, lóbrega, pantanosa, sucia. No me gustaba ese planeta sucio, donde hasta la luz parecía haber sido maculada por los excrementos.

—¿Por qué todo es así? —pregunté, lleno de pesadumbre.

—Tú lo quieres —respondió; pero no era un reproche. Lentamente me llegó la comprensión, ampliada y reafirmada, de aquello que había intuido en el círculo mágico: yo no era una simple víctima de las circunstancias. Comprendí que podía modificar todo aquello; pero me sentía muy débil. Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Padre —dije—. ¿Usted me ayudará?

No respondió directamente a mi pregunta. Habló de sí mismo. No era un "padre"; lo había sido alguna vez. Llevaba la sotana como podía llevar cualquier otro tipo de ropa. Luego dijo algunas generalidades que no comprendí totalmente; hablaba como

para ser comprendido en otro tiempo. Supe entonces que como ayuda sólo contaba con su presencia; que el trabajo era exclusivamente mío. Y no tenía la menor idea de qué era lo que debía hacer.

X

Pasó un largo tiempo, equivalente a la convalecencia de una enfermedad. Dominaba una tristeza monótona, la melancolía diaria y constante, el silencio. No hacíamos nada, sino esperar; el hombre que estaba conmigo esperaba sin ansiedad, sin exigencia. Mi espera era torturada a veces, y a veces resignada, aunque era difícil la resignación en aquel lugar donde la repugnancia era permanente.

—¿Y los otros? —pregunté un día.

—No hay otros —respondió él.

Me sentí punzado por la urgencia. Ese hombre estaba perdiendo el tiempo conmigo, este ser despreciable, en un lugar inhumano. Me mordí los labios, y sentí que algo comenzaba a retorcerse, a enroscarse dentro de mí.

Y

Ese breve diálogo me obligó a salir, poco a poco, de la melancolía. En principio, obligado por la constancia muda del hombre de la sotana, por ese atestigüamiento sin reproches, por esa silenciosa paciencia; después, un cierto entusiasmo por mí mismo. Ahora debía de haber en mí para que ese hombre estuviera a mi lado y me esperara. ¿Por qué no creerlo?

Él lo advertió.

—Estás dispuesto —preguntó, sin signos de interrogación.

—Sí —respondí.

Z

En el bosque, la voz de Beatriz.

—¿Te hiciste daño?

Yo había dado un paso en falso, y por un instante había quedado en silencio, apoyado un hombro contra un árbol, la mano izquierda en la frente, el pulgar y el índice en las sienes.

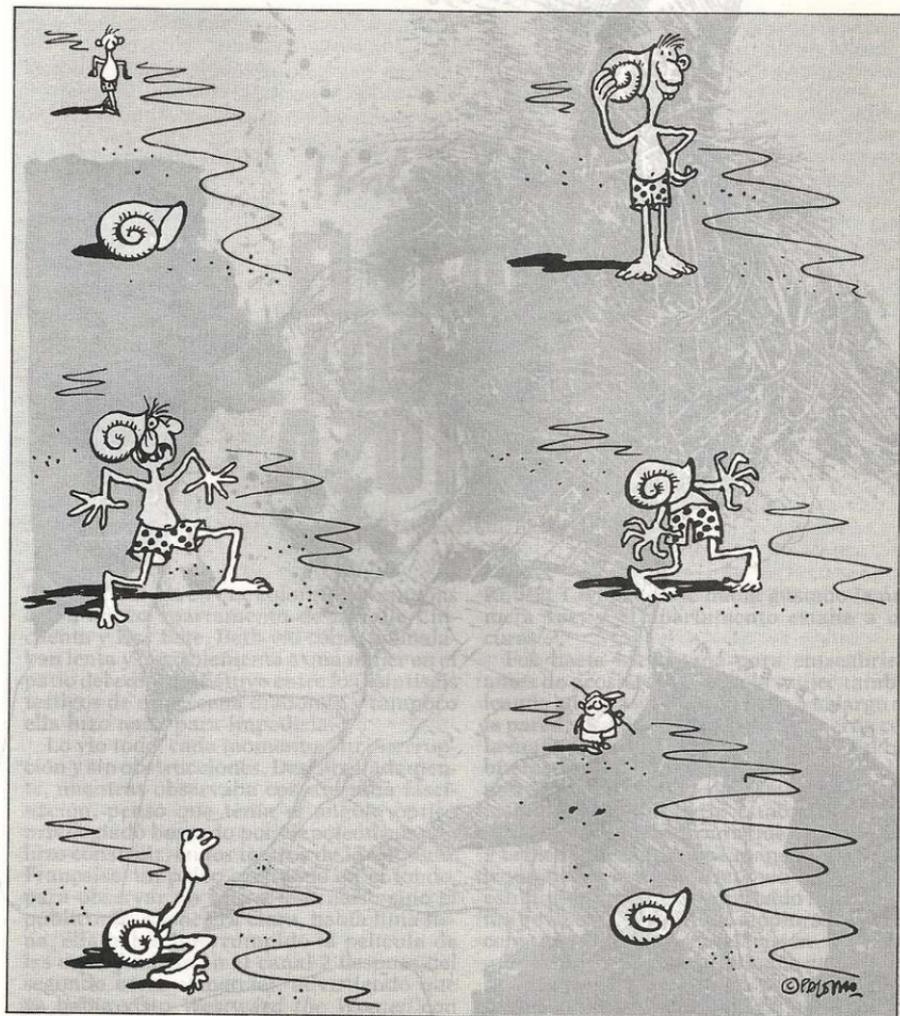
—No —respondí, luego—. No.

Y comencé a alejarme apresuradamente entre los árboles. Oí que Beatriz me llamaba, que decía que no me apurara tanto, que no podía seguirme. Hice un zigzag entre los árboles. Su voz me llegaba cada vez más lejana y más cargada de angustia.

Luego dejé de oírla, y respiré profunda-

mente. Era una bella tarde, de primavera. Había mucho oxígeno en ese parque, y los rayos del sol filtrados por las copas de los árboles me herían benignamente las pupilas, dándome un sentimiento de plenitud. Mi paso se fue aquietando. Sali, lentamente, del parque, y subí a un ómnibus.

© 1986, Mario Levrero.





Si no
puedes vencer al
enemigo...

Harlan Ellison

EL LLANTO DE LOS PERROS AZOTADOS

ILUSTRO ENRIQUE BRECCIA

La noche del día en que coloreó las ventanas de su nuevo apartamento de la calle Cincuenta y Dos Este, Beth vio cómo apuñalaban lenta y horriblemente a una mujer en el patio del edificio. Estuvo entre los veintiséis testigos de esa escena diabólica y tampoco ella hizo nada para impedirlo.

Lo vio todo, cada momento, sin interrupción y sin obstrucciones. Descabelladamente, mientras observaba con aterrada fascinación, pensó que tenía el ángulo óptico privilegiado buscado por Napoleón cuando hizo construir, en los teatros de la Comédie Française, un palco cortinado en el fondo, para observar no sólo el escenario sino el público. La noche era clara, había luna llena, ella había interrumpido la película de las once y media en el canal 2 después del segundo corte comercial, advirtiendo que ya había visto *Westward the Women* con

Robert Taylor y no le había gustado la primera vez; y el apartamento estaba a oscuras.

Fue hacia la ventana para entreabrirla antes de acostarse, y vio a la mujer tambaleando en el patio. Se deslizaba a lo largo de la pared, aferrándose el brazo izquierdo con la mano derecha. La compañía Con Ed había instalado lámparas de mercurio en los postes; había habido dieciséis violaciones en siete meses; el patio estaba iluminado con un frío fulgor púrpura que volvía negra y brillante la sangre que manaba del brazo izquierdo de la mujer. Beth vio cada detalle con claridad, como magnificado a la milésima potencia por un microscopio, solarizado como un comercial de televisión.

La mujer echó la cabeza hacia atrás como para gritar, pero no hubo sonido. Sólo el tráfico de la Primera Avenida, taxis tardíos

en busca de esas parejas efímeras que se conocían en Maxwell's Plum, Friday's y Adam's Apple. Pero eso era más allá. Donde estaba ella, siete pisos más abajo, en el patio, todo parecía silenciosamente suspendido en un campo de fuerza invisible.

Beth estaba en la oscuridad del apartamento, y notó que había levantado del todo la ventana. Había un pequeño balcón sobre el antepecho bajo; ahora ni siquiera el vidrio la separaba de lo que veía; sólo la barandilla de hierro forjado del balcón y los siete pisos de distancia.

La mujer se alejó de la pared tambaleando, la cabeza aún hacia atrás, y Beth vio que tendría unos treinta y cinco años, con el pelo oscuro cortado en un mechón; era imposible distinguir si era bonita: el terror le había contorsionado los rasgos y la boca era un tajo negro y sinuoso que se abría sin emitir sonido. Le sobresalían los tendones del cuello. Había perdido un zapato, y los pasos desaparejos amenazaban con tumbarla en la acera.

El hombre dio vuelta la esquina del edificio y entró en el patio. El cuchillo que empuñaba era enorme, o quizá sólo lo parecía: Beth recordó un cuchillo con mango de hueso que su padre había usado un verano para cortar pescado en el lago de Maine: se abría con un chasquido, revelando ocho pulgadas de hoja dentada. El cuchillo del oscuro hombre del patio parecía similar.

La mujer lo vio y trató de correr, pero él la alcanzó de un brinco, le aferró el pelo y le echó la cabeza hacia atrás como para cortar la garganta en el próximo movimiento de segadora.

Entonces la mujer gritó.

El sonido revoloteó en el patio como murciélagos atrapados en una cámara de ecos, incapaces de huir, enloquecidos. Seguía y seguía...

El hombre forcejeó y la mujer le clavó los codos en los costados y él intentó protegerse, torciéndole el pelo para hacerla girar, mientras el terrible grito subía sin cesar. Ella se soltó y él se quedó con un puñado de pelo arrancado de raíz. Cuando ella giró, él movió el cuchillo y le abrió un tajo bajo los senos. La sangre saltó a través de la ropa y el hombre quedó empapado; eso lo puso aun más frenético. La atacó de nuevo, mientras ella intentaba sostenerse y la sangre le corría por los brazos.

Ella trató de correr, se hamacó contra la

pared, se deslizó hacia un costado y el hombre pegó en la superficie de ladrillo. Ella se alejó, tropezó con un cantero, cayó, se puso de rodillas y él atacó de nuevo. El cuchillo subió en un arco relampagueante que iluminó la hoja con una luz púrpura y extraña. Y ella seguía gritando.

Se encendieron luces en docenas de apartamentos y apareció gente en las ventanas.

El le hundió el cuchillo hasta la empuñadura, en la espalda, cerca del hombro derecho. Usó ambas manos.

Beth veía todo en relampagueos saltones: el hombre, la mujer, el cuchillo, la sangre, la expresión de los que observaban desde las ventanas. Luego las luces se apagaron en las ventanas, pero ellos aún estaban allí, observando.

Ella quería aullar, gritar: "¿Qué le hace usted a esa mujer?" Pero tenía la garganta congelada, dos manos de hierro que habían estado inmersas en hielo seco durante diez mil años se le cerraban alrededor del cuello. Podía sentir el filo de la hoja en su propio cuerpo.

De algún modo —parecía imposible pero estaba allí, ocurría de veras— la mujer se incorporó y *tironeó* para arrancarse el cuchillo. Tres pasos, dio tres pasos y cayó de nuevo en el cantero. El hombre aullaba ahora, como una gran fiera, con sonidos rabiñosos y burbujeantes que le subían desde el estómago. Cayó sobre ella y el cuchillo subió y bajó, una y otra vez, y al fin fue un borrrón movedizo, y el grito de murciélagos dementes siguió hasta esfumarse poco a poco.

Beth permaneció en la oscuridad, temblando y llorando, los ojos llenos de horror ante lo que veía. Y cuando ya no pudo soportar la visión de lo que el hombre hacía con esa carne quieta sobre la cual se movía, miró hacia arriba y alrededor, hacia las ventanas de oscuridad donde los demás estaban aún —tal como ella— y en cierto modo les pudo ver las caras, rojas como magulladuras en la luz opaca de las lámparas de mercurio, y había una igualdad universal en las expresiones. Las mujeres clavaban las uñas en el brazo de los hombres, las lenguas asomaban por la comisura de la boca; los hombres sonreían con ferocidad. Parecían espectadores de una riña de gallos. Respirando profundamente. Alimentándose de la siniestra escena. Una exhalación de sonido, profunda, profunda como si viniera de ca-

vernas subterráneas. Carne pálida y húmeda.

Y entonces advirtió que el patio se había puesto brumoso, como si la niebla del East River se hubiera desenrollado por la Calle Cincuenta y Dos en un velo que oscurecería los detalles de lo que el cuchillo y el hombre hacían aún... sin cesar... mucho tiempo después de que hubiera en ello alguna alegría... sin cesar... una y otra vez...

Pero la niebla era antinatural, espesa y gris y chispeante de luz. La vio crecer en el espacio desierto del patio. Bach en la catedral, polvo de estrellas en una cámara de vacío.

Beth vio ojos.

Allá arriba, en el noveno piso y a mayor altura, dos grandes ojos, tan reales como la noche y la luna, *ojos*.

Y... ¿un rostro? ¿Era un rostro o sólo lo imaginaba...? ¿Un rostro? En los vapores turbulentos de fría niebla algo vivía, algo acechante y paciente y malévolo había sido convocado para presenciar lo que ocurría en el cantero. Beth trató de mirar hacia otro lado, pero no pudo. Los ojos, esos ojos primitivos y llameantes, colmados de profunda antigüedad pero temiblemente brillosos y ávidos como ojos de niño; ojos colmados de honduras sepulcrales, antiguas y nuevas, llenos de abismo, ardientes, gigantescos y profundos como un precipicio, tenaces y compulsivos. El juego de sombras no se escenificaba sólo para los inquilinos que observaban y bebían la escena desde las ventanas, sino para algún *otro*. No en la tundra helada ni en pantanos yermos, no en cavernas subterráneas ni en un mundo distante en órbita de un sol moribundo, sino aquí, en la ciudad, aquí observaban los ojos de ese *otro*.

Temblando con el esfuerzo, Beth apartó los ojos de esos ardientes abismos que flotaban encima del noveno piso, sólo para ver de nuevo el horror que había traído ese *otro*. Y comprendió por primera vez el espanto de lo que había presenciado, quedó libre de la inmovilidad que la había encallado como un celacanto en el esquisto, se llenó con el trueno de la sangre que golpeaba contra las membranas de su mente: ¡se había *quedado* allí! ¡No había hecho nada, nada! Habían acuchillado a una mujer y ella no había dicho ni hecho nada. Las lágrimas habían sido inútiles, los temblores no habían servido. ¡No había hecho nada!

Luego oyó sonidos histéricos, a medio camino entre la carcajada y la risa contenida, y al alzar la mirada hacia ese gran rostro que se elevaba en la niebla y el humo de la noche, notó que *ella misma* emitía esos ruidos de botón trastornado y que el hombre de abajo soltaba un sonido ahogado y patético, como el llanto de perros azotados.

Miraba de nuevo ese rostro. No habría querido verlo de nuevo, jamás. Pero estaba atrapada por esos ojos humeantes, abrumada por la sensación de que eran añiados, aunque *sabía* que eran incalculablemente antiguos.

Luego el carnicero hizo un acto indecible y Beth, vencida por el mareo, aferró el borde de la ventana para no caer por el balcón; recobró el equilibrio y boqueó para respirar.

Se sintió observada, y por un largo momento de congelado terror temió haber llamado la atención de ese rostro de la niebla. Aferró la ventana, sintiendo que todo se volvía distante y opaco, y miró a través del patio. Sí, alguien la observaba. Intensamente. El joven de la ventana del séptimo piso frente a su propio apartamento. La miraba fijamente. A través de la extraña niebla cuyos ojos llameantes saboreaban el espectáculo de abajo, él la miraba fijamente.

Mientras todo se ennegrecía, un instante antes de perder la conciencia, la asaltó el pensamiento fugaz de que había algo terriblemente familiar en la cara del joven.

Al día siguiente llovió. La calle Cincuenta y Dos Este estaba lustrosa y brillante con los arcos iris de aceite. La lluvia arrastró los excrementos de perro a las alcantarillas y los empujó hacia las cloacas. Los peatones se agachaban en la lluvia oblicua, escondidos bajo los paraguas, como enormes y escurridizos hongos negros. Beth salió para comprar el diario después que la policía vino y se fue.

Las noticias señalaban enfáticamente que los veintiséis inquilinos del edificio habían observado con frío interés cómo Leona Ciarelli, 37 años, avenida Fort Washington 455, Manhattan, era sistemáticamente apuñalada por Burton H. Wells, 41 años, electricista desocupado, muerto más tarde a balazos por dos policías con licencia cuando irrumpió en Michael's Pub, en la calle Cincuenta y Cinco, cubierto de sangre y blandiendo un cuchillo que las autoridades lue-

go identificaron como el arma asesina.

Había vomitado dos veces ese día. Su estómago no podía retener nada sólido, y el gusto a bilis persistía en el fondo de la lengua. No podía ahuyentar de la mente las escenas de la noche anterior; las proyectaba una y otra vez, y cada movimiento de ese brazo de segadora se repetía como en un breve *loop* de memoria. La cabeza de la mujer echada hacia atrás en gritos silenciosos. La sangre. Esos ojos en la niebla.

Una y otra vez volvía a la ventana para mirar el patio y la calle. Trataba de superponer, sobre el lúgubre cemento de Manhattan, el paisaje que veía por su ventana de Swann House en Bennington: el pequeño patio y otro dormitorio estudiantil, blanco; los espléndidos manzanos; desde la otra ventana, las colinas ondulantes y la exuberante campiña de Vermont; su memoria evocó el cambio de las estaciones. Pero siempre había cemento y calles lustrosas de lluvia; en la acera, la lluvia era negra y brillante como sangre.

Trató de trabajar. Abrió la tapa corrediza del viejo escritorio que había comprado en la avenida Lexington y se inclinó sobre los gráficos de los diagramas coreográficos. Pero los gráficos de Laban parecían un farrago de jeroglíficos indescifrables, estilo Jackson Pollock, en vez de la cuidadosa representación eurrítmica por cuyo perfeccionamiento ella había estudiado cuatro años. Y antes de eso, Farmington.

Sonó el teléfono. Era la secretaria de la compañía de danzas Taylor, para preguntarle cuándo estaría libre. Tuvo que disculparse. Se miró la mano, tendida sobre los gráficos de figuras diseñados por Laban, y vio que le temblaban los dedos. Tuvo que disculparse. Luego llamó a Guzmán, de la Downtonwn Ballet Company, para avisarle que se retrasaría con los diagramas.

—¡Por Dios, señorita! Tengo diez bailarines sentados en la sala de ensayos con los trajes transpirados. ¿Qué espera que haga?

Ella explicó lo que había ocurrido la noche anterior. Y al contarle, advirtió que el tono que los diarios habían usado contra los veintiséis testigos de la muerte de Leona Ciarelli se justificaba. Paschal Guzmán escuchó, y cuando habló de nuevo la voz era varias octavas más baja, y hablaba más despacio. Dijo que comprendía y que ella podía tardar un poco más para preparar los diagramas. Pero había distancia en la voz, y

colgó mientras ella le daba las gracias.

Se puso un chaleco con rombos multicolores en tonos de rojo oscuro, y un par de ceñidos pantalones de gabardina caqui. Tenía que salir, caminar. ¿Para qué? Para pensar en otras cosas. Mientras se calzaba los zapatos Fred Braun, se preguntó si ese grueso brazaletes de plata estaría aún en el escaparate de Georg Jensen's. En el ascensor, el joven de la ventana de enfrente le clavó los ojos. Beth sintió que el cuerpo le temblaba de nuevo. Se apoyó en el rincón cuando él entró después de ella.

Entre el piso quinto y el cuarto, él tocó el interruptor y el ascensor se detuvo bruscamente.

Beth lo miró y él sonrió con inocencia.

—Hola. Me llamo Gleeson, Ray Gleeson, vivo en el 714.

Ella quería exigirle que apretara el botón, con qué derecho se atrevía a hacer semejante cosa, qué se proponía, que lo apretara en seguida o se atuviera a las consecuencias. Eso *quería* hacer. En cambio, desde el mismo sitio donde la noche anterior había oído esa risa farfullada, oyó su propia voz, más débil y menos aplomada de lo que habría querido, diciendo: —Beth O'Neill, vivo en el 701.

Lo cierto era que *el ascensor estaba detenido*. Y ella tenía miedo. Pero él se reclinó contra los paneles de la pared, muy bien vestido, los zapatos lustrados, el pelo peinado y tal vez secado con secador, y le habló como si estuvieran en una mesa de L'Argenteuil. —Acabas de mudarte, ¿eh?

—Hace dos meses.

—¿A qué escuela fuiste? ¿Bennington o Sarah Lawrence?

—Bennington. ¿Cómo supiste?

El río, y la risa era agradable. —Trabajo en una editorial de libros religiosos; cada año recibimos media docena de muchachas de Bennington, Sarah Lawrence y Smith. Entrar brincando como langostas, dispuestas a revolucionar la industria editorial.

—¿Qué tiene de malo? Hablas como si no te gustaran.

—Oh, las *amo*. Son maravillosas. Creen que escriben mejor que los autores que publicamos. Tuvimos una monada a quien le dimos a corregir las galeras de tres libros, y reescribió los tres. Creo que ahora trabaja limpiando mesas en un Horn & Hardart's.

Ella no respondió. Comúnmente lo habría tildado de antifeminista, si hubiera sido

otra persona. ¡Pero los ojos! Había algo terriblemente familiar en esa cara. Le agradaba la conversación; simpatizaba con él.

—¿Cuál es la ciudad grande más cercana a Bennington?

—Albany, Nueva York. Unos noventa kilómetros.

—¿Cuánto se tarda en llegar allí?

—¿Desde Bennington? Una hora y media.

—Debe ser un agradable paseo, con la campiña de Vermont, realmente bonito. Entiendo que ahora es mixta. ¿Cómo funciona eso?

—No sé.

—¿No sabes?

—Se volvió mixta cuando yo estaba por egresar.

—¿En qué te graduaste?

—En danzas, con especialidad en gráficos de Laban. Es el método para escribir coreografía.

—Todas materias optativas, supongo. No tienes que hacer cursos obligatorios, como en ciencias. —No cambió de tono cuando dijo:— Lo de anoche fue terrible. Te vi mirar. Supongo que muchos estábamos mirando. Fue realmente terrible.

Ella asintió estólidamente. El miedo volvía.

—Entiendo que la policía lo atrapó. Un chiflado, ni siquiera saben por qué la mató, ni por qué entró en ese bar. Fue algo espantoso. Me gustaría cenar contigo una de estas noches, si no estás comprometida.

—Está bien.

—Tal vez el miércoles. Conozco un restaurante argentino. Tal vez te guste.

—Está bien.

—¿Por qué no aprietas el botón, así seguimos viaje? —dijo él, y sonrió de nuevo. Ella lo hizo, preguntándose por qué, ante todo, él había detenido el ascensor.

En su tercera cita tuvieron la primera riña. Fue en una fiesta organizada por un director de comerciales para televisión que vivía en el noveno piso del mismo edificio. Acababa de hacer una serie de anuncios para *Calle Sésamo* (las letras "R" para "Rampa", "T" para Túnel, "b" minúscula para barcos, "c" para coches; los números 1 a 6 y los números 1 a 20; las palabras *claro* y *oscuro*) y celebraba su traslado de la gárrula arena de los comerciales (y sus correspondientes 75.000 dólares por año) a los dulces campos de la programación educacional (y

su concomitante descenso a una respetabilidad menos rentable). Había en su alegría una lógica que Beth no alcanzaba a entender y cuando habló con él del asunto, en un rincón de la cocina, los argumentos no parecían coherentes. Pero se lo veía feliz, y su novia, una ex modelo, esbelta y oriunda de Filadelfia, flotaba alrededor de él como una exquisita planta submarina, tocándole el pelo y besándole el cuello, murmurando palabras de orgullo y de apenas sumergida sexualidad. Beth sentía desconcierto, aunque los festejantes se veían radiantes y alegres.

En el living, Ray estaba sentado en el brazo de un sofá, cortejando a una azafata llamada Luanne. Beth notó que la cortejaba porque aparentaba indiferencia. Cuando no cortejaba a nadie, era intenso en todo. Decidió pasarlo por alto, y vagabundó por el apartamento bebiendo un Tanqueray con agua tónica.

Había fotos enmarcadas de formas abstractas recortadas de un calendario impreso en Alemania. Estaban en marcos metálicos Bonniers.

En el comedor había una enorme puerta de un edificio demolido de la ciudad: la habían alisado, laqueado y terminado con elegancia, y ahora era la mesa.

Una lámpara Lightolier unida a la pared de la cama sobresalía, se curvaba hacia arriba y hacia abajo, y su globo bruñido giraba trescientos sesenta grados.

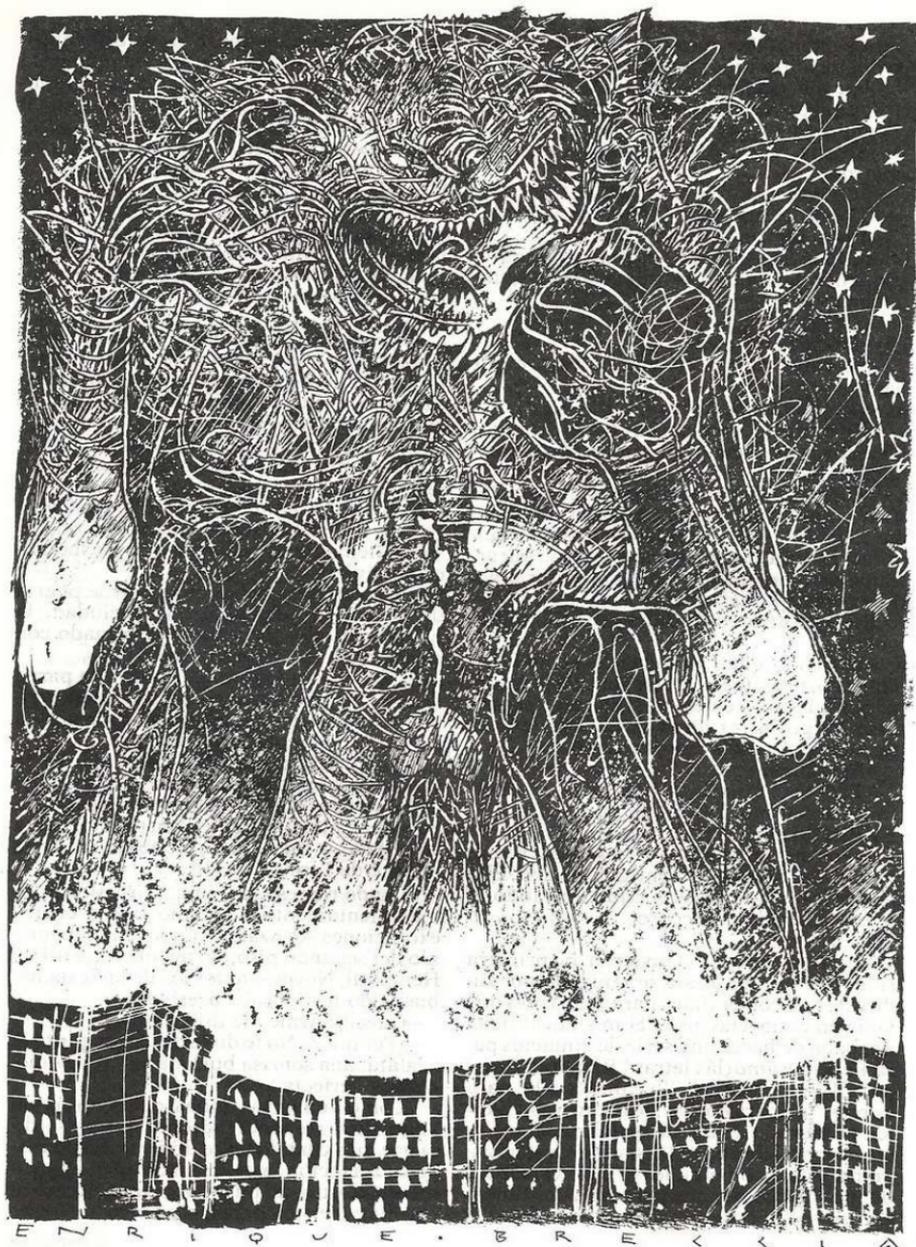
Estaba en el dormitorio, mirando por la ventana, cuando advirtió que éste era uno de los cuartos donde la luz se había encendido y apagado; uno de los cuartos que había albergado a un callado observador de la muerte de Leona Ciarelli.

Cuando regresó al living, miró alrededor más atentamente. Con sólo tres o cuatro excepciones —la azafata, un joven matrimonio del segundo piso, un agente bursátil de Hemphill, Noyes—, todos los de la fiesta habían sido testigos del asesinato.

—¿Quisiera irme —le dijo a Ray.

—¿Por qué? ¿No te diviertes? —preguntó la azafata, una sonrisa burlona en la cara menuda y perfecta.

—Como todas las niñas de Bennington —dijo Ray, respondiendo por Beth— se divierte más cuando no se divierte. Es un rasgo de retención anal. Estando en el apartamento de otro, no puede vaciar ceniceros ni enrollar bien el papel higiénico y siendo



E N R I Q U E B R E K K I A

estreñida, su naturaleza exige que nos vayamos. De acuerdo, Beth, digamos adiós y despeguemos. El Recto Fantasma ataca de nuevo.

Ella lo abofeteó y la azafata abrió los ojos. Pero la sonrisa no se le borró.

Él le asió la muñeca antes que pudiera hacerlo de nuevo. —Calma, primor —dijo, apretándole la muñeca más de lo necesario.

Regresaron al apartamento de Beth, y después de forcejear en silencio con las puertas de la cocina cerradas y el televisor a demasiado volumen, se acostaron, y él intentó perpetuar la metáfora mediante una penetración anal. La puso de codos y rodillas, y cuando ella comprendió luchó para dar la vuelta, y él la montó embistiendo y corcoveando sin un sonido. Cuando notó que ella no lo permitiría, le aferró los pechos desde abajo y los apretó con tanta fuerza que ella aulló de dolor. La tumbó de espaldas, se frotó contra sus piernas varias veces, y le eyaculó en el estómago.

Beth se quedó acostada con los ojos cerrados y un brazo en la cara. Trató de llorar, pero no pudo. Ray quedó tendido sobre ella sin decir nada. Ella quería ir al baño a ducharse, pero él no se movió hasta mucho después que el semen se secó en el cuerpo de ambos.

—¿Con quién salías en la escuela? —preguntó él.

—No salí con nadie mucho tiempo —repuso ella con hosquedad.

—¿Ninguna gran aventura con niños ricos de Williams y Dartmouth, ningún intelectual de Amherst suplicándote que lo salvaras de ser marica, que le dejaras clavar la zanahoria en tu pegajosa ranura?

—Cállate.

—Vamos, primor, no todo pudo ser medias largas y broches redondos. Habrás tragado una verga de vez en cuando. Está a sólo veinte kilómetros de Williams. Los hombres-lobo de Williams quemarían la carretera para llegar a tu vulva los fines de semana. Puedes confiar en el viejo tío Ray...

—¿Por qué eres así? —Ella quiso levantarse pero él le aferró el hombro y la detuvo.

Luego se irguió sobre ella y dijo: —Soy así porque soy neoyorquino, primor. Porque vivo todos los días en esta maldita ciudad. Porque tengo que ser cortés con los sacerdotes y otros santurrones que quieren ver sus tratados sobre la bondad y la luz publicados por la Blessed Sacrament Publishing &

Storm Window Company de Park Avenue 277, cuando lo que en realidad quiero es arrojar a esos estúpidos beatos por la ventana del piso treinta y siete y escuchar sus citas por capítulo y versículo mientras caen. ¡Porque he vivido toda la vida en esta ciudad feroz y tengo rabia, por amor de Dios!

Ella se quedó inmóvil, jadeando, llena de repentina piedad y afecto por él. Ray tenía la cara blanca y tensa, y ella supo que decía cosas que sólo podría decir con demasiado almadén y en determinados momentos.

—¿Qué esperas de mí? —dijo él, en voz más baja pero no menos intensa—. ¿Esperas amabilidad y gentileza y comprensión y una mano amiga cuando el smog te quema los ojos? No puedo hacerlo, no soy así. Nadie es así en esta letrina. Mira alrededor. ¿Qué crees que pasa aquí? Guardas ratas en una caja y cuando son demasiadas pierden la cabeza y se matan a mordiscos. ¡Aquí no es diferente, primor! Todos somos ratas en este loquero. ¡No puedes apiñar a tanta gente entre estas piedras, con autobuses y taxis y perros merdosos y esqueléticos y ruido día y noche y sin dinero ni lugares suficientes para vivir y ni un lugar para pensar con decencia...! ¡No puedes hacerlo sin crear condiciones para que nazca alguna otra criatura! No puedes odiar a todos, y patear a cada mendigo y negro y mestizo, no puedes tener taxistas que te roban y toman propinas que no merecen, y luego te maldicen, no puedes caminar en el hollín hasta que se te ennegrece el cuello y tu cuerpo apesta con el tufo del ladrillo descascarado y los cerebros putrefactos, no puedes hacerlo sin invocar a un espantoso...

Calló.

Tenía la expresión de un hombre que acaba de recibir la brutal noticia de la muerte de un ser querido. De pronto se acostó, dio una vuelta, y se quedó quieto.

Ella temblada a su lado, tratando desesperadamente de recordar dónde había visto su cara antes.

Él no volvió a llamarla después de la noche de la fiesta. Y cuando se encontraban en el pasillo, él se apartaba resultadamente, como si le hubiera dado una oscura oportunidad y ella hubiera rehusado aceptarla. Beth creía entender: aunque Ray Gleeson no había sido su primera aventura, había sido el primero en rechazarla tan totalmente. El

primero que no sólo la echaba de su cama y su vida, sino de su mundo. Era como si ella fuera invisible, ni siquiera despreciable, sino inexistente.

Se sumió en otras ocupaciones.

Aceptó tres nuevos trabajos para Guzmán y un grupo nuevo que se había formado nada menos que en Staten Island. Trabajaba furiosamente y le hacían nuevos encargos; incluso le pagaban.

Trató de decorar el apartamento con un toque menos preciso. Enormes ampliaciones de Merce Cunningham y Martha Graham reemplazaron las reproducciones de Brueghel que antes le recordaban el paisaje de la ladera bajando hacia Williams. En cuanto al pequeño balcón de la ventana, el balcón que ella evitaba obstinadamente desde la noche del asesinato, la noche de la niebla con ojos, lo barrió y lo adornó con macetas donde plantó geranios, petunias, zinzias enanas, y otras plantas resistentes. Luego, cerrando la ventana, decidió entregarse, enredarse con la ciudad adonde había traído su vida ordenada.

Y la ciudad respondía a sus avances:

Tras despedir a una vieja amiga de Bennington en el aeropuerto Kennedy, paró en la cafetería de la terminal para comer un sándwich. El mostrador rodeaba como un foso una isla de enormes cubos publicitarios que se elevaban en postes bruñidos. Los cubos proclamaban las delicias de la Ciudad de la Diversión. *Nueva York es un festival de verano*, decían, y *Joseph Papp presenta a Shakespeare en el Central Park* y *Visite el zoológico del Bronx* y *Usted adorará a nuestros rezongones pero adorables taxistas*. La comida salía de una ventana distante y se desplazaba lentamente en una cinta transportadora entre hordas de camareras chillonas que fregaban el mostrador con trapos malolientes. El bar tenía el encanto y la dignidad de un molino con aceros chirriantes, y aproximadamente el mismo nivel de ruido. Beth pidió una hamburguesa con queso que le costó un dólar veinticinco, y un vaso de leche.

Cuando llegó, estaba fría, con el queso sin derretir, y el medallón de carne parecía una almohadilla sucia. El pan estaba frío y sin tostar. No había lechuga bajo la carne.

Beth logró llamar la atención de la camarera. La muchacha se acercó con fastidio. —Por favor, que tuesten el pan, y quisiera un poco de lechuga —dijo Beth.

—No hacemos eso —dijo la camarera de costado, como si ya se fuera.

—¿No hacen qué?

—Aquí no tostamos el pan.

—Pero yo lo quiero tostado —dijo Beth con firmeza.

—Y tendrá que pagar la lechuga adicional.

—Si yo pidiera lechuga adicional —dijo Beth, perdiendo los estribos—, pagaría por ella, pero como aquí no hay lechuga, no creo que deban cobrarme recargo.

—No hacemos eso.

La camarera dio media vuelta. —Un momento —dijo Beth, alzando la voz de tal modo que los que comían a ambos lados de la línea de montaje la miraron—. ¿Cobran un dólar veinticinco y no puedo tener lechuga y ni siquiera tuestan el pan?

—Sí no le gusta...

—Lo devuelvo.

—Usted lo pidió. Tiene que pagarlo.

—Dije que lo devuelvo. ¡No quiero esta mierda!

La camarera lo tachó de la cuenta. La leche costaba veintisiete centavos y sabía agria. Era la primera vez en su vida que Beth decía esa palabra en voz alta.

En la caja, Beth le dijo al hombre sudoroso con bolígrafos en el bolsillo de la camisa: —Sólo por curiosidad, ¿le interesan las quejas?

—¡No! —gruñó él, literalmente. No la miró a la cara mientras marcaba setenta y tres centavos y el cambio salía por la ranura.

La ciudad respondía a sus avances:

Llovía de nuevo. Ella trataba de cruzar la Segunda Avenida, con luz verde. Bajó de la acera y un coche pasó la luz roja patinando y la salpicó. —¡Eh! —protestó ella.

—¡Vete al cuerno! —gritó el conductor, doblando la esquina.

Tenía las botas, las piernas y el abrigo manchados de barro. Se quedó temblando en el borde de la acera.

La ciudad respondía a sus avances:

Salió del edificio de One Astor Place con un maletín lleno de gráficos de Laban; se estaba sujetando el pañuelo impermeable en la cabeza. Un hombre elegante con un *attaché* le hundió el mango del paraguas entre las piernas, desde atrás. Ella jadeó y soltó el maletín.

La ciudad respondía y respondía y respondía.

Sus avances cambiaron pronto.

El viejo borracho de mejillas picadas ex-

tendió la mano y murmuró palabras. Ella lo maldijo y siguió andando por Broadway frente a los cines porno.

Cruzó Park Avenue con las luces rojas, obligando a los taxistas a clavar los frenos para no atropellarla; ahora usaba esa palabra con frecuencia.

Cuando se sorprendió bebiendo un trago con un hombre que la había abordado en el bar, se sintió débil y supo que debía ir a casa.

Pero Vermont estaba muy lejos.

Noches después. Había vuelto del ballet del Centro Lincoln y se había ido directamente a la cama. Oyó un ruido en el dormitorio. A un cuarto de distancia, en el living, en la oscuridad, había un ruido. Se levantó y se acercó a la puerta que separaba ambos cuartos. Buscó a tientas el interruptor de la lámpara del living, lo encontró, lo encendió. Un negro con chaqueta de cuero trataba de salir del apartamento. En cuanto la luz inundó el cuarto, Beth advirtió que el hombre había apoyado el televisor en el suelo mientras tironeaba de la puerta; advirtió que habían violado el cerrojo de seguridad de un modo nuevo y astuto aún no revelado por el *New York Magazine* en sus notas sobre asaltos; advirtió que él se había enredado el pie en el cable del teléfono que ella había pedido con longitud extra para poder llevar el aparato al baño, pues no quería perder llamadas de trabajo mientras tomaba una ducha; advirtió todas estas cosas en perspectiva y una cosa con claridad especial: la expresión del ladrón.

Había algo familiar en esa expresión.

Él casi había abierto la puerta, pero la cerró y echó el cerrojo. Avanzó hacia ella.

Beth retrocedió, entró en el dormitorio oscuro.

La ciudad respondía a sus avances.

Retrocedió contra la pared de la cabecera de la cama. Tanteó las sombras buscando el teléfono. La forma del intruso llenó la puerta, luz, todo luz detrás de él.

Contra el fondo de claridad era imposible distinguirlo, pero de algún modo ella supo que usaba guantes y que las únicas marcas que le dejaría serían magulladuras, profundas, muy azules, casi negras, con el color de la sangre detenida.

Él entró, los brazos a los costados. Ella trepó a la cama y él la aferró por detrás, rasgándole la bata. Luego le echó la mano al

cuello y la tiró hacia atrás. Ella cayó de la cama, le pisó los pies y lo hizo trastabillar. Se escurrió por el piso y por un instante tuvo un respiro para sentir terror. Iba a morir, y estaba asustada.

Él la acorraló entre el placard y el escritorio y la pateó. Le dio en el muslo y ella se encorvó encogiéndose, arqueando las piernas. Tenía frío.

Él la alzó con ambas manos, tirándole del cabello. Le golpeó la cabeza contra la pared. Todo lo que ella veía resbaló hacia arriba como cayendo por el borde del mundo. Él volvió a golpearle la cabeza contra la pared, y ella sintió que algo se le ablandaba sobre la oreja derecha.

Cuando él trató de pegarle por tercera vez, Beth le buscó la cara a ciegas y lo arañó con las uñas. Él aulló de dolor y ella se echó hacia adelante, rodeándole la cintura con los brazos. Él se tambaleó en una maraña de braceos y pataleos y ambos cayeron al pequeño balcón.

Beth quedó abajo, sintiendo la dureza de las macetas en la espalda y las piernas. Luchó para incorporarse, y las uñas se le engancharon en la camisa del hombre, bajo la chaqueta abierta, arañando. Se levantó de nuevo y lucharon en silencio.

Él la hizo girar, la arqueó hacia atrás sobre la baranda de hierro forjado. Ella tenía la cara vuelta hacia afuera.

Ellos estaban en las ventanas, observando.

A través de la niebla podía ver cómo observaban. A través de la niebla reconoció las expresiones. A través de la niebla los oyó respirar al unísono, en resuellos expectantes y maravillados. A través de la niebla.

Y el hombre negro le pegó en la garganta. Ella sintió náuseas y empezó a desvanecerse. No podía llenarse los pulmones de aire. Hacia atrás, hacia atrás, él la curvaba hacia atrás y ella miraba hacia arriba, hacia el noveno piso y más allá...

Allá arriba; ojos.

Las palabras que Ray Glesson había dicho en un momento, lleno de aquello en que se había convertido, con la desesperanza y contundencia de la opción que la ciudad le había impuesto, las palabras volvieron. *En esta ciudad no puedes sobrevivir sin protección... no puedes vivir como una rata enloquecida sin crear las condiciones para que nazca alguna otra criatura maldita... no puedes hacerlo sin invocar a un espantoso...*

¡Dios! Un nuevo Dios, un antiguo Dios que regresaba con ojos y hambre de niño, un sanguinario y desquiciado Dios de la niebla y la violencia callejera. Un Dios que necesitaba adoradores y ofrecía la opción entre la muerte como víctima o la vida como testigo eterno de la muerte de otras víctimas escogidas. Un Dios acorde con los tiempos, un Dios de las calles y la gente.

Ella trató de chillar, de llamar a Ray, al director que miraba desde una ventana del noveno piso, la esbelta modelo de Filadelfia junto a él y los dedos de él dentro de ella mientras adoraban del modo más sagrado, a los otros que habían estado en la fiesta donde Ray había ofrecido una oportunidad de unirse a la congregación. Quería salvarse de esa opción.

Pero el hombre negro le había pegado en la garganta, y ahora le ponía las manos encima, una en el pecho, la otra en la cara, y el olor del cuerpo la llenaba donde la náusea no podía hacerlo. Y comprendió que Ray la quería, había deseado que ella aceptara la oportunidad; pero ella venía de un mundo de dormitorios estudiantiles blancos y la campiña de Vermont; no era un mundo real. *Este era el mundo real y allá arriba estaba el Dios que regía este mundo, y ella lo había rechazado, había dicho no a uno de sus sacerdotes y servidores. ¡Sálvame! ¡No me obligues a hacerlo!*

Sabía que tenía que llamar, invocar, conquistar la aprobación de ese dios. *No puedo... ¡sálvame!*

Forcejeó y emitió pequeños y terribles maullidos tratando de convocar las palabras que gritaría, y de pronto atravesó un límite, y gritó hacia el patio reverberante con una voz que Leona Ciarelli no había sabido usar.

—¡A él! ¡Tómalo a él! ¡No a mí! ¡Yo soy tuya, te amo, soy tuya! ¡Tómalo a él, no a mí, por favor, no a mí, tómalo a él, soy tuya!

Y el hombre negro de pronto se elevó, se desprendió de ella, y atravesó el balcón rodando en el aire neblinoso del patio, mientras Beth caía de rodillas sobre las arruinadas macetas.

Estaba consciente a medias, y no estaba segura de ver bien, pero él subía dando vueltas, girando en un remolino como una hoja calcinada.

Y la forma se volvió más nítida. Enormes patas con garras y contornos que ningún animal conocido poseía, y el ladrón, negro,

desdichado, aterrado, lloriqueando como un perro azotado, fue despojado de su carne. Una incisión delgada abrió el cuerpo y la sangre manó a borbotones como un chaparrón, y él aún vivía, contorsionándose con el horror involuntario de una pata de rana ante un shock eléctrico. Se contorsionó una y otra vez mientras lo desgarraban trozo a trozo hasta dejar jirones. Jirones de carne y hueso, y media cara con un ojo que parpadeaba furiosamente, llovieron frente a Beth y chocaron en el suelo de cemento con golpes húmedos. Y aún vivía, mientras le exprimían los órganos y le frotaban músculos y bilis y excrementos y piel hasta apelotantarlos y dejarlos caer. Seguía y seguía, tal como la muerte de Leona Ciarelli, y ella comprendió con ese concimiento sanguíneo de los sobrevivientes *a toda costa* que los testigos de la muerte de Leona Ciarelli no habían hecho nada no porque estuvieran paralizados de horror, o porque no quisieran comprometerse, o porque años de matanzas televisivas los hubieran insensibilizado ante la muerte.

Eran adoradores de una misa negra cuya escenificación la ciudad exigía; no una vez, sino mil veces por día en ese manicomio de acero y piedra.

Ahora estaba de pie, medio desnuda en su bata rasgada, las manos apretadas sobre la baranda de hierro forjado, y rogaba ver más, beber más profundamente.

Al día siguiente la policía regresaría, y la interrogarían, y ella diría que había sido terrible, ese ladrón, y que había luchado, temiendo que la violara y matara, y que él había caído, y que ignoraba cómo se había mutilado y desgarrado así, por una caída de siete pisos...

Al día siguiente no tendría que preocuparse cuando caminara por las calles, porque no sufriría ningún daño. Al día siguiente hasta podría quitar el cerrojo de seguridad. Nada en la ciudad podía lastimarla, porque ella había hecho la única opción. Ahora era una habitante de la ciudad, y le pertenecía íntegramente. Ahora ese Dios la había recibido en su seno.

Sintió a Ray junto a ella, abrazándola, protegiéndola, la mano en su espalda desnuda, y observó la niebla que giraba y llenaba el patio, la ciudad, le llenaba los ojos y el alma y el corazón con ese poder. Mientras el cuerpo desnudo de Ray penetraba en ella, bebió profundamente la noche, sabiendo

CRONICAS TERRESTRES



LIBROS

La Universidad de la Calle

Pablo Capanna

Hace unas décadas, el libro "de bolsillo" produjo una verdadera revolución editorial cuyas repercusiones sobre la cultura todavía no resulta fácil evaluar.

El libro de bolsillo era barato y popular; se vendía tanto en las librerías como en los supermercados; ponía al alcance de todos clásicos inalcanzables; pronto, aun los profesionales vencieron su recelo y acabaron recurriendo a él.

En la Argentina, EUDEBA ensayó esa misma empresa, produciendo masivamente textos "universitarios" a precios populares; distintos regímenes autoritarios frustraron esa iniciativa, y el libro volvió a las librerías, cada vez menos frecuentadas.

Hubo también intentos de vender libros a través de los quioscos de revistas, aprovechando las posibilidades de una

inmensa red de distribución; el negocio fue encarado con timidez, un poco a la zaga de las colecciones de fascículos, limitándose a producir títulos fáciles, de estricta actualidad o sensacionalistas; fue lo que algunos bautizaron, despectivamente, como "literatura de quiosco".

En los últimos tiempos, a raíz de una mayor apertura de la cultura y de ciertas ventajas económicas, ha aparecido en los quioscos una nueva generación de libros masivos, aparentemente con gran éxito comercial. Se trata de ediciones económicas (aunque por lo general bien impresas y sólidamente encuadernadas) de obras clásicas y de divulgación con un nivel decididamente "universitario".

Su difusión se explica ante todo por las ventajas de la economía de escala. En efecto, se trata de libros por lo general editados en España, que ya han circulado en el mercado peninsular amortizando sus costos, y que al reciclarse en América Latina arrojan una ganancia neta. Los autores y editores originales (cuando no se trata de clásicos pertenecientes al dominio público) se avienen a firmar contratos globales; la inversión se recupera pronto gracias a la producción masiva y al enorme mercado; al circular una y otra vez, los títulos acaban siempre por venderse. El sistema funciona pues como una enorme centrifugadora de cultura que precipita sobre

la comunidad ingentes cantidades de información y de opinión.

No todas son ventajas; no lo son para los librerías, que suelen ofrecer el mismo texto en edición original, a un precio mayor que el quiosco, enfrentando la competencia que se hace el propio editor. Por su parte, el lector se ve acicateado por una enorme cantidad de títulos que no alcanza a leer al ritmo de publicación; tampoco tiene la libertad de elegir su propio plan de lecturas, como antaño hacía el cliente de la librería; debe leer lo que hoy se le ofrece, porque mañana ya no lo encontrará. Por suerte, los mecanismos del subdesarrollo ya han comenzado a funcionar, y así como los encendedores descartables ahora se recargan, las colecciones de libros que ya han circulado por los quioscos suelen hallarse en manos de algún librero previsor.

Anticipar los efectos de esta precipitación cultural en la población no es fácil; de cualquier modo, sus resultados difícilmente pueden ser negativos. Si, como suponemos, la mayoría de quienes compran estos libros no los leen, colaboran en mantener activa una industria editorial que permite financiar empresas menos rentables. Aun puede ocurrir que el estudiante encuentre en estos libros una información más actualizada o completa de la que le brindan nuestras universidades, sometidas hace tiempo a la cultura del apunte mimeografiado

o la fotocopia pirata, con bibliotecas sin presupuesto, que no incorporan libros desde hace décadas.

La cultura es como las vitaminas; no puede llegar a intoxicar, porque en todo caso el organismo elimina lo que no asimila; demos pues la bienvenida a esta invasión cultural que puede despertar curiosidad y elevar el nivel de información de nuestra población, haciéndola más crítica y exigente tanto en lo que respecta a educación como a medios masivos de comunicación.

Es reconfortante que, al declinar el "destape", la cultura comience a competir exitosamente con la pornografía; una vez que la gente aprendió "todo aquello que debía saber sobre el sexo y jamás le enseñaron" parece haberse dado cuenta de que el cerebro tiene otros usos, aparte de las fantasías eróticas.

La ideología de moda levanta como un fetiche la computadora, a la cual se atribuyen mágicas propiedades "modernizadoras"; sin negar las virtudes del silicio, creemos que para avanzar también se necesitan ideas, y todavía el libro sigue siendo el mejor vehículo para transmitir las; la formación del criterio personal (que tradicionalmente define al hombre culto) sigue siendo una tarea artesanal, una de cuyas herramientas más importantes es el libro.

Es innegable que los quioscos ofrecen hoy títulos más asombrosos que los de muchas librerías: allí se puede encontrar desde la

Teoría de la Relatividad hasta Joyce, desde la *Crítica de la Razón Pura* hasta Umberto Eco; Lévy-Strauss junto a Fred Hoyle. No cabe duda de que estos libros se venden; lo difícil es conocer el perfil intelectual de quien los compra y saber qué provecho obtiene de ellos.

Como aquí no podemos hacer sociología, me limitaré a dar cuenta de un fenómeno editorial importante, partiendo de un somero inventario de lo que se ofrece y un muestreo de su calidad. El fenómeno existe, y merece cuidadosa atención.

Las colecciones cubren prácticamente todos los aspectos de la cultura superior, a los cuales habría que añadir el temario de las enciclopedias en fascículos, que cuentan con sus

respectivos públicos.

La novela y el cuento están presentes en varias colecciones, especialmente en la serie "Literatura Contemporánea" de Seix-Barral, que cubre una amplia gama que va desde John Dos Passos y James Joyce hasta Sábato y Manuel Puig. La "Biblioteca de Jorge Luis Borges" (Hispanamérica), revalorizada tras la muerte de su compilador, ofrece libros raros, olvidados o inhábiles, seleccionados por Borges y distribuidos masivamente. La "Biblioteca de Ciencia Ficción" (Orbis-Hispanamérica) presenta una variada selección de novelas y antologías de cuentos que han atraído a nuevos lectores; más que tocar las cumbres del género, pretende brindar un

equilibrado panorama.

La "Biblioteca Argentina de Historia y Política" (Hispanamérica), también compuesta por obras de edición limitada, agotadas o fuera de circulación, presenta textos completos editados en rústica y a un precio muy inferior (cuando la edición original sigue estando en catálogo), y permite disponer de los textos fundamentales de todas las tendencias historiográficas argentinas.

Los clásicos de la filosofía, seleccionados según un criterio que pasa por el empirismo y el positivismo para llegar a la escuela analítica, integran la "Historia del Pensamiento" (Orbis-Hispanamérica); son ediciones completísimas, a las cuales no les falta siquiera una nota erudita,



con las mejores traducciones asequibles y una presentación casi lujosa.

Lo mismo puede decirse de otra brillante colección, "Obras Maestras del Pensamiento Contemporáneo" (Planeta-Agostini), que cubre un espectro más amplio: incluye tanto las ciencias del hombre (Freud, Piaget, Mead) como la economía (Galbraith) y la filosofía (Merleau-Ponty, Ortega, Russell), sin olvidar a Einstein, Toybee o Saussure.

Por limitaciones obvias, tanto de espacio como de interés del lector, analizaremos aquí someramente tres colecciones dedicadas a la divulgación científica, deteniéndonos en sus primeros títulos: la "Biblioteca Científica Salvat", la "Biblioteca de Divulgación Científica Muy Interesante" (Orbis-Hyspamérica) y la "Biblioteca Salvat de Grandes Biografías".

La "Biblioteca de Divulgación Científica", presentada por la revista *Muy Interesante*, no se

propone ir más allá de lo que su título indica: despertar curiosidad por ciertos temas científicos de actualidad, expuestos por grandes divulgadores, como Asimov o Bronowski; por científicos de nota, como Russell, Heisenberg y Leakey, o personajes más difícilmente identificables, como Alvin Toffler o Desmond Morris.

El primer volumen es *La conexión cósmica*, de Carl Sagan,¹ reproducido de la versión española de Plaza y Janés. El libro es de 1973, como puede observarse cuando el autor habla de las misiones Viking como un proyecto avanzado. Todos los temas y argumentos que el prolífico astrofísico ha desplegado, desde la serie *Cosmos* hasta la novela *Contacto*, están aquí esbozados de una manera bastante inorgánica.

Conforme con lo que suele entenderse habitualmente por "divulgación", Sagan trata una miscelánea de temas que luego desarrolló en otras obras. Dedicó bastante espacio a contar su participación en el envío de los Pioneer, provistos de una placa áurea para los extraterrestres, relato ampliado años después con lujo de detalles en *Murmullos de la Tierra*. Brinda una perspectiva de la exploración futura del sistema solar, enriquecida y actualizada luego en *Cosmos*. Abundantes referencias a sus relaciones

¹ Carl Sagan, *La conexión cósmica* (*The Cosmic Connection*); traducción de Jaime Piñero; Orbis-Hyspamérica, Madrid-Buenos Aires, 1986; 256 págs.

con los delfines y con la ciencia ficción (incluyendo homenajes a Jonathan Swift y E. R. Burroughs) se mezclan con ambiciosos proyectos: la ingeniería planetaria ("terraformación" de Venus y Marte, una idea que contaría con el entusiasta apoyo de Adrian Berry) y aun la ingeniería galáctica: las "esferas de Dyson", que también se popularizaron más tarde. Sagan alude a la posibilidad, también explorada por Berry, de utilizar los agujeros negros como "túneles" para viajar a través de la Galaxia: una idea reiterada en su reciente novela. También esboza los rudimentos del Sen, la ciencia de la inteligencia extraterrestre, que en los años siguientes habría de alcanzar gran aceptación, y expone su conocido esquema evolutivo de las civilizaciones, que incluye serias dudas sobre la posibilidad de que la humanidad sobreviva a la explosión tecnológica: para más detalles, ver *Cosmos*.

Sagan se muestra aquí quizás un poco más petulante que de costumbre; se atreve a calificar a Kepler como "hombre de escasa talla intelectual" (pág. 109), y se atribuye los méritos del film *2001*, aun cuando esto signifique dejar mal parado a su más conocido competidor, Arthur C. Clarke. Sus juicios tajantes y su estilo displicente lo ponen en peligro de convertirse en otro Oppenheimer, un físico que debía su fama al macartismo, y que alguna

vez calificó a Einstein de "viejo tonto".

El traductor, a su vez, se muestra excepcionalmente locuaz, y en varias notas al pie discute con Sagan, oponiéndole sus propios argumentos. Este ánimo polémico lo lleva a descuidar el trabajo de traducción, lo que nos lleva a encontrarnos con engendros como "el Occam's Razor" (más conocido en nuestro idioma como "navaja de Occam") o los "saucerianos", que vendrían a ser los tripulantes de los platos voladores (*flying saucers*).

La "Biblioteca Científica Salvat" desarrolla un esquema similar, aunque abarque una gama más amplia, que incluye la psicología y las ciencias del hombre. Respalda por divulgadores de excepción, como Martin Gardner o Nigel Calder, incluye en su catálogo un libro de Einstein e Infeld, uno del etólogo Niko Tinbergen y un texto polémico como *El gen egoísta*, de Richard Dawkins.

El primer volumen de la colección es *El universo desbocado*,² del inglés Paul Davies, un eficaz manual de introducción a la astrofísica para un público no matemático. Incluye una cantidad de fotografías bien impresas, y actualiza nuestros conocimientos astronómicos incorporando los revolucionarios descubrimientos de los últimos veinte años.

El eje del libro es la

² Paul Davies, *El universo desbocado* (*The Runaway Universe*); traducción de Robert Estallola; Salvat, Barcelona, 1985; 205 págs.



PAUL DAVIES

EL UNIVERSO DESBOCADO

BIBLIOTECA CIENTÍFICA SALVAT

muerte entrópica del Universo, tratada a la luz de las teorías vigentes, desde el *Big Bang* y el estado estacionario hasta las más avanzadas y paradójicas, que suenan más audaces que las de la ciencia ficción.

Tras un comienzo un tanto escolar, el autor incursiona en las recientes concepciones de la estructura atómica, que intenta explicar sin demasiados tecnicismos; la tarea es poco menos que imposible: cuando, al llegar a determinados niveles, se comienza a hablar de propiedades como el "color" o la "extrañeza", o se intenta explicar el *spin*, movimiento de rotación que requiere de dos vueltas para regresar al mismo lugar, las analogías del lenguaje corriente sólo sirven para desconcertarnos, en un mundo de Alicia y gatos de Schrödinger, cuya única llave parecen ser las matemáticas.

Tras dedicar bastante espacio a la física de las estrellas, y en particular de nuestro Sol, Davies también se ocupa de la vida extraterrestre, con argumentos similares a los

de Sagan. En los últimos capítulos aborda el tema de los agujeros negros, entidades aún misteriosas que surgen tras el colapso estelar y sugieren la existencia de algo aún más extraño: las "singularidades", puntos donde cesaría de existir el espacio-tiempo; una de ellas estaría en el origen del *Big Bang*, y otra ocuparía el centro de la Galaxia. Con ellas se podría concebir un universo sin fin, capaz de regenerarse e iniciar un nuevo ciclo, quizá con un tiempo invertido.

Si su propósito era estimular, el libro lo logra; tras asomarse al loco mundo de la nueva tecnología, el lector se siente invitado a profundizar.

La "Biblioteca Salvat de Grandes Biografías" constituye una serie de excepción, tanto por su calidad gráfica como por el prestigio de los autores y la seriedad de los trabajos. Entre otras personalidades históricas encontramos una vida de Darwin, escrita nada menos que por Julian Huxley, el *Freud* del doctor Ernest Jones, una *Marie Curie* de Robert Reid, y el *Pasteur* de René J. Dubos.

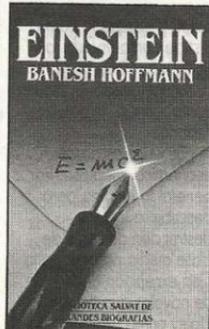
En el *Einstein* de Banesh Hoffmann³ se realiza la hazaña de exponer a la vez la trayectoria científica, el compromiso personal y el alcance de las ideas del hombre que destronó a Newton.

Tanto se nos ha

³ Banesh Hoffmann, *Einstein (Einstein, Creator and Rebel)*, traducción de Jesús Fernández Zulaica; Salvat, Barcelona, 1985; 230 págs.

repetido que Einstein fue un genio, y tantas leyendas se han urdido en torno de él que sólo un excepcional biógrafo como lo es Hoffmann consigue renovar nuestro asombro y permitirnos intuir la dimensión de su genialidad, más allá del lugar común. La genialidad no se identifica con una inteligencia poderosa, como la que solemos admirar en cualquier actividad profesional. Hoffmann lo expresa con una ajustada metáfora: "Einstein no tuvo un talento científico especial. Lo que sí tenía de especial era el toque mágico sin el que la más apasionada de las curiosidades suele resultar totalmente ineficaz; poseía la auténtica magia que trasciende la lógica y distingue al genio de la masa de hombres de menos talla, aún cuando en realidad posean mayor talento" (pág. 21).

Hoffmann nos muestra a Einstein planteando problemas científicos (y resolviéndolos) mientras revuelve el té, pisa la arena mojada o contempla las volutas de humo de su pipa. Un Einstein animado



por un profundo panteísmo espinocista que expresa su fe en fórmulas como éstas: "Dios no juega a los dados"; "Lo más incomprensible de la naturaleza es que sea comprensible"; "El Señor Dios es sutil, pero no malicioso". Un Einstein desaliñado porque estaba más allá de las convenciones sin tomarse el trabajo de ser contestatario, que escribía sus trabajos al dorso de papeles de oficina usados; víctima de la estupidez y el odio racista; sospechoso tanto para macartistas como para comunistas; angustiado por el Golem atómico que había ayudado a desencadenar; pacifista militante hasta el fin de sus días; convertido en mito viviente a su pesar. Un Einstein cuya imagen bonachona aparece en una foto junto a la del pensativo Niels Bohr, casi como un emblema del realismo y el idealismo.

Hoffmann, que es físico relativista, alterna la amenidad del relato biográfico con la exposición del pensamiento de Einstein, lo cual obliga a trazar toda una historia de los "treinta años que conmovieron la física", al decir de Gamow. Teniendo en cuenta las dificultades del tema, esta parte está aun más lograda que la primera. Para completarla, el físico y epistemólogo argentino Mario Bunge (a quien Einstein le había dicho que no valía la pena traducir sus obras, porque estaban superadas) nos muestra las proyecciones de la revolución einsteiniana hasta el día de

hoy, como si el viejo rebelde se negara a ser convertido en "ciencia normal" y siguiera dando que pensar.

Como decíamos, es difícil anticipar qué efecto producirá esta precipitación de ideas en nuestro público. Sin ser demasiado optimistas y aun suponiendo que la mayoría de los lectores sean casuales, una vez que se han puesto en circulación las ideas siempre existe la posibilidad de que caigan en manos de quien sepa aprovecharlas; no son pocos los científicos que descubrieron su vocación leyendo a Fontenelle o a Flammarion, de manera que en el futuro cabe esperar mucho del efecto multiplicador de un Sagan, un Gardner o un Asimov.

Algo habremos hecho

Elvio E. Gandolfo

A lo largo de tres décadas Patricia Highsmith ha ido elaborando una obra narrativa que, desde el principio, rebasó por completo los límites de la novela policial (sea inglesa o "negra") para investigar zonas alejadas a Dostoievski, Peter Handke o el mundo de los directores de cine que adaptaron algunas de sus obras: Alfred Hitchcock, René Clement, Win Wenders. Con más de veinte novelas y varias recopilaciones de cuentos ya traducidos al español, esta mujer nacida en Texas y residente en Europa ha logrado ser muy poco apreciada en su tierra



Highsmith

natal, y respetada con justicia como una de las voces narrativas mayores de la posguerra en países como Francia, Inglaterra y España.

Su estilo es parco, económico, insidioso. Por lo general lo emplea para describir la lenta destrucción de seres de clase media normal o alta. Con excepción de la serie de novelas que tiene a Ripley como protagonista

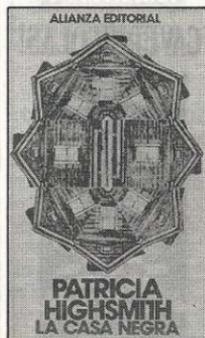
(*A pleno sol, La máscara de Ripley, etc.*: las más cercanas a una policial existencial con antihéroe cínico y ambiguo), en el resto de sus títulos lo que menos importa es el asesinato en sí, casi siempre presente pero desactivado de toda carga sensacionalista, espectacular o hasta psicologista mediante la descripción entomológica de los mecanismos que

llevan a él como una maquinaria implacable. Sobre esas clases sociales muy inclinadas a afirmar hacia afuera "algo habrá hecho", Patricia Highsmith ejerce su enorme talento para terminar en realidad por convencernos, perturbadoramente, de que "algo habremos hecho". No es infrecuente que mientras leemos nos identifiquemos, comprendamos desde

adentro a un psicópata o a un asesino, y pasemos a un plano ético donde el castigo o el perdón han dejado de tener sentido, aunque los autocastigos suelen ser tremendos.

El cuento es una medida un tanto escasa para que Patricia Highsmith despliegue cabalmente su poder. No en vano su obra maestra es también su libro más extenso: *El diario de Edith*. La presente recopilación* incluye once relatos de tonos diversos: desde un esquemático cuento de hadas realista y marino ("El sueño del *Emma C*") o una anécdota del mundo diplomático ("Donde fueres"), hasta el terror cotidiano, grotesco, incluso cómico por momentos, de la vejez incontinente ("Tener ancianos en casa") o de la comprensión vecinal y sectaria ("Lo que traje el gato", "La casa negra"). En esos casos el ritmo suena apresurado en relación con la lenta gradación de sus novelas. La extensión breve se

*Patricia Highsmith, *La casa negra (The Black House)*; traducción de Maribel de Juan; Alianza, Buenos Aires, 1986; 270 págs.



adapta mejor en cambio a la simple descripción de una situación sin salida, como ocurre con la venganza social y cruel de "No era de los nuestros", con la vacilación autodestructiva de un galán doble en "Acabar con todo", o con la angustiada relación entre padre e hijo de "Desprecio tu modo de vivir".

Las dos perlas extrañas del volumen son "Los terrores de la cestería", que a pesar del título es una estampa casi lírica de una posesión a través del tiempo sin explicación a la vista (asimilable a algunos de los viejos cuentos de Ballard), y "La cometa", donde la autora deja a un lado su mesura para cantar a voz en cuello un himno a la libertad y el vuelo de la infancia, aun cuando sus últimos compases sean una vez más angustiosos y fatales.

Una ficción antológica

Marcelo Figueras

Eolinwë III, el Planeta de los Antólogos. Al menos es así como suelen mentarlo los camioneros, mientras se zampan una medialuna tras otra y quitan una mota de polvo cósmico de su camisa caqui (las rutas estelares no son más limpias que las otras, ya se sabe). Eolinwë III aflora con frecuencia en sus conversaciones. Es, sin duda alguna, uno de los puertos más peculiares de todo el *entourage* comercial: los habitantes de ese planeta se ganan la vida confeccionando antologías. Ningún linaje



queda excluido de semejante compulsión. Antología de la literatura marginal seskundreana. Antología de la ensayística política de Veroboar IV, el Planeta de la Anarquía. Antología del *graffiti* escatológico en DiCarTago. Antología de la *haute cuisine* terrana: Juanita C. de Gandolfo, Chichita de Quequesquiaga y otras sibilas de la receta culinaria. Antología de la colección *Qué es el Cine Zen*, con una selección de sus mejores fascículos. La mecánica de cada uno de sus libros es inalterable: abre la edición una nota prólogo introducción en la que el antólogo pone en claro cuál es el criterio que ha guiado sus pasos. La idea es que el lector se diga: "Pues, claro, hombre. Es el único camino posible. Una cuestión de sentido común." Sin embargo, según consta en las antologías de críticas de antologías, lo primero que hacen los especialistas es zaherir el criterio puesto en acto. "Es caprichoso", alegan. "Incompleto", arguyen. Por lo que sería fácil concluir que hay tantas

antologías posibles sobre una materia como lectores (o antólogos en potencia, qué más da...). Entre los camioneros suele comentarse que Eolinwë III fue colonizada por los norteamericanos: los responsables de *Selecciones del Reader's Digest*, expulsados del planeta Tierra por un ejército revolucionario al mando de Ariel Dorfman Junior.

Piper-hiper es uno de los antólogos más reputados de Eolinwë III, lo cual ya es mucho decir. Por uno de esos azares de la burocracia aduanera, Piper-hiper recibió primero *Latinoamérica fantástica* (selección de Augusto Uribe*) antes que *Lo mejor de la ciencia ficción latinoamericana* (recopilado por Bernard Goorden) y *La ciencia ficción en la Argentina* (textos escogidos por Marcial Souto).

¿O se le habrán traspapelado sobre su babélica mesa de trabajo? No importa. El hecho es que Piper-hiper devoró ese material, con la mente puesta en una próxima *Antología de antologías de ciencia ficción latinoamericana*. Mientras leía, Piper-hiper garabateaba en un *block* los datos que más tarde le permitirían hilar una imagen de Latinoamérica, sobre la cual sabía poco y nada. La primera inferencia que hizo fue ésta: Latinoamérica es un continente, regido por un país-potencia llamado

* Selección de Augusto Uribe, *Latinoamérica fantástica*, Ultramar, Barcelona, 1985; 298 págs.

Argentina, lo cual se deriva de la presencia de un ochenta por ciento de autores argentinos, entre los que se encuentran Angélica Gorodischer, Sergio Gaut vel Hartman, Carlos Gardini, Eduardo Abel Giménez y otros.

Segunda inferencia: Uruguay es el país que ha hecho las veces de rival histórico de la Argentina, disputándole siempre la hegemonía continental. Su seleccionado está encabezado por Mario Levero, seguido por Jaime Poniachik, Tarik Carson y W. Gabriel Mainero. El tercero y último país es Brasil, la Suiza latinoamericana, un algodón entre dos cristales. Su abanderado lleva el nombre de André Carneiro.

Piper-hiper hizo a un lado las consideraciones geopolíticas. "Vamos al meollo del asunto", se dijo, mojando con la lengua la punta de la pluma. "Los latinoamericanos parecen padecer de alguna suerte de abulia. Están a años luz de esa compulsión por la acción que tienen los habitantes de otros continentes del planeta Tierra [véase archivo, ítem *space operas*]. Suelen reclamar para sí el infimo dominio de una práctica rutinaria: sus pesadillas, entonces, tienen que ver con la alteración perversa de ese pequeño orden. Un ascensor que no obedece a sus comandos, un recuerdo infantil que se corporiza, el descubrimiento de una trama que subyace a la quietud vida comunal. Fantasías de hombres que se hallan replegados sobre

sí mismos, que han elegido no elevar la vista más allá de la propia cotidianeidad, que perciben la intrusión de un *mundus alter et idem* como un hábito de muerte sobre la nuca. ¿Una compleja manifestación de culpa? ¿Culpa de qué?"

Plic, la pluma se sumerge en el tintero. "Significativamente, los mejores cuentos son los que presentan personajes que se hacen cargo de su circunstancia [y de la literatura en sí misma...]. Aunque más no sea para conocerla más, como 'El manuscrito de Juan Abal', de Elvio E. Gandolfo. Aunque más no sea para invertir los términos de la vigilia, como en 'La sueñera', de Ana María Shua. Los personajes de 'Acerca de ciudades que crecen descontroladamente', son paradigmáticos a ese respecto: es su accionar —justo o no, racional o no— el que ha pautado el devenir de la ciudad-protagonista. Reyes, profetas, artistas y marginales de toda clase la han construido, destruido y rearmado, sucesivas veces: alguna vez blanca, otras gris, otras multicolor. A la altura de este cuento de Angélica Gorodischer se encuentra 'Quiramir', de Eduardo Abel Giménez. La narración opera como una metáfora del propio *modus operandi* de la literatura.

"Quien nos introduce en la ciudad de Quiramir juega el mismo rol de un escritor: pergeñar una ilusión —la ciudad polimorfa, la narración— a la que se empeña en manejar con mayor

maestría cada vez. Lo suyo es la *representación*, la reformulación artificial de una realidad otra: por eso el bosque es de plástico, por eso la montaña está compuesta por desechos, por eso el arroyo no es sino el flujo del desagüe cloacal. Lo que se narra no es *la narrado*, sino su reformulación a partir de otro código. ¿Me explico? La diferencia entre aquellos que escriben con y sin conciencia de esa realidad, está directamente relacionada con la calidad de los cuentos. Una divisoria de aguas entre la escritura por instinto y el quehacer consciente de sí mismo."

Piper-hiper arroja el libro sobre el escritorio: el impacto levanta espesas nubes de polvo. "Por lo demás, como dice Angélica Gorodischer, los latinoamericanos escriben en una *especie de castellano* que no siempre es rico. También aquí hay quienes dominan el lenguaje y quienes son derrotados por él: los nombres a uno y otro lado del cerco son prácticamente los mismos que en la divisoria anterior. La certeza que se desprende de la lectura de *Latinoamérica fantástica* coincide con el estribillo de un tema de Riff, recopilado en la *Antología de heavy rock al sur del río Grande: queda mucho por hacer...*" Piper-hiper advierte que ha olvidado cierto costado ortodoxo de la crítica, al que no puede faltar. "Augusto Uribe parece haberse manejado con el material que tenía a mano —cortesía de *fans*

argentinos, en especial— sin haberse preocupado de ir más allá. Tal vez por eso el resultado es tan desparejo: en *Latinoamérica fantástica* coexisten la Biblia y el calefón, como dice Discepolin en la *Antología de la canción social rioplatense*."

Piper-hiper hace a un lado las notas. "Ese es su error capital. No necesariamente el que sea caprichosa. No necesariamente el que sea incompleta. *Latinoamérica fantástica* es inverosímil como un todo. Y eso es grave. Porque, ¿qué otra cosa somos los antólogos sino constructores de ficciones a partir de las ficciones de otros?"

Madurez paradójica

Eduardo Dolpher

Tres textos integran el libro*, cada uno de ellos invadido por el modo de hablar, más que de escribir, de sus protagonistas: Antonio Pigafetta, acompañante (histórico) de

* Héctor Libertella, *¡Cavernícolas!*; Per Abbat, Buenos Aires, 1986; 146 págs.



un conquistador español; Jorge Bonino, quizás actor, viajero, tal vez loco, desaparecido; y Assam, un turco bastante más astuto que sus empleadores imperiales.

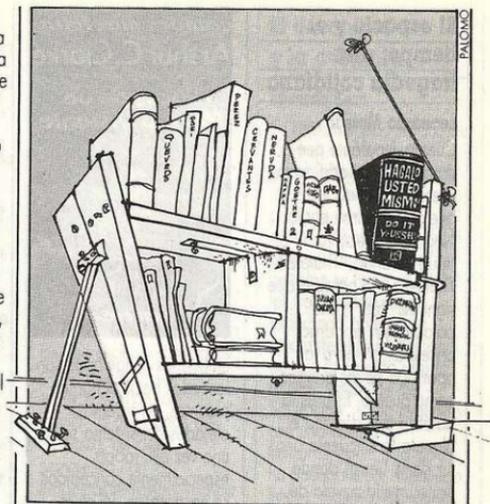
El título general del volumen, con sus grandes signos de exclamación, apunta a una elección eufórica de lo salvaje, la inocencia, la incivilización. Aunque se trata del primer tomo de una serie, ya en *Aventuras de los Miticistas* (1972) Libertella escribía una dedicatoria a varios amigos que, en su opinión, eran "cavernícolas de pura cepa". Si esa novela y la anterior (*El camino de los hiperbóreos*, 1968) buscaban una forma nueva, no lograban desprenderse de cierta blandura coloquial que quedaba a medio camino, ni chicha ni limonada.

No conocemos una tercera novela, *Personas en pose de combate* (1975), pero en *¡Cavernícolas!* Libertella alcanza una madurez paradójica, acentuando la liquidez de la construcción de las frases, hundiéndose en nódulos de inmadurez semántica, y haciendo retroceder—desde un punto de vista antropológico, histórico—el lenguaje a su condición visual. Hay párrafos o frases subrayados literalmente, no en bastardilla; las palabras se cortan multiplicando el sentido en vez de perderlo en "Ninive"; Pigafetta "teje" su texto como un tapiz; una cita afirma que "La pintura es libro para los idiotas (cavernícolas) que no saben leer".

En el primer caso, "La

historia de historias de Antonio Pigafetta", se imita la tensión entre la maravilla y el registro de un diario de a bordo en tiempos de la conquista. Uno de los desafíos logrados del texto es justamente permitir que se inserte en él, sin romperlo, un fragmento de la auténtica crónica del auténtico Antonio Pigafetta (pág. 37). En cuanto al discurrir, y esto es algo que debe subrayarse, es suelto, libre, irrisorio en un sentido nuevo, liberador, que comunica a la perfección el progresivo hundimiento hacia adentro en la locura del capitán, y hacia afuera en un mundo no notado que no permite asideros y culmina en un perfecto—y cómico—círculo cerrado.

El segundo texto, "La leyenda de Jorge Bonino", se basa en una figura también real, la de un (quizás) actor de los años '60, creador de un lenguaje nuevo que llegó a absorberlo, y que terminó por desaparecer "calladamente del mapa", luego de recorrer Europa, regresar y volverse loco o ser castigado por "la comunidad bienhablante" con una "muerte lingüística". El texto es central no sólo espacialmente en el libro: con una magia indescriptible, Libertella construye un homenaje despojado, lírico, en el que entreflota un idioma que recuerda al poeta Jacobo Fijman; el dolor desorientado del recorrido en tierra extraña (que también ha sido el del propio Libertella, y el de muchos otros: "Comparado con las



pampas argentinas, Europa es un continente chico"); el aprendizaje no de un código sino del fingimiento de un código ("tuvimos que seguir nuestra vida en Londres hablando directamente en inglés. Cosa que mal podíamos hacer desconociendo por completo ese idioma, aunque pusimos mucha atención en el acento, que para ellos es lo más importante"); el regreso a la tierra natal, que es una jaula, y una jaula hermética, sensación trasladada al tiempo por una hermosa cita de Osvaldo Lamborghini: "Los años de través son travesaños". Para decirlo simplemente: "La leyenda de Jorge Bonino" emociona con limpieza, y sabe salir a jugar.

En "Ninive", en cambio, el juego es mucho más consciente: describe de modo tangencial la venganza de un supuesto

cavernícola turco que engaña a sus patrones arqueólogos civilizados: hay textos rescatados de ruinas; palabras que se cortan; "malas palabras" que faltan, reemplazadas por las clásicas rayitas, pero que aquí funcionan como un juego, al ser evidente que el autor las pone porque quiere, y no porque debe.

Detrás de los tres textos se dibuja el proyecto de preferir el balbuceo, la blandura fónica, la inmadurez lingüística, a la sobrecarga de toda una civilización occidental que, desde un punto de percepción argentina, es a su vez irremediablemente cultura de segunda mano. Pulsando en ese plano oculto se encuentra la mirada y el aliento de Witold Gombrowicz, otro tenaz—y en su caso plenamente lúcido—defensor de la inmadurez contra la Forma.

El espacio y el tiempo: una tragedia cotidiana

Leonardo Moledo

Cuenta Jenofonte que durante la Retirada de los Diez Mil, cuando los griegos divisaron el mar Negro, se precipitaron al agua gritando "Thalassa, Thalassa", la palabra que significa "mar", una palabra, sin embargo, ancestral, previa a la aparición de los griegos como pueblo. Esta es la palabra que designa el planeta (a cincuenta años luz de la Tierra) donde transcurre la novela de Clarke *Voces de un mundo distante*.* El nombre no ha sido elegido al azar: Thalassa es casi todo agua, con excepción de un puñado de islas donde la población ha crecido y recreado la cultura humana. El origen de esa población está en el programa de inseminación estelar ideado por los terrestres alrededor del año 2400, apenas cuatro siglos después del descubrimiento que signaría el futuro de la Tierra: el fin del Sol está próximo, y la vida de la estrella-madre no se prolongará más allá de los últimos años del cuarto milenio.

¿Cómo salvar la especie y la cultura humanas? El programa de inseminación es una respuesta: naves con

*Arthur C. Clarke, *Voces de un mundo distante* (*The Songs of Distant Earth*), traducción de Daniel Zadunovskiy, Emecé, Buenos Aires, 1986, 286 págs.



embriones congelados son lanzados hacia distantes planetas, en sistemas alejados del sistema solar; una vez allí, robots especialmente concebidos se encargarán del resto: vigilar el crecimiento y transmitir la información humana a los embriones descongelados. Y la historia volverá a andar en esos lejanos mundos. Thalassa es, precisamente, uno de los resultados.

El otro camino de salvataje es descubierto demasiado tarde, apenas ciento veinte años antes del fin —ocurrido en el 3620 según la cronología expuesta por Clarke en las últimas páginas—, y consiste en la utilización del "empuje cuántico", la energía del espacio vacío, fuente nueva e ilimitada, que abre la posibilidad de transportar ya no embriones y robots niñeras, sino colonias enteras de seres humanos debidamente hibernados. Pero según las predicciones astronómicas, hubo poco tiempo para preparar un éxodo masivo, y así sólo se pudo enviar una nave de

muestra, con lo más granado de la intelectualidad humana, rumbo al planeta Sagan II, en un sistema solar distante ciento veinticinco años luz. Algo es algo, y en el 3617, el Magallanes, con novecientos mil durmientes a bordo, partió rumbo a las estrellas justo a tiempo: sólo tres años más tarde, la Tierra se convirtió en un tizón calcinado por el aumento de la actividad solar. La acción de la novela transcurre doscientos años después de la partida, cuando el Magallanes tiene que hacer una escala técnica en Thalassa.

Y así es como tenemos frente a frente a los terrestres de los últimos días y a los descendientes de los embriones colonizadores. La nave Magallanes transporta cultura terrestre fresca; Thalassa goza de una cultura terrestre reelaborada a partir de lo que llegó con la nave inseminadora siglos y generaciones atrás. Corre el año 3827 de la Tierra, (de la ex-Tierra, más bien) y el año 718 de Thalassa.

Thalassa es un edén: no hay allí conflictos económicos o sociales, ni prejuicios, ni ideas preconcebidas, ni nada que perturbe el feliz deslizarse de la vida. Las autoridades son elegidas por un sistema perfecto: el cargo de presidente es sorteado, y quedan excludidos del sorteo aquellos que aspiren a la presidencia. La ambición

de poder pues, tiene poco cauce. "Thalassa no tiene historia, solo estadísticas." El único hecho memorable es la erupción del monte Krakon, en el año 400, que entre otras cosas implicó la destrucción de las antenas que mantenían contacto con la Tierra originaria.

¿Qué harán los viajeros frente a este panorama idílico? Como en casi todas las novelas de Clarke, nada. O por lo menos, nada que salga de lo previsible. No hay rupturas ni enfrentamientos artificiales, creados al solo efecto del progreso de la novela, y el único hecho digno de tal nombre, la civilizada protesta de quienes quieren quedarse en Thalassa y no proseguir el largo viaje a Sagan II, es sofocado no menos civilizadamente. Sin estruendo. Naturalmente, aparecen las clásicas parejas chica de acá —mucho de allá, con las consiguientes despedidas desgarradoras cuando el Magallanes vuelve a partir. Pero hasta una rivalidad amorosa —en la que se ven involucrados los protagonistas de la novela, altos oficiales de la nave Magallanes y Mirissa, "la persona más inteligente de Thalassa"—, se resuelve sin ruido.

¿Dónde reside entonces el encanto de *Voces de un mundo distante*? Porque lo tiene, y a montones. Tal vez sea precisamente en ese curioso manejo del anticlímax. Manejo que tiene muchos antecedentes y que es, me atrevo a

decir, uno de los grandes recursos de Clarke, y que él ha usado —y del que ha abusado— en las novelas anteriores. Esta técnica —que hace que *Cita con Rama*, para poner un ejemplo, sea un texto plomífero—, se adecua perfectamente al clima de Thalassa, y a la experiencia de contacto entre dos culturas —o mejor dicho entre dos ramas próximas de una cultura— que inmediatamente volverán a estar separadas por distancias siderales y tiempos distintos: el proceso de hibernación altera el orden de las generaciones, y así el oficial Loren Loren Lorensen despertará de su

hibernación doscientos años después de la muerte del hijo que concibió en Thalassa, y al cual no llegó a conocer; sólo los videos emitidos al Magallanes desde Thalassa, durante su sueño, le permitirán evocarlo.

Despliegue curiosamente humano, de sentimientos humanos, en el marco de un espacio tiempo puramente cósmico. Cronología y distancia, años luz y siglos están presentes de manera notable, mediatizados por la hibernación, la propulsión cuántica que permite el viaje interestelar en un sentido —diría— ilimitado, escenario pacíficamente realista

donde los hombres representan su pequeño drama sin demasiada estridencia. El hombre que parte de Thalassa sin alcanzar a ver el nacimiento de su hijo, ejemplifica bastante bien una tragedia íntima y cósmica a la vez, tratada con la familiaridad de lo cotidiano.

Asimismo, el descubrimiento en Thalassa de una especie sospechosa de inteligencia —los escorpions, criaturas marítimas originarias de Thalassa, de cierta semejanza con las langostas terrestres— no da lugar a la especulación desahogada o la caída en ciertos lugares comunes de la ciencia ficción. El dato es manejado por los thalassianos, los terrestres visitantes y el autor de la novela con realismo científico, con contención literaria, sin transformarlo en un recurso standard, y conservando, por ello, toda su magia. Los escorpions —una especie cuyo estado evolutivo hace pensar en las ballenas— quedan en observación.

En *Voces de un mundo distante* no hay fantasía. Clarke hace gala de una especie de realismo ciencia-ficcional que borra toda distancia entre el texto y el lector, que se deja llevar amablemente por el entramado de sentimientos y sensaciones sutilmente esbozados, y por la inteligencia de las ideas que Clarke propone con elegante frecuencia.

El desánimo y la aventura

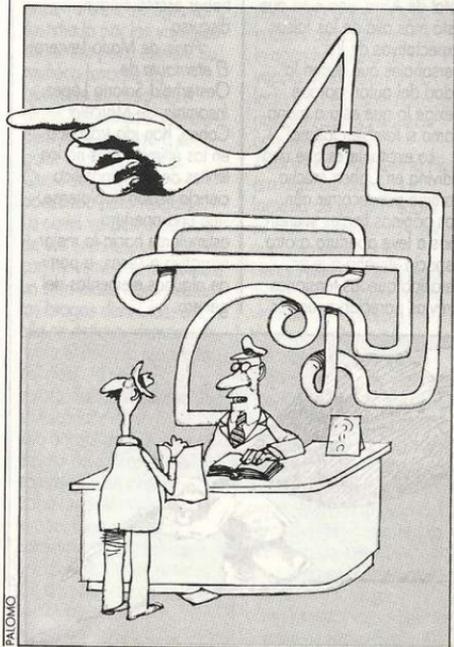
Eduardo Kern

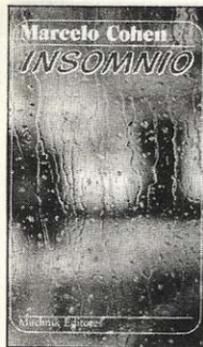
En otros tiempos Bardas de Krámer, enclavada en plena Patagonia, conoció la fiebre petrolera y estuvo poblada por un millón y medio de habitantes. En el presente de la novela,* el petróleo se ha acabado, los transeúntes vagan esperando poder salir mediante el Parte semanal, porque un mundo donde existen "estatutos de Saturación" la ha rodeado con una Fuerza Interamericana, y la vida ha pasado a ser sobrevida, límites, melancolía, sueños que aparecen en cuanto se cierran los ojos, ni dormidos ni despiertos: entredormidos.

El escribiente Ezequiel Adad, encargado de redactar (en una oficina "a la Marlowe"), partes de enlace, pedidos de empleo, contratos, todas las palabras cuya escritura parece haber sido olvidada por quienes lo rodean, se ve de pronto asediado por nuevos personajes y tramas en su vida sin demasiados horizontes: Selva, que lo requiere como hermenauta de citas subrayadas en una Biblia; Alina, una niña llevada al caos verbal por dos padres *comme il faut*; Chalukián, empresario que trama una revolución para hacer el bien y devolver el dinamismo a la ciudad.

Con esos elementos Marcelo Cohen (cuentista y periodista, colaborador eficaz de la revista española *El viejo topo*,

*Marcelo Cohen, *Insomnio*; Muchnik, Barcelona, 1986; 219 págs.





traductor de Scott Fitzgerald y Jane Austen) ha escrito una de las mejores novelas argentinas aparecidas en los últimos años. Dueño de un dominio perfecto de las metáforas y las frases redondas, significativas, densamente narrativas (factor bastante escaso en la literatura argentina reciente), ha logrado controlar aquí la tendencia a la acumulación de esas frases autosuficientes en una estructura mucho menos sólida que ellas, como ocurría en su novela anterior, *El país de la dama eléctrica*.

El paisaje visual y anímico que van tejiendo los personajes en su

deambular tiene mucho que ver con todo un clima cultural europeo reciente: las historietas de Moebius, los relatos de Ballard, films como *Blade Runner* y *Brazil*. Edificios deteriorados, fragmentos culturales que flotan en una corriente de desánimo que no quiere renunciar del todo a la aventura (en un cine proyectan *Mr. Arkadin*), nombres que son un guiso global (en una esquina se cruzan las calles Pfaff y Tehuelche). Lo que hace memorable a *Insomnio* es el modo en que todo eso se articula en una atmósfera medularmente argentina, patagónica incluso. Insidiosamente, aunque sea en un improbable futuro (no tanto, si se piensa en los proyectos alfonsinistas de irnos al Sur), Cohen va construyendo una ciudad existente, no literaria, porque con leves pinceladas tangenciales despliega la arquitectura psíquica de esas calles, tal como las capta quien ha vivido mucho (como seguramente lo ha hecho él antes de escribirla) en uno de esos conglomerados de escenarios y encrucijadas significantes que llamamos

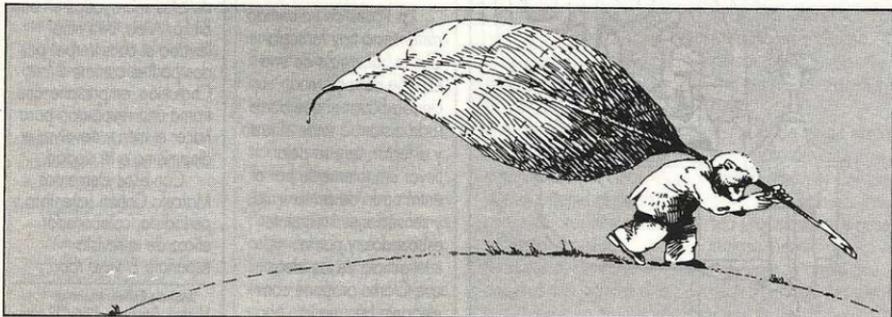
ciudades. Hay indudables recortes, sedimentos de Buenos Aires, de Europa, de pueblos de la Pampa, calles, plazas, bancos, baldíos, estatuas, diarios que flotan en el viento, espías del Estado, mujeres solas en los bares.

En el aspecto puramente artesanal, Cohen también descuella por la destreza con que cuenta el pasado de esa ciudad (págs. 46-50). En el lingüístico, consigue mezclar con discreción, sin perturbar el flujo del relato, tonos diversos: la jerga ordinaria de Ramiro, el ayudante de Ezequiel; el desorden sintáctico del húngaro Tadeo; la ampulosidad de Chalukián; la fragmentación que bordea la incomunicación total de Alina, una niña que está más allá de las falsas expectativas de los personajes que tienen la edad del autor, porque "exige lo que está a mano como si también faltara".

Lo excitante es que uno adivina en Cohen mucho camino por recorrer aún. Las páginas finales suenan más a leve apertura a otro espacio literario que el estallido que las tensiones previas parecían anunciar.

A su modo, *Insomnio* es además una novela de la resistencia. Escrita por un exiliado, define con precisión sentimientos que flotan en los últimos años por estas latitudes: la necesidad de recostarse en las seguridades y placeres mínimos del propio cuerpo para durar; la impresión de vivir fuera del tiempo de la historia, fuera del futuro, cuando se podía atisbar algo del mundo externo (pág. 42); la desalentadora convicción de que "es a lo lejos donde se hincha el resplandor de la vida que decide, las ciudades donde pasa algo"; la agri dulce victoria que significa para la escritura jaqueada gozar, como Ezequiel en las últimas páginas, de "la inmerecida gloria de no haber escrito ningún discurso".

París, de Mario Levrero; *El eterno* de Oesterheld-Solano López; *Insomnio*, de Marcelo Cohen, han ido trazando en los últimos años no los límites de una hipotética ciencia ficción rioplatense, sino una apertura estimulante hacia la mejor narrativa a secas, a partir de algunos elementos del género.



FONTANARROJA



CINE

La reparación de un himen cinematográfico

Marcelo Figueras

Vaya extraña noche de bodas... Acaba de casarse, pero ella no lo sabe. Se encierra en su recámara, fastidiada por los vaivenes de un día poco común. Su muñeca favorita ha quedado en casa —qué dirían los amigos, querida— pero tiene consigo a su gato. Todo es silencio. Quizá sea el momento adecuado para relajarse. La novia va deshaciéndose de sus prendas, una a una, con movimientos lánguidos, un *strip-tease* ritual. Restan las bragas diminutas: allí ella se detiene, demorando hasta el dolor el momento del goce. El novio no lo resiste. Saldrá entonces de su escondite, todo él un falo animal de más de dos metros de altura: sueña con partirla en dos. Una baba amarillenta, como jarabe, fluye desde las comisuras de sus labios. Los dientes hablan entre sí: clic clic clic, filo contra filo. La novia no afina a pronunciar palabra. El

cortejo ha quedado atrás...

¿La fantasía de una adolescente forjada en la represión? Tal vez. Pero también la escena culminante de *Alien* (1979), el film de horror gótico/ciencia ficción que Ridley Scott articuló sobre los fantasmas sexuales de toda una cultura. Durante la película, el espectador va tomando conocimiento del monstruo —el *alien*— como seguramente lo ha hecho del sexo: mediante breves pantallazos, informaciones fragmentarias, miradas parciales que magnifican/deforman sus características. Ni siquiera se sabe si es masculino o femenino. Sus contornos son fálicos, pero en una escena se lo representa como una boca vertical erizada de colmillos [¿la imagen freudiana de la vagina que castra?]. La lectura no es caprichosa: el guionista Dan O'Bannon admitió ante *The Washington Post* que el film era algo así como "la fantasía de un niño sobre su madre castradora". Más aún: dijo al periodista Henry Allen que su propia madre era "psíquicamente violenta", y empleó términos similares para describir a alguna de las mujeres de su vida y al "carnívoro sexual" por él pergeñado para el film.

Alien tiene ya una segunda parte, *Aliens*, que se ha convertido en el mayor éxito de taquilla del verano norteamericano. La sabiduría de este nuevo film radica en que no se aparta del intrincado código sexual/visual del original de Ridley Scott. Al

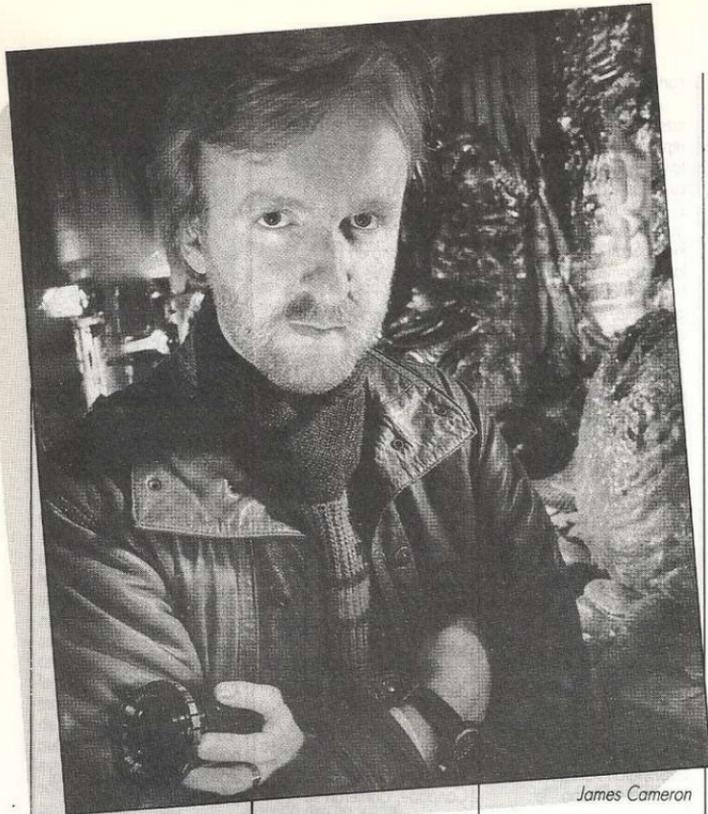
comienzo de *Aliens*, la joven Ripley (Sigourney Weaver) llega a la Tierra luego de un viaje de cincuenta y siete años (durante la travesía ha permanecido en suspensión inanimada). Pero no hay júbilo alguno en la recepción que se le brinda: la compañía para la cual trabaja la hace responsable de la destrucción de la nave *Nostramo*. Ella es como la víctima de una violación, que no logra convencer a los jueces de que no ha tenido siquiera *algo* de culpa en el hecho. Y, en sus pesadillas, pare a la monstruosa criatura fruto de esa violación: una cabeza de reptil rasga su vientre hasta ver la luz. Ripley despierta, ahogándose en su propio sudor...

Quien ha tomado esa alucinación en recurrente es el cineasta James Cameron. Nacido en 1954 en un pueblito llamado Kapuskasing—Ontario, Canadá—, Cameron se formó profesionalmente en el seno de New World Pictures, la compañía del célebre Roger Corman. Comenzó construyendo maquetas para un film que se convertiría en *cult movie*: el *western* de ciencia ficción *Battle Beyond the Stars*. Dos semanas más tarde debutaba como director de arte... En 1982 rodó su opera prima, *Piranha II: The Spawning*, secuela de un film que Joe Dante había dirigido para la New World. Le fue bien. A mediados de 1984, Cameron vivía en Tarzana (California) y trabajaba simultáneamente en tres

guiones: el de *Terminator*, el de *Rambo II* y el de *Aliens*... Logró dirigir el primero. Le fue aun mejor. La revista *Time* escogió a *Terminator* como uno de los mejores films de 1984. Charles Champlin, crítico del *Los Angeles Times*, lo definió como "un trabajo sagaz, económico de lo narrativo, *shockeante*, de gran ritmo y lleno de suspenso". El *Herald Examiner* llamó a Cameron "un nuevo talento, un director con mayúsculas". Se esperaba que grandes producciones, en el estilo de *Duna* y *2010*, aplastaran a *Terminator* en la taquilla. No fue así: el androide interpretado por Arnold Schwarzenegger resultó más rentable que los gusanos gigantes y la ciencia ficción de Arthur Clarke...

En lo que respecta a *Rambo II: La misión*, Cameron es terminante: "La acción es mía, la política la añadió Stallone." Su guión original enfatizaba "las consecuencias psicológicas de Vietnam y el trauma de regresar a casa". El actor de *Rocky* rehizo el *script* morigerando ese enfoque, pero Cameron igual se dio el gusto: empleó el prisma para *Aliens*.

En aquellos films sobre los cuales el canadiense tiene control, las máquinas asesinas —como Rambo o Chuck Norris— están del otro lado. En *Terminator* se trataba de un androide, que llegaba del futuro a la ciudad de Los Angeles de los años 80 para segar la vida de una mujer: un modo drástico de impedir que gestara a una criatura



James Cameron

en el vientre. En *Aliens*, los victimarios son monstruos con forma de araña y lenguas como pequeños falos: deslizan esos órganos en la boca de sus víctimas y depositan allí el germen de una nueva vida. Poco tiempo después, el vientre de los hombres preñados explotará, liberando a una suerte de dragón viscoso, letal, familiar...

De este lado, un ente creado para dispensar la muerte (el instrumento que llevará a cabo el crimen perfecto). Del otro, un ser

débil. En *Terminator* se llama Sarah (Linda Hamilton). En *Aliens*, Ripley. Oh casualidad: en ambos casos, el espectador se ve conminado a identificarse con un personaje femenino. Pero no con una amazona, no con un Rambo con faldas, sino con una mujer común que debe hacer frente a circunstancias excepcionales. Sarah es camarera en una confitería. Ripley es una tripulante más en un carguero/basurero espacial. En *Aliens* deberá acompañar a un escuadrón de *marines* que viajan al

planeta infectado de monstruos del film original: el objetivo del *raid* es rescatar a los colonos, cuyo campamento ha sido atacado por las bestias. Llegarán tarde. La única sobreviviente es una niña, Newt (Carrie Henn). Ripley la cobijará bajo el ala, pulsando la imaginaria sexual del film de Ridley Scott hasta transponerla: el tema ya no es la sexualidad tomada en frío, sino la *maternidad*.

A diferencia de *Terminator*, en *Aliens* sí hay otro modelo de mujer: la

andrógina; una *marine* llamado Vasquez (Jenette Goldman), fémica muscular y bocona que resistirá todas las pruebas hasta llegar incólume, al final del film. Vasquez existe para hacer lucir más femenina a Ripley. "Amo las películas de la década del cuarenta", se justifica Cameron. "Por eso busco un tipo de mujer que pudiera cuadrar en los films de Howard Hawks. Los caracteres masculinos fuertes ya han sido explotados hasta el hartazgo. Con los personajes *femeninos* fuertes, aún queda mucho espacio por explorar."

El momento clave del film tiene lugar cuando Ripley y Newt desembocan en la cámara-huevo de la reina *alien*. Entonces todo cobra sentido. Tanto Ripley como la criatura alienígena están embarcadas en una lucha común: la de proteger a sus vástagos y asegurar así la supervivencia de la especie. No hay malignidad en sus cometidos. Apenas la puesta en práctica del ideario darwinista...

"Cuando ambas madres comienzan a pelear como gatas, la audiencia se vuelve loca. Esto es el paraíso de las películas clase B: *Dinastía* interpretada por monstruos japoneses al estilo *Godzilla*", escribió David Edelstein, crítico del *Village Voice*.

Durante los primeros noventa minutos de película, Cameron se limita a poner la máquina a punto. En los últimos cuarenta y cinco, abre

todas las compuertas. "Aliens es un modelo de thriller, una verdadera cámara de horrores", dijo la revista *Rolling Stone*. Como en *Terminator*, no hay respiro. El paisaje es ominoso (Cameron citó al claustrofóbico film alemán *El barco* como una de sus principales influencias). Ni siquiera la cacería de que se hace objeto a los *aliens* es distrutable: las bestias tienen ácido en lugar de sangre, por lo que cualquiera que las hiera puede convertirse a su vez en el cazador cazado.

"Aliens" hace por mamá lo que *Los cazadores del arca perdida* hacia por papá: celebra su potencia", continúa la elogiada crítica de *Rolling Stone*. Lo cual parece señalar que, pese a mantenerse dentro de las coordenadas del original de Ridley Scott, Cameron ha invertido sus signos. *Aliens* confirma a los espectadores en su optimismo. *Alien*, el film-madre, no era sino un brillante ejercicio de violación cinematográfica. De donde se colige que James Cameron intenta reparar el himen espiritual que Ridley Scott desgarró con exquisito, sublime gusto...

King Kong al alcance de la mano

Anibal M. Vinelli

Hace años que intento realizar una nota o una serie de notas sobre la ciencia ficción cinematográfica del pasado hasta que una

llave imaginaria que llevamos los periodistas se pone en movimiento, me inhibe y por ello el proyecto queda en el limbo: ¿cuál es la excusa periodística para concretar ese breve ensayo si carezco de puntos de referencia para con los lectores? O dicho de otra manera: ¿será justo o adecuado ocuparme de una materia que yo guardo en la memoria pero que los jóvenes sólo conocen de oídas?

A diferencia de la palabra impresa que más o menos periódicamente se reedita o es siempre posible encontrar con algún esfuerzo en librerías de viejo o el último recurso, en la Biblioteca Nacional (siempre que una o varias manos aviesas no lo hayan robado o ese sector del archivo no esté sepultado en algún misterioso depósito de las afueras), el cine era hasta hace muy poco un hecho tecnológico que exigía toda una estructura (una sala, un par de proyectores y una audiencia) para su resurrección. Y salvo por la heroica labor de las cinematecas, que carecen de dinero y cuyas existencias son sumamente incompletas, era difícil que alguien se interesara en la reposición de obras antiguas y de problemático y limitado destino comercial.

Algo—bastante—ha cambiado y precisamente por el lado de la tecnología, más exactamente por el costado de la televisión, que como si quisiera hacerse perdonar tantos engendros, vocinglería barata y

alcahuetearias con cualesquiera que sean los gobiernos de turno, ha posibilitado el reencuentro, el eslabonar de distintas épocas, de aquello que viene del pasado con lo que se está produciendo en el presente, a través de un par de alternativas, la directa y la indirecta: la primera por el rescate de títulos que ayudan a redondear una programación. *Función privada* (ATC, sábados a las 22), ha emitido las legendarias series de los treinta de *Flash Gordon* en el apogeo del formata, y ya, de su declinación, el *Batman y Robin* (1949), que en un curioso *revival* provocó aluviones de cartas y dibujos del público infantil.

Más cercanas al *comic* que a la ciencia ficción, las series permitieron cerrar una brecha del conocimiento, divirtiéndose con su ingenuidad, con la sistemática manera de encerrar al héroe en un mar de calamidades (monstruos que lo rodean, la casa a punto de explotar, un incendio incontenible) del que escaparía milagrosamente una semana más tarde.

La razón económica, dado que las series pueden adquirirse por precios comparativamente irrisorios y el costo es de fácil recuperación con cualquier razonable cantidad de avisos publicitarios, tal vez permita que en los meses por venir veamos otras entregas de este género ya extinto (las últimas series datan de 1956) por obra y gracia de distintos motivos, entre ellos el auge de la

televisión que creó sus propios espacios seriados.

El dinero quizá llegue a ser también la causa de que tarde o temprano la pantalla chica pueda lanzar ciclos de cine fantástico, ojalá que presentados con el respeto que se merecen, con brevisimas charlas a cargo de especialistas y no la habitual parrafada a cargo de un locutor de bella voz y buen oficio pero que suele no saber nada de un tema por lo demás muy particular.

Ocurre que una enorme cantidad de películas ha ingresado en el país productor—los Estados Unidos—en la franja que se llama de Dominio Público, es decir que no pagan derechos sea porque el *copyright* ha expirado o porque las firmas responsables ya no funcionan en el mercado por quiebra u otros motivos. Se dice que hay unos 8.000 filmes en esa condición que el video estadounidense repone periódicamente, pero aun el carácter de casi gratuitos tal vez no justificaria su exportación y el posterior gasto publicitario, firmado de copias nuevas y el subtítulo. Salvo para el video a través de la televisión convencional o—ya ahora llegamos a la vía indirecta antes mencionada—el videocassette.

Es precisamente en esta última técnica que las viejas películas han encontrado un medio ideal de expresión. Antes, el adquirir una película quedaba reservado a los magnates o a los coleccionistas, con cierto grado de favorable

azar—los títulos eran difíciles de hallar— y con el agravante de que esas obras en celuloide han sido y son caras.

El video es mucho más económico y en los Estados Unidos ya es muy simple adquirir, por ejemplo, el siempre notable *King Kong* (1933) de Merian C.

Cooper y Ernest B. Schoedsack por la suma de 20 dólares. Y lo mismo ha de suceder o está sucediendo con otros clásicos de la época como *La isla de las almas perdidas* (1933), *El hombre invisible* (1933) o *Lo que vendrá* (1933), las tres inspiradas en uno de los prohombres del género que amamos, mister H. G. Wells.

Ése era uno de los temas que quería tratar, la ciencia ficción cinematográfica de los treinta, pero no lo haré ahora: la presente nota ha de servir sólo de anuncio, ya que prefiero hacerlo con más detenimiento en otras entregas. Si intentaré seguir ahondando en el videocassette y su actual incidencia en el mercado argentino. Que por ahora lo confina a la clase social que lo puede pagar, que puede gastar en la adquisición unos 700 dólares (de contrabando), o 1.300 australes, legalmente, en comercios del ramo.

Aun con esas trabas hay en el país una cantidad de aparatos que según las estimaciones oscila entre los 2.000.000 y los 270.000, y el espectro se agranda mes a mes. Su poderío se prueba en la



King Kong

proliferación de videoclubes que se multiplican como hongos y que no lo hacen por caridad. Si se establecen, es que es negocio y que hay un público consumidor: alrededor de un millón de personas que alquila todas las semanas su porción de sueños alojados en una cajita.

Tal vez usted no tenga un videograbador, pero es posible que sí lo posea alguno de sus amigos y, más aún, que en el futuro se lo pueda comprar. Porque inevitable, inexorablemente, los artefactos han de reducir sus precios como ya sucedió en otras latitudes: en los Estados Unidos han descendido diez veces, de 2.000 dólares en 1975 a 250 en la actualidad, según el modelo.

Tarde o temprano los

videograbadores serán tan corrientes como el televisor al que van conectados y del que quizá sean la mejor y más creativa prolongación, la alternativa de que cada individuo realice su propia programación. Y que la caja idiota deje de serlo para convertirse en una verdadera extensión de nuestro gusto y sensibilidad, a salvo de las insoportables parrufadas comerciales y de la ramplonería.

En lo que a nosotros nos interesa, le cuento un ejemplo: un colega mío que dicta cursos en la Asociación de Cronistas Cinematográficos, emplea el videograbador. Y de esa manera puede detenerse y profundizar, como nunca se pudo antes, en una escuela, un realizador o

una secuencia, demostrar su hipótesis sin perderse en verbalismos sino con el valor de la imagen, ilustrando visualmente aquello que sostiene.

Pero más allá de las posibilidades didácticas (que vaya si las tiene) el videograbador nos ha de permitir la reunión de preciosas colecciones temáticas, la *cd* del pasado o del presente, las comedias musicales o el *thriller*, desde Julio Verne hasta Philip K. Dick reinterpretados por John Huston o Ridley Scott. A fin de cuentas, mediante unas teclas, corriente eléctrica y una pantalla opaca, en 1986 somos como Merlines capaces de convocar los sueños y fantasmas que otros magos—hombres como nosotros— han creado. Lo que no es poca cosa.

PAPA... ANOCHE
SONÉ QUE ERA
ANALFABETO...





EN EL PROXIMO NUMERO

- Ian Watson: "Los mil cortes"
Sobre la transformación de la realidad en obra de arte, y los trastornos consiguientes.
- Laura Krauz: "El Gato Pardo"
Los cambios necesarios para que todo sea siempre igual.
- Barrington Bayley: "Salida de Ciudad 5"
Historia de un inmenso y revelador viaje a la nada.
- Carlos Gardini: "Historia de Hantojur, o El palacio al revés"
Crónica de locuras reales en Vendavalía.
- Jack Vance: "Mazirian el Mago"
La curiosidad, la belleza y la crueldad en la Tierra Moribunda.
- Rogelio Ramos Signes: "En los límites del aire, de Heraldo Cuevas"
El amor, la poesía y la incomunicación en un mundo que es casi el nuestro.
- Pablo Capanna: "El mito de la sopa primordial"
Una discusión de las teorías sobre el origen de la vida, desde la "panspermia" de Svante Arrhenius hasta los cálculos de Fred Hoyle y Jacques Monod.
- Sam J. Lundwall: "Aventuras en la jungla de pulpa"
La historia "no oficial" de las revistas de ciencia ficción.

EQUIPO

Director Editorial
Andrés Cascioli

Jefe de Redacción
Marcial Souto

Diseño Gráfico
Susana Rochoc

Asesoramiento Técnico
Elvira Ibagüen

El Péndulo, número 12, tercera época. Revista mensual de Ediciones de la Urraca S.A. Redacción: Venezuela 842, (1095) Capital Federal, teléfonos 34-8778/8972/8747. Administración: Salta 226, 4º piso, (1074) Capital Federal. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual en trámite. Prohibida su reproducción total o parcial. Derechos reservados. Distribuidores en Capital Federal: Machi y Cia. Distribuidores en el interior: SADYE S.A.C.I.F., Belgrano 355, Capital Federal. Distribuidores en el exterior: Ediciones de la Urraca S.A., Casilla de Correo 4504. Fotocomposición: Photo Lettering S.A. Director: Andrés Cascioli.

OCTUBRE 1986

CORREO
ARGENTINO
CENTRAL

Franqueo a Pagar
Concesión Nº 822

Franqueo Pagado
Concesión Nº 1535

Tarifa Reducida
Nº 3207

VIAJE AL FUTURO VIA ULTRAMAR

con la New Wave de la Ciencia Ficción

GRUPO EDITORIAL S.A.



BANG BANG Y DONDE LAS LINEAS CONVERGEN / Brian W. Aldiss.

Una rara historia en la que convergen las pasiones humanas en un marco de ficción y posible realidad. El personaje principal es un engendro alucinante: los hermanos Barry y Tom, siameses con tres cabezas. Su vida es un odio constante y creciente, con un final impactante.



BABEL 17 / Samuel R. Delany / Premio Nebula (novedad absoluta).

BABEL 17, galardonada con el Premio Nebula (1966), consagra su talento. En esta obra sutilmente elaborada, Delany hace vivir al lector una verdadera aventura, ya por la trama, ya por lo literario, que en el curso de la obra constituyen un ensamble perfecto.



DESDE LAS FRONTERAS DE LA MENTE FEMENINA / Jen Green y Sarah Lefanu (de próxima aparición).

Provocativas imágenes de un futuro específicamente femenino, en una visión que desafía el legendario dominio masculino. Algo de lo que puede existir más allá. En el futuro, o ahora mismo.

ULTRAMAR
U

ULTRAMAR

BARCELONA - MADRID - BOGOTA - BUENOS AIRES - MEXICO D.F. - MIAMI - MONTEVIDEO

IMPRESO EN IMP. ROSGAL S.A. - MARIANO MORENO 2708 - TEL. 80 25 07 - MONTEVIDEO URUGUAY

Depósito Legal 216.989/86

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

HARLAN ELLISON • MARIO LEVRERO • THEODORE STURGEON
ALFREDO FLORES • ENRIQUE BRECCIA • EDUARDO SANTELLAN
H. L. GOLD • EDUARDO ABEL GIMENEZ • CARLOS GARDINI
EDUARDO STILMAN • MARCELO FIGUERAS • ELVIO GONDOLFO
LEONARDO MOLEDO • ANIBAL M. VINELLI • OSCAR CHICHONI
CARLOS NINE • ANDRES CASCIOLI • LUIS SCAFATI • KIKE SANZOL
RAUL FORTIN • JORGE SANZOL • ALBERTO CIUPIAK
PABLO CAPANNA • MICHAEL BISHOP • CRISTINA SISCAR

Ediciones de la Urraca Tercera Epoca Número 12 ★ 4,00

